
Capitalismo de Deuda
Una lectura crítica
de la crisis
mundial del endeudamiento
Di Muzio y
Robbins

Capitalismo de deuda

Una lectura crítica de la crisis mundial del endeudamiento

Tim Di Muzio y Richard H. Robbins

Manchester University Press

Capitalismo de deuda. Una lectura crítica de la crisis mundial del endeudamiento.
Tim Di Muzio y Richard H. Robbins

Publicado originalmente en inglés por Manchester University Press, Altrincham Street, Manchester M1 7JA. Inglaterra.

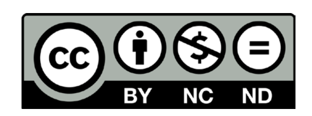
Título original: Debt as Power

Colección: Theory for a Global Age,
dirigida por Gurminder K. Bhambra

De esta edición:

Traducción al español de Jesús Suaste Cherizola, 2020.
Corrección: Carlos Bauer.
Diseño de portada: Davis Gee

Traducción del inglés autorizada por Manchester University Press.





Para Verónica

La deuda

Paul Laurence Dunbar
(1872–1906)



Ésta es la deuda que pago
por sólo un día de desenfreno,
años de pesadumbre y penas,
dolor sin alivio.

La pagaré hasta el final,
hasta que la tumba, mi amiga,
me dé la liberación verdadera,
el regalo de la paz.

Era diminuto lo que compré,
pensé que pequeña era la deuda,
que pobre, cuando mucho, era el préstamo,
¡pero, Dios, el interés!

Índice

Viaje al centro del capitalismo

Presentación de la versión en castellano de "Capitalismo de deuda"

Jesús Suaste Cherizola

Este libro fue escrito unos años después de la gran crisis financiera del 2008. Su versión en español se publica mientras la sociedad se adentra en una nueva crisis económica desencadenada por la pandemia del Covid-19. En menos de trece años, el mundo habrá padecido dos crisis económicas mundiales que en el momento de su emergencia fueron descritas como las más profundas en un siglo. Todo esto mientras la crisis del cambio climático comienza a profundizar sus estragos. Para toda una generación, la crisis –la de ayer, la de hoy, la de mañana– se ha convertido en la única certeza colectiva disponible.

Las perplejidades que definen a nuestro tiempo son conocidas: la era de la mayor productividad coincide con los mayores niveles de desigualdad en cien años. La era del mayor desarrollo técnico trae consigo la devastación del medio ambiente. En medio de la abundancia de conocimientos y riquezas, nos las hemos arreglado para construir un presente inhóspito.

El tema que nos convoca en este libro –la deuda– está habitado por una contradicción igual de desconcertante. Por un lado, es abrumadora la evidencia de que el vigente sistema financiero representa una amenaza para las aspiraciones democráticas de las poblaciones. Pero por otro lado, las cuestiones financieras parecen encontrarse más allá del escrutinio del debate público y, lo que es peor, la comprensión general de sus instituciones elementales (la deuda, los bancos, el dinero) suele estar envuelta en explicaciones deficientes y mistificadas. Las sociedades, así, aún están atrapadas dentro del horizonte que trazó la crisis de 2008: se sospecha que algo anda mal con el sistema financiero; no se sabe con exactitud qué hacer para cambiarlo.

Si este libro es tan importante es porque ofrece un mapa para comenzar a descifrar los enigmas que la arquitectura del sistema financiero nos plantea. Como muestran Tim Di Muzio y Richard Robbins, la deuda es un engranaje insertado en el corazón del capitalismo, un mecanismo en el cual concurren y se comunican relaciones de poder que estructuran a la sociedad contemporánea.

Por ello el itinerario de este libro es tan amplio: la tecnología de la deuda opera en un amplio territorio que va de los orígenes del Estado moderno a las innovaciones más recientes del mercado de derivados; de la colonización europea del globo a la vigente división internacional del trabajo; del empobrecimiento de los trabajadores y las clases medias a la explotación irracional de los recursos naturales; de prácticas ilegales como la trata de personas, el comercio sexual o el tráfico de órganos, a prácticas legales como la industria de las tarjetas de crédito, la deuda estudiantil o los rescates bancarios con cargo al erario. Tal vez el mayor mérito de este libro reside en que ofrece un marco común para explicar episodios distantes en el tiempo y la geografía, pero que pueden ser tratados como manifestaciones de una misma tecnología social: la deuda, una relación de fuerza institucionalizada que asegura el sometimiento de los deudores a los acreedores.

Analizar la deuda, en fin, es analizar uno de los mecanismos fundamentales de la lucha de clases tal como ésta se despliega en el capitalismo contemporáneo.

***Spoiler alert*: la situación es un poco más grave de lo que imaginamos**

En primer lugar, este libro es una invitación a desembarazarse de algunas prenociones equivocadas que el discurso político dominante ha implantado exitosamente en el imaginario colectivo. Suele decírsenos que los bancos son intermediarios entre los ahorradores y los deudores (no lo son). Suele aceptarse que la deuda es una obligación moral que los deudores deben pagar siempre (no lo es). Se nos dice que si los agentes económicos aprendieran a "vivir dentro de sus posibilidades", eventualmente la deuda tendrá que disminuir (no lo hará). Y se cree que todos los problemas sociales pueden resolverse mediante el crecimiento económico a perpetuidad (es imposible).

A contracorriente de una narrativa que trata a la deuda como un simple contrato entre dos agentes económicos en igualdad de circunstancias, el análisis de la deuda como tecnología de poder permite adoptar una lectura históricamente fundada y más comprometida con la realidad.

Ya que es imposible sintetizar en unas cuantas páginas el contenido de todo el libro, me limitaré a señalar, a manera de invitación

a su lectura, aquellos puntos que –considero– pueden resultar más interesantes para los lectores:

- Contra aquellas posturas ideológicas que insisten en separar al "Estado" del "mercado", *Capitalismo de deuda* muestra que el Estado moderno surgió como un Estado-capitalizado. Es decir, un Estado que, a través de la deuda pública permanente, integró a su estructura un mecanismo que transfiere una renta hacia una reducida clase de acreedores, quienes capitalizan el poder soberano de recaudación de impuestos.
- La tecnología de la deuda jugó un papel fundamental en el proceso de colonización del mundo (y por lo tanto, en el despegue del capitalismo). Los autores se detienen en dos casos: la colonización de África por Europa y la conquista de la "frontera oeste" por parte de los colonos norteamericanos. En ambos casos, el endeudamiento se revela como un mecanismo que permite institucionalizar una relación fundada en una diferencia de poder y asegurar la redistribución de riquezas de los deudores hacia los acreedores.
- A medida que se produjeron las luchas por la descolonización, la tecnología de la deuda permitió perpetuar la relación de poder entre los países implicados. Las colonias adquirieron su independencia política; pero la tecnología de la deuda aseguró que mantuvieran una posición política y económica subordinada.
- Esta forma de dominación estructural manifestó su poder, por ejemplo, en la crisis de la deuda del Tercer Mundo durante la década de los ochenta. El alto nivel de endeudamiento de estos países, aunado a la decisión de Estados Unidos de elevar súbitamente las tasas de interés, llevó a estos países a la bancarrota. De acuerdo con los autores, este proceso es tal vez "el mayor esquema de redistribución de riqueza en la historia de la humanidad".
- Más recientemente, el neoliberalismo, a través de la ideología de la "austeridad" gubernamental, ha reconvertido economías enteras en "máquinas de pagar deudas", recortando el gasto público para garantizar el pago de los intereses a los acreedores. El pago de la deuda pública, así, es el escenario de una batalla directa por el control del presupuesto estatal.
- El vínculo más esencial entre la deuda y el capitalismo contemporáneo pasa casi totalmente desapercibido. Es común la creencia de que los bancos son "intermediarios" entre ahorra-

dores y deudores. En realidad los bancos comerciales crean dinero cuando emiten un crédito (es decir, prestan un dinero que no existe antes de conceder el préstamo).

- Éste es uno de los principios menos comprendidos del sistema monetario vigente y explica (en buena parte) que las sociedades estén atrapadas en la espiral de la deuda: para funcionar, las sociedades capitalistas necesitan dinero; y para crearlo, deben acudir al endeudamiento. De lo anterior se desprende que son los bancos comerciales quienes están a cargo de la creación de dinero.
- Si el dinero se crea como deuda, ello significa que el dinero que alguien posee en su cuenta bancaria es la deuda que alguien más tiene con un banco comercial. Y que la suma del dinero resguardado en los depósitos bancarios representa el monto de una deuda que está generando intereses para los bancos.
- La deuda es estructuralmente impagable, sin importar cuán ahorrativas y prudentes se vuelvan las personas. Esto es así porque, al emitirse un préstamo, sólo se crea una cantidad de dinero equivalente al "principal". Un préstamo, empero, implica la promesa de pagar una cantidad mayor a la que se recibió (el principal más los intereses). Por lo tanto, el dinero para pagar los intereses sólo puede provenir de un nuevo préstamo.
- Esto significa que cualquier persona puede pagar su deuda. Pero es imposible que todas las personas paguen la totalidad de sus deudas: nunca existirá el dinero suficiente en el sistema para que esto ocurra.
- El endeudamiento es una condición existencial del capitalismo contemporáneo, ya que la unidad elemental de las transacciones económicas –el dinero– está ligada a la generación de la deuda. El capitalismo presupone el dinero. Y bajo el sistema monetario vigente, el dinero es deuda.
- Finalmente, existe un nexo fundamental entre la deuda y el ritmo al que la economía consume los recursos naturales –un factor que nos está conduciendo hacia la próxima gran crisis: el calentamiento global–.
- La ubicuidad de la deuda impone la necesidad del crecimiento económico perpetuo. Sin embargo, hay una incompatibilidad insalvable entre el tipo de crecimiento que la deuda impone

y el tipo de crecimiento que la producción hace posible: la deuda sigue el principio del interés compuesto a perpetuidad, mientras que la producción material está sujeta a las limitaciones impuestas por la realidad física. Este límite es insuperable –y no importa que los promotores del capitalismo se rehúsen a seguir los principios del pensamiento racional, el planeta se rehúsa a desobedecer las leyes de la termodinámica.

- Durante los últimos cuatro siglos, el crecimiento económico ha estado ligado a la disponibilidad de energía de bajo costo (primero bajo la forma de carbón, luego bajo la forma de gas y petróleo). Hemos alcanzado un punto, sin embargo, en que la extracción de energía se vuelve cada vez más difícil y la capacidad de explotación de los recursos naturales está superando la capacidad de recuperación del planeta. Esto significa que la deuda crece más rápidamente que la actividad económica a partir de la cual se generan los ingresos para pagarla.
- La búsqueda del crecimiento económico perpetuo es irracional desde el punto de vista de la sustentabilidad, pero es la única manera de satisfacer el imperativo de la deuda. La deuda, así, es una fuerza que nos condena a vivir bajo condiciones de aceleración. En palabras de los autores: "el dinero tiene que moverse más rápido; la gente debe trabajar más rápido, e incluso nuestros cultivos y animales deben crecer más rápido". El objetivo de esa carrera demencial, sin embargo, ya no es el bienestar de las personas, sino el cumplimiento de las obligaciones de deuda de los acreedores, en otras palabras, el cumplimiento de la tasa de retorno que los capitalistas esperan.

De vuelta a la perspectiva de conjunto, la deuda se nos presenta como el ojo de la tormenta perfecta: en ella se anudan un mecanismo que transfiere riqueza desde los asalariados hacia los acumuladores de capital, un instrumento de control político sobre las poblaciones de todo el mundo y un algoritmo que presiona a las economías a producir y consumir por encima de los límites físicos de la naturaleza. La tecnología de la deuda opera en el nivel de los grandes grupos sociales (clases, países, consumidores), y en el de las interacciones elementales de la economía. Está inscrita en la partícula elemental de las transacciones económicas cotidianas (pues el dinero es deuda) y en la relación que tenemos con las fuerzas de la naturaleza (pues la deuda impone un ritmo de crecimiento inalcanzable).

Son numerosos los problemas que el sistema social vigente enfrenta. Este libro muestra que la deuda guarda una estrecha relación con casi todos ellos.

La deuda como poder *vs.* el poder de los deudores

¿Queda algo por hacer ante una tecnología social tan extendida y tan enraizada? ¿Cabe oponer, a la deuda como poder, una lucha política fundada en el poder de los deudores? ¿Podría una huelga de deudores comunicar la potencia de los movimientos sociales en una escala internacional?

La apuesta con la que este libro culmina explora las posibilidades de entender la deuda como un arma en manos de los trabajadores. El análisis de *Capitalismo de deuda* demuestra que, hoy en día, ser capitalista es –no sólo, pero sí de manera importante– pertenecer a la clase de los acreedores (los dueños de los títulos de deuda que generan interés); y que ser trabajador es –no sólo, pero sí de manera importante– pertenecer a la clase de los deudores.

Precisamente por ser un engranaje que unifica la acción de la clase capitalista alrededor del mundo, la deuda ofrece un principio de articulación que puede ser utilizado para unificar a los diversos grupos que habitan la constelación post y anti capitalista. En la lucha contra la deuda pueden coincidir no sólo los intereses de los numerosos deudores alrededor del mundo, sino también los de aquellos grupos que luchan por una repartición de la riqueza más justa y por detener la devastación ecológica.

La crisis económica en la que hoy nos adentramos traerá consigo numerosas dificultades. Pero también puede ser una oportunidad para que examinemos los fundamentos del sistema en que vivimos. La deuda es uno de ellos. En ella se concentra y se expresa un sistema económico ética y ecológicamente insostenible. La comprensión de la tecnología de la deuda, junto con la producción de alternativas viables, es una tarea urgente para los grupos políticos que aspiran a organizar la sociedad bajo principios democráticos y racionales. *Capitalismo de deuda* es una excelente hoja de ruta para adentrarse en este camino.

1

Hacia una utopía descarnada

Nuestra tesis es que la idea de un mercado que se regula a sí mismo representaba una utopía descarnada. Una institución como ésta no podía existir de forma duradera sin aniquilar la sustancia humana y la naturaleza de la sociedad, sin destruir al hombre y sin transformar su entorno en un desierto. Inevitablemente la sociedad adoptó medidas para protegerse, pero todas ellas comprometían la autorregulación del mercado, desorganizaban la vida industrial y, así, exponían a la sociedad a otros peligros. Justamente este dilema obligó al sistema de mercado a seguir en su desarrollo por un rumbo determinado hasta romper la organización social que estaba basada en él. Karl Polanyi 1989: 26.

El 20 de noviembre de 2003, en las zonas rurales de India, Nagalinga Reddy, agricultor de arroz y girasoles, se suicidó. A la edad de cincuenta años, Reddy terminó con su vida ingiriendo tabletas de fosfato de amonio, un pesticida utilizado en la agricultura moderna. Su cosecha de arroz acababa de malograrse debido a una plaga y estaba severamente endeudado con prestamistas usurarios, tres bancos y una cooperativa. Era frecuentemente acosado por sus acreedores. Puso fin a esa tiranía segando su vida.[1] El suicidio de Reddy, sin embargo, no fue un incidente aislado. Desde 1995, en India se ha presentado un fenómeno que sólo puede ser descrito como una epidemia de suicidios de campesinos. *The Hindu* reporta que entre 1995 y 2010, 256 mil 913 campesinos se quitaron la vida –casi todos ellos ingiriendo el mismo pesticida que tomó Reddy–.[2] De acuerdo con el Centro de Derechos

1 Amy Waldman (2004) "Debts and Drought Drive India's Farmers to Despair", *New York Times*, 6 de junio.

2 P. Sainath (2011) "In 16 Years, Farm Suicides Cross a Quarter Million", *The Hindu*, 29 de octubre.

Humanos y Justicia Global y P. Sainath, quien ha cubierto la epidemia en India, el vínculo común entre estos suicidios es el castigo contra el endeudamiento personal con los prestamistas o las instituciones microfinancieras locales (2011: 1; Deshpande y Arora 2010; Young 2010; Taylor 2012). Pero la epidemia tiene otro factor determinante: las reformas neoliberales introducidas en India en 1991. Para que sus acreedores recuperaran la confianza en su creciente déficit presupuestario y comercial, así como en su creciente deuda nacional, el gobierno indio admitió las reformas neoliberales a cambio de un préstamo del Fondo Monetario Internacional (FMI) (Chossudovsky 2002: 149 y sig.; McCartney en Saad-Filho y Johnston 2005: 238).[3] Para asegurar el pago del servicio de la deuda a los ricos acreedores, las reformas económicas golpearon con particular severidad a muchas comunidades agrícolas. Muchos granjeros experimentaron la elevación del precio de la energía y los insumos básicos como el fertilizante. Estos bienes habían estado subsidiados por el gobierno, pero con el giro hacia la austeridad neoliberal de la década de 1990, la agricultura estuvo financiada cada vez más por la deuda personal de los campesinos y sus familias. Esta transformación político-agrícola llevó a la desposesión de la tierra, la concentración de la tierra en menos manos y la generalización de los suicidios de los campesinos (Mohanty 2005; Levien 2011, 2012, 2013).

En el área rural tailandesa, encontramos otra historia de la humanidad en la era global. Nok es una mujer criada en el campo de Tailandia y una participante aparentemente voluntaria de su propio tráfico hacia Japón. Según su propia explicación, su padre estaba severamente endeudado con las cooperativas agrícolas y crediticias porque el dinero que la familia obtenía del cultivo de arroz era insuficiente para pagar los intereses –no se diga el principal–. En este predicamento, la hermana mayor de Nok aceptó ser llevada a Japón a cambio de un pago de 3.5 millones de yenes (alrededor de 34 mil USD) a los traficantes de personas. Trabajó en la industria del sexo y eventualmente pagó su deuda, lo que le permitió enviar más dinero a casa. Nok pronto siguió los pasos de su hermana y utilizó al mismo traficante para convertirse en una trabajadora sexual en Japón (Aoyama 2009: 85 y sig.). Al igual que los suicidios campesinos en India, éste no es un incidente aislado. Incontables mujeres tailandesas han sido traficadas no

3 El segundo argumenta que India lidió con la crisis de 1991 de manera exitosa. Tal vez este autor deba ver el documental *Nero's Guests* para descubrir de qué manera tan desigual se distribuyó este "éxito".

sólo hacia Japón y sus alrededores, sino hacia burdeles de su país natal. Esta práctica típicamente comienza cuando una familia es incitada a vender a su hija a un traficante que promete conseguirle un trabajo remunerado en la ciudad. A menudo la transacción se realiza con el fin de que la familia pueda usar el dinero para superar las dificultades económicas (*v. gr*. pagar la hipoteca de su campo arrocero) e incluso adquirir algunos signos distintivos de la modernidad (*v. gr.* televisiones y aparatos eléctricos).[4] Esto da comienzo a algo que sólo puede llamarse "trampa de la deuda":

> El compromiso contractual entre el traficante y los padres requiere que este dinero sea reembolsado por el trabajo de la hija antes de que ella sea libre de irse o de que se le permita enviar dinero a casa. A veces, el dinero es tratado como un préstamo a los padres, en el cual la niña es el "colateral" y el medio para devolver el préstamo. En tales casos, el interés exorbitante que se le carga al préstamo significa que hay pocas probabilidades de que la esclavitud sexual de la chica pueda pagar la deuda algún día (Bales 2012: 41).

Como Jefferies señala, esta práctica no es exclusiva de Tailandia: "traficar mujeres y niñas mediante un compromiso de deuda se está convirtiendo en el principal método de oferta de la industria sexual nacional e internacional. Su valor asciende a 31 mil millones de dólares anuales según estimados de Naciones Unidas" (2009: 152).

La desoladora epidemia de suicidios campesinos y de tráfico sexual corre en paralelo a la elevación del tráfico de órganos. La investigación médica y la tecnología moderna han vuelto rutinarios los trasplantes de órganos, potencialmente alargando y mejorando la vida de los pocos afortunados que tienen acceso a donadores y cirujanos capacitados. Pero este avance médico también tiene un lado oscuro. La pobreza, la deuda y la desesperación han alimentado el creciente comercio internacional de órganos humanos. El comercio suele ser ilegal pero aparentemente se está volviendo cada vez más frecuente entre las poblaciones vulnerables (Scheper-Hughes 2000; Territo y Matteson 2011; Decker 2014). En el área rural de Bangladesh, ha emergido lo que Moni-

---

4 La transacción también es facilitada por la creencia religiosa y cultural del budismo de que las mujeres son inferiores a los hombres, y que todos los niños tienen una deuda con sus padres sólo por haber nacido –una deuda que los niños están obligados a pagar–. Véase Bales (2012).

ruzzaman (2012) llama "bazar de cuerpos", beneficiándose de los crecientes niveles de deuda causados por la revolución del microcrédito y la financiarización del campo. El microcrédito es el otorgamiento de pequeños créditos no respaldados. Los préstamos se realizan bajo la creencia de que los pobres utilizarán el dinero para convertirse en emprendedores y eventualmente mejorarán sus condiciones sociales y económicas. Si bien esta revolución ha sido celebrada por muchos por sacar de la pobreza a hombres y mujeres, también ha sido severamente criticada por capitalizar la situación de los más vulnerables y crear minitrampas de deuda que pueden convertirse en espirales fuera de control. Por ejemplo, con la introducción del crédito en el área rural bangladesí,muchos deudores están teniendo dificultades para pagarle a sus acreedores. Algunos, como Mohammad Akhta Alam, se endeudaron con más de una organización no gubernamental especializada en el microcrédito. Los más acaudalados y con mayor educación, sacan provecho de los deudores desesperados, que en su mayoría son iletrados y sin acceso a la educación, y los convencen de vender uno de sus riñones, lóbulos hepáticos o córneas. Cuando Alam no pudo pagar su deuda, un traficante de órganos lo convenció de vender uno de sus riñones. En su desesperación, Alam aceptó la oferta y ahora está parcialmente paralizado y ciego de uno de sus ojos. No puede levantar nada pesado. Lo que es peor, el dinero que se le prometió a Alam nunca se le pagó completamente –recibió sólo una fracción del monto acordado–. En sus propias palabras, Alam comenta: "Acepté vender mi riñón porque no podía devolver el dinero a las organizaciones no gubernamentales. Somos pobres y desamparados, por ello estamos obligados a esto. Me arrepiento".[5] La experiencia de Alam no es única. Como revela Moniruzzaman en su etnografía (2012), este tipo de "bioviolencia" es cada vez más común en Bangladesh. Aunque no siempre las personas convierten sus órganos en mercancías a cambio de dinero para pagar sus deudas (algunos sólo lo hacen para tener un dinero extra), la deuda ha sido uno de los principales hilos conductores del comercio de órganos tal como se ha identificado en, por lo menos, Brasil, Malasia, Pakistán, India, Irán, Irak, Indonesia, Israel, Egipto, Serbia, Filipinas, Vietnam, México, Sudáfrica, Estados Unidos y China.

---

5 BBC (2013) "The Bangladesh Poor Selling Organs to Pay Debts", 28 de octubre. http://www.bbc.com/news/world-asia-24128096 (consultado el 13 de junio de 2014).

En un mundo en creciente mercantilización, la educación misma se ha convertido en una mercancía cada vez más capitalizada por los inversionistas. Esto sucede en Estados Unidos más que en cualquier otro lugar, donde los estudiantes colectivamente adeudan ya 1.2 billones de dólares al gobierno estadounidense y a una miríada de bancos y prestamistas privados. El estudiante promedio debe 30 mil dólares, pero algunos estudiantes terminan su educación con una deuda que asciende a 150 mil dólares. Algunos de ellos podrán pagar los intereses y eventualmente liquidar la deuda cuando encuentren un empleo decente. Muchos otros, sin embargo, tendrán dificultades para encontrar un trabajo con un salario decente y, así, batallarán para pagar el servicio de la deuda de sus préstamos a interés a lo largo de sus vidas. Salvo unas pocas excepciones, los préstamos estudiantiles no pueden ser cancelados a través de la declaración de bancarrota, así que muchos estudiantes irán a la tumba todavía en deuda por haber perseguido su educación. De hecho, la aplastante carga de la deuda ya ha influido en algunos para quitarse la vida; y muchos más tienen pensamientos diarios de suicidio.[6] Otros sufren de estrés agudo, ansiedad y depresión. Por su parte, el gobierno estadounidense está haciendo demasiado poco, en gran medida debido a los pleitos bipartidistas y a la influencia del *lobby* bancario en el Congreso. Con 40 millones de estudiantes que salen de la universidad con deudas, Estados Unidos se parece más y más a una "deudocracia" que a una democracia.[7]

La Crisis Financiera Global de 2007-2008 fue en realidad una crisis global de deuda. Muchas naciones todavía están afectadas, pero el caso de Grecia es particularmente cruento por sus dislocaciones y su violencia. Kouvelakis (2011) ha argumentado que la crisis de la deuda en Grecia debe entenderse dentro de la trayectoria histórica del desarrollo que emergió después de la dictadura (1967-1974). Desde 1981, las sucesivas administraciones construyeron un Estado de bienestar con un sector público amplio y prestaciones favorables, como por ejemplo los trabajos vitalicios y las pensiones generosas. El gobierno también adquirió considerablemente equipamiento militar del extranjero y financió

6 C. Cryn Johannsen (2012) "The Ones We've Lost: The Student Loan Debt Suicides", *Huntington Post*, 7 de febrero.

7 Editorial (2014) "Student Borrowers and the Economy", *New York Times*, 10 de junio. Hasta donde sabemos, el concepto de "deudocracia" fue introducido por Katerina Kitidi y Aris Hatzistefanou en su documental del mismo nombre sobre la crisis económica en Grecia.

la construcción de la infraestructura para los Juegos Olímpicos de 2004. Para pagar por estos proyectos, las élites del gobierno pidieron prestado a acreedores extranjeros mientras que numerosos ciudadanos acaudalados reportaban ingresos menores a los reales para pagar menos impuestos o directamente los evadían. De 1981 a 2007, la deuda nacional se elevó de alrededor del 27 por ciento del producto interno bruto (PIB) al 105 por ciento. Eventualmente, esta deuda se volvió insostenible y puso a Grecia bajo control de la Unión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional, conocidos comúnmente como la *troika*. El juicio general dictaba que la población griega estaba viviendo más allá de sus posibilidades, y que para recibir los nuevos préstamos –con los cuales pagar los viejos– el gobierno tenía que realizar severos recortes al gasto social. Los salarios y las pensiones del sector público fueron recortados, y fueron puestos en venta activos públicos para recaudar fondos y pagar a los acreedores –un patrón que, como veremos, ha sido recurrente en crisis de deuda nacional anteriores–. No es sorprendente que el levantamiento político y la efervescencia social pronto se presentaran, cuando la población volvió su enojo contra la corrupción de la élite, la cleptocracia y los extranjeros. Se han ofrecido numerosas razones de la crisis de la deuda, desde la corrupción y la evasión de impuestos hasta la existencia de un sector público excesivo (Manolopoulos 2011). Pero una cosa es cierta: la deuda ha conducido a una política de austeridad generalizada en la que los más vulnerables sufren más a medida que la tragedia griega sigue su curso.

***

¿Qué unifica a estos momentos de crisis y dificultades aparentemente separados en el espacio geográfico y el tiempo histórico? A pesar de las circunstancias diferentes, todos ellos son actos o prácticas sociales que se remontan a la prevalencia de la deuda. El mundo está inundado por la deuda, y aunque debemos reconocer que los niveles de deuda y acceso al crédito son radicalmente desiguales entre y dentro de los países, lo que las modernas economías políticas tienen en común no es tanto que estén orientadas hacia el mercado, sino que *todas ellas son economías políticas basadas en la deuda*. En efecto, como señala Rowbotham, “el

Tabla 1.1 Deuda total global por categoría

Tipo de deuda	2000, 4Q Billones USD	2007 4Q Billones USD	2014 4Q Billones USD	Incremento porcentual desde 2000
Bonos del gobierno	22	33	58	163
Bonos financieros	20	37	45	125
Bonos corporativos	26	38	56	46
Hogares	20	33	40	100
Deuda total como porcentaje del PIB	246	269	286	16

Fuente: McKinsey (2015:15). *4Q = cuarto trimestre.

mundo puede considerarse como una única economía basada en la deuda" (1998: 159). Adoptando una perspectiva internacional, de acuerdo con la empresa global de consultoría y administración McKinsey and Co., en el segundo trimestre de 2014, la deuda en circulación total alrededor de los 183 países ascendía a 199 billones de dólares.[8] En 1990, la misma deuda era de sólo 45 billones de dólares, lo que representa un incremento del 342 por ciento durante el periodo (McKinsey 2013). Como la Tabla 1.1 identifica, desde el año 2000 todos los rubros de la deuda se han incrementado considerablemente, siendo la deuda gubernamental, la deuda de la industria financiera y la deuda de los hogares las categorías que encabezan el incremento.

Pero el concepto y la prevalencia de la deuda en la modernidad capitalista deben ser teorizados críticamente. Nuestro punto de partida y argumento principal es que dentro de la modernidad capitalista, la deuda es una tecnología social de poder y su continuo despliegue preconiza una utopía descarnada. Nosotros sostenemos no que la deuda *puede ser pensada como* una tecnología de poder, sino que la deuda *es* una tecnología de poder. Por tecnología simplemente nos referimos a una capacidad, arte o manera de

8 Si consideramos los títulos o acciones de las corporaciones que cotizan en bolsa como una forma de deuda, esa cifra sería cercana a los 242 billones de dólares. Los datos sobre la capitalización de mercado son tomados de la World Federation of Exchanges, mayo de 2014. http://www.world-exchanges.org/statistics/time-series/market-capitalization (consultado el 9 de junio de 2014).

hacer algo, conectada a una forma de racionalidad o lógica y que es movilizada por fuerzas sociales definidas. En el capitalismo, la lógica prevaleciente es la lógica de la acumulación diferencial, y dado que los *instrumentos de deuda sobrepasan por mucho a los instrumentos de propiedad*, podemos afirmar con seguridad que la deuda que rinde interés es el principal medio que genera desigualdad económica, pues redistribuye cada vez más dinero hacia los acreedores. En otras palabras, los instrumentos de deuda efectivamente dividen a la sociedad en deudores y acreedores dentro de una estructura de poder que privilegia marcadamente a los últimos sobre los primeros. Sabemos que esta es una afirmación aventurada, pero esperamos que al final de este libro el lector quede convencido por nuestro argumento y esté inspirado a aprender más y a actuar políticamente.

Breve revisión de la bibliografía sobre la deuda

La literatura sobre la deuda es transversal a las diversas ciencias sociales y es relativamente vasta. Por esta razón no aspiramos a ofrecer una revisión comprehensiva de la literatura. En su estado actual, sin embargo, puede ser dividida en grandes grupos que se enfrentan a dos cuestiones diferentes aunque interconectadas: (1) los orígenes de la deuda nacional (Omond 1870; Denby 1916; Hamilton 1947); (2) la deuda dentro y a través de la historia (Geisst 2013; Graeber 2013; Kwarteng 2014); (3) la crisis de la deuda en el sur global durante los años ochenta (Payer 1974; George 1988, 1992; Griffith-Jones 1989); (4) la actual crisis de deuda soberana en el norte global (Pettifor 2006; Chorafas 2011; Lane 2012; Greer 2014); (5) la deuda odiosa o ilegítima (Bonilla 2011; Manolopoulos 2011; Ndikumana y Boyce 2011); y (6) la crisis de deuda de algún país en particular y las luchas por encontrar alternativas (Rowbotham 1998; Lin 2003; Brown 2007, 2013; Bonner y Wiggin 2009; Dienst 2011; Soederberg 2012, 2013a, 2013b; Jackson y Dyson 2013; Pettifor 2014).

En su mayor parte, todos estos trabajos son contribuciones valiosas a nuestra comprensión del tema. Sin embargo, nuestro estudio trata de traspasar estos límites para ofrecer una teorización más fundamental, históricamente sensible y comprehensiva de la deuda en tanto que fenómeno globalmente interconectado. A la luz de esto, nuestro libro es único por dos razones principales.

En primer lugar, en vez de concentrarse en la emergencia histórica de la deuda como una obligación moral, la deuda de un país

en específico o las recurrentes crisis financieras relacionadas con la deuda, a nosotros nos interesa la producción del dinero comercial como deuda. Argumentamos que, bajo el capitalismo, la deuda es una *tecnología de poder* íntimamente conectada con el control, la creación y la localización del dinero moderno, la exigencia del crecimiento perpetuo y la capitalización diferencial, que beneficia a quienes reciente y pertinentemente han sido llamados "el 1 por ciento" –en particular, los dueños de los instrumentos creadores de dinero (Di Muzio 2014)–. Así pues, nuestro interés reside en cómo el control, la producción y la asignación de dinero en tanto deuda que rinde interés, son capitalizados por fuerzas sociales privadas, y en lo que esto significa para la mayoría de las personas del planeta. Esta cuestión es notablemente importante dado que, después del petróleo y el gas, la industria bancaria es el sector más capitalizado del mundo –los mayores bancos por capitalización de mercado alcanzan los 4.4 billones de dólares (Di Muzio 2012)–.[9] Los propietarios o inversionistas de estos bancos capitalizan el poder del sector bancario de crear dinero bajo la forma de deuda que rinde interés –la principal fuente de ganancias del sector bancario–. Esto resulta altamente problemático no sólo por el riesgo sistémico y las futuras crisis financieras, como ha señalado el FMI.[10] Cuando consideramos la cuestión del poder diferencial, resulta problemático por las razones siguientes:

(1) Sabemos que sólo una pequeña minoría de los individuos y familias posee la mayoría de las acciones de los bancos que cotizan en bolsa, y que esta propiedad está en gran parte oculta al escrutinio público.[11]

---

9 La capitalización de mercado es el valor de una acción multiplicada por el número existente de acciones. Por ejemplo, el banco estadounidense Wells Fargo & Co. tiene 5.27 miles de millones de acciones en circulación y el valor de una acción en el momento en que esto se escribe es de 51.98 dólares, lo que resulta en una capitalización de mercado de alrededor de 274 mil millones de dólares. Típicamente, las compañías con mayor capitalización de mercado tienen un considerable poder para formar y reconfigurar la reproducción social. Existe también un elemento prospectivo en la capitalización de mercado, pues los inversionistas capitalizan el beneficio *esperado a futuro*.

10 http://www.imf.org/external/pubs/ft/survey/so/2014/res052314a.htm (consultado el 8 de junio de 2014).

11 El Credit Suisse's Research Institute estima que el 10 por ciento de los adultos más ricos del mundo acapara el 86 por ciento de la riqueza

(2) Sabemos que el sector bancario está altamente interconectado, ya que los bancos son propietarios de las acciones de otros bancos y otras corporaciones (Vitali *et al*. 2011).

(3) La capacidad de crear dinero "de la nada", bajo la forma de deuda que rinde interés, es un formidable poder que canaliza el dinero de manera ascendente hacia los propietarios y ejecutivos de los bancos, quienes recolectan los intereses y las comisiones sobre el crédito requerido por la sociedad.

(4) Dado que los préstamos dependen de la solvencia y la acumulación de riqueza en el pasado, *siempre* hay una jerarquía en el acceso al dinero, siendo los ricos quienes tienen un acceso más fácil al crédito y, así, mayores ventajas para acumular riqueza.

(5) La democracia es rehén de los bancos en la medida en que nuestros gobernantes elegidos han aceptado tácitamente que los privados –individuos y familias– capitalicen la oferta de dinero requerida para la interdependencia económica en una economía de mercado. Historizaremos y elaboraremos cada uno de estos puntos en los capítulos siguientes.

La segunda razón por la que este libro es único, es que seguimos a Ingham (2004) y otros (véase, por ejemplo, Piketty 2014: 573 y sig.) en el reconocimiento de que los osificados límites disciplinarios que se originaron con el *Methodenstreit* son en gran medida fútiles si deseamos entender las relaciones sociales del capitalismo. Por esta razón, encuadramos nuestro estudio en lo que llamamos "holismo histórico interconectado". Con este término designamos un modo de indagación histórica que parte del reconocimiento de que las historias de las comunidades humanas y sus ambientes naturales están interconectadas en relaciones de poder espaciales y jerárquicas complejas. Sugerimos que para entender su desarrollo necesitamos examinar no sólo las parti-

---

global, mientras que el 1 por ciento acapara el 46 por ciento; por su parte, Oxfam (2015) estima que ahora su porción es superior al 50 por ciento. Los 3 mil millones de seres humanos más pobres poseen colectivamente apenas el 3 por ciento de la riqueza global (Credit Suisse 2013: 22). Esto sugiere que la vasta mayoría de la humanidad no posee ningún monto significativo de acciones de las corporaciones bancarias. El privilegio que poseen los trabajadores en los planes de pensiones o los fondos de inversión es probablemente insignificante en comparación con el de los propietarios dominantes.

cularidades de una determinada comunidad humana y sus prácticas culturales, sino, de manera más importante, sus dimensiones interconectadas, interdependientes e internacionales (Bhambra 2007, 2010). Dado que todas las economías modernas son economías de deuda, esto nos lleva a una explicación más holística de la deuda en tanto tecnología de poder dentro de la modernidad capitalista. Dado que bajo el capitalismo la deuda es cada vez más ubicua en todos los niveles de la sociedad, y que hoy el crecimiento económico (y la austeridad) es prácticamente el único mantra de los partidos políticos dominantes alrededor del mundo, argumentamos que rastrear algunos de los mayores puntos de inflexión en la evolución y los efectos de la deuda como tecnología de poder resulta crucial para entender el "presente como historia" y para sugerir posibles alternativas a la trayectoria actual. Pero, como Mann nos recuerda, "la ubicuidad, sin embargo, no es uniformidad" (2003: 3). La jerarquía, el significado y la cultura del endeudamiento no son estáticos, sino un fluido continuo entre y dentro de las comunidades políticas.

No es nuestra intención ofrecer una revisión de la extensa literatura, en buena parte reciente, de la deuda y sus efectos. Sin embargo, dos trabajos sumamente publicitados se relacionan directamente con nuestro trabajo: el primero es *Deuda: una historia de 5,000 años*, de David Graeber, el cual se enfoca explícitamente en la deuda; el segundo es *El Capital en el Siglo XXI,* de Thomas Piketty, que aborda el tema implícitamente junto con la cuestión de la distribución y creación del poder sobre la reproducción social (Bakker y Gill 2003). Debido a la magnitud y la pertinencia temporal tanto del libro de Graeber sobre la deuda como del libro de Piketty sobre el capital, es importante mostrar en qué sentido nuestro trabajo es diferente del de ellos y cómo sus trabajos han dado forma a nuestros argumentos.

El punto de partida de Graeber parece ser cómo las obligaciones sociales eventualmente se convierten en deudas pecuniarias cuantificables. A partir de allí, Graeber topa con el tema del poder y argumenta que las deudas son típicamente impuestas y facilitadas por la violencia o la amenaza de castigo, y que una economía de mercado es en gran medida el resultado de la guerra, la conquista y la esclavitud (2013: 385). Sin embargo, Graeber no teoriza suficientemente los fundamentos del poder de la deuda en una sociedad gobernada por los mercados y el sistema de precios –el poder no es su punto de partida, sino un actor secundario en una historia antropológica de la deuda que se remonta 5,000 años

en el pasado–.[12] A diferencia de Graeber, nuestro punto de partida es la presencia del poder como una relación social diferencial, y teorizamos la deuda no sólo como dinero que se debe, sino como una tecnología de poder diferencial sobre otros, fundamentada en la propiedad privada. Así, mientras Graeber piensa que "lo que hace que la deuda sea diferente es que se basa en un supuesto de igualdad", nosotros argumentamos exactamente lo contrario: la base misma de la deuda capitalista moderna se basa en la desigualdad o "poder diferencial" –término que preferimos (2011: 86)–. Este punto nos lleva a considerar –hasta donde sabemos, por primera vez– no sólo el control *privado* sobre la producción y asignación de dinero, sino su propiedad y su capitalización.[13] Sólo desde este punto de partida, argumentamos, podemos comenzar a pensar en la deuda dentro de la modernidad capitalista en sus dimensiones interconectadas e internacionales. Ésta es la segunda diferencia de nuestro trabajo con el erudito e impresionante estudio de Graeber: no ofrecemos una historia exhaustiva de la deuda a través de milenios, sino que perseguimos el objetivo, mucho más modesto, de intentar entender el papel de la deuda como tecnología de poder en la emergencia y el desarrollo de la modernidad capitalista. Evidentemente, reconocemos la generosa crítica de Ingham al trabajo de Graeber, según la cual fue preciso "un largo desarrollo" para producir los actuales niveles y prácticas de deuda (2013: 135). Pero, si bien el remontarse a milenios de historia humana puede ser intelectualmente estimulante, pensamos, junto con Polanyi, que el capitalismo fue un punto de quiebre tan decisivo respecto de las anteriores formas de economía humana, que merece un examen más cercano que el que permite el estudio de Graeber.[14] Una tercera diferencia con

12 Hembruff (2013) también argumenta que Graeber carece de una teoría satisfactoria del Estado.

13 Hudson ([1972] 2003), Ingham (1999, 2004), Brown (2007), Mellor (2010), y Rowbotham (1998) ciertamente reconocen la dimensión del poder que entraña la creación monetaria, pero ninguno de ellos la teoriza como el poder *capitalizado* de una minoría de dueños privados. El énfasis en la capitalización como el ritual fundamental de la acumulación de capital (dinero), se asocia con el trabajo seminal de Nitzan y Bichler (2009). Sin embargo, Nitzan y Bichler no teorizan la creación de dinero como deuda. Para un resumen y una elaboración de su trabajo, véase Di Muzio (2014).

14 Polanyi escribe: "En relación con la economía anterior, la transformación que condujo a este sistema es tan total que se parece más a la me-

el trabajo de Graeber es que, al historizar la emergencia del capitalismo, postulamos un nexo energía-deuda-dinero, en virtud del cual la expansión de la oferta monetaria mediante la creación de préstamos a interés, es *asistida* (no determinada) por el superávit de energía de los combustibles fósiles (petróleo, carbón y gas natural).[15] En otras palabras, *los países que tienen altos niveles de consumo total de energía final serán también las economías con una mayor oferta monetaria y crecientes niveles de deuda.* Hemos encontrado que este nexo es empíricamente verificable y, como tal, nuestras observaciones tienen implicaciones importantes en el futuro de la economía global. Una cuarta distinción de este trabajo es que reconocemos la dimensión ecológica de nuestro orden monetario vigente. La dimensión ecológica puede formularse como sigue: *la creación de dinero como deuda que rinde interés es la fuerza que desencadena la necesidad del crecimiento económico y la progresión automática de la destrucción, el despojo y la mercantilización del mundo natural de recursos limitados y finitos.* Una última diferencia entre nuestro trabajo y el de Graeber es que ofrecemos soluciones a los problemas discutidos en el libro. Sin saber exactamente cómo proceder con los hallazgos de su investigación, Graeber más o menos se rinde hacia el final de su estudio.[16] Extrañamente, no propone soluciones a algunos de los problemas cruciales que identifica, más allá de alabar a los poco industriosos pobres (2013: 390).[17] Nuestro análisis, sin embargo, no sólo difiere del de Graeber en los puntos antes señalados, sino que ofrece soluciones viables que pueden ser debatidas tanto por activistas como por diseñadores de políti-

---

tamorfosis del gusano de seda en mariposa que a una modificación que podría expresarse en términos de crecimiento y de evolución continua" (1989: 42).

15 Douthwaite (en Heinberg 2010: 279-283) y Hall y Klitgaard (2012) notan la interconexión entre energía y dinero, pero la manera en que la tratan no está suficientemente teorizada y requiere de mayor detalle empírico. Véase también Di Muzio (2015).

16 Haciendo justicia a Graeber y su postura anarquista, cualquier solución que implique la acción a través del gobierno no representa en absoluto una solución, dado que legitima a la misma institución que se percibe como la raíz del problema (véase Graeber 2009: 203).

17 El término "pobres no industriosos" parece ser un oxímoron. La mayoría de la gente pobre, por definición, tiene que ser muy industriosa, aunque en formas que Graeber tal vez ha pasado por alto.

cas, así como una estrategia con la que estas reformas pueden ser implementadas.

El publicitado trabajo de Piketty se deriva en gran medida de datos de 200 años de la distribución de la riqueza, compilados por él y sus colaboradores, los cuales muestran que la desigualdad de la riqueza y el ingreso, muy alta en el siglo XIX, se redujo a mediados del siglo XX pero volvió a aumentar y, según Piketty, seguirá aumentando a través del siglo XXI en ausencia de medidas para prevenirlo. *El Capital en el Siglo XXI* se propone explicar las razones de esta trayectoria de la riqueza e, implícitamente, de la distribución y la acumulación del poder.

La clave de su trabajo reside en la relación entre la tasa de retorno del capital (*r*) en una economía y su tasa de crecimiento económico (*g*). Cuando la tasa de retorno del capital –es decir, el retorno financiero bajo la forma de ganancia, dividendos, intereses, rentas, regalías y otras formas de remuneración al capital– excede a la tasa de crecimiento –es decir, el ingreso nacional– el capitalismo automáticamente genera "desigualdades arbitrarias e insostenibles" que violan los valores meritocráticos que son el fundamento de las sociedades democráticas (Piketty 2014: 1). El autor representa esta relación como $r > g$. Por ejemplo, en 1910 el ingreso del 10 por ciento más rico representaba entre el 45 y el 50 por ciento del ingreso nacional; esta cantidad se redujo a menos del 35 por ciento en 1970, pero volvió a incrementarse a 50 por ciento en 2007, reduciéndose ligeramente desde entonces como consecuencia de la recesión de 2007-2008. Así pues, desde 1980, el decil superior en la distribución del ingreso se ha apropiado de tres cuartas partes del crecimiento del ingreso; el 1 por ciento más rico ha recibido el 60 por ciento, mientras que el 90 por ciento inferior ha recibido menos del 0.5 por ciento por año (Piketty 2014: 297). En lo que respecta a la distribución de la riqueza encontramos una imagen similar. El decil superior, que a principios del siglo XIX poseía entre el 60 y el 80 por ciento de la riqueza, vio reducir su participación a alrededor del 60 por ciento a mediados del siglo XX, pero ahora se mantiene entre el 60 y el 70 por ciento. En esencia, Piketty demuestra que la porción del ingreso nacional en posesión del capital, es decir, el retorno bajo la forma de ganancias, dividendos, intereses, rentas, regalías, etcétera, inexorablemente se incrementa y, en el presente, reclama el 30 por ciento del ingreso nacional.

Hay varias razones de que la distribución de la riqueza y el ingreso hayan sido convergentes hacia mediados del siglo XX.

De acuerdo con Piketty, los factores principales fueron las dos Guerras y la Gran Depresión, que no sólo destruyó capital, sino que impulsó a los gobiernos a formular políticas económicas que incrementaron la participación del trabajo en el ingreso nacional. En ausencia de esos golpes al capital, y de las subsecuentes políticas gubernamentales concernientes al gasto público, la desigualdad de la riqueza y el ingreso nuevamente han divergido, engendrando las desigualdades que hoy atestiguamos.

Es evidente que los argumentos de Piketty son más complejos, y exigen considerar factores como el papel de la riqueza heredada en la economía y el rol de lo que él llama *supermanagers* y sus salarios desproporcionados. A lo largo de este libro abordaremos algunos de los descubrimientos de Piketty, pero por ahora es útil resaltar los aspectos de su trabajo que se relacionan más directamente con el nuestro.

Mientras que Piketty no aborda la cuestión de la deuda *per se* (el término no figura en el índice), cada página de su libro trata de la deuda tanto como el de Graeber. Dicho simplemente, para que los libros de contabilidad se equilibren, por cada inversión en capital –es decir, para cada retorno del capital esperado, sea bajo la forma de un préstamo, una renta, una compra de acciones, la inversión en un negocio, etc.– debe haber una deuda correspondiente y alguien o algo que generará ese retorno. Esto tiene varias implicaciones importantes.

En primer lugar, divide a la sociedad en acreedores netos y deudores netos. La diferencia entre estas dos categorías analíticas es que algunos –los acreedores netos– reciben un mayor ingreso al capital del que erogan, mientras que otros –los deudores netos– pagan más en intereses de lo que reciben. Al reconocer esta división entre acreedores y deudores netos (como algo opuesto a verlos simple y abstractamente como "capital" o "retorno del capital"), obtenemos una mejor comprensión de la medida en que la vasta mayoría de la población debe generar un retorno financiero para una pequeña minoría.

El segundo punto importante a extraer del trabajo de Piketty es el hecho de que, si bien el capital tiene una existencia en el presente, siempre está orientado hacia el futuro, pues el retorno del capital depende de que se cumplan en el futuro las expectativas de ganancia del presente. En otras palabras, la gran incógnita es si el retorno sobre el capital puede realizarse. Recordemos que la deuda total global en 2014 era de 199 billones de dólares. Aunque no conocemos con exactitud el retorno esperado sobre esa

deuda, ni el periodo en el que debe ser pagada, sí sabemos que, si el crecimiento económico en el futuro es insuficiente, puede haber consecuencias graves. Al margen de esto, el futuro tiene una deuda con el presente; el capital tiene un derecho sobre el futuro (o, como lo expresa Piketty, "el pasado devora el futuro"), y la magnitud de ese derecho representa, evidentemente, una gran diferencia. Independientemente de si, como Piketty muestra, el precedente histórico es un indicador, el capital reclamará una mayor porción del ingreso futuro, y la cuestión es si el crecimiento económico será suficiente para satisfacer ese reclamo y, si no lo es, ¿de dónde el capital intentará generar el retorno esperado?

Y esto nos lleva al tercer punto relevante del trabajo de Piketty: el crecimiento, vaticina, se desacelerará y se aproximará al promedio histórico de entre el 1.5 y el 2 por ciento, mientras que el retorno esperado del capital permanecerá en su promedio histórico de entre el 4 y el 6 por ciento. Piketty no explica, como nosotros intentaremos hacer, por qué el crecimiento se ralentizará, limitándose a reconocer que las tasas de crecimiento de las economías emergentes se reducirán al nivel de las tasas de los países ricos, un fenómeno que los economistas llaman "convergencia". Los economistas, sin embargo, reconocen que mientras más rico se vuelve un país, es más difícil incrementar la tasa de crecimiento. Este hecho es de enorme importancia dado el creciente nivel de las exigencias del capital, es decir, de los acreedores, sobre el ingreso nacional. ¿Cuáles son, entonces, los principales factores que inhiben el crecimiento y la capacidad del futuro para pagar al pasado, o de los deudores para pagarle a los acreedores? Aquí mencionaremos únicamente dos razones.

Primero, el crecimiento económico es exponencial, de manera que una economía que crece a una tasa del 3 por ciento, debe duplicarse aproximadamente cada veintitrés años. Así, si la economía global creciera al 3 por ciento anual, para el año 2100 se acercaría a los mil billones de dólares. Examinaremos esta limitación al crecimiento con más detalle en el capítulo 4.

En segundo lugar, el crecimiento económico depende en gran medida de la energía combustible fósil, y este tipo de energía es una fuente no renovable cuyo costo probablemente se incrementará a lo largo del siglo XXI. En efecto, nuestra economía se basa principalmente en la transformación de la energía en dinero (ante todo, energía fósil, pero también de otras fuentes), y tanto un declive en la disponibilidad de la energía como un incremento en su costo obstaculizarán significativamente la continuación del cre-

cimiento. En otras palabras, nuestras sociedades monetizan los flujos y reservas de energía. Mientras que Piketty básicamente ignora el papel de la energía en la economía, como también hace Graeber, puede no ser accidental el hecho de que el periodo histórico de la convergencia del ingreso corresponda con el periodo del petróleo abundante y de bajo costo.

Si, por lo tanto, la tasa de crecimiento se ralentiza, pero las inversiones de capital aumentan –y como consecuencia también lo hace su reverso: la deuda–, ¿cómo podrá ser satisfecha la participación del capital en el ingreso nacional, y cómo podrán evitarse los *defaults*, las bancarrotas y el caos financiero? Es aquí donde pueden apreciarse todas las consecuencias de la deuda como tecnología del poder.

Si cada vez más ingreso es propiedad del capital, que está en manos privadas casi en su totalidad, y si el poder del capital y la deuda sobrepasa a cualquier otro, entonces las exigencias del capital sobre el ingreso futuro se impondrán sobre cualquier otro derecho, independientemente de las consecuencias morales o humanitarias, un punto que Graeber enfatiza. Como hemos visto en los últimos treinta años, y más recientemente durante la contracción de 2007-2008, las exigencias del capital (es decir, de los acreedores) fueron las primeras en ser satisfechas, incluso si ello requirió que los contribuyentes los rescataran o de la utilización de fondos destinados a otros recursos públicos (por ejemplo, la educación, la salud y los programas de bienestar) o de la porción del trabajo en el ingreso nacional. La llamada Flexibilización Cuantitativa [*Quantitative Easing*] también ha sido un medio a través del cual los bancos centrales del núcleo capitalista han intentado reinflar los mercados de capitales.

A diferencia de Graeber, quien no ofrece una solución, Piketty es mucho más atrevido. Según él, la única manera de evitar el problema es a través de un impuesto global a la riqueza. Esto, afirma, reducirá el monto de las exigencias del capital sobre la riqueza nacional y proveerá fondos para minimizar el daño. Semejante solución utópica, señala, sólo puede cumplirse a través de leyes bancarias que transparenten la riqueza de los consorcios. Ciertos países, incluyendo Italia, España y Suecia, lo han intentado. El problema, como Italia descubrió, es que, en ausencia de leyes internacionales, el capital simplemente huirá hacia paraísos más amigables para escapar a los impuestos. La dificultad, claro está, es persuadir a los gobiernos de que consideren estas medidas

y examinen si son la única solución, una cuestión a la que volveremos en el capítulo 5.

Argumentos y estructura

En tanto tecnología de poder social diferencial, la deuda está entrelazada con luchas sociales locales y globales con implicaciones interconectadas e internacionales para el futuro de la economía global. Este libro presenta una serie de argumentos interrelacionados alrededor de esta afirmación general. Primero, la deuda –y su inverso: el crédito– pueden ser teorizados como una tecnología de poder mayor, conocida por sus efectos sobre las relaciones sociales y el cambio ambiental. El principal objetivo de la deuda no ha sido facultar a los deudores a hacer algo, sino, de manera más determinante, impedir que se involucren en prácticas que podrían colocarlos fuera de la órbita del mundo mercantil de la acumulación diferencial. La deuda capitalista ayuda a producir sujetos enraizados en el mercado (Mahmud 2012: 469). Segundo, a medida que la institución de la propiedad privada exclusiva avanzó a través de la violencia y la sanción legal, la deuda fue movilizada de una manera más sistemática e intensificada por quienes estaban en control del crédito, con el propósito de ordenar y reordenar el terreno de la reproducción social en beneficio de la acumulación simbólica del poder representada en el dinero. Tercero, se produce una transición hacia el control moderno y organizado de la deuda y el crédito con el nacimiento de la deuda nacional y la extensión y ampliación del Estado burocrático, la recaudación, los ejércitos regulares y, con el tiempo, la capitalización *privada* de la banca o la creación monetaria. Cuarto, para el siglo XX, la deuda/crédito se volvió en su mayor parte despersonalizada y corporativizada, de suerte que un pequeño número de inversionistas ha llegado a capitalizar cada vez más aspectos de la actividad humana y los recursos naturales a través de la propiedad de los bancos y los instrumentos financieros. Quinto, la *magnitud* y *globalización* de la deuda hoy vigentes no habrían sido posibles sin la explotación de combustibles fósiles abundantes, accesibles y de bajo costo. En otras palabras, la explotación de un superávit de fuentes de energía permitió a una parte de la humanidad desvincularse de la austeridad de las economías orgánicas y con superávits bajos. Sin embargo, a medida que la energía combustible fósil se vuelve cada vez más cara en el siglo XXI, somos propensos a experimentar crisis de deuda más graves en todos los niveles de la sociedad

y a través de las demarcaciones políticas, ya que una mayor parte del ingreso disponible de las personas es transferido a quienes están en control de la energía que requieren para reproducir socialmente su estilo de vida. Sexto, la economía moderna, creada en gran medida como deuda que rinde interés, alimenta la necesidad del crecimiento económico, con drásticas consecuencias sociales, culturales y ambientales que nos están conduciendo hacia dislocamientos sociales y ambientales aún más graves, como la pérdida de la biodiversidad, la deforestación, la desertificación y el cambio climático. Séptimo, en el siglo XX, la deuda se conecta cada vez más con la cultura del materialismo y el consumo conspicuo, mediante el cual la gente es incentivada y condicionada a autoactualizarse a través de la compra de las mercancías publicitadas (Gill 1995). Octavo, los niveles actuales de deuda implican lo que Polanyi llamó "utopía descarnada": la creencia de que el moderno sistema de creación de dinero como deuda que rinde interés puede continuar *ad infinitum* en un planeta finito. Mientras nuestros líderes políticos y empresariales continúen aferrándose a esta falsa utopía del crecimiento y el dinero-deuda sin fin, la transición hacia un mundo más sano, equitativo y ambientalmente sostenible será casi imposible. Por último, existe una necesidad no sólo de interpretar la situación presente y entenderla históricamente, sino también de transformarla para asegurar el bienestar, si no es que la supervivencia, de la humanidad. Más aún, para aquellos que creen en la democracia –la idea de que la gente debe determinar su propio gobierno– es imperativo que la gente reclame la propiedad sobre el control del dinero y lo produzca de tal manera que evite la deuda paralizadora y la redistribución de la riqueza de abajo arriba. A partir de los resultados de nuestro estudio, ofrecemos un camino por el cual esto puede abordarse a través de un Partido del 99 por ciento y una estrategia política que utilice la propia deuda como un medio para promover el cambio. Además, reflexionamos sobre cómo imaginar formas de descapitalizar la casi universal pero radicalmente desigual socialidad de la deuda que, la cual ha emergido y se ha intensificado con la capitalización privada del poder de crear y asignar dinero como deuda que rinde interés.

Para examinar estas aseveraciones en detalle, hemos estructurado este libro en cuatro capítulos de acuerdo con su tema central: los orígenes modernos de la deuda capitalista, cómo la deuda en cuanto tecnología de poder se intensificó históricamente, las consecuencias de la deuda moderna, y las tareas por hacer. Ofre-

cemos un breve resumen de cada uno de ellos para concluir esta introducción.

El capítulo 2 investiga los orígenes modernos de la deuda en cuanto tecnología de poder, concentrándose en la guerra, la creación de la deuda "nacional" y la capitalización de la fuerza organizada del Estado. Rastreamos los orígenes de la deuda como tecnología de poder hasta la confluencia de una serie de eventos en la Inglaterra del siglo XVII. Sin embargo, lejos de ver esto como una serie de eventos aislados y ajenos a las interconexiones internacionales, los teorizamos como episodios ya incorporados a una red de relaciones de fuerza dinásticas, geopolíticas y nacionales. En Inglaterra, el propósito de fundar la deuda nacional –que fue la guerra– está entreverado con las maquinaciones financieras del imperio holandés, las ciudades-Estado italianas de los siglos XIV y XV, el comercio trasatlántico de esclavos y la conquista de Norteamérica e India mediante sociedades anónimas capitalizadas tales como la Compañía de las Indias Orientales. El principal argumento en este capítulo es que la invención de la deuda nacional financiada en el largo plazo se produjo no tanto para financiar guerras que ensancharan el poder de la Corona, sino ante todo para ensanchar el poder de lo que Justin Rosenberg (1994) llamó "el imperio de la sociedad civil" –o para ser más precisos, de aquellos miembros de la sociedad civil con los medios y la mentalidad para acumular dinero, no las masas pauperizadas y sin propiedades–. La manera en que nos aproximamos a esta explicación de la emergencia de la deuda como una tecnología de poder consiste en entenderla desde el punto de vista de quienes fueron tan poderosos como para capitalizar el Estado al apropiarse efectivamente de *porciones privadas* del derecho del gobierno a cobrar impuestos a sus ciudadanos (Marx 1975; Nitzan y Bichler 2018: 327 y sig.). Pero como en esta época la función principal del Estado era la guerra, la capitalización del Estado significó que los inversionistas también capitalizaban la capacidad del Estado para movilizar la violencia organizada con el fin de neutralizar la disidencia en el interior y abrir y mantener abiertas las colonias y las rutas de comercio. Con esto en mente, también debemos ocuparnos de ilustrar cómo la capitalización de las sociedades por acciones contribuyó al afianzamiento de la deuda y a la transformación de las relaciones humanas y del medio ambiente a medida que los comerciantes buscaron ganancias

diferenciales fuera de Inglaterra y, después del Acta de la Unión (1707), en Gran Bretaña.

En el capítulo 3, utilizamos el término “intensificación” en vez de “expansión” o “proliferación” para captar tanto la ampliación como la expansión espacial de la deuda en cuanto tecnología de poder durante la era del colonialismo europeo y la resistencia a ella. Una vez más, partimos del punto de vista del poderoso –o la fuerza superior y la violencia en busca de la acumulación diferencial–. Aquí examinamos cómo la imposición de regímenes imperiales de recaudación, o lo que llamamos “monetarización imperial” (respaldada siempre por la fuerza y el castigo) contribuyó a desplazar los modos de vida no conectados con el mercado internacional del precio y la ganancia. A diferencia de Graeber y Braudel, no vemos el mercado como algo separado del capitalismo, sino como una *precondición* para el surgimiento de la capitalización y la deuda como una tecnología de poder (Nitzan y Bichler 2009). En cuanto procesos de poder de procesamiento numérico, la capitalización y la deuda sólo pueden funcionar a través del precio. Allí donde los contratos, transacciones y prácticas no pueden ser tasados, comprados y vendidos, la capitalización de la deuda en tanto tecnología de poder colapsa. En otras palabras, el mercado no es un espacio exterior a la capitalización o la deuda, sino el mecanismo que hace posible la acumulación de poder diferencial representado en el dinero. Posteriormente, nos desplazamos hacia la cuestión de cómo las deudas “nacionales” fueron creadas y administradas en las colonias, el impacto que los movimientos de descolonización tuvieron en estas estructuras históricas, y los principales eventos que condujeron a la crisis de la deuda de la década de 1980 en lo que hoy se conoce como Sur Global. Concluimos el capítulo analizando la crisis de la deuda soberana en el llamado corazón del capitalismo global, o lo que Pettifor (2006) llamó “la próxima crisis de deuda del primer mundo”.

En el capítulo 4, examinamos las consecuencias de la deuda como tecnología de poder tanto en el nivel macro (*v. gr.* la destrucción ambiental, la desigualdad de la riqueza y las oportunidades de vida) como en el nivel micro (por ejemplo, el resurgimiento de la pena de prisión para los deudores en los Estados Unidos y la disciplina de los sujetos endeudados). Teniendo en cuenta estos dos niveles, exploramos tres consecuencias importantes de la capitalización privada del dinero como deuda que rinde interés.

La primera consecuencia mayor es que la creación de dinero como deuda que rinde interés necesita un crecimiento económico siempre mayor y, por lo tanto, una explotación de recursos más rápida. Tres objetivos principales se interponen a este objetivo: (1) el planeta es finito y estamos agotando buena parte de nuestros recursos a un ritmo acelerado, (2) las energías fósiles son no renovables y su combustión contribuye inmensamente al calentamiento y el socavamiento del planeta, y (3) no existe sobre la faz de la tierra un solo ejemplo de crecimiento exponencial ininterrumpido.

Una segunda consecuencia es que nuestro sistema de creación de dinero a través de préstamos/deuda, en el que el interés nunca es creado, significa que siempre hay más deuda en el sistema que capacidad para pagarla. Por ejemplo, cuando un banco extiende un préstamo de 1,000 dólares al 10 por ciento de interés, no crea el dinero para pagar los intereses –que en este caso serían de 100 dólares–. Dicho simplemente, el banco crea 1,000 dólares, no 1,100. Así que la cuestión es, ¿de dónde provendrán los intereses? La única solución posible es que los intereses deben provenir del "principal" –lo que significa que nunca habrá suficiente dinero en el sistema para liquidar todas las deudas–. En este sentido, la fuente de la deuda como tecnología de poder para los acreedores reside en su permanencia misma.

Una tercera consecuencia es la intensificación del neoliberalismo y las medidas de austeridad en varios países que experimentan altos niveles de deuda en relación con el PIB, sin mencionar la fuga de capitales y la evasión de impuestos (*v. gr.* Grecia). Aquí examinamos el impacto de las medidas de austeridad y el crecimiento de los niveles de deuda, y cómo afectan a los ciudadanos de las naciones endeudadas y de los países en desarrollo. También someteremos a examen el trabajo de Piketty, señalando que pasa por alto el papel de la deuda en el ensanchamiento de la brecha de ingreso y desigualdad que documenta, e ilustraremos cómo la deuda funciona como un dispositivo de transferencia de riqueza. Finalmente, para demostrar el grado en que la deuda como tecnología de poder ha colonizado nuestras vidas, examinaremos la cuestión de quién controla nuestro futuro bajo la economía política existente.

Habiendo considerado las consecuencias de la deuda como tecnología de poder en el capítulo 4, el capítulo 5 examina qué debemos y podemos hacer con la cuestión de la deuda dentro de la actual coyuntura. Nuestro primer argumento es que el Partido

del 99 por ciento, con una plataforma de partido específica, es un punto de partida útil para pensar la resistencia al vigente régimen de deuda. Nuestro segundo argumento se concentra en utilizar la propia deuda para forzar la descapitalización del vigente orden monetario, de modo que una pequeña minoría no pueda capitalizar el trabajo de otros o los recursos naturales del mundo para la acumulación privada de la riqueza simbólica. Bajo esta perspectiva, es importante darse cuenta de que, mientras la deuda es una tecnología de poder, y los acreedores ejercen un control desmesurado sobre los deudores, la riqueza del 1 por ciento se encuentra principalmente en los bolsillos del 99 por ciento que debe trabajar para generar un beneficio siempre creciente para los dominadores, los propietarios del capital.

2

Los orígenes: guerra, deuda nacional y el Estado capitalizado

...en lugar de partir del anatema contra el capital que devenga intereses en general, los iniciadores del sistema crediticio moderno parten, a la inversa, de su expreso reconocimiento. Karl Marx 1976: 775.

Para rastrear cómo la deuda se convirtió en una tecnología social de poder diferencial bajo el capitalismo, y las consecuencias que esta tecnología tiene sobre las relaciones sociales y el medio ambiente, debemos ofrecer una breve genealogía de su emergencia. Debido a las prisiones disciplinarias y la persistencia de conceptos controvertidos a través de todas las disciplinas, estamos ante el peligro de caer en trampas si no tenemos claro lo que buscamos desde el comienzo. Muchos académicos adscritos a la corriente dominante del dinero, las finanzas y la empresa capitalista, intentan convencernos de que el capitalismo se centra en la mitigación del riesgo, la reducción de los costos de transacción, la eficiencia organizativa y tecnológica y los precios de equilibrio (Roy 1997). Según esta lectura de la historia, sucede como si la meta de toda la historia humana –el *telos* de la especie– hubiera sido la reducción del riesgo y los costos de transacción, la búsqueda de una mayor eficiencia y la búsqueda incesante de los precios de equilibrio y el punto óptimo de Pareto. Nosotros no negamos que estos fenómenos y fetiches –reales o imaginarios– hayan jugado algún papel en la historia. Lo que no admitimos es la perspectiva teleológica en la investigación histórica. En primer lugar, porque ocluye los efectos jerárquicos ilegítimos del poder organizado y, en segundo lugar, porque nuestro punto de partida –las relaciones de poder diferenciales– no permiten una lectura teleológica de la historia. Dicho en breve, las cosas siempre pueden ser de otra manera, y parte de nuestra tarea como investigadores es develar que el presente no es natural ni una derivación progresiva, sino que

está constituido por luchas sociales que simultáneamente abren y clausuran horizontes políticos. Ahora bien, una perspectiva antiteleológica, escéptica de las creaciones progresivas o lineales de la historia, no supone que la historia esté despojada de toda lógica humana y propósitos racionales.[1] Como Weatherford ha argumentado, "toda cultura organiza su vida alrededor de unos cuantos principios, actividades y creencias simples (1997: 8). Sin intentar minimizar otros aspectos del quehacer humano, en la cultura *capitalista*, la vida y la reproducción social están en gran medida organizadas, sostenemos, alrededor de la *lógica de la acumulación diferencial* y el ritual de la capitalización en un esfuerzo por ganar más dinero y poder sobre los demás y sobre el medio ambiente (Nitzan y Bichler 2018). Éste es el propósito patológico no de la población en su totalidad –que generalmente se rige por lo que podemos llamar *lógica del sustento*–, sino de una pequeña minoría. En otras palabras, la mayoría de la gente busca obtener dinero porque lo necesita para sobrevivir y tener una calidad de vida decente, no como un fin en sí mismo y no siempre para ejercer el poder sobre los demás. En el centro de este orden se encuentra el sujeto privilegiado de la historia capitalista: los inversionistas o capitalistas, quienes actúan bajo una lógica particular con miras a acumular diferencialmente (Gill 1995). *Acumulación diferencial* significa simplemente que el capitalista apunta a acumular más dinero más rápidamente que los demás, en relación con una referencia móvil, es decir, una tasa de retorno "normal" cambiante, pues los capitalistas sólo pueden evaluar su desempeño en relación con otros capitalistas que intentan hacer exactamente lo mismo (Nitzan y Bichler 2009: 241 y 309). Por ejemplo, si yo obtengo un 5 por ciento de beneficio sobre mi inversión en un año y usted obtiene un 7 por ciento, sé que mis de-

1 Por propósitos racionales no nos referimos a las teorías de la "acción racional" que conciben a los seres humanos como poco más que actores racionales calculadores en busca de maximizar el placer y minimizar el dolor en un espacio abstracto despojado de historia, política y poder. En vez de ello, seguimos a Foucault y argumentamos que existen diferentes racionalidades de la acción social. Pero lo que las unifica es la noción de que todas ellas entrañan razones o justificaciones para la acción. Esto hace que las racionalidades sean difíciles de evaluar de manera objetiva. En consecuencia, sólo podemos criticar y escudriñar los efectos de estas racionalidades sometiéndolos a pruebas de legitimidad éticas y democráticas. Dicho simplemente, evaluamos sus efectos sobre las relaciones sociales y el mundo natural.

cisiones fueron inferiores en relación con las suyas. Sin embargo, si el retorno promedio sobre la inversión es del 11 por ciento, entonces ambos hemos tenido un desempeño drásticamente inferior al de quienes apenas alcanzaron el retorno "promedio". Si nos propusiéramos seriamente superar la tasa de retorno promedio, nuestro desempeño inferior sería un indicador de que debemos cambiar de estrategia.

El concepto de *capitalización* está estrechamente relacionado con la lógica de la acumulación diferencial. La capitalización es el acto de los inversionistas de calcular el valor presente, ajustado al nivel de riesgo, de un ingreso monetario esperado a futuro. Las matemáticas y la teoría del valor temporal del dinero tardaron un tiempo en desarrollarse, pero como veremos, el acto de actualizar al valor presente los flujos de ganancia a partir de una estimación del nivel del riesgo, es una práctica con un largo linaje histórico.[2] Como sabemos por el capítulo 1, la mayor parte de la capitalización está conformada por instrumentos de deuda, principalmente diversas formas de deuda gubernamental, bonos financieros y préstamos no securitizados (e.g. préstamos estudiantiles y tarjetas de crédito). El otro camino por el que se realiza la capitalización es la bolsa de valores. Estos mercados son históricamente recientes y son una manera de organizar el poder y la propiedad corporativas (Henwood 1997). Ofrecen a los inversionistas una opción en caso de que deseen vender sus títulos de propiedad o comprar nuevos derechos sobre los ingresos monetarios de otras compañías. Alrededor del mundo, la capitalización existente es

---

2 La actualización [*discounting*] es el proceso de evaluar el valor presente de un pago o un flujo de ingresos futuros. Por ejemplo, puedo tener un bono gubernamental que dice que el gobierno me debe $100 durante 15 años. Si necesito el dinero ahora o no confío en que el gobierno me pagará, puedo vender este bono a un tercero. Esta persona probablemente "actualice" o "descuente" el bono, es decir que pagará una suma inferior a $100 por el bono. Tal vez sólo me pague $90, pero como necesito el dinero ahora o no confío en que el gobierno me pagará en el futuro, estaré contento de por lo menos tener $90 en vez de una cantidad menor después. Este descuento es central en las finanzas y está fundado sobre la teoría del valor-tiempo del dinero. En esencia, esta teoría afirma que el valor de un dólar hoy es mayor al de un dolar en el futuro, pues el dólar que se tiene hoy puede comenzar a ganar intereses inmediatamente. La tasa de interés es absolutamente parte integrante del capitalismo, y en ausencia de ella, a los capitalistas se les dificultaría establecer una tasa normal de retorno y evaluar el futuro.

de 67 billones de dólares, distribuida en sesenta bolsas principales.[3] Di Muzio (2014) ha argumentado que el aumento de la capitalización, a partir de sus orígenes humildes, coincidió con la explotación de energía derivada de los combustibles fósiles.[4] Esto apunta hacia una dimensión fundamental de la cultura capitalista, dado que su aparición representa un aumento abrupto de la capitalización, y de instituciones como la bolsa de valores, para respaldar el comercio de los derechos de propiedad sobre las ganancias futuras de las compañías que dan forma a la reproducción social mediante la capitalización de la energía. Nitzan y Bichler (2009) llaman "capital dominante" a las mayores compañías del mundo según su capitalización de mercado. Cuando hablamos de "capital dominante" en este libro, nos referimos a las compañías enlistadas en el *Global Financial Times 500* –una lista de las corporaciones ordenadas por su capitalización de mercado–.[5] Estas firmas poseen un inmenso poder de configurar y reconfigurar las pautas de la reproducción social debido al control que tienen sobre la producción y la reproducción social. Controlan la energía, los alimentos, las medicinas, la ropa, el *software*, los medios, las telecomunicaciones, el transporte, la riqueza mineral y mucho más. También es importante resaltar que muchas de estas compañías no financieras también están profundamente endeudadas con los bancos. Por ejemplo, de acuerdo con la Reserva Federal, la deuda de las compañías no financieras estadounidenses es de 13.9 billones de dólares.[6]

Pero, mientras que la acumulación diferencial es la lógica que rige al capitalismo, y la capitalización es su ritual dominante, la dependencia del mercado y el sistema de precios también son partes integrantes del capitalismo. Esto significa que el dinero –en este caso, la unidad de cuenta– es absolutamente central al capitalismo, pues la acumulación es medida en términos pecuniarios y

3 La bolsa de valores más antigua de la que se tenga conocimiento fue establecida por la Compañía Holandesa de las Indias en 1602.

4 Datos de la World Federation of Exchanges: http://www.world-exchanges.org/about-wfe (consultado el 11 de julio de 2014).

5 El FT Global 500 se puede consultar en: http://www.ft.com/intl/cms/s/0/988051be-fdee-11e3-bd0e-00144feab7de.html#axzz3O3vRstzX.

6 Reserva Federal de Estados Unidos. Z.1. Financial Accounts of the United States. Disponible en: http://www.federalreserve.gov/releases/z1/current/z1.pdf (consultado el 21 de febrero de 2014). Cifras del 5 de junio de 2014.

sólo pecuniarios. En la medida que esto constituye una evaluación exacta de nuestra condición, debemos tener una comprensión clara de cómo se crea el dinero capitalista. Como Ingham y otros han señalado, hay una considerable confusión sobre qué es el dinero y cómo se produce. La economía ortodoxa no ayuda en absoluto. Los modernos libros de texto de economía continúan inculcando una explicación distorsionada e incorrecta de la moderna creación de dinero, llevando a generaciones de graduados a terminar la escuela con una escasa comprensión de lo que es presumiblemente la institución social más importante de sus sociedades. Como Ingham ha explicado y otros han confirmado, el dinero moderno "es una relación social de crédito y deuda denominada en un dinero como unidad de cuenta" (2004: 12; véase también Rowbotham 1998). La mayor parte de la oferta monetaria de cualquier país se crea cuando los bancos emiten préstamos a quienes están dispuestos a pedirlos, es decir, gobiernos, negocios y hogares.[7] En otras palabras, los bancos no son intermediarios –no toman el dinero de los ahorradores para prestarlo a los deudores a tasas de interés diferentes–.[8] La creación de dinero tampoco depende de que alguien deposite dinero en el banco (Sheard 2013). Los bancos comerciales son simplemente "mercaderes de deuda" que producen y asignan el dinero requerido bajo la forma de deuda que rinde intereses (Minsky citado en Ingham 2004: 161).

En las explicaciones económicas tradicionales, se nos dice que el dinero juega al menos tres funciones en la sociedad: medio de cambio, reserva de valor y unidad de cuenta o medida del valor. Siguiendo a Innes y a Keynes, Ingham (2004) argumenta que la función de unidad de cuenta del dinero es mucho más importante que el papel que juega como "medio" de cambio (Wray). El dinero no son los billetes, las monedas, el oro, la plata o el cacao, sino la unidad de cuenta abstracta que puede ser representada por cualquier medio (si bien el medio es típicamente seleccionado por una autoridad o un detentor del poder, y debe cumplir ciertos requerimientos). Como Ingham (2004) y otros argumentan, el papel del dinero como una medida abstracta de valor es lógica e históri-

---

7 Martin Wolf (2014) "Strip Private Banks of Their Power to Create Money", *Financial Times*, 24 de abril, y David Graeber (2014) "The Truth Is Out: Money Is Just an IOU and the Banks Are Rolling in It", *The Guardian*, 18 de marzo. *97% Owned* es también un documental revelador.

8 La idea general aquí es que el interés que los bancos pagan a los depositantes siempre es menor al interés que cobran a los deudores.

camente anterior a toda la fascinación con las monedas o el patrón oro, y puede rastrearse a las primeras economías agrarias del Nilo y el Tigris (Wray 2004). En efecto, como Rowbotham sugiere, "la mayoría del dinero existe puramente como un número" (1998: 10). Aunque no debemos confundir el dinero con una "cosa" o una sustancia material como hace la mayoría de los economistas de la corriente dominante, Ingham argumenta que podemos concebir cuatro modos históricos de producción monetaria:

- Dinero de cuenta en función de un estándar de valor sin un signo transferible (caso conocido más temprano: Mesopotamia, tercer milenio a.C.)
- Sistemas de acuñación de monedas de metal precioso (Asia menor, del 700 a.C. a principios del siglo XX d.C.)
- Sistema dual de acuñación de monedas de metal precioso y dinero crédito (del siglo XV a comienzos del siglo XX).
- El sistema del dinero-crédito capitalista puro (de mediados del siglo XX a nuestros días). (Ingham 2004: 77-78).

Admitimos con Schumpeter, Keynes e Ingham que un aspecto crucial que distingue al capitalismo de formas más tempranas de organizar la sociedad y sus prácticas, es la manera en que el dinero es creado bajo la forma de deuda que genera intereses (Schumpeter citado en Ingham 2004: 63). Si, como sostienen Nitzan y Bichler (2009), el capital es poder social diferencial mercantilizado y medido en dinero, debemos estar muy atentos a la manera en que el dinero es creado y asignado en nuestras sociedades. En este capítulo argumentamos que la clave para entender la deuda en tanto tecnología de poder reside no sólo en discernir que el dinero moderno se crea en gran medida como deuda por los bancos comerciales, sino en descubrir que el sistema de producción y asignación de dinero es de *propiedad privada.* Así, para ofrecer una genealogía de la deuda como tecnología de poder en este capítulo, debemos abordar cómo el sistema de producción y asignación de dinero llegó a ser apropiado, controlado y capitalizado por unos pocos. El corolario de este hecho social no es simplemente que convierte la relación entre deudores y acreedores en un elemento central del capitalismo, sino que la oferta monetaria está "sujeta a un control riguroso", de tal manera que siempre hay una demanda de dinero y una escasez de su disponibilidad (Rowbotham 1998; Ingham 2004: 7). Utilizando el lenguaje de Veblen, podemos llamar a la apropiación privada de la produc-

ción y asignación de dinero el mayor "sabotaje" en la historia de la humanidad dado que, para ejercer el poder, cualquiera que sea, los propietarios de los bancos y sus directivos deben incapacitar o restringir la oferta monetaria y luchar contra todas las posibles alternativas a su monopolio efectivo. Hasta el día de hoy, han sido muy exitosos porque han logrado anexarse al poder estatal. Un indicador de esto es que, en el pasado, la reforma monetaria y del dinero fue acaloradamente debatida (Rowbotham 1998: 7), mientras que en el presente los debates y las propuestas en torno a la reforma monetaria, si bien existen, tienen un lugar relativamente marginal y no han podido ganar apoyo político significativo a pesar de la evidente inequidad y fragilidad del vigente sistema de las finanzas modernas y la producción de dinero. Esto es lo que hace de la deuda una tecnología de poder diferencial beneficiosa para los acreedores: la propiedad privada sobre un derecho exclusivo de crear crédito (dinero como deuda) y, con el paso del tiempo, la naturalización de este poder como algo privado –ambas características fuertemente respaldadas por el hecho de que casi todos los libros de texto de la economía dominante enseñan modelos completamente equivocados sobre cómo el dinero es puesto en circulación en la economía (Häring 2013)–. Ahora bien, aunque este punto es central para nuestro argumento, también reconocemos que, en última instancia, lo que es monetizado y capitalizado es energía bajo sus diferentes formas. La oferta monetaria de numerosos países –particularmente del imperio inglés y británico, y después los Estados Unidos– fueron capaces de expandirse debido al superávit de energía suministrado por los combustibles fósiles. Sostenemos que para dar un nuevo impulso al actual sistema de creación de dinero se requiere un crecimiento económico constante que es insostenible a largo plazo debido a los límites naturales de algunos recursos y al hecho de que los combustibles fósiles –la principal fuente de energía del capitalismo– no son renovables. Vale la pena detenerse aquí a considerar por qué el crecimiento económico es tan relevante para nuestras sociedades. ¿Por qué nuestras economías crecen, incluso cuando el PIB no nos dice nada del bienestar humano (Daly 2008; Fioramonti 2013)?[9] Aparentemente, hay al menos tres razones principales: dos son imperativas –debido a la escasez inducida de dinero para la mayoría– y la otra es ideológica. Como identificó Rowbotham (1998: 37 y sig.), el crecimiento económico forzado

9 Véase también: David Pilling (2014) "Has GDP Outgrown Its Use?", *Financial Times*, 4 de julio.

resulta, en primer lugar, de la competencia por el dinero con el fin de pagar las deudas y adquirir bienes y servicios. Dado que los bancos crean dinero al conceder créditos a los deudores, *pero sin crear los intereses,* siempre hay más deuda en el sistema que dinero disponible para pagarla. Por ejemplo, como aseveramos antes, la deuda de las corporaciones no financieras en Estados Unidos es de 13.9 billones de dólares. Si suponemos una tasa de interés simple de sólo el 3 por ciento, al final del año la comunidad empresarial de Estados Unidos debería 417 mil millones de dólares a sus acreedores. Dado que estos 417 mil millones no fueron creados en el momento en que los préstamos fueron emitidos (únicamente se crea el principal de la deuda, nunca los intereses), el dinero para pagar la deuda de las empresas debe ser obtenido de algún otro lugar de la economía –retirándolo de la circulación cuando la deuda es reembolsada–. Esto crea una mayor escasez de dinero en la economía. Más aún, el costo de pedir dinero es trasladado hacia los consumidores: se vuelve una parte integrante de la fijación de precios y la inflación en la batalla económica para acumular diferencialmente. La Figura 2.1 muestra el incremento de la deuda empresarial en Estados Unidos, y asumimos que en los demás países del capitalismo avanzado se observa una trayectoria similar.

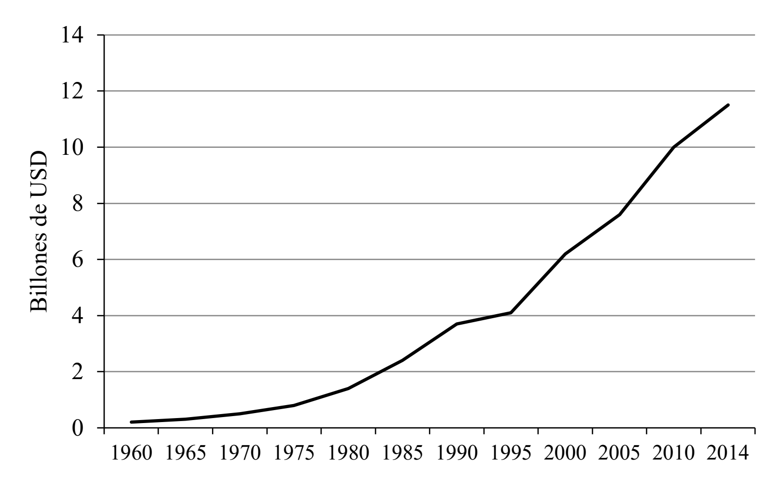


Figura 2.1 Deuda de empresas no financieras 1960-2014. 1er. trimestre.

Fuente: Reserva Federal de Estados Unidos. LA144104005, Q.

El segundo factor identificado por Rowbotham es la carencia crónica de poder de compra en la economía, lo que resulta del hecho de que los "ingresos distribuidos" son insuficientes para adquirir los bienes y servicios producidos en la sociedad. La evidencia que respalda esta afirmación es la creciente deuda para el consumo en los países ricos. Como *The Economist* reporta, "la ratio entre deuda e ingreso disponible se incrementó en un promedio de 30 puntos porcentuales, a 130 por ciento, en los países de la OCDE entre los años previos al *boom* de 2000 y los años previos a la crisis de 2007".[10] Esta deuda de consumo no sería necesaria si no existiera la carencia crónica de poder de compra en la economía. Más aún, si todos vivieran "dentro de sus posibilidades" o "sólo gastaran lo que ingresan", como las fuerzas conservadoras suelen promover, la economía global colapsaría inevitablemente. Por ejemplo, en 2012 el total de la deuda no garantizada pendiente de pago ascendía a 62 billones de dólares en 183 países (McKinsey 2013). Es la *mayor categoría de deuda* –mayor que el total de la deuda nacional de todos los países combinados– y ha aumentado en un 170 por ciento desde 1990. Dicha deuda se compone de préstamos personales, líneas de crédito, tarjetas de crédito y deuda estudiantil, entre otros "productos" de deuda. Ahora imaginemos qué sucedería si repentinamente todo este dinero-deuda se desvaneciera de la economía global. El desastre sobrevendría con toda seguridad.

La tercera razón del crecimiento económico forzado es ideológica, pues la promesa del crecimiento económico presuntamente incrementa la riqueza para todos a medida que, con el tiempo, hace crecer el pastel de la economía. Por ende, las élites políticas y los individuos extremadamente ricos evitan todos los llamados a la redistribución de la riqueza o a la transformación de las relaciones sociales de producción e intercambio imperantes. Como argumentó Kempf,

> Para escapar a toda reevaluación, la oligarquía sigue repitiendo la ideología dominante, según la cual la solución a la crisis social es el crecimiento de la producción. Éste es, presuntamente, el único medio para combatir la pobreza y el desempleo. El crecimiento permitiría que el nivel general de riqueza se incrementara y, consecuentemente, mejorara la posición de los más pobres,

10 *The Economist*, "Household Debt", 1 de junio de 2013. Disponible en: http://www.economist.com/news/economic-and-financial-indicators/21578669-household-debt (consultado el 1 de julio de 2014).

> sin necesidad alguna –y esto nunca se explica– de modificar la distribución de la riqueza (2008: 70).

La necesidad del crecimiento económico, a pesar de los límites ecológicos observables dentro de un planeta finito, queda así programada en las economías basadas en la deuda –está codificada no sólo en las matemáticas del sistema, sino también en la ideología política del crecimiento–. Para ilustrar cuán patológica es la búsqueda del crecimiento, imaginemos a un político que intentara llevar a cabo una exitosa campaña sosteniendo la necesidad de que la economía decrezca. O imaginemos a un ejecutivo de una empresa argumentando que para el siguiente cuatrimestre preferiría generar menos ganancias que el anterior. Ambos escenarios son absurdos dentro de un sistema monetario basado en la deuda y que, a su vez, se erige sobre el poder diferencial.

Resumiendo lo hasta aquí dicho, nuestra breve genealogía de la deuda en tanto tecnología de poder debe considerar lo siguiente:

- La acumulación diferencial.
- El ascenso de la capitalización basada en la energía combustible fósil.
- Los diferentes modos de producción de dinero.
- La creación de un sistema de precios y la dependencia al mercado.
- El adueñamiento y la capitalización de la producción de dinero como deuda que genera intereses.
- El hecho de que las economías fundadas en la deuda requieren un crecimiento económico perpetuo.
- Las dimensiones internacionales de este fenómeno.

Para hacerlo, nos dirigiremos ahora hacia la cuestión de cómo la deuda fue capitalizada por el poder organizado, y veremos cómo su genealogía está fundada en la guerra, la deuda nacional y la capitalización del Estado de Inglaterra.

Dinero, deuda y guerra antes del Banco de Inglaterra

Si bien las relaciones sociales de crédito y deuda existieron mucho antes de la emergencia del capitalismo, y el dinero ha tomado

muchas formas históricamente, estamos interesados en cómo la deuda se convirtió en la tecnología del poder organizado y capitalizado (Weatherford 1997; Davies 2002; Graeber 2011). El desarrollo fundamental se produjo con la creación del Banco de Inglaterra en 1694, y la innovadora creación de una deuda nacional financiada en el largo plazo, susceptible de ser pagada a través de una recaudación impositiva regresiva siempre creciente (Dickson 1967; O'Brien 1988; Brewer 1989; Braddick 1996). Pero no debemos teorizar el caso inglés como una entidad aislada de la geopolítica, los mercados extranjeros y las luchas de poder religiosas y dinásticas de Europa y, más tarde, del mundo (Teschke 2009). Como muchos académicos han señalado, desde la conquista normanda de 1066, los gobernantes centralizaron activamente el poder político antes de que lo hiciera la mayoría de las naciones continentales (Wood 2002). Con el tiempo, la nobleza fue en gran parte desmilitarizada en relación con sus contrapartes continentales, haciendo menos probables los desafíos violentos a la autoridad Real central (Brewer 1989). Inglaterra, además, alcanzó la "primera moneda nacional uniforme" alrededor de 1066 –una característica que a los poderes continentales les tomaría cientos de años alcanzar (Davies 2002: 130)–. Finalmente, debido a una "crisis de energía" en los años mil quinientos, resultado de la extendida deforestación que puso el precio de la madera fuera del alcance de muchos, una mayor parte de la población de Inglaterra viró hacia el carbón como su principal fuente de energía (Nef 1977; Sieferle 2010). Esta nueva fuente de energía y la necesidad de extraer más carbón de las entrañas acuosas de la tierra, desencadenaron lo que popularmente se ha llamado Primera Revolución Industrial del mundo, ya que la energía del vapor y el ferrocarril se utilizaron para bombear el agua de las minas con el fin de extraer y transportar más energía del carbón (Smil 1994). Como discutiremos brevemente más adelante, esta nueva fuente de energía inspiró un buen número de inventos e innovaciones, incrementó la productividad y el superávit, y disparó el ascenso de la capitalización británica de la Bolsa de Valores de Londres.

A pesar de estas diferencias, Inglaterra compartió al menos cuatro características con las naciones de la Europa continental. Primero, el país fue abrumadoramente agrario, no democrático, y fue gestionado en beneficio de la autoridad real de los señores feudales. Segundo, el dinero se entendía como oro y plata y no como, por ejemplo, puro crédito o ganado. Una de las metas principales de los gobernantes fue el control de la producción de

este dinero donde fuera posible, y el obtener más. En tercer lugar, había escasez de dinero debido a la creencia de que el dinero sólo podía ser plata u oro –sustancias metálicas consideradas como portadoras de un valor "intrínseco"–. Como consecuencia, sólo se podía incrementar la oferta monetaria mediante tres formas: encontrar nuevas minas dentro o fuera del país, intercambiar bienes y servicios con otros países a cambio de oro o plata, o robárselo a alguien más. En cuarto lugar, debido a su geografía, Inglaterra logró evitar gran parte de las guerras persistentes y onerosas que experimentó el continente a principios de la era moderna. Sin embargo, Inglaterra también se involucró en batallas contra países extranjeros y constantemente necesitó dinero para financiar sus conquistas y conflictos, y para satisfacer los deseos de más dinero, riqueza y poder de su clase dominante (Brewer 1989).

Hasta la Revolución Gloriosa de 1688 y la creación del Banco de Inglaterra (1694) y la deuda nacional, la producción o creación de dinero y su asignación inicial fueron prerrogativas del soberano (Davies 2002: 136). El soberano reclutaba a varios acuñadores de cierta reputación para que crearan las monedas soberanas y, ocasionalmente, las volvieran a acuñar cuando estaban degradadas o sobreutilizadas. Los errores de acuñación o el fraude con la moneda ameritaban castigos corporales como la mutilación de las manos, la ceguera, la castración, o los tres actos (Davies 2002: 140). Posteriormente, estas monedas eran puestas en circulación en la economía mediante el gasto, particularmente para el financiamiento de la guerra o para el sustento de los soldados inmersos en batallas por el poder dinástico y la riqueza. Esto creó una situación en que los comerciantes privados involucrados en la producción y el comercio de bienes y servicios podían amasar pequeñas fortunas en monedas. También vale la pena recordar que los registros históricos parecen confirmar que, al menos en la modernidad temprana, anterior a la Revolución Industrial, la mayoría de los campesinos no tenía acceso a esta forma de dinero (Dyer 1997; Gilbert y Helleiner 1999: 3). En otras palabras, el dinero metálico de oro y plata circulaba entre los poderosos para sus propios intereses, como una temprana forma de contabilización de su poder de controlar bienes y servicios de otros (Davies 2002: 145). El dinero fue, en gran medida, un producto de los poderosos, no un arma de los débiles. Algunas de las monedas gastadas en la economía por la regencia volvían al soberano a través de los impuestos oficiales. Esto significaba que las políticas monetarias y fiscales estaban estrechamente vinculadas. Como seña-

la Davies, "la acuñación y la imposición tributaria eran dos caras de la misma moneda del poder Real" (2002: 147). Los impuestos hicieron que las monedas fueran valiosas, pues eran necesarias para pagar los impuestos.

Sin embargo, a diferencia de la autoridad Real de Francia, que estaba en una constante búsqueda de impuestos para pagarle a un floreciente grupo de funcionarios venales que a menudo estaban exentos de impuestos, los soberanos ingleses parecen haber estado más limitados por sus súbditos. Esto hizo más difícil el gravar a la población con una sobrecarga de impuestos –en particular en ausencia de parlamentos regulares–. Ello no significa que los Estados no fueran onerosos para algunas poblaciones; simplemente sugiere que, desde una perspectiva comparativa, los ingleses pagaban ligeramente menos impuestos que sus contrapartes en Francia, recayendo la carga impositiva más sobre la propiedad que sobre el mundo campesino no monetizado. Sin embargo, después de la Revolución Gloriosa de 1688 y la creación de la deuda nacional, la inglesa se convertiría en la población sometida a la mayor carga impositiva de toda Europa. Como discutiremos brevemente, emergió en Inglaterra una plétora de nuevos impuestos para financiar las guerras continentales y las conquistas coloniales de la clase dominante inglesa (O'Brien 1988; Brewer 1989). Pero esto no habría podido tener efecto alguno, y de hecho habría destruido la economía, sin una oferta monetaria expansiva causada primero por la emisión de préstamos del Banco de Inglaterra originalmente respaldados por las monedas de plata (Carruthers 1996; Davies 2002; Wennerlind 2011).

Lo que a menudo se olvida es que antes de que el soberano se subordinara al Parlamento, el financiamiento de la guerra era la responsabilidad *personal* de la autoridad Real. Los límites relativamente estrictos sobre la recaudación de impuestos, y la oferta monetaria limitada, significaban que, si el soberano quería pagar sus costosas guerras, debía recaudar fondos a través de un número limitado de alternativas. Primero, el soberano podía pedir prestado a individuos en particular, pero si no lograba el financiamiento, la regencia podía forzar los préstamos. La primera alternativa estaba limitada por la percepción que tenían los acreedores de las finanzas Reales, mientras que la segunda (los préstamos forzados) estaba limitada por el poder privado de los prestamistas de dinero y su capacidad de esconder el monto real de su riqueza. En segundo lugar, los títulos de parentesco, los cargos venales, los monopolios y las tierras Reales podían ser vendidos por di-

nero en efectivo a ciertas fuerzas sociales privadas. Si bien las dos primeras opciones no eran tan comunes como en Francia, la tercera y la cuarta opción (que se examinan a continuación) eran muy comunes y fuentes principales de los ingresos Reales. De hecho, desde Ricardo I (1189-1199), las sucesivas monarquías efectivamente "privatizaban" bienes Reales y privilegios cuando necesitaban dinero para pagar sus deudas o financiar la guerra (Davies 2002: 158; Wennerlind 2011: 25). Brewer puso esto en el contexto de la guerra:

> Las exigencias fiscales de la Corona también impulsaron la venta de los privilegios comerciales y los monopolios. Joel Hurstfield ha descrito esto como "subastar la maquinaria gubernamental misma". Comenzando con Elizabeth, y expandiéndose rápidamente durante la guerra con España en las décadas de 1580 y 1590, esta práctica alcanzó su punto más alto en los años 1630, cuando los monopolios del almidón, el carbón, la sal y el jabón recaudaron 80.000 libras al año para la Corona, y entre 200.000 y 300.000 libras para los monopolistas (1989: 14).

Como veremos, la práctica de vender activos estatales para pagar las deudas existe hasta nuestros días. La única diferencia es que ahora lo que se vende a los capitalistas privados son los activos "públicos" en vez de "Reales" –una faceta crucial de la deuda desplegada como tecnología de los poderosos en nuestra era (Chossudovsky 2002: 55 y sig.; Perkins 2004)–. Una tercera forma en que los regentes podían recaudar fondos era a través de las rentas de las propiedades Reales. Ésta era una fuente clave de ingresos, pero a medida que los sucesivos regentes vendieron más y más propiedades Reales, el producto nunca fue suficiente para financiar la guerra y otras erogaciones estatales. Una cuarta opción consistía en devaluar la moneda disminuyendo su contenido de metal precioso, creando así más monedas a partir de la misma base metálica. Ésta era, por supuesto, una opción sumamente polémica para los verdaderos creyentes del dinero metálico. Había dos caminos más: saquear la plata y el oro de los enemigos y, en tiempos de Enrique VIII, la disolución de los monasterios. La expropiación y la venta privada de los monasterios era principalmente una práctica para recaudar fondos, como dejaba claro el "departamento establecido para supervisar la disolución: el Tribunal de Aumento de los Ingresos de la Corona del Rey" (Woodward 1966; Davies 2002: 194 y sig.).

¿Cómo entender entonces el dinero, la guerra y la deuda antes del Banco de Inglaterra? Primero, mientras el soberano tenía la capacidad de acuñar dinero, una vez que era gastado y puesto en circulación en la economía los regentes sucesivos perdían el control de él y sólo podían recolectar dinero a través de los impuestos y de las vías antes descritas. Esto sugiere que, mientras la regencia estaba efectivamente por encima de la ley y por lo tanto ejercía un poder legal diferencial sobre los súbditos, en primera instancia tenía un *poder financiero muy limitado*. La manera en que el dinero era gastado en la economía, los monopolios privados garantizados, y los activos Reales vendidos, permitió a las fuerzas sociales privadas amasar fortunas cada vez más grandes, confiriendo a un pequeño grupo de comerciantes y acreedores un considerable poder financiero sobre el monarca, jurídicamente superior. Segundo, al menos desde Ricardo I, todos los monarcas posteriores estuvieron en deuda permanente con sus acreedores, lo que continuó socavando su poder con el paso del tiempo. La evidencia de esto puede encontrarse en la teoría política emergente de la era. El tratado de Harrington *Oceana* (1956) sostenía que el colapso de la monarquía en las sangrientas guerras civiles inglesas (1642-1651) fue en gran medida el resultado de un desplazamiento del poder financiero de los propietarios (Pipes 1999: 32). El poder diferencial de la propiedad y las finanzas residía ahora en súbditos acaudalados y no en el monarca. La regencia no podía ser todopoderosa y, al mismo tiempo, el mayor deudor de la nación. En tercer lugar, las exigencias fiscales del soberano en gran medida se destinaban a hacer la guerra y defender el reino –tareas costosas que demandaban siempre más dinero (Brewer 1989)–. Por último, como el dinero era entendido principalmente como oro y plata, había una escasez virtualmente perpetua de dinero, aunque no de capacidad material potencial (Davies 2002: 170). Incrementar la oferta monetaria significaba degradar la moneda o encontrar nuevas fuentes de oro y plata mediante el comercio internacional, el saqueo de otras naciones o el hallazgo y la explotación de nuevas minas. Si el monarca hubiera tenido el poder de crear dinero-crédito capitalista “de la nada”, la historia del capitalismo tal vez habría sido radicalmente diferente. Pero en vez de convertirse en los principales acreedores del reino, los sucesivos monarcas fueron, típicamente, los principales deudores. Bajo esta luz, no es sorprendente que la regencia eventualmente se hubiera subordinado a los financieramente prósperos propietarios en el Parlamento. Resultó así, pues, que el poder de crear

dinero como deuda que genera intereses fue entregado a fuerzas sociales privadas. Así, una institución potencialmente pública y que pudo haber operado para el interés colectivo, se constituyó en una institución que operaba bajo el interés de una pequeña clase de comerciantes y financieros.

La vieja dama de Threadneedle Street

Para la época de la Revolución Gloriosa de 1688 –revolución que consolidó el poder parlamentario sobre la monarquía–, habían emergido acalorados debates entre las élites acerca de la escasez del dinero y lo que podía hacerse para remediarla. Más aún, existía un sentimiento general entre ciertos sectores de la élite de que la economía no estaba operando a su máximo potencial. La posibilidad de producir y mejorar más bienes agrícolas y manufacturas parecía estar dentro de la capacidad técnica de la economía, pero mientras el dinero fuera entendido como metal, la oferta no podía incrementarse fácilmente y la expansión del comercio más allá de cierto límite resultaba virtualmente imposible. Como señala Wennerlind, "mientras que la teoría económica moderna no reconoce la posibilidad de la escasez del dinero, los pensadores del siglo XVII estaban *consumidos* por este problema" (2011: 17, énfasis añadido). En un esfuerzo por expandir la oferta monetaria, los contemporáneos incluso buscaron la piedra filosofal –la capacidad alquímica de transformar los metales ordinarios en oro y plata–. La idea del crédito era bien conocida y se usaba ampliamente de manera doméstica y en el comercio internacional, pero como la alquimia, también era limitado (Muldrew 1998). Antes del Banco de Inglaterra, el crédito era tradicionalmente un asunto privado y personal entre prestamistas y prestatarios conocidos –no una relación social entre extraños–. También es verdad que los orfebres ampliaban el dinero al emitir notas de papel en exceso respecto de los depósitos de oro que resguardaban (Davies 2002: 249 y sig.). Pero, más allá de que existían diversas notas de crédito o promesas que facilitaban el comercio, en general no eran asignables y transferibles, lo que limitaba su uso como una moneda normalmente circulante que pudiera reemplazar a la moneda metálica nacional en circulación y aumentar la oferta monetaria de manera significativa (Wennerlind 2011: 69).

En esta atmósfera de dinero escaso, se avanzaron más de un centenar de propuestas para la creación de algún tipo de banco público que pudiera aliviar el clamor popular de más dinero (exa-

minado en mayor detalle en Horsefield 1960). Tras estas propuestas, sólo un esquema fue oficialmente reconocido: el Banco de Inglaterra orientado a la ganancia y de propiedad privada. Como Dickson (1967) sostiene, esta innovación institucional abrió la puerta a la revolución agrícola y la industrial. Sin embargo, como Wennerlind (2011) sostiene, en última instancia lo que se requería para que cualquier institución pudiera desarrollarse para resolver el problema de la escasez de dinero metálico, era una revolución epistemológica que disociara el dinero de una sustancia metálica como el oro y la plata. Wennerlind rastrea esto hasta la creencia del Círculo de Hartlib en la posibilidad de una mejora constante y su reinterpretación del dinero como un símbolo de valor y no una sustancia material sólida. Como explica,

> Los miembros del Círculo de Hartlib creían que, al facilitar la circulación y dar origen a emprendimientos productivos, el dinero tenía la capacidad de activar recursos durmientes o escondidos en la naturaleza y la humanidad. El dinero, así, se unía al conocimiento y la industria como los ingredientes cruciales de la expansión infinita de la naturaleza y la sociedad. Más aún, a medida que el universo de los bienes se expandía continuamente, el *stock* de dinero debía ser capaz de crecer proporcionalmente para hacer circular las nuevas mercancías [...]. El problema de la expansión del *stock* de dinero, así, dejó de ser un asunto de cómo resolver la escasez temporal de dinero, convirtiéndose en un mecanismo monetario que podía facilitar el intercambio y el crecimiento *ad infinitum* (2011: 45).

Esta transformación ideológica, sin embargo, no desvinculó por completo al crédito de la sustancia metálica –un modo de producción de dinero que no fue *plenamente* aceptado hasta que los Estados Unidos abandonaron el patrón oro instituido por el acuerdo de Bretton Woods de 1944–. Esta innovación institucional tampoco desvinculó al dinero –como sigue siendo el caso en nuestros días– de la realización o la preparación de la guerra (aunque algunos Estados tienen presupuestos militares reducidos y unos cuantos no tienen en absoluto, como Costa Rica). De hecho, mientras que el nacimiento del Banco de Inglaterra puede rastrearse a los debates sobre la escasez de dinero del siglo XVII, la razón última de su creación se encuentra no en los anhelos de progreso social del Círculo de Hartlib, sino en el financiamiento de la guerra contra el monarca más poderoso de Europa, Luis XIV. Como Davies deja en claro:

> El Banco de Inglaterra fue creado por medio de la *Ways and Means Act* de junio de 1694 y ratificado por la *Royal Charter of Incorporation* del 27 de julio de 1694. Esta ley deja en claro que su verdadero propósito era recaudar dinero para la guerra de la Liga de los Habsburgo a través de los impuestos y el novedoso dispositivo del préstamo permanente, siendo el banco una cuestión más bien secundaria aunque esencial para garantizar el éxito del propósito principal (2002: 259).

El arreglo político de 1688 ponía más poder en manos del Parlamento para gobernar y vigilar los asuntos fiscales del reino. Esto daba más confianza a los comerciantes de la ciudad, los orfebres, y los propietarios en general, quienes a menudo habían sido las víctimas de los préstamos obligatorios, el cobro de impuestos arbitrarios y la suspensión de pagos de la Corona en el pasado (North y Weingast 1989). Organizado por el escocés William Paterson, y una camarilla de mercaderes de la ciudad, el Banco de Inglaterra debía extender un préstamo permanente de 1.2 millones de libras en billetes al nuevo gobierno para financiar la guerra con Francia. A cambio, el banco recibía su existencia corporativa formal, un 8 por ciento de interés anual sobre la suma inicial prestada (100 mil libras esterlinas), y una comisión de gestión anual de 4 mil libras esterlinas (Davies 2002: 260; Broz y Grossman 2004: 56). El flujo de ingresos de los intereses y las comisiones pagadas al Banco de Inglaterra estaba asegurado por un impuesto específico –el “Tonnage”–, que gravaba la capacidad de carga de los buques que trasladaban principalmente alcohol. En conjunto, estos actos constituyeron una ruptura histórica radical con respecto a las formas de financiación anteriores, ya que por primera vez se creó una deuda nacional financiada y permanente. Esto significó que los acreedores privados ya no capitalizaban el poder de la autoridad Real cuando prestaban al regente, sino el poder fusionado del Rey en el Parlamento [*King-in-Parlament*] y su capacidad de cobrar impuestos a la población, por la fuerza si era necesario. Un desarrollo posterior, derivado de esta innovación institucional, fue que la oferta monetaria pudiera expandirse con mayor plenitud que en el pasado. Recordemos que los orfebres podían emitir sus propios billetes en exceso respecto del oro que mantenían en reserva, incrementando así la oferta monetaria. Pero este ejercicio estaba limitado por sus reservas privadas y por la confianza de los deudores y los depositantes del dinero, de modo que no podía resolver el problema de la escasez de dinero

en Inglaterra. Lo que hizo único al Banco de Inglaterra fue que era una fuerza corporativa organizada de acreedores que capitalizaron el poder de recaudar impuestos del Rey en el Parlamento, garantizando así un flujo monetario de intereses sobre una deuda pública permanente que probablemente nunca sería pagada en su totalidad.[11] Marx percibió la dimensión histórica e internacional de la deuda pública:

> El sistema del crédito público, esto es, de la deuda del Estado, cuyos orígenes los descubrimos en Génova y Venecia ya en la Edad Media, tomó posesión de toda Europa durante el periodo manufacturero. El sistema colonial, con su comercio marítimo y sus guerras comerciales, le sirvió de invernadero. Así, echó raíces por primera vez en Holanda. La deuda pública o, en otros términos, la enajenación del Estado –sea éste despótico, constitucional o republicano– deja su impronta en la era capitalista. La única parte de la llamada riqueza nacional que realmente entra en la posesión colectiva de los pueblos modernos es su deuda pública. De ahí que sea cabalmente coherente la doctrina moderna según la cual un pueblo es tanto más rico cuanto más se endeuda (1975: 944).

Lo que hizo a Inglaterra diferente de sus precursores fue que, respaldado en una reserva de plata (y más tarde oro) relativamente pequeña, el Banco de Inglaterra pudo emitir notas asignables en un valor muy superior a sus reservas –creando nuevo dinero y expandiendo la base monetaria en una escala mucho mayor a lo que podían hacer los orfebres individuales–. Como señala Wennerlind, aunque hay algunos precursores históricos, esto creó "la primera moneda-crédito de circulación generalizada de Inglaterra y Europa" (2011:109).

Desde el trabajo seminal de Dickson (1967) sobre el Banco de Inglaterra y la deuda nacional permanente, los expertos en la "revolución financiera" en Inglaterra han hecho numerosos estudios sobre este tema. Sin embargo, a pesar de algunos desacuerdos menores en la literatura, la mayoría de ellos se ha centrado en los factores que hicieron de la revolución un éxito. Estos relatos académicos tienden a ser más celebratorios que críticos, y muy a menudo minimizan los efectos del poder de clase y la violen-

11 Como Brown ha señalado, "la eliminación de la deuda pública por un gobierno central es un acontecimiento raro en la historia fiscal" (1989: 4).

cia en la creación de la deuda como una tecnología del poder social institucionalizado –un poder, recordamos al lector, detentado por fuerzas sociales minoritarias capaces de emitir préstamos con intereses–. Nuestro abordaje es diferente: queremos develar los fundamentos del poder de esta nueva relación de fuerza entre los acreedores creadores de dinero y una mayoría de deudores. No sólo queremos descubrir las dimensiones internacionales de este nuevo aparato institucional de crédito, deuda y poder político, sino que también queremos mostrar cómo se objetivó la naturaleza excluyente de la creación monetaria como deuda que genera intereses por las fuerzas sociales privadas, y las consecuencias de las operaciones de este sistema en las economías políticas actuales. Discutiremos esto en más detalle en los dos capítulos siguientes, pero por ahora queremos esbozar algunos ejes teóricos y prácticos fundamentales de la deuda como tecnología de poder y su fundación institucionalizada.

Primero, la deuda nacional respaldada por el poder recaudador del gobierno facilitó las aventuras coloniales y promovió guerras que despojaron a los pueblos de su tierra, sometieron su trabajo y otras formas de vida, destruyeron lenguajes y culturas, y llevaron a la muerte a muchos de quienes resistieron a la política imperial. Todo ello extendió el poder de la clase dominante en Gran Bretaña a través de la internacionalización de las relaciones de deuda respaldadas en una fuerza superior. Como Brewer señala, "después de 1688, el nivel del involucramiento del ejército británico cambió radicalmente. Gran Bretaña estuvo en guerra más frecuentemente y durante periodos más largos, desplegando un ejército y una marina de tamaño sin precedente" (1989: 22). En el siglo XVIII, de hecho, los gobiernos destinaron "entre el 75 y el 85 por ciento de su gasto anual" a su aparato militar o al pago hacia los acreedores privados del servicio de la deuda generada por guerras previas (Brewer 1989: 31). Así, la llamada deuda "nacional" estuvo íntimamente ligada al poder de la clase dominante y con un aparato creciente de violencia internacional transformadora. Pero hay algo que la mayoría de los observadores de este periodo pasa por alto. El poder de creación monetaria se fue desplazando lentamente hacia los acreedores privados del Banco de Inglaterra y, más tarde, hacia los bancos comerciales dentro y fuera de Londres, lo que significó que el financiamiento de la violencia organizada del poder de la clase dominante encarnada en el Estado se convirtió en *la principal forma en que el nuevo dinero ingresaba a la economía.* Dicho de otra forma, mientras la deuda nacional británica crecía

para pagar las guerras, también lo hacían la oferta monetaria y los intereses adeudados a los acreedores privados.[12] Con más guerra, había más dinero en la economía y, por ende, mayor potencial de prosperidad, aunque distribuido desigualmente a través de la jerarquía de clases. Mientras que la naturaleza de la beligerancia nacional puede haber cambiado desde los días del colonialismo formal, el gasto del gobierno en la preparación y la realización de la guerra sigue siendo una de las principales formas en que el nuevo dinero entra en la economía. Por ejemplo, al menos desde el año 2000, si no es que antes, el déficit de la cuenta corriente de Estados Unidos refleja su gasto en defensa, de modo que si se redujera significativamente el gasto en defensa es probable que Estados Unidos pudiera lograr un superávit en la balanza de pagos (véase la Figura 2.2). Sin embargo, si este gasto de guerra no se produjera –o si no fuera reemplazado por otras formas de gasto gubernamental– la oferta monetaria global de dólares (en los hechos la moneda de reserva más importante del mundo) se contraería e inevitablemente habría más crisis financieras, empresas en quiebra y un mayor desempleo mundial. El "Estado fiscal militar", o lo que algunos han llamado Estado de Bienestar de Guerra [*welfare-warfare state*] es el resultado directo de que la deuda es movilizada como una tecnología de poder privada (Clayton 1976; Brewer 1989).

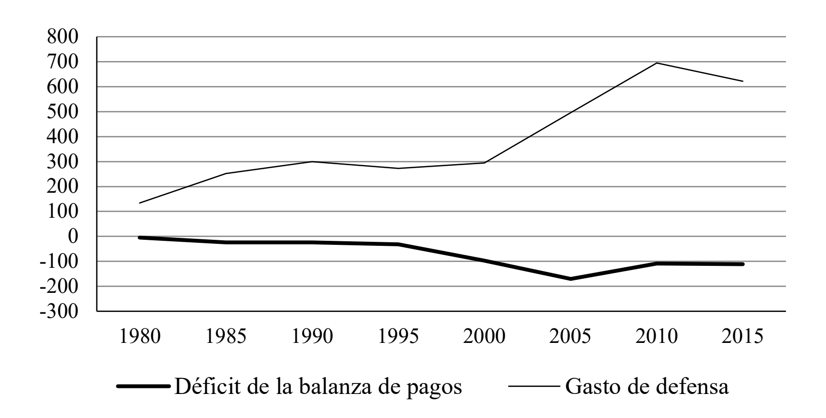


Figura 2.2 Gasto militar de Estados Unidos y déficit de cuenta corriente. 1980-2014.

Fuente: Reserva Federal y OMB. Tablas históricas 3.2.

12 Pero recordemos que, como los bancos no crean los intereses cuando contratan el crédito, siempre hay más deuda en el sistema que capacidad de pagarla.

En segundo lugar, la deuda como tecnología de poder no puede ser movilizada sin la propiedad exclusiva y el derecho de evitar que otros hagan lo mismo. Si todos fueran acreedores, no existirían deudores. Aunque la ley original del Banco de Inglaterra no le concedía el monopolio exclusivo sobre la emisión de billetes, a medida que otras fuerzas sociales compitieron por este mismo poder, los dueños y directivos de los bancos actuaron para consolidar sus derechos exclusivos. En la reforma al Banco de Inglaterra de 1697, el Parlamento aprobó que ningún otro banco fuera creado mientras el Banco de Inglaterra se mantuviera operando. Y ya que el Parlamento necesitaba financiar más guerras en el extranjero, se incluyeron protecciones adicionales en las nuevas leyes:

> En 1708, durante la Guerra Española de Sucesión, y a cambio de un nuevo préstamo, el Banco obtuvo del Parlamento la protección más significativa contra la competencia: la prohibición legal de que asociaciones de más de seis individuos se involucraran en el negocio de la banca en Inglaterra. Esto fue crucial en la restricción de la competencia, pues la emisión de notas bancarias era la mayor fuente del financiamiento bancario de la época. La reforma de 1708, así, dio al Banco de Inglaterra el monopolio sobre la emisión de títulos de las compañías por acciones (Broz y Grossman 2004: 57).

Esto sugiere que, desde muy temprano, el Banco buscó incapacitar a los bancos competidores y asegurar sus propios derechos exclusivos de emitir crédito para el gobierno a cambio de favores políticos, intereses y comisiones. Ahora bien, lo que los operadores del Banco de Inglaterra atacaban no eran sólo los bancos competidores y las ideas de extender crédito al público para facilitar el comercio. Como muestra la investigación de Wennerlind, la protección de la naciente industria del crédito supuso la imposición de la pena de muerte a los falsificadores. Para asegurar la confianza de la gente en el crédito, Isaac Newton fue nombrado director de la casa de la moneda y encargado de "investigar, detectar y perseguir los delitos contra la moneda" (2011: 18). Dado que no podía existir más que un falsificador real –el Banco de Inglaterra–, quienes alteraban las monedas o falsificaban los nuevos billetes de papel eran castigados con la muerte: los hombres eran ahorcados y las mujeres quemadas (Wennerlind 2011: 150). La pena de muerte no era sólo una política monetaria, sino un elemento disuasorio para instaurar la deuda como una tecnología del poder organizado (Wennerlind 2004). Hoy en día, todo el sistema de banca co-

mercial depende de este tipo de derecho exclusivo de emisión de crédito, y los beneficios de estas instituciones están protegidos por un enorme aparato legal que castiga los delitos contra el dinero y protege lo que antes se llamaba usura (Geisst 2013). En la mayoría de los países, la usura es un arma legalmente autorizada de los poderosos contra los débiles. Esto significa no sólo que los funcionarios públicamente elegidos se rehúsan a crear y asignar crédito libre de interés bajo la forma de un bien público, ¡sino que también llevan a cabo la exclusión de la creación monetaria! Y si bien la banca moderna no es totalmente un monopolio –existe, en efecto, una ostensible competencia entre los bancos por ensanchar su porción en el mercado– ésta es en gran parte ilusoria. A través de la propiedad entrelazada, los bancos comerciales han llegado a capitalizarse entre sí, dando origen a algo que podemos llamar "monopolio efectivo" de la creación de la oferta monetaria (Vitali *et al*. 2011).

De nuestro análisis previo emerge una tercera dimensión teórica y práctica: la relación entre la capitalización diferencial, la energía y la tasa normal de retorno. Con la creación del Banco de Inglaterra y la deuda nacional, se estableció una tasa de retorno "normal" conectada con el poder estatal.[13] Así, en su creación, el Parlamento prometió un 8 por ciento de retorno sobre el capital invertido a los inversionistas de la ciudad de Londres suscritos al Banco de Inglaterra. En el lenguaje moderno, este tipo de interés proporcionaba un "rendimiento de referencia" por el cual los inversionistas podían evaluar estrategias alternativas de inversión, institucionalizando así lo que Nitzan y Bichler (2018) llaman "acumulación diferencial", y vinculando los intereses al poder estatal. Hasta la fecha, las tasas de interés de los bonos gubernamentales siguen siendo una referencia en el corazón de las finanzas globales, dado que representan el poder estatal de cobrar impuestos a sus ciudadanos y pagar el servicio de la deuda a los acreedores. Junto con este mercado de títulos gubernamentales, emergieron también las compañías por acciones (Scott 1912; Walker 1931; Micklethwait y Wooldrige 2003; Robins 2006). En Inglaterra, estas compañías fueron anteriores al Banco de Inglaterra y fueron capitalizadas sobre la base de sus derechos exclusivos a lucrar con el comercio que la ley Real les garantizaba. Dos compañías fueron particu-

13 Piketty (2014: 206) señala que "tanto en Francia como en Inglaterra, entre el siglo XVIII y el XXI, el retorno puro del capital ha oscilado alrededor de un valor central del 4 al 5 por ciento anual, generalmente en un intervalo de entre el 3 y el 6 por ciento anual".

larmente importantes en la contribución a financiar o mantener la deuda nacional de Inglaterra: la Compañía del Mar del Sur y la Compañía de las Indias Orientales. La Compañía del Mar del Sur fue fundada en 1711, y originalmente pretendía ayudar a aliviar la deuda del gobierno insertando títulos gubernamentales en acciones de la compañía. La capitalización de la Compañía del Mar del Sur dependía en gran medida del Asiento Español, que le concedía derechos exclusivos para vender esclavos africanos a América Latina. Los inversionistas que compraron acciones en la Compañía del Mar del Sur, en efecto, estaban apostando en las ganancias y las pérdidas del comercio de esclavos o, dicho de manera diferente, estaban capitalizando la violencia utilizada para capturar y mercantilizar la energía de la vida humana –una dimensión internacional particularmente importante de la capacidad de Inglaterra de pagar a las fuerzas sociales privadas su deuda nacional–. La deuda nacional también ayudó a la Compañía de las Indias Orientales a financiar su control comercial y colonial sobre una porción considerable de Asia, utilizando su propiedad sobre una parte de la deuda nacional para asegurar los préstamos que financiaban sus operaciones extranjeras (Baskin y Miranti 1997: 103). El Banco de Inglaterra, la Compañía del Mar del Sur y la Compañía de las Indias Orientales, ostentaban la mayor capitalización de su época antes de que la energía obtenida del carbón despuntara, ofreciendo mayores oportunidades de capitalización en las minas, el acero y los ferrocarriles (Baskin y Miranti 1997: 56). Para 1717, los potenciales inversionistas en acciones tenían básicamente tres opciones *principales* para alcanzar la acumulación diferencial: (1) podían capitalizar la deuda nacional y el poder del Estado para hacer cumplir la recaudación impositiva nacional y la política colonial; (2) podían invertir en la trata de esclavos hacia América Latina a través de la Compañía del Mar del Sur; o 3) podían invertir en la colonización gradual y el comercio con Asia a través de la Compañía de las Indias Orientales (Baskin y Miranti 1997: 56). Estas empresas fueron altamente transformadoras y prepararon el terreno para el posterior desarrollo de la deuda como una tecnología del poder organizado. Tal vez en ningún otro sitio esto fue más claro que en las colonias de Europa, donde la deuda gradualmente se apropiaría –aunque sin reemplazarla por completo– del papel de la fuerza, convirtiendo a la población en un recurso útil para la acumulación diferencial de unos pocos.

3

Intensificación: guerra, deuda y poder colonial

> *Si la historia del progreso ha sido escrita como una historia de la emergencia del individuo autónomo, posesivo y autoposeído, es la historia del endeudamiento lo que subyace a esta teleología. Esta historia ha subsistido en las sombras del olvido...* Banerjee 2000: 423.

La tecnología de la deuda se internacionalizó mucho antes de que el poder estatal de cobrar impuestos fuera capitalizado sobre la base de la deuda nacional permanente. Como vimos en el capítulo 2, la ruptura fundamental con el pasado fue la creación del Banco de Inglaterra y de la deuda nacional *permanente*, la cual extendió la divisa inglesa más allá de las limitaciones de las monedas de oro y plata. Este movimiento también fue el ancla de un emergente sistema internacional de crédito basado en la libra esterlina y la capitalización del colonialismo. Los emisores del nuevo papel moneda permanecieron anclados a la sustancia metálica durante este periodo, pero el vínculo se relajó, de manera que el valor de los billetes de papel en circulación nunca estuvo totalmente respaldado por la reserva metálica del Banco de Inglaterra y otros bancos provinciales que surgirían durante la Revolución Industrial. Con diferentes grados de éxito, esta innovación institucional fue adoptada más tarde por otras naciones que se mantuvieron libres del dominio colonial. Ella contribuyó a mitigar (aunque sin resolverlo completamente) el problema de la escasez de dinero que había azotado a Inglaterra y buena parte del continente europeo, en una era marcada por el saqueo y el esclavismo coloniales, el comercio de larga distancia y la explotación de una nueva fuente de energía, el carbón. La deuda perpetua se convirtió en una manera de fijar permanentemente la relación entre los acreedores privados y el poder del Estado para regular las relaciones comerciales, gravar a la población, librar guerras en el extranjero

y sofocar las rebeliones internas durante una vertiginosa era de transformación social y resistencia. Y también aseguró una “tasa normal de retorno” al capital, pues se asumió que la propiedad de la deuda gubernamental era una inversión más segura que arriesgar el dinero propio en el comercio internacional. Como Marx entendió,

> Como con un toque de varita mágica, infunde virtud generadora al dinero improductivo y lo transforma en capital, sin que para ello él mismo tenga que exponerse necesariamente a las molestias y riesgos inseparables de la inversión industrial e incluso de la usuraria. En realidad, los acreedores del Estado no dan nada, pues la suma prestada se convierte en títulos de deuda, fácilmente transferibles, que en sus manos continúan funcionando como si fueran la misma suma de dinero en efectivo (1975: 944).

En otras palabras, no sólo la deuda pública de las naciones se convirtió en la referencia fundamental inscrita en el corazón de la creciente industria del crédito, sino que los inversionistas nunca cedieron nada en realidad, pues siempre podían vender a otros los títulos gubernamentales o pedir prestado sobre la base de que sus bonos eran un activo. De no hacerlo, con el tiempo recaudaban el dinero más los intereses. Como Ferguson (2006) ha demostrado, ser dueño de una pequeña porción del poder estatal a través de los bonos gubernamentales era una empresa lucrativa durante esta era y una de las principales vías hacia la acumulación de una fortuna privada. Los Rothschild son un caso extremo, pero no fueron los únicos beneficiarios de las deudas “nacionales” acumuladas para financiar guerras (Ferguson 1998). Sin embargo, si bien los beneficios de mantener la deuda pública no fueron patrimonio exclusivo de los capitalistas históricos bien conocidos, la propiedad –como el conocimiento financiero– siguió estando sesgada hacia unos pocos. Según Ferguson, “como porcentaje de la población de Inglaterra y Gales, los poseedores de bonos eran [...] una élite diminuta y cada vez más reducida: desde el 2.7 por ciento de la población cuando Napoleón I fue derrotado, hasta sólo el 0.9 por ciento cuando Napoleón III corrió con la misma suerte” (2006: 195). Como Ferguson señala, dado que la deuda fue financiada en gran medida por políticas impositivas regresivas, el pago de los intereses de la deuda pública representó “un sistema de transferencias asombrosamente desigual de una mayoría de pobres hacia una minoría de poseedores de bonos” (2006: 195).

En este capítulo nos proponemos ilustrar históricamente la amplificación y la expansión espacial de la deuda como tecnología de poder durante la era del colonialismo europeo y la resistencia, y cómo este legado se extendió hasta el presente. Partiendo del punto de vista de los poderosos –de fuerza y violencia superiores en su búsqueda de alcanzar la acumulación diferencial– queremos demostrar cómo las redes del endeudamiento reconfiguraron las comunidades políticas en beneficio de los acreedores y los capitalistas, y cómo esto se mantuvo después de que el colonialismo formal comenzó a declinar paulatina e intermitentemente después de la Segunda Guerra Mundial. Puede sostenerse que, con el tiempo, la deuda se ha convertido en un instrumento para la transferencia de la riqueza y la transformación más eficiente que la guerra –aunque, por supuesto, ambas están interrelacionadas de maneras complejas, como los orígenes de la deuda pública permanente en Inglaterra dejan en claro–. Dado que no podemos esperar ofrecer un estudio comprehensivo en este corto volumen, intentaremos examinar los aspectos que consideramos más significativos e ilustrativos de la deuda movilizada como tecnología del poder diferencial organizado. Comenzamos examinando cómo la imposición de la recaudación impositiva imperial –lo que llamamos "monetización imperial" (siempre respaldada por la fuerza y el castigo)– contribuyó a la constitución de nuevas formas de agencia orientadas al mercado mundial capitalista. A diferencia de Graeber y Braudel, no vemos el mercado como algo separado del capitalismo, sino como una *precondición* para el surgimiento de la capitalización y la deuda como una tecnología de poder organizado. En cuanto procesos de poder de procesamiento numérico, la capitalización y la deuda sólo pueden funcionar a través del precio. Por el contrario, allí donde los contratos, transacciones y prácticas no pueden ser vendidos, comprados ni recibir un precio, la capitalización de la deuda en tanto tecnología de poder colapsa. En otras palabras, el mercado no es un espacio exterior a la capitalización o la deuda, sino el mecanismo que hace posible la acumulación de poder diferencial representado en el dinero (Nitzan y Bichler 2018: 342). Posteriormente, nos desplazamos hacia la cuestión de cómo las deudas "nacionales" fueron creadas y administradas en las colonias, el impacto que los movimientos de descolonización tuvieron en estas estructuras históricas, y los principales eventos que condujeron a la crisis de la deuda de la década de 1980 en lo que hoy se conoce como Sur Global. Con-

cluimos el capítulo analizando la crisis de la deuda soberana en el llamado corazón del capitalismo global.

Monetización imperial, transformación y resistencia

Los encuentros coloniales europeos durante la llamada era de la exploración revelaron modos de vida, prácticas culturales y sistemas de significado diferentes de los practicados por la Europa cristiana. Fuera de Europa, se observaron diversas formas de dinero e intercambio, pero en muchos casos el oro y la plata –las principales fuentes monetarias codiciadas por los europeos– eran utilizados con fines decorativos y para demostrar el estatus más que como un medio de cambio que pudiera ser acumulado o invertido. En cierta manera, este hecho demostró que la fascinación europea con el oro y la plata como el único dinero "real", era poco más que un fetiche socialmente construido –aunque uno extremadamente poderoso–. En otras palabras, las poblaciones anteriores a la conquista habían establecido métodos y rituales de reproducción social no fundados sobre los mercados capitalistas ni sobre la acumulación de dinero (metálico) como un fin en sí mismo. No es sorprendente, por lo tanto, que los colonizados no estuvieran dispuestos a abandonar sus tradiciones generacionales de reproducción social para satisfacer las demandas imperialistas de trabajo, oro, plata y otros bienes que pudieran ser mercantilizados. Como resultado, uno de los principales problemas que enfrentaron los europeos para alcanzar la acumulación diferencial en las colonias fue la resistencia de los nativos a las políticas imperiales. Es cierto que, como Rodney (1972: 165) señala a propósito del caso de África, muchos africanos de la costa occidental participaron voluntariamente en la economía colonial monetizada introducida por los europeos, siendo el comercio trasatlántico de esclavos el ejemplo más evidente del involucramiento de los locales (véase también Blackburn 2010). Sin embargo, aunque algunos se beneficiaron del creciente mercado de energía humana (la esclavitud) y mercancías, la vasta mayoría prefirió continuar con sus propias prácticas de reproducción social fuera de los mercados capitalistas. La evidencia sobre este tema es más que concluyente, dada la persistente resistencia a la política colonial que se presentó virtualmente en todos los lugares en que los europeos intentaron imponer su voluntad, y los castigos y disciplinamientos infligidos contra las fuerzas sociales que más recalcitrantemente rechazaron someterse a las prácticas transformativas impuestas por los

administradores y hombres de negocios colonialistas (Stavrianos 1981: 282, 367 y sig.; Miller *et al*. 1995; Brown 2014). Los mercados capitalistas no se abrieron espontáneamente, como Marx (1975) y Polanyi (1989) reconocieron correctamente, y Graeber (2011) confirmó en su estudio reciente. Los mercados capitalistas fueron construidos socialmente por los poderosos en su búsqueda de poder y acumulación diferenciales en un orden mundial crecientemente monetizado y casi permanentemente en guerra.

Más allá de la aplicación directa de la violencia –lo que incluyó prácticas genocidas–, una de las principales vías para transformar la reproducción social, y en muchos sentidos destruirla, fue la instauración de regímenes imperiales de cobro de impuestos. Como algunos economistas tempranos comprendieron –y Marx enfatizó y criticó más tarde– la política fiscal no fue sólo el método más efectivo (al margen de la violencia) para forzar al trabajo asalariado, sino también una eficiente tecnología de expropiación –es decir, un mecanismo para transferir la propiedad de los productores directos y concentrarla en manos de los capitalistas (1975: 944)–. Esta tecnología de poder, aplicada en el corazón de Europa para financiar las deudas "nacionales" acumuladas que pagaban por las guerras dinásticas y el salvajismo de los proyectos coloniales con fines de lucro, se impondría de nuevo en las colonias. La evidencia de que la política fiscal fue utilizada como una deuda obligatoria impuesta con efectos transformadores en la reproducción social se ilustra mejor en el caso de la colonización de África, donde fue aplicada de forma casi ubicua, independientemente del país colonizador (Rodney 1972; Stavrianos 1981: 300 y sig.; Wray 1998: 57 y sig.; Bush y Maltby 2004; Forstater 2005). Consideremos algunos ejemplos en el contexto de la empresa colonial.

Como antes sugerimos, uno de los problemas fundamentales que enfrentaron los colonizadores fue cómo obtener el trabajo necesario para que las tierras o minas recientemente adquiridas fueran rentables. La apropiación de la tierra a través de la violencia y el fraude era una cosa, pero reclutar fuerza de trabajo leal a los proyectos coloniales era algo distinto. Incluso cuando a las comunidades se les prometieran salarios a cambio de trabajo, con más frecuencia la oferta era rechazada. Los nativos tenían poca necesidad de los salarios dado que podían reproducir sus medios de sustento fuera del mercado colonial. Una de las principales formas que los administradores coloniales encontraron para sortear este "problema" imperial, fue la imposición de un gravamen

sobre el ganado, las chozas o la “capitación”, *que debía pagarse en la moneda emitida por el colonizador*. Como el incumplimiento en el impuesto requerido era severamente castigado, quienes querían pagar se descubrieron convirtiendo parte de sus tierras en cultivos comerciales (por ejemplo: algodón, cacahuates, flores) que pudieran venderse por la moneda imperial necesaria para saldar la deuda fiscal con las autoridades soberanas. Forstater (2005: 60-61), Marks (en Oliver y Sanderson 1985: 456), Killingray (1986)[1] y otros, han documentado que los castigos incluían la quema de chozas, los disparos, la confiscación de ganado y bienes, las multas, el trabajo en prisión y la vergüenza pública. Por ejemplo, los deudores de impuestos de Burkina Faso que se negaban a pagar se vieron obligados a cantar la oración *Puennam co mam ligidi* –que se traduce como “Dios, dame dinero”– durante todo el día bajo el calor abrasador del sol tropical. Otros eran obligados a correr alrededor del edificio administrativo cargando a su esposa –o sus esposas en el caso de las relaciones polígamas– sobre sus espaldas. Después, las esposas debían hacer lo propio cargando a sus esposos alrededor del edificio. Donde el cultivo de los granos comerciales demostró ser más difícil, los africanos debieron aceptar el trabajo asalariado para satisfacer su necesidad de moneda colonial. Bajo el escenario inevitable de que los cultivos se malograran ocasionalmente, y dada la naturaleza arbitraria de los impuestos, muchos batallaron por pagar sus impuestos en la moneda colonial relativamente escasa. Para evitar los castigos, muchos africanos recurrieron a prestamistas locales, quienes en ocasiones se mostraban más que contentos de conceder préstamos usurarios a los productores a cambio de una garantía (tierra) que a menudo se apropiaban cuando las deudas no podían ser pagadas. La deuda fiscal fue un invernadero para la concentración de la propiedad en menos manos, así como una fuerza motriz que obligó a los africanos a trabajar para sus amos coloniales. En efecto, la deuda tributaria perpetua aunada al crédito de los prestamistas usurarios creó una fuerza permanente de asalariados, ya que los impuestos convirtieron al dinero en una necesidad para evitar las medidas punitivas.

La última vía por la que la deuda tributaria operaba como una tecnología de poder fue a través del trabajo forzado [*corvée system*]. En vez de instaurar un impuesto a ser pagado en dinero colonial, se exigía una cierta cantidad de trabajo de los locales

1 Killingray señala que los impuestos y el surgimiento y crecimiento de la policía colonial estuvieron íntimamente entrelazados.

para saldar el impuesto. En muchos casos, esta práctica de reclutamiento de trabajo fue preferida, pues podía funcionar incluso en un ambiente en que el dinero era escaso (Oliver y Sanderson 1985: 527). El impuesto era pagado en horas y días trabajados para otros en vez de para la propia familia o la comunidad, y el trabajo a menudo implicaba un desplazamiento considerable. Pero cualquiera que fuera la manera específica en que la deuda fuera movilizada como tecnología de poder, una cosa es cierta: su operación tuvo efectos transformadores en las relaciones sociales, sirviéndole a los colonizadores para separar a los colonizados de sus antiguas pautas de reproducción social. Más aún, se estaba instaurando sobre las comunidades locales un régimen desigual de crecimiento económico y transformación ambiental a través de la monetización que la tributación fiscal trajo consigo. En nuestra teorización de la deuda como tecnología de poder organizado, el concepto de "monetización imperial" significa al menos dos cosas. Primero, el término captura el proceso a través del cual los poderes imperiales o coloniales impusieron su sistema monetario sobre una sociedad que coordinaba su interdependencia económica y su reproducción social de una manera diferente. Con el paso del tiempo, esto significó el sabotaje jurídico o la prohibición de las formas alternativas de dinero utilizadas por los africanos, como el tálero de María Teresa, las *manillas* y el *cowry* (Ofonagoro 1979; Ubah 1980; Uche 1999; Mwangi 2001; Helleiner 2002a; Hermann 2011).[2] Para que la política colonial fuera efectiva, el dinero imperial tuvo que volverse exclusivo, y la práctica de la contabilidad debió convertirse en un arma (Annisette y Neu 2004). En segundo lugar, la monetización imperial también se refiere al proceso por el cual las deudas fueron contratadas en una moneda colonial o imperial. Este segundo papel satisfacía dos propósitos: primero, contribuía a expandir la oferta monetaria mediante la concesión de nuevos préstamos a los extranjeros para pagar por las importaciones de capital de Europa. Estos préstamos efectivamente capitalizaron la capacidad de explotación de las colonias y la capacidad de los deudores de pagar a sus acreedores (*v. gr.* cultivos comerciales, minas, proyectos de infraestructura y más

2 El tálero de María Teresa o "dollar" fue una moneda de plata creada en Austria, pero acuñada en otros lugares y que circuló ampliamente como moneda global para el comercio. Fue popular en muchas partes de África y Medio Oriente (Tschoegl 2001). Las *manillas* eran brazaletes de plata, mientras que el *cowry* era un tipo particular de concha de mar.

tarde combustibles fósiles). Engels captó esta relación en un suplemento al tercer volumen de *El Capital* de Marx:

> Luego la colonización. Ésta es actualmente una mera sucursal de la bolsa, en cuyo interés las potencias europeas han repartido el África hace pocos años y los franceses conquistado Túnez y Tonkín. El África está directamente arrendada a compañías (Níger, África del Sur, África Sudoccidental y Oriental Alemana), y Mashonaland y Natal han sido tomadas en posesión para la bolsa por Rhodes (Citado en Marx 1976: 1150).

Lo que este pasaje sugiere es que las riquezas de las colonias y los cambios radicales en las relaciones sociales que se impusieron sobre las fuerzas indígenas efectivamente fueron capitalizados por los inversionistas de los mercados financieros de Europa. En segundo lugar, el otorgamiento de estos préstamos a menudo resultó en la creación de deudas "nacionales" impagables con acreedores extranjeros y denominadas en una moneda extranjera. Discutiremos este papel y sus implicaciones con mayor detalle en las últimas dos secciones de este capítulo.

Ahora bien, la monetización imperial no se produjo sin contradicciones, y debemos tener cuidado de no tratarla como una ley universal que se aplicara como una estrategia lineal e ininterrumpida, a pesar de su eventual ubicuidad antes de los movimientos nacionales de independencia. Por ejemplo, muchos comerciantes europeos prefirieron continuar la práctica del trueque con los comerciantes locales. Aparentemente, esto tuvo dos razones principales. En primer lugar, el trueque establecía una relación personal entre los comerciantes, y los europeos podían sacar ventaja de las diferencias de precio de las mercancías –a menudo dictadas por ellos mismos en una forma temprana de comercio desigual–. En segundo lugar, se pensaba que si los comerciantes africanos entraban al mundo monetizado, podrían ganar la competencia a los europeos y, potencialmente, acumular más que ellos (Hermann 2011). En otras palabras, la prolongación del trueque como forma principal de comercio fue, para las compañías individuales, una manera de sabotear los intereses de la competencia local. Sin embargo, los administradores coloniales entendían que estas formas privadas de trueque no contribuían a establecer un estándar de dinero colonial exclusivo y uniforme, y donde fue posible, desafiaron a los comerciantes más abusivos.

Claro está que, en cierta medida –como los académicos más afectos al imperialismo gustan de resaltar– los impuestos a menu-

do fueron utilizados para financiar obras públicas de distintas clases. Por ejemplo, proyectos de infraestructura como vías férreas, hospitales, puertos y diques que presumiblemente beneficiaron a las poblaciones locales a pesar del hecho de que la mayor parte del beneficio fue para los capitalistas privados. Bajo esta perspectiva, la tributación colonial fue en gran medida un proyecto colectivo de beneficio mutuo en la larga lucha por mejorar los estándares de vida y "civilizar" a los nativos y sus modos de vida mediante el crecimiento del comercio occidental. Pero, como los académicos críticos han señalado, cualquiera que fuera la biopolítica que estuviera en juego –lo que quiere decir, al menos en este contexto, todo aquello que intentara mejorar la vida mediante la gestión de proyectos de infraestructura– fue más bien subsidiaria del impulso primario de imponer nuevas formas de reproducción social capitalista a poblaciones cada vez más vigiladas por un aparato de disciplina, castigo y vigilancia imperial (Wray 1998: 60). Debemos tener en mente que, como Rodney nos recuerda, las "obras públicas" financiadas por la deuda también incluyeron "la construcción de palacios para los gobernantes, prisiones para los africanos, barracas para las tropas y viviendas para los funcionarios colonizadores" (1972: 166).

La imposición de la deuda tributaria sobre las poblaciones coloniales en África es ilustrativa del *chartalism* o la teoría estatal del dinero, la cual sostiene, siguiendo la formulación original de Knapp, que el soberano o el gobernante paga por bienes y servicios en una forma definida de dinero que es aceptada por los proveedores de estos bienes y servicios porque es la forma particular de dinero necesaria para pagar las exigencias tributarias impuestas o imputadas (Wray 2002, 2004). Wray sintetiza lo que este proceso representa para las explicaciones más ortodoxas del origen del dinero:

> el caso de los gobiernos coloniales tal vez sea una prueba más poderosa de lo que parece de la tesis según la cual "los impuestos determinan el dinero", pues éste es un caso en el que los impuestos son decretados por una autoridad externa cuya única legitimidad, a ojos de la población, es la amenaza del uso de la fuerza [...] Sin embargo, el poder de cobrar impuestos y definir la forma en que ellos deben ser pagados, pone en movimiento el proceso de monetización de la economía. El punto importante es que la "monetización" no emerge a partir del trueque, ni tampo-

> co requiere de la "confianza" –como sostienen muchas historias sobre el origen del dinero (1998: 61).

En otras palabras, la monetización y la transformación de la reproducción social de África no fueron un asunto espontáneo que emergió de la proclividad de los africanos a negociar, intercambiar y comerciar objetos con sus amos imperiales, sino una franca imposición colonial respaldada por la fuerza. No pasó mucho tiempo antes de que "los impuestos aumentaran el agravio popular y figuraran de manera prominente en los movimientos de protesta y rebelión" (Wright en Oliver y Sanderson 1985: 590). De los numerosos ejemplos de rebeliones, revueltas y disturbios relacionados con los impuestos coloniales que podemos tomar como ilustraciones, esbozamos dos en el resumen que ofrecemos a continuación (para un compendio, véase Burg 2004).

Los disturbios de Decán

Mucho tiempo antes de la epidemia de suicidios de campesinos en la India rural del siglo XXI, la práctica de prestar dinero a los campesinos por parte de una pequeña clase de acreedores penetró en las comunidades rurales. En cuanto casta, sin embargo, el poder de esta clase estaba limitado por la manera en que el poder social estaba distribuido en la sociedad rural. Hasta 1828, cuando la administración colonial británica comenzó a gestionar las reformas de mercado en Maharashtra, los prestamistas –o *vanis*– ofrecían dinero a una comunidad con la esperanza de obtener un retorno sobre el capital. Era determinante que estos préstamos no estuvieran garantizados, lo que hizo posible una forma de cooperación históricamente única (y tal vez extraña) entre prestamistas y agricultores. La conformación de esta interdependencia descansaba en el hecho de que el poder de los *vanis* estaba restringido de dos maneras importantes. Primero, antes del dominio colonial, los *vanis* no podían expropiar la tierra de los campesinos para cobrarles sus deudas, pues la tierra era propiedad de la aldea y no podía ser alienada. Segundo, como Metcalf destaca, "el Estado, por su parte, no ofrecía respaldo al prestamista en la recolección de las deudas. Su postura era apática cuando no activamente hostil, dejando que el acreedor reclamara el pago de la deuda como pudiera" (1962: 390; véase también Kumar 2011: 614). Con el surgimiento de un gobierno más orientado hacia el mercado a partir de 1828, estas relaciones de fuerza se realinearían por tres innovaciones

coloniales que desataron la deuda como tecnología de poder sobre los agricultores de las aldeas. Primero, los británicos llevaron a cabo investigaciones sobre el territorio, y concedieron títulos de propiedad privada a agricultores individuales en vez de a las aldeas en su conjunto. Este acto no sólo individualizó la propiedad privada, sino que valuó o puso un "precio" a la tierra en posesión de los agricultores. Segundo, el aparato legal fue diseñado para garantizar los derechos de propiedad privada. Tercero, creyendo que sus dos iniciativas anteriores incrementarían la productividad agrícola, los sucesivos administradores coloniales aplicaron impuestos directos cada vez más altos a los cultivadores. Aunque los agricultores rurales pedían préstamos en épocas de malas cosechas o para pagar matrimonios, fiestas y ceremonias sociales, Metcalf (1962) ha argumentado que la razón determinante de que los cultivadores pidieran prestado a los *vanis* fue la deuda tributaria que tenían con la administración colonial.[3] Ahora bien, cuando los *vanis,* bajo el dominio británico, otorgaban créditos, exigían a los agricultores que ofrecieran sus tierras en garantía. A medida que las deudas crecían debido a las tasas de interés usurarias, las cosechas pobres, los términos del comercio menos favorables, la elevación de los impuestos o una combinación de lo anterior, los *vanis* acudían a los tribunales para hacer valer sus contratos contra los deudores. En consecuencia, más y más agricultores perdieron la posesión de sus tierras. Kumar señala que debido a estos cambios agrarios "los campesinos desposeídos fueron obligados a vivir como trabajadores sin tierra, en ocasiones cultivando los campos que antes habían sembrado como propietarios independientes" (2011: 619). Lo que hacía las cosas aún más injustas era el hecho de que a menudo se incautaba la totalidad de la tierra cuando sólo había unos pocos pagos atrasados. La tierra, así, fue concentrada cada vez más en las manos de unos pocos ricos, como sucedía en otros lugares en que el endeudamiento masivo se extendía en la sociedad rural.[4] Para 1875, la desposesión, el endeudamiento, y la carga impositiva se extendieron tanto a lo largo

3 Como nos recuerda Kindleberger, pedir prestado para tales empresas no fue algo exclusivo de la India. La realeza europea pedía prestado para "coronaciones, matrimonios y funerales" así como para la guerra (1966: 29).

4 Por ejemplo, en la Inglaterra moderna, los registros estatales demuestran que miles de campesinos fueron obligados a abandonar su tierra debido a las deudas impagables (Clay 1984: 90-95, 150). A medida que la aristocracia y la clase alta pedían prestado para reforzar su estatus

y ancho del Decán que los agricultores dirigieron su enojo hacia los *vanis* y se sublevaron. Como Kumar sostiene, el objetivo de estos levantamientos fue "obtener y destruir los bonos y decretos que poseían los prestamistas" (2011: 634). Si los prestamistas entregaban sus contratos de crédito y registros contables pacíficamente, su persona o sus propiedades apenas eran dañadas. Pero donde los registros no eran entregados fácilmente se desataba la violencia. Con el tiempo los disturbios se calmaron, pero el endeudamiento generalizado se mantuvo. Temiendo otra revuelta, los administradores coloniales acabaron adoptando medidas para proteger a los agricultores de los prestamistas, aunque estas acciones se produjeron después de cincuenta años de dominio británico y de transformaciones indelebles en las formas anteriores de reproducción social rural y de relaciones de poder.

La rebelión de Bambatha

Otro elemento fundamental de la resistencia contra la tributación colonial fue la rebelión de Bambatha, una revuelta armada en la región de Natal, Sudáfrica, que lleva el nombre de su líder, de la minoría zulú. En Natal se había instaurado un impuesto colonial sobre las chozas para los hombres casados, pero a menudo eran sus hijos quienes debían migrar a la ciudad o a las minas para ganar el dinero con el cual pagar el impuesto (Redding 2000: 38). Para 1887, el Estado de Zululandia, antes políticamente independiente, había sido derrotado militarmente y cayó bajo el dominio de la administración colonial británica. Gran parte de la tierra cultivable de la región fue confiscada por colonizadores blancos, y el impuesto sobre las chozas se impuso sobre los hombres zulúes. La derrota en la batalla se agravó por una serie de calamidades climáticas que mataron al ganado y arruinaron los cultivos. En esta apremiante situación, muchos se vieron forzados a acudir a las minas de oro y de diamantes, donde pudieron obtener mejores salarios para pagar o contribuir al impuesto sobre las chozas de sus padres. Pero esto planteó un problema para los agricultores colonizadores blancos, quienes deseaban reclutar el trabajo de los nativos para sus plantaciones. Bajo la presión de los colonos

social, también caían en la deuda impagable y se veían obligadas a vender parte o todas sus posesiones de tierra. La deuda y la desposesión deben entenderse como prácticas concurrentes, íntimamente entreveradas e históricamente repetidas en tiempos y lugares diferentes; sólo los agentes cambian ligeramente.

blancos, los funcionarios coloniales introdujeron un impuesto de una libra por cabeza sobre todos los hombres africanos mayores de dieciocho años de edad –la aplicación de este decreto estuvo facilitada por un censo que había sido levantado en la región en 1905–. Mientras algunos eran ambivalentes acerca de este nuevo impuesto, otros lo vieron como una aceleración y profundización de los cambios en las relaciones sociales precoloniales. Una vez más, las formas previas de reproducción social eran perturbadas al nivel del hogar por la deuda tributaria –lo que Tilly llamó "invasiones de pequeña escala en la vida social" (1990: 25). Para 1906, Bambatha, junto con otros jefes y miembros de la tribu zulú, se rehusó a pagar el nuevo impuesto y, tras una escaramuza con las autoridades que llevó a la muerte de dos oficiales colonizadores, la administración de Natal declaró la ley marcial. Después de algunos ataques menores contra las fuerzas coloniales, Bambatha y sus fuerzas fueron acorralados en Mome George, donde eventualmente fueron cazados como animales y abatidos a tiros por miles (las lanzas y escudos de los zulúes fueron muy poco efectivas contra el acero y la pólvora). Como Pakenham señala, aquel día "los zulúes aprendieron una amarga lección sobre la realidad del poder" (1992: 649). Presumiblemente, la lección que aprendieron fue que el dominio británico y la deuda, bajo la forma de un "impuesto de capitación", estaban respaldados por el poder de la artillería pesada y las metralletas. Aunque los registros varían, se estima que entre 3 mil y 4 mil zulúes fueron asesinados, entre 5 mil y 7 mil fueron encarcelados y alrededor de 4 mil fueron azotados por las autoridades coloniales. Durante el conflicto, además, las chozas de los zulúes fueron arrasadas (Marks 1970; Stuart 1913; Pakenham 1992: 649; Redding 2000). El líder de la rebelión, Bambatha, eventualmente fue capturado, asesinado, y su cuerpo fue decapitado. Cuando el gobierno de Natal quiso conmemorar su victoria con una medalla en honor de los aproximadamente doce hombres blancos muertos durante este conflicto, nada menos que Winston Churchill respondió que sería mejor acuñar una nueva moneda de cobre con la cabeza de Bambatha como símbolo más apropiado del sacrificio de sangre del colonizador. La monetización imperial, en fin, no sólo encontró resistencia, ¡propuso estampar a sus víctimas en sus monedas!

El nacimiento de la deuda "nacional" en las colonias

Como en el caso de la monetización imperial a través de la deuda tributaria obligatoria, no tenemos el espacio para examinar la proliferación y la amplificación de las deudas "nacionales". Demostrando la casi ubicuidad del fenómeno, hay actualmente cuatro países en el mundo *sin* deuda nacional: Brunei, Liechtenstein, Palau y Niue. El lector puede excusarse si no está familiarizado con estos países, pues tienen un efecto menor en la economía global, donde la deuda soberana actualmente asciende a 58 billones de dólares y crece cada segundo.[5] Estados Unidos y Japón reúnen casi la mitad de la deuda soberana (25 billones de dólares). Y aunque no podemos aquí ofrecer una descripción histórica completa del desarrollo de las deudas "nacionales", investigamos la creación de las deudas "nacionales" en: (1) la era colonial de Estados Unidos antes y después de su guerra revolucionaria con el Imperio británico, y (2) la indemnización en gran medida impuesta sobre la nueva república independiente de Haití, fundada por una exitosa revolución de esclavos. Como veremos, y como vimos en el capítulo 2, una faceta significativa de la institución de la deuda "nacional" es que no sólo fue capitalizada inicialmente por una reducida camarilla de fuerzas sociales privadas, sino que estaba destinada a ser permanente. Sin esta permanencia institucional, la deuda no podía operar como una tecnología de poder organizado, movilizada por unos pocos en aras de su propia acumulación privada. En el extremo liberal de las críticas al imperialismo, Hobson capturó la esencia de la deuda movilizada como tecnología de poder dentro y fuera de Europa:

> La creación de la deuda pública es una de las características normales y más imponentes del Imperialismo [...]. Es un *objetivo directo de las finanzas imperialistas crear más deudas,* tal como es un objetivo del prestamista privado suscitar dificultades económicas en sus clientes para que tengan que recurrir a él. El análisis de la inversión extranjera muestra que la deuda pública o garantizada por el Estado, es poseída mayormente por inversionistas y financieros de otras naciones; y la historia reciente muestra, en los casos de Egipto, Turquía y China, la influencia política del poseedor y el potencial poseedor de bonos. Este método de financiamiento no sólo es rentable en el caso de las naciones

5 http://www.economist.com/content/global_debt_clock (consultado el 18 de enero de 2014).

> extranjeras, donde es un instrumento clave o un pretexto para la invasión. *Es en beneficio de las clases financieras estar en posesión de una gran deuda nacional*. La posesión y el comercio de tales préstamos públicos son un negocio rentable, así como un medio para el ejercicio de una poderosa influencia política en coyunturas críticas (Hobson 2005: 108, énfasis añadido).

En otras palabras, la deuda nacional como tecnología de poder tiene una dimensión interna y una externa. Interna, en la medida que fue utilizada como un arma contra las fuerzas sociales subordinadas, limitando ciertas posibilidades de acción política. El corolario moderno es suficientemente claro: en la era de la llamada austeridad neoliberal, la deuda nacional se utiliza para justificar la reconfiguración de las relaciones de poder entre el Estado y la sociedad a través de privatizaciones, recortes en el gasto social (salarios, infraestructura, pensiones), e incrementos en los impuestos y en el costo de los servicios públicos (comisiones a los usuarios). En su dimensión externa o internacional, los agentes financieros de las naciones acreedoras pueden fácilmente reconfigurar los patrones de la reproducción social de los países endeudados cuando son incapaces de pagar el servicio de sus deudas y tienen un poder insuficiente para defender su soberanía nacional. Discutiremos esto más adelante, pero estas prácticas son llevadas a cabo por consultores y "expertos" que efectivamente comandan la política fiscal y monetaria del Estado para asegurar el pago de la deuda. Hay pocas dudas de que las élites nacionales frecuentemente son cómplices de este proyecto. Estados Unidos puso de manifiesto el papel de estas dos dimensiones antes y después de la guerra revolucionaria contra el Imperio británico.

El nacimiento de la deuda nacional de los Estados Unidos

La colonización británica de Norteamérica fue una empresa orientada a la obtención de ganancias, patrocinada por la Corona pero financiada en gran medida por la iniciativa privada. En efecto, el Discurso Concerniente a la Plantación del Oeste (1584), de Richard Hakluyt, puede ser leído como uno de los primeros "prospectos de compañía" que apuntaban a convencer a la Corona y a los inversionistas de los beneficios de la colonización occidental (Micklethwait y Wooldrige 2003: 18-19). No es claro qué tan convincente resultó el tratado, pero el proyecto colonial

de occidente pronto fue respaldado y se llevó a cabo a través de dos caminos. Primero, los individuos acaudalados (principalmente alrededor de Londres) interesados en la acumulación de dinero formaron compañías por acciones y solicitaron a la Corona el derecho exclusivo sobre ciertas tierras y rutas de comercio de Norteamérica. Estas "concesiones de tierras hechas por Inglaterra sirvieron como centros de poder monopólico a las empresas" (Curtis 2014: 481). Esto significa que la empresa colonial fue un proyecto capitalizado, donde la capitalización de las compañías coloniales fue en gran medida dependiente de sus privilegios monopolistas y su capacidad de generar ganancias para sus inversionistas. Esto incluyó el despojo, el asesinato y la estafa contra las poblaciones nativas para expulsarlas de sus tierras ancestrales y, como veremos, aquí también la deuda fue utilizada como una efectiva tecnología de poder. La otra vía para la colonización de Norteamérica fue la propiedad. Esto consistió simplemente en que la Corona concesionaba la tierra a un individuo o a un grupo pequeño de individuos, bien como una dádiva o como un medio para saldar deudas Reales. Por ejemplo, el rey Carlos III concesionó lo que hoy llamamos Pensilvania y Delawere a William Penn a cambio de la cancelación de una deuda de 16,000 libras esterlinas que se le debían a su padre (Curtis 2014: 484). La deuda y la capitalización, así, fueron fuerzas motrices del colonialismo inglés. También jugarían un papel fundamental en la fundación de una nueva nación libre del control imperial y su deuda nacional.

Antes de la Guerra de Independencia de Estados Unidos (1775-1783) y la proclamación de la Constitución de Estados Unidos (1789), había dos hechos ineludibles en la vida colonial de los colonos: la ubicuidad de la deuda en todos los niveles de la sociedad, y la escasez de dinero para el comercio y la liquidación de las deudas. Mann capturó la realidad cotidiana del endeudamiento: "la deuda atravesaba regiones, clases y ocupaciones. Tanto si se trataba de un comerciante del Atlántico como de un tendero rural, un plantador de tabaco o un leñador, la deuda era parte integrante de la vida cotidiana" (2003: 3). Había, por supuesto, diferentes tipos de deuda a través de las trece colonias, y cinco principales fuentes de moneda en las que la deuda podía ser liquidada: (1) pieles y *wampum*; (2) mercancía dinero o "dinero rural" como tabaco, índigo, trigo y maíz; (3) monedas extranjeras, particularmente de origen español y portugués; (4) monedas británicas, y (5) varios tipos de papel moneda o "scrip" colonial (Davies 2002: 459). Dependiendo de la transacción, todos estos medios de cam-

bio eran potencialmente útiles. Sin embargo, el problema de la escasez de dinero resultaba en gran medida del hecho de que el oro y la plata (al igual que en Europa y otros países) eran tratados como el único dinero "real". Dado que no había minas nacionales de oro y plata descubiertas tempranamente en la Norteamérica británica, los colonos tenían que depender del comercio para atraer monedas metálicas o notas de cambio intercambiables por libras esterlinas (Ferguson 1954: 158; Davies 2002: 458). Sin embargo, dado que las colonias dependían mucho de las importaciones británicas para adquirir comodidades y lujos, sufrían una escasez crónica de moneda, ya que se pagaba más dinero a los comerciantes británicos que el que se ganaba en el extranjero vendiendo cultivos comerciales nacionales como el tabaco.[6] Más aún, se necesitaba dinero para las transacciones domésticas y el desarrollo interno, y no había dinero metálico suficiente para satisfacer la capacidad potencial del comercio nacional. Ante la escasez de metálico, los colonos recurrieron al papel moneda como principal medio de intercambio. Había dos formas de emitir papel moneda: (1) las legislaturas coloniales podían imprimir y gastar el papel moneda dentro de la economía, principalmente para financiar los gastos de la guerra, o (2) podrían establecer una oficina de préstamos o un banco de tierras para prestar a los agricultores a bajo interés sobre la base de la garantía de la tierra del agricultor (Ferguson 1954: 168). Según la mayoría de las explicaciones, este papel moneda facilitó las transacciones internas y algunas externas, y estimuló lo que hoy llamaríamos crecimiento económico. También podía ser utilizado para pagar impuestos y, en algunos sitios, comprar tierras. Para casi todos los efectos, el *scrip* colonial emitido por las trece colonias fue considerado moneda de curso legal o aceptable para cumplir las obligaciones financieras.

Al principio, Londres toleró el papel moneda con el fin de facilitar el comercio, pues reconoció que había una carencia de oro y plata en las colonias. Sin embargo, para 1751 el Parlamento fue presionado por los acreedores y los intereses mercantiles para aprobar una ley que restringiera el papel moneda. Más específicamente, estas presiones querían prohibir las leyes de moneda de curso legal que permitían a los colonos saldar sus deudas en el *scrip* colonial (Ferguson 1954: 177). La ley hizo justamente eso, pero sólo fue aplicada en Nueva Inglaterra, donde los acreedores

6 Estos acontecimientos son precursores de los debates del siglo XX sobre el deterioro de los términos del intercambio y la posibilidad de un desarrollo independiente, en particular en América Latina.

estaban preocupados por ser pagados en moneda depreciada. Para el momento en que la guerra franco-india había terminado a favor del Imperio británico (1754-1763), se había emitido más papel moneda al sur de Nueva Inglaterra. El *scrip* se emitía para ayudar a pagar los prolongados conflictos, pero cuando la paz volvió, los comerciantes y acreedores temieron ser obligados a aceptar el papel depreciado por deudas en libras esterlinas (Greene y Jellison 1961: 486; Sosin 1964: 175). Sus preocupaciones fueron escuchadas y en 1764 un nuevo decreto prohibió nuevas leyes de moneda de curso legal en las provincias restantes. Las élites de las colonias protestaron contra las leyes monetarias, pero las autoridades británicas no revirtieron la legislación. Esto obligó a las provincias a establecer cierto número de negociaciones, algunas de las cuales fueron exitosas en la solución al problema de la escasez de dinero. Sin embargo, en ausencia de nuevas leyes sobre la moneda de curso legal, las deudas a los acreedores y comerciantes británicos ahora tenían que ser pagadas en libras esterlinas a menos de que se negociara otra cosa. Esto causó considerables dificultades financieras en Nueva Jersey, Virginia, las dos Carolinas y Georgia en la década anterior a la guerra revolucionaria estadounidense. Evidentemente, en el Primer Congreso Continental (1774), la Ley de la Moneda de 1764 fue catalogada como una de las muchas violaciones de los derechos coloniales (Greene y Jellison 1961: 518). Si bien es posible que la cuestión de la moneda no haya sido el principal impulso para tomar las armas contra Inglaterra, Greene y Jellison (1961) han argumentado de manera convincente que fue sin duda un agravio importante. Como sostenemos a continuación, el otro agravio mayor también estaba estrechamente vinculado con la deuda y el deseo de la acumulación monetaria entre las élites coloniales.

Es vasta la historiografía de la Revolución estadounidense y los acuerdos políticos posteriores. Sin embargo, hasta el trabajo de Charles Beard (1913), la mayoría de las narraciones académicas eran celebratorias o, en palabras de Curtis, “chovinistas” (2014: 475). En estas reconstrucciones, los padres fundadores eran ensalzados como genios políticos comprometidos con erigir una unión más perfecta de lo que permitían los Artículos de la Confederación (para una lectura crítica de los eventos que condujeron a la Constitución, véase Di Muzio en Gill y Cutler 2014: 81-94). Para lograr esto, tuvieron que superar a los antifederalistas, quienes eran escépticos sobre la protección de los intereses de los ciudadanos y sus libertades dentro de una unidad territorial gran-

de en vez de una pequeña.[7] Basándose en las observaciones político-económicas que Madison publicó en *Federalist 10*, Beard sostuvo que el arreglo constitucional era primeramente un trabajo de hombres con intereses financieros que intentaban proteger su propiedad *vis a vis* sus conciudadanos menos prominentes (1913: 31-51). La constitución que debía dar fundamento al gobierno nacional, no sólo debía garantizar la propiedad desigual del momento, sino también ofrecer la fuerza organizada (en vez de la dispar fuerza del Congreso Continental bajo los Artículos de la Confederación) requerida para abrir nuevas vías para la acumulación de riqueza al oeste de los Apalaches. Al principio, los cargos más graves contra la tesis de Beard fueron que era demasiado determinista (es decir, que se basaba únicamente en los intereses económicos), y los fundadores no siempre parecían votar por sus intereses económicos inmediatos. Los historiadores actuales comparten parte de esta crítica, pero argumentan que, dada la economía política de la época y el objetivo de los federalistas, Beard estaba en lo correcto al poner énfasis en los intereses económicos o financieros de quienes defendían un nuevo gobierno "nacional" (Holton 1999, 2004, 2005b; Curtis 2014). Debido al discurso de los antifederalistas, y a las fuerzas sociales populares que se politizaron durante la revolución, las cosas ciertamente pudieron haber sido de otro modo. Sin embargo, no lo fueron. Como uno de los historiadores más eminentes del periodo argumentó, la constitución federal fue diseñada no sólo para "transferir el poder de los muchos a los pocos" sino para asegurar hacia el futuro las desigualdades de propiedad, poder y privilegio (Wood 1969: 516 citando a Richard Henry Lee; véase también Nedelsky 1990: 2). Sin embargo, la ratificación de la Constitución no fue el único movimiento estratégico de los federalistas. Bajo las iniciativas de Hamilton, el nuevo acuerdo político sería respaldado por una deuda nacional y por un banco "nacional" auspiciado por el gobierno y con fines de lucro. Para entender por qué, debemos considerar la situación en que se encontraron los líderes de la revolución y lo que intentaron alcanzar con la creación de un gobierno independiente y centralizado.

El primer agravio importante hacia las élites coloniales, muchas de las cuales estaban profundamente endeudadas con los acreedores y comerciantes británicos a causa de su estilo de vida, fue la Proclamación Real de 1763 y la Ley de Quebec de 1774

7 La teoría política de la época admite que los republicanos estaban menos protegidos mientras más pequeñas eran sus unidades territoriales.

(Morris 1962: 15; Curtis 2014: 456-457). El decreto de 1763 fue un "decreto Real que prohibió el pago o la compra de tierras de los indios al oeste de una línea trazada a lo largo de los Apalaches" (Ferguson 1979: 32). La primera razón de este decreto fue la considerable deuda que Inglaterra había adquirido en la Guerra franco-india de 1754 a 1763 (parte del amplio conflicto internacional conocido como Guerra de los Siete Años). Londres pensaba que, si los colonos continuaban presionando hacia el oeste, usurpando o comprando tierras indias, esto provocaría más guerras con los indios y por lo tanto produciría aún más deudas. También querían evitar asentamientos en los dominios de cacería de los indios, pues los mercaderes británicos mantenían un lucrativo comercio con los indios del interior.[8] "En efecto, la Proclamación negó a los comerciantes y terratenientes ricos y a sus empresas el acceso a vastas extensiones de tierra que pudieron haber sido revendidas a los colonos o utilizadas en la producción de cultivos comerciales" como el tabaco (Holton 1999: 3 y sig.; Di Muzio 2014: 88). Dado que la tierra fue la principal fuente de riqueza antes de la revolución del combustible fósil, el decreto impuso un límite estricto a la acumulación de dinero y el crecimiento económico, restringiendo la explotación de las tierras occidentales no habitadas por tribus nativas. Diez años más tarde, el Acta de Quebec y las reformas adicionales a los territorios, sólo agravaron estos problemas al ceder el Territorio de Ohio a la provincia de Quebec, anulando así la reivindicación de estas tierras por parte de las trece colonias. Lo que empeoró las cosas fue no sólo el hecho de que las tierras nativas fueran mercantilizadas y vistas como una empresa generadora de ganancias *a futuro,* sino también el hecho de que la propiedad y la venta de las nuevas tierras fue virtualmente la única manera en que los dueños de las plantaciones con conexiones políticas podían pagar sus crecientes deudas con los comerciantes británicos.[9] En efecto, para 1766 un comité parlamentario encontró que la deuda a los mercaderes británicos ascendía a 4.5 millones de libras esterlinas, y nueve décimas partes de ella provenía de las plantaciones del sur (Sosin

8 Una razón más de la proclamación fue que era más sencillo gobernar a la población en la costa que en el interior.

9 Antes de la llegada de los fertilizantes sintéticos, el crecimiento del tabaco fue extremadamente perjudicial para el suelo. La fertilidad de la tierra se perdía en cuatro o cinco años, haciendo necesario para los propietarios de las plantaciones de tabaco, como Jefferson y Washington, buscar continuamente nuevas tierras hacia el oeste.

1964: 175 nota 4; Friedenberg 1992: 149; Holton 1999: 35-36; cf. Evans 1962). Breen registra por qué estos nuevos actos habrían perturbado tanto a los plantadores del sur:

> los mayores plantadores [...] utilizaron sus posiciones en el concejo de gobierno o la House of Burgesses para patentar enormes extensiones de tierras occidentales [...]. Los grandes plantadores se aferraron a algunas piezas de propiedad elegidas [...] pero la mayor parte fue revendida [...] generando un beneficio considerable [...]. Este ventajoso sistema duró hasta principios de 1750, cuando la Guerra franco-india, junto con los controles imperiales más estrictos sobre la concesión de las tierras occidentales, cortaron una de las principales fuentes de ingresos para las élites (Breen 1985: 35-36).

De acuerdo con Holton (1999), Bouton (2001) y Curtis (2014), la presión de la deuda y la pérdida de la capacidad de apropiarse, mejorar o vender tierras indígenas en el oeste, fueron un motivo suficiente para que figuras importantes como Washington, Jefferson, Mason y Lee asumieran el liderazgo en la lucha armada contra la Inglaterra imperial.

Ahora bien, si la deuda fue movilizada como una tecnología de poder por los mercaderes británicos contra sus pares coloniales, fue reaplicada por la aristocracia norteamericana de terratenientes y mercaderes contra las tribus nativas americanas. En efecto, fuera de la violencia directa, una de las principales formas por las que las comunidades indias perdieron sus tierras fue el endeudamiento con los mercaderes o gobiernos coloniales. Si y cuando los indios no podían pagar estas deudas (y éste era el caso por lo general, ya que sus tierras de cacería estaban siendo cada vez más vaciadas de sus recursos), la tierra era incautada por los acreedores o los oficiales coloniales. En una carta privada a William Henry Harrison, quien debió negociar los tratados con los indios bajo el periodo de Jefferson, el nuevo presidente se mostraba cándido a propósito de la política con los indios bajo su administración:

> Para promover esta disposición a intercambiar tierras, que ellos [los indios nativos] tienen de sobra y nosotros queremos, a cambio de bienes que nosotros tenemos de sobra y ellos quieren, impulsaremos nuestros usos comerciales, y nos alegrará ver que los individuos buenos e influyentes entre ellos se endeuden, porque observamos que cuando estas deudas van más allá de lo que los individuos pueden pagar, están dispuestos a pagarlas a través de

> la cesión de tierras [...]. De esta manera, nuestros asentamientos gradualmente se circunscribirán y aproximarán a los indios, y con el tiempo ellos se incorporarán a nosotros como ciudadanos de los Estados Unidos, o se marcharán más allá del Mississippi. Lo primero, ciertamente, sería el término más feliz de su historia; pero en todo este transcurso, será esencial cultivar su amor. En cuanto a su miedo, asumimos que nuestra fuerza y su debilidad ahora son tan visibles que deben saber que nos basta apretar la mano para aplastarlos [...]. Si alguna tribu fuera tan tonta como para tomar sus armas en cualquier momento, la toma de todas las tierras de esa tribu y su expulsión a través del Mississippi como únicas condiciones para la paz, serían un ejemplo para los demás, y un avance hacia nuestra consolidación final.[10]

No puede haber una afirmación más clara de cómo la deuda fue movilizada como un arma de los poderosos para expropiar a la población nativa de sus tierras ancestrales. El impulso para hacerlo se agudizó significativamente después de la Revolución y del acuerdo constitucional, pues el nuevo gobierno tenía deudas considerables con los patriotas más acaudalados y con acreedores extranjeros. Como señala Banner, esta relación era bien entendida por el Congreso Continental antes de que se introdujera el gobierno federal:

> Los gobiernos estatales y el federal también tenían grandes deudas en dinero. En el corto plazo, necesitaban activos que pudieran ser vendidos para pagar a sus acreedores. En el largo plazo, si querían ser capaces de pedir dinero en el futuro, necesitaban un copioso ingreso para motivar a los acreedores a prestarles. La fuente de dinero más obvia, tanto en el presente como en el futuro, era la venta de terrenos públicos. “Los acreedores del gobierno han sido llevados a creer, y tienen derecho a esperar”, concluía el Congreso Continental, “que esos territorios pronto serán convertidos en un fondo destinado a la seguridad y el pago de la deuda nacional”. Pero el gobierno tenía que adquirir tierras antes de poder venderlas, y las únicas personas de quienes la tierra podía ser adquirida eran los indios (2005: 127).

---

10 Las cartas de Thomas Jefferson entre 1743-1826. Carta de William Henry Harrison, 1803: http://www.let.rug.nl/usa/presidents/thomas-jefferson/letters-of-thomas-jefferson/jefl151.php (consultado el 24 de agosto de 2014).

Con el Imperio británico derrotado, el nuevo gobierno federal era libre de aprobar su propia legislación, abriendo la frontera oeste a la especulación y la ocupación de la tierra. Estas iniciativas, como la cita sugiere, estaban estrechamente ligadas a la creación de una deuda nacional que utilizaba las tierras del oeste como garantía (Williams 1966: 134). Aun así, las fuerzas sociales privadas también se aprovecharon del poder de la deuda nacional para obtener ganancias. Por ejemplo, en la década de 1790, Panton, Leslie and Co. comenzó a comprar y consolidar pequeñas deudas diseminadas entre las tribus del sur. Una vez que reunieron un conjunto suficiente de deudas (sin duda descontadas por sus emisores originales), la empresa utilizó su poder para solicitar un trato con el gobierno nacional. De acuerdo con Banner, en 1805 sus esfuerzos fueron exitosos. El gobierno federal pagó la deuda de los indios capitalizada por la compañía y a cambio agregó a las arcas de la nación alrededor de 8 millones de acres de tierras de los indios (2005: 126).[11] Algo muy similar sucedió con las deudas pendientes en las que incurrieron los gobiernos de los estados y de la federación para financiar su guerra contra el Londres imperial.

Con la escasez de dinero metálico, la única manera en que la guerra revolucionaria podía financiarse era la emisión de papel moneda, cuya mayor parte era emitida como deuda de algún tipo por las legislaturas estatales o por el gobierno de la Unión. Después de la guerra (1783), la situación fiscal de las provincias victoriosas era mala, y se produjo una severa depresión como resultado de la falta de oro y plata y la escasez de dinero y crédito. Desesperados por dinero contante y sonante para pagar impuestos y liquidar las deudas en que incurrían para mantener a su familia mientras estaban en la batalla, muchos granjeros y otros colonos de posición social moderada se vieron obligados a vender sus tierras. El hecho de verse obligados a vender tierras para cumplir con los pagos de impuestos y deudas adicionales encendió uno de los movimientos de resistencia más tristemente célebres de la América postrevolucionaria, la Rebelión de Shay (1786-1787). El objetivo de la llamada rebelión de los 2 mil granjeros era clausurar los tribunales responsables de recibir las exigencias de los

11 Buena parte de esto ocurre todavía hoy en el centro capitalista. Por ejemplo, los fondos buitre se capitalizan sobre la base de la recolección de deudas incobrables de individuos (o naciones), comprándolas con un descuento de sus emisores originales, como examinaremos más adelante en el capítulo 4 (véase Roberts en Gill y Cutler 2014: 243).

acreedores y sancionar la venta de la tierra para el pago de las deudas y los impuestos.[12]

Dado que cierto número de guerrillas estatales se adhirió al movimiento, los propietarios ricos de Massachusetts se vieron obligados a financiar su propio ejército privado para sofocar la revuelta (Smith 1948; Szatmary 1980; Brown 1983).

Otro recurso que encontraron los desesperados colonos fue la venta de los certificados del ejército que habían recibido como pago por sus servicios militares a los gobiernos revolucionarios. Desesperados por adquirir dinero para pagar impuestos o pagar su sustento en una época de depresión económica, muchos soldados y viudas vendieron sus certificados a especuladores ricos a un precio extremadamente descontado. Aunque los debates no son definitivos, hay considerable evidencia para sugerir que lo que empeoró las cosas fue el conocimiento de que la fuerza organizada los propietarios iba a competir por un gobierno nacional con el poder de gravar para pagar la deuda revolucionaria y mantener bajo control la democracia a nivel estatal, en vista de los programas de ayuda a los deudores y el deseo de superar la escasez de moneda mediante la emisión de papel moneda (Ferguson 1954; Bogin 1989; Mann 2003: 176; Holton 2004; Wright 2008). Mientras que una parte de la deuda de guerra fue capitalizada para debilitar al Imperio británico por sus enemigos en Francia, España y las Provincias Unidas, la abrumadora mayoría de la deuda emitida durante el periodo revolucionario estaba en manos de fuerzas sociales nacionales (Davies 2002: 467). Cuánto se habían extendido las deudas revolucionarias para el fin de la guerra es todavía una cuestión ampliamente debatida; y ya que una serie de incendios en el Tesoro destruyó los registros federales, es improbable que algún día obtengamos una prueba definitiva de la distribución original de la propiedad de la deuda (Ferguson 1954: 35).[13] Sin embargo, existe una robusta evidencia que sugiere que la mayoría de los pagos de la deuda no fue a dar a los propietarios originales,

12 Hacia 1787, Massachusetts aplicó grandes impuestos directos para ayudar a pagar su deuda de guerra y la parte que debía a los acreedores del Congreso Continental. La deuda tuvo que ser pagada en dinero metálico escaso o su equivalente, forzando a muchos a ir a prisión por sus deudas o a perder sus hogares (Hammond 2003: 187-188).

13 La reciente investigación de vanguardia de Sandy Hager sobre el caso de Estados Unidos, ha demostrado que "la deuda pública se ha convertido en una institución de poder que opera en favor de los intereses del 1 por ciento más rico" (2013: 177). El estudio de Hager muestra que,

sino a un pequeño número de especuladores, quienes concentraron en sus manos los títulos del gobierno adquiriéndolos a un precio descontado. Hicieron esto anticipando que eventualmente se consolidaría un gobierno central con la facultad de establecer impuestos y de pagar la deuda a su valor nominal (Ferguson 1954; Mann 2003: 176; Wright 2008: 124). Hay pocas dudas de que una de las principales preocupaciones de los hombres que se congregaron en la Convención de Filadelfia era cómo financiar la deuda acumulada durante la guerra (Wright 2008: 81). Escépticos del poder central y distante, los Artículos de la Confederación deliberadamente crearon un gobierno federado débil, sin el poder de decretar impuestos –una de las principales razones por las que el dólar continental perdió su valor durante la guerra (Wray 1998: 62; Loubert 2012: 448-449). Aunque sólo tenían el mandato de sugerir cambios necesarios a los Artículos de la Confederación, los asistentes a la conferencia se embarcaron en la creación de una constitución nacional fuerte que retiraría de las manos de las legislaturas estatales el poder de creación de dinero y deuda. Estas legislaturas a menudo demostraron ser demasiado democráticas y cercanas a las necesidades de sus constituyentes, y cuando no lo eran, generalmente se produjeron protestas, creando inestabilidad y cuestionando la "propiedad" (Wood 1969; Edling y Kaplanoff 2004; Holton 2005a). Evidentemente, la solución al problema de la deuda nacional y la restricción de los derechos de los estados no era el único objetivo de los redactores. Pero aquí nos concentramos en los efectos de la Constitución en lo que respecta a la deuda como tecnología de poder, y el acuerdo constitucional y su desarrollo institucional consolidaron algunos objetivos significativos al servicio de los poderosos. Cuando piense en las iniciativas que enlistamos a continuación, el lector hará bien en recordar la tesis progresista de que en realidad hubo dos revoluciones estadounidenses: la primera fue una lucha popular de fuerzas sociales diversas contra el Imperio británico; la segunda una contrarrevolución de las élites coloniales que querían neutralizar el radicalismo y el espíritu democrático de la revolución una vez que las excolonias alcanzaron la victoria (para una revisión de la tradición historiográfica, véase Morris 1962: 20 y sig.; Wood 1969: 483 y sig.; Fresia 1988; Tise 1998). Mientras el programa

---

durante las tres últimas décadas, la deuda pública, en efecto, ha funcionado como un mecanismo para la redistribución del ingreso de la clase trabajadora hacia los propietarios de los bonos, pertenecientes al 1 por ciento más rico de la población.

contrarrevolucionario de la élite nunca estuvo exento de resistencias, los propietarios reunidos en la Convención de Filadelfia tuvieron un considerable éxito en la creación de los cimientos de un imperio fundado en la propiedad desigual y el esclavismo, con una deuda pública y un banco "público" capitalizado por agentes privados en su centro.

Las relevantes iniciativas constitucionales que apuntalaron la deuda como una tecnología organizada de poder fueron las siguientes. El artículo 1, sección 8, confirió al Congreso el poder de "imponer y recolectar impuestos, cuotas, gravámenes e impuestos especiales" –un poder que los gobiernos estatales nunca confirieron al Congreso Continental–. Con el poder de crear impuestos, el Congreso ahora podía oficialmente imponer la recaudación de dinero para pagarle a los acaudalados acreedores de la guerra revolucionaria y de las deudas futuras contraídas por la guerra. Como Brown (1989: 1) detalló, hasta la Gran Depresión, la mayoría de la deuda contratada por el gobierno estadounidense se debió a la guerra o la preparación para la guerra. El artículo 1, sección 10, canceló efectivamente el poder de las legislaturas estatales de crear dinero, y forzó a los estados a aceptar el oro y la plata como la única moneda de curso legal para saldar las deudas. Dado que los estadounidenses eran más afectos a sus legislaturas locales y estatales por ser los centros de poder democrático más próximos, esto representó un severo golpe a la democracia y condujo a la centralización del poder monetario. La sección VI de la Constitución no pudo haber sido más claramente un regalo a los especuladores que se habían dedicado a comprar notas de deuda estadounidense con grandes descuentos a agricultores y soldados desesperados. Este artículo declaró que "todas las deudas y los compromisos adquiridos antes de la adopción de esta constitución, serán igualmente válidos ante los Estados Unidos que se regirán por esta constitución". Los detalles técnicos del financiamiento de lo que se convertiría en la deuda "nacional" consolidada no fueron establecidos sino hasta 1790 por el secretario del Tesoro Alexander Hamilton. La primera iniciativa de Hamilton fue incrementar el nivel de confianza en el nuevo gobierno, anunciando que todas las deudas emitidas por el Congreso Continental serían pagadas a los detentores actuales de la deuda en lugar de a los detentores originales. Sin duda, esto complació a los especuladores e incrementó el valor de sus títulos. La segunda iniciativa de Hamilton fue asumir todas las deudas estatales y fusionarlas en una sola deuda "nacional" financiada federalmente. Este mo-

vimiento contribuyó a pacificar la resistencia de los estados a la centralización del poder financiero, descargándolos de la responsabilidad de cobrar impuestos impopulares. Para 1804, incluso las deudas privadas de los colonos ricos fueron absorbidas dentro de la deuda "nacional", una estratagema, como veremos en la sección siguiente, llevada a cabo por los banqueros internacionales durante la llamada Crisis de Deuda del Tercer Mundo durante las décadas de 1970 y 1980 (Henry 2003; Curtis 2014: 456). Como tercera política, con el fin de recaudar fondos para pagar los intereses de la deuda nacional, Hamilton introdujo impuestos sobre las importaciones, en particular sobre vinos, licores, té y café. Este impuesto era regresivo ya que alejaba la carga impositiva de los ingresos y la propiedad, y se aplicaba tanto a los ricos como a los pobres. Pero, mientras este nuevo impuesto contribuyó a financiar la creciente deuda nacional, la mayoría de los especuladores entendió que el verdadero privilegio que el gobierno federal tenía era la capacidad de apropiarse de tierras nativas y cedérselas a sus favoritos. Si el poder del gobierno federal era capitalizado a través de su deuda nacional, se trataba del poder del gobierno de consumar la destrucción de las formas nativas de reproducción social y de apropiarse de sus tierras. Vale la pena mencionar dos iniciativas más. En 1792 fue aprobada el Acta de la Moneda, la cual convirtió al dólar de plata estadounidense en el dinero de cuenta oficial en los Estados Unidos y, jurídicamente (aunque esto no se aplicaría sino hasta mucho más tarde) prohibió cualquier forma de dinero extranjero en la circulación interior. Finalmente, Hamilton pensó erigir un banco nacional sobre el modelo del Banco de Inglaterra para conservar los depósitos del Tesoro y pagar los intereses de la deuda gubernamental (Sylla 1998; Cowen 2000; Konings 2011: 28). Pese a algunas diferencias menores con el Banco de Inglaterra (Wright 2008: 155), el primer Banco de los Estados Unidos (BUS) fue un banco con fines de lucro, capitalizado y colegiado, propiedad de una mayoría de los accionistas privados (Rothbard 2002: 68 y sig.). El BUS fue capitalizado con 10 millones de dólares; pagando 2 millones el gobierno federal y los inversionistas externos el resto. Los inversionistas también podían utilizar sus bonos gubernamentales para comprar acciones en el nuevo banco. Así, la deuda nacional nació de la guerra y el poder de los acreedores privados. En los siglos posteriores, a través de la expansión continental en las tierras nativas y el territorio mexicano, y las guerras extracontinentales alimentadas por los combustibles fósiles, la deuda nacional crecería hasta convertirse

en la más grande del mundo. Cuando la deuda es entendida como una tecnología de poder, ¿alguien se extraña al descubrir que la nación más poderosa del mundo sea también la más endeudada?

Colonización, descolonización y deudas nacionales

Discutimos con cierto detalle la creación de la deuda nacional en Estados Unidos no sólo porque fue modelada bajo la unificación del poder estatal y las finanzas privadas, como en Inglaterra, sino también porque resultó ser una de las más exitosas en apalancar el poder del Estado en aras de la guerra, la transformación social y la acumulación capitalista. Si el nivel de capitalización es una medida de la confianza del inversionista en la capacidad de toda corporación organizada de forzar la configuración y reconfiguración del terreno de la reproducción social global y las políticas mundiales, entonces, al menos desde la Segunda Guerra Mundial, los inversionistas han depositado su confianza en el gobierno de los Estados Unidos y su aparato militar para imponer transformaciones y mantener el orden mundial (Arrighi 1994; Di Muzio 2007).

A diferencia de Estados Unidos, que se las arregló para zafarse del yugo imperial de Inglaterra, casi todos los Estados coloniales restante adquirieron sus deudas "nacionales" durante el proceso de la construcción imperial y, generalmente, bajo el arma colonial de los proyectos de infraestructura para la extracción de recursos. A la fecha no existe un estudio comprehensivo sobre la emergencia de las deudas nacionales alrededor del mundo, pero a partir de nuestra investigación inicial, podemos hacer al menos dos observaciones teóricas basadas en la evidencia histórica. En primer lugar, las deudas "nacionales", particularmente en las colonias, tienen su origen en la práctica colonial de hacer que "las colonias paguen su propia explotación y conquista" (Anghie 2005: 172). Por lo general, esto significó que el gobierno asumía grandes inversiones de capital hechas principalmente a favor de los intereses de las empresas extranjeras, de tal forma que los recursos pudieran ser extraídos y vendidos en los mercados externos para la ganancia privada (Rodney 1972: 209). Debido a que esto requería "ajustes estructurales" a las formas anteriores de reproducción social, las colonias frecuentemente fueron forzadas a financiar su propia política policial y su política exterior colonial.

Nehru discutió esto en su estudio sobre el dominio británico en la India:

> Así, la India tuvo que pagar el costo de su propia conquista y después de su transferencia (o venta) de la Compañía de las Indias Orientales a la Corona británica, por la extensión del Imperio británico a Burma y otros territorios, por las expediciones hacia África, Persia, etc., y por la defensa contra los propios indios. India no sólo fue utilizada como una base para propósitos imperiales sin recibir pago alguno por ello, sino que tuvo que pagar por el entrenamiento de parte de la Armada británica en Inglaterra –el llamado cobro de "capitación"–. De hecho, India debió pagar por todo tipo de gastos en que incurrió Gran Bretaña, como el mantenimiento de los establecimientos diplomáticos y consulares británicos en China y Persia, el costo total de la línea telegráfica de Inglaterra a la India, parte de los gastos de la flota británica del Mediterráneo, e incluso las recepciones ofrecidas al sultán de Turquía en Londres (1946: 305. Sobre los gastos adicionales en que "incurrió" el gobierno colonial véase también Stavrianos 1981: 124)

Estas medidas y otras fueron financiadas mediante una pesada carga tributaria sobre la mayoría de la población: un campesinado cada vez más presionado y llevado al borde de la supervivencia.[14]

---

14 En una de las muchas cartas sobre este tema para el *New York Tribune*, Marx explicó claramente lo que esta transferencia significó para la deuda de la India:

> Los propietarios de las acciones de la India Oriental debían ser pagados con los dividendos de la Compañía de la India Oriental en su capacidad gubernamental y, por ley del Parlamento, las acciones de la India, que ascendían a 6 millones de libras esterlinas, y generaban un 10 por ciento de intereses, se convirtieron en un capital que no debía liquidarse sino a razón de 200 libras esterlinas por cada 100 libras esterlinas de acciones. En otras palabras, las acciones originales de las Indias Orientales, de 6 millones de libras esterlinas se convirtieron en un capital de 12 millones de libras esterlinas, con un cinco por ciento de interés, y con cargo a los ingresos derivados de los impuestos del pueblo indio. La deuda de la Compañía de las Indias Orientales fue así, por un juego de manos parlamentario, convertida en una deuda del pueblo indio.

https://www.marxists.org/archive/marx/works/1858/02/09.htm (consultado el 27 de agosto de 2014).

Segundo, si las deudas "nacionales" no eran el resultado de las inversiones extranjeras y la administración colonial cargadas a las arcas estatales, frecuentemente eran impuestas a la población como una indemnización por la fuerza de las armas. Los ejemplos de Haití y China son quizá los más sobresalientes. Antes de que Haití se convirtiera en la primera república negra en figurar en el mapa mundial, este país era una posesión imperial de Francia conocida como Saint-Domingue (desde 1697). Ya que la población nativa había sido arrasada por la primera ofensiva colonial de España, fueron importados esclavos africanos para trabajar en las plantaciones de café y azúcar, propiedad de los europeos. Emergió así una brutal estructura racial y de clase, si bien permitió a algunos esclavos ganar su libertad. Para la época en que los esclavos tomaron las armas contra sus dominadores, Haití era la posesión colonial de Francia más rica, produciendo el 60 por ciento del café y el 40 por ciento del azúcar a nivel mundial. Para 1804, y pese a los persistentes intentos de Europa de aplastar la revolución desde sus inicios, los esclavos conquistaron su independencia. Sin embargo, en el mundo Atlántico lleno de esclavitud, Haití fue aislada política y económicamente. Para ganar el reconocimiento internacional de Francia, los líderes haitianos aceptaron pagar a Francia las reparaciones por la pérdida de sus propiedades en un monto de 150 millones de francos en oro. Ésta era una suma descomunal, así que para pagarla Haití debió pedir "inmensos préstamos de bancos estadounidenses, alemanes y franceses a tasas de interés exorbitantes. Para el año 1900, Haití gastaba alrededor del 80 por ciento de su presupuesto nacional en el pago de los préstamos. Esto socavó completamente su economía. Para el momento en que las reparaciones originales más los intereses habían sido pagados, el país estaba básicamente en la indigencia y atrapado en una espiral de deudas".[15] El legado de la deuda, combinado con una sucesión de liderazgos corruptos y desastres naturales exacerbados por la explotación extrema de los recursos, han convertido a Haití en el país más pobre del hemisferio occidental.

China también fue víctima de la deuda como una tecnología de poder en más de una ocasión. En los albores del siglo XX, las relaciones sociales en China habían sido profundamente modificadas por el comercio del opio, la guerra recurrente y la invasión de los

15 Jon Henly (2010) "Haiti's Decent into Hell", *Guardian UK*, 14 de enero. Henly cita al historiador británico Alex von Tunzelmann, cuya cita es utilizada aquí.

intereses comerciales y cristianos. Las derrotas en las dos Guerras del Opio (1839-1842 y 1856-1860), la primera Guerra Sino-Japonesa (1894-1895), y la Rebelión de los Bóxers (1900-1901) trajo consigo no sólo una humillación nacional, sino también crecientes indemnizaciones: "para pagar los 30 millones de libras tras la derrota con Japón, los chinos se vieron forzados a pedir préstamos por los que terminarían devolviendo 100 millones de libras. Igualmente, los 333 millones de dólares de indemnización tras la Rebelión de los Bóxers exigió pagos anuales que absorbieron casi todo el ingreso del gobierno imperial" (Stavrianos 1981: 325). Para asegurar el pago, las fuerzas coloniales expropiaron el servicio postal y las aduanas y, en esencia, las dirigieron como "agencias de cobro de deudas para acreedores extranjeros" (King 2006: 665).[16] China siguió pagando las indemnizaciones a sus invasores coloniales hasta que el caos de la Segunda Guerra Mundial interrumpió los pagos. Así, antes de que, tras la Segunda Guerra Mundial, emergieran formas de resistencia al imperialismo mejor respaldadas y organizadas, las administraciones coloniales hicieron crecer la deuda "nacional": (1) para proyectos de inversión generalmente relacionados con la extracción de recursos, (2) para la administración colonial, incluyendo la pacificación de las poblaciones a través de profesionales entrenados y armados, y (3) para forzar a sus contrapartes más débiles a aceptar indemnizaciones punitivas a las que podían presentar escasa resistencia dadas las alternativas a su alcance.

Neocolonialismo, crisis de la deuda y neoliberalismo

El activista de los derechos sociales Desmond Tutu dijo una vez que "cuando los misioneros vinieron a África, ellos tenían la Biblia y nosotros teníamos la tierra. Dijeron: 'Oremos'. Cerramos los ojos. Cuando los abrimos, nosotros teníamos la Biblia y ellos tenían la tierra" (Gish 2004: 101). Tutu olvidó añadir que la Biblia llegó acompañada de la deuda "nacional". Como argumentaremos en esta sección, la deuda "nacional" es una tecnología de poder en operación permanente, y es tan eficaz como la ametralladora Gatling en su funcionamiento de invernadero para la acumulación diferencial y el poder capitalista.

---

16 La experiencia de China está lejos de ser una excepción, mostrándose más bien como la regla.

En vista de la violencia movilizada contra los movimientos de independencia anticolonialistas, hay una considerable evidencia que sugiere que los poderes imperiales no tenían prisa en renunciar a las posesiones coloniales. Sin embargo, el salvajismo de la Segunda Guerra Mundial dejó a los antiguos poderes coloniales significativamente debilitados, sólo para encontrar que el mundo que alguna vez dominaron se había desplazado hacia los Estados Unidos y hacia una Unión Soviética debilitada pero industrializada. El paisaje ético o moral, aunque lenta y nunca completamente, también se estaba transformando, haciendo más difícil dominar sólo a través de la fuerza bruta. Sin embargo, la violencia y los asesinatos contrarrevolucionarios, de proporciones inimaginables, se desataron contra líderes independientes, activistas sociales y movimientos revolucionarios, en la esperanza de mantener el orden mundial del poder capitalista que había sido forjado durante siglos (Marcuse 1972; Blum 2004; Prashad 2007; Shaw 2011). De acuerdo con Stavrianos, el desplazamiento hacia la descolonización tras la Segunda Guerra Mundial "no significó que el estatuto de *independiente* fuera conferido de manera gratuita o indiscriminada" (1981: 665). El autor sostiene que hay tres factores que participaron en los procesos de descolonización: (1) el poder económico y militar del país imperialista –mientras más fuerte era el país, con más facilidad podía conceder la independencia política mientras mantenía el control económico; (2) el papel de los Estados Unidos y la Unión Soviética y su nivel de involucramiento a través de la guerra, la asesoría técnica y la venta de armas, y (3) los objetivos políticos de los grupos en disputa por la independencia –mientras más socialmente revolucionarios eran estos grupos, mayores eran las "medidas represivas extremas" que encontraban en respuesta (Stavrianos 1981: 665-666)–. Desde la creación de las Naciones Unidas, 84 excolonias adquirieron su independencia política.[17] Pero, para la mayoría de los países, nada cambió radicalmente en sus condiciones económicas. Si creemos a Stavrianos, en el nivel internacional la oleada de la descolonización y la independencia política tras la Segunda Guerra Mundial se produjo dos veces. La primera fue después de que las naciones latinoamericanas conquistaran su independencia en el siglo XIX, y la segunda, cuando los pueblos de África, Asia y algunas partes de la región Asia-Pacífico conquistaron la suya en el siglo XX (1981: 177 y sig. y 623 y sig.). Sin embargo, pese

17 UN Decolonization, http://www.un.org/en/decolonization/nonselfgov.shtml (consultado el 28 de agosto de 2014).

a que las naciones descolonizadas de ambos siglos eran ahora políticamente independientes, sus deudas nacionales contaban una historia del todo diferente: una de dominación extranjera continuada por los dueños de los bancos angloamericanos. En otras palabras, el precio de la independencia fue la aceptación de una deuda nacional cuantificable que debía ser pagada puntualmente, en gran parte mediante la obtención de divisas a través del comercio internacional (Nyerere 1985).[18] Para quienes no estaban cegados por el poder imperial o eran siervos de éste, la nueva estructura del poder fue llamada "neocolonialismo" por Kwame Nkrumah (1965). Stavrianos señaló la sutil diferencia entre los dos sistemas de dominio: "si el colonialismo es un sistema de dominación directa mediante la aplicación de un poder superior, el neocolonialismo es un sistema de dominación indirecto que cede la independencia política para preservar la dependencia económica y la explotación" (Stavrianos 1981: 456). La dependencia y la explotación económicas están ancladas, sostenemos, en el poder estructural de la deuda nacional, acumulada y denominada en moneda extranjera. Un ejemplo particularmente revelador se produjo justo antes de 1994 y el cambio hacia el gobierno de la mayoría en la Sudáfrica del *apartheid*. La élite blanca minoritaria y los acreedores transnacionales temían que el aforo del Congreso Nacional Africano (CNA) tuviera un número todavía desconocido y una agenda social demasiado progresista. La élite privilegiada blanca temía además la posibilidad de los impuestos demasiado altos para pagar las reparaciones, la inflación rampante a causa del gasto social, y la redistribución de la riqueza de los blancos hacia los negros y de los ricos hacia los pobres. Para sortear estas amenazas y apaciguar a los acreedores internacionales y nacionales, el CNA decidió atarse las manos mientras estuvo en el poder. Esto se hizo principalmente mediante la aceptación de un préstamo del Fondo Monetario Internacional que, de acuerdo con

---

18 El primer presidente de Tanzania, Julius Nyerere, escribió: "El Tercer Mundo es ahora culpabilizado de su propia pobreza. Cada país es analizado separadamente por instituciones internacionales y por comentaristas políticos. Sus problemas, entonces, son explicados en términos de su socialismo, su corrupción, la holgazanería de su pueblo y otros atributos semejantes. *El hecho de que virtualmente todos los países del Tercer Mundo y, ciertamente, todos los más pobres entre ellos, atraviesen el mismo calvario, es ignorado casi por completo"* (1985: 489, énfasis nuestro).

Bond, no era necesario. El verdadero propósito de este préstamo era asegurar la continuidad de las políticas económicas:

> En diciembre de 1993, el primer acto del Comité Ejecutivo de Transición (coalición que esperaba convertirse en gobierno, y que combinaba al CNA y al Partido Nacional en el poder) fue pedir prestados 850 millones de dólares al Fondo Monetario Internacional, supuestamente para enfrentar la sequía, pese a que la sequía había terminado 18 meses antes. Las condiciones secretas del préstamo fueron filtradas por el *Business Day* en marzo de 1994 y la posterior transferencia de poder se caracterizaría por la continuidad de la política económica. Estas condiciones incluyeron [...] la reducción de las tarifas a las importaciones, recortes en el gasto estatal, recortes mayores a los salarios del sector público [...] [y] una intensa presión del director del FMI, Michel Camdessus para volver a nombrar al ministro de Finanzas Derek Keys y al gobernador del Banco Central Chris Stals, los dos principales portaestandartes del neoliberalismo del Partido Nacional (Bond 2003: 68).

Este pasaje sugiere que la deuda se aplicó como una tecnología de poder para asegurar la restricción presupuestal y la supervisión del FMI sobre la política fiscal del nuevo gobierno. No sólo el CNA asumió la deuda nacional del antiguo régimen *–deudas que, en parte, fueron acumuladas para reprimir y a veces aterrorizar a la población africana–,* sino que el CNA sacrificó su propio programa de reconstrucción y desarrollo, el cual aspiraba a mejorar las deplorables condiciones en que vivía la mayoría de sus ciudadanos, desempoderados por décadas de dominación racista (Cheru 2001). Sudáfrica, sin embargo, no fue el único en atarse las manos ante la deuda nacional, el poder de los mercados de capital y la vigilancia del FMI.

La utilización de la deuda como una tecnología de poder se intensificó en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial cuando, bajo la influencia de la religión mundial del "desarrollo", los gobiernos fueron incentivados a pedir prestado para financiar la industrialización, la infraestructura, y armas de fabricación extranjera (Rist 2008: 21). Como señala George (1988: 21 y sig.), el material militar importado por el Tercer Mundo generalmente fue utilizado por las élites privilegiadas para reprimir a sus propias poblaciones. En otras palabras, la deuda contribuyó a la militarización del mundo desarrollado. De acuerdo con Stavrianos, la carga de la deuda de los países en desarrollo escaló abruptamente

de "19 mil millones de dólares en 1960, a 64 mil millones en 1970 y a 376 mil millones en 1979" (1981: 448). En la actualidad hay 129 países bajo observación del Sistema de Notificación de la Deuda del Banco Mundial. De acuerdo con los datos de 2010, el total de su deuda externa asciende ahora a 4 billones de dólares, lo que supone un aumento con respecto a los 1.9 billones de dólares de 1995, a pesar de algunas cancelaciones de deuda realizadas a través de la Iniciativa para los Países Pobres Altamente Endeudados de la década de 2000. Brasil, Rusia, la India y China representan el 40% del total de la deuda externa. No es sorprendente que los intereses anuales hayan aumentado de 85 mil millones en 1995 a 155 mil millones en 2010 (Banco Mundial 2012: 40). Si incluimos los reembolsos del principal, el mundo en desarrollo pagó colectivamente 582 mil millones de dólares a sus acreedores en 2010, en comparación con los 205 mil millones de dólares de 1995. Dicho brevemente, no sólo las deudas con los extranjeros siguen aumentando, sino también el pago de los intereses: son perpetuos y crecientes. En su reveladora exposición de los sicarios económicos, John Perkins sugiere que este fue exactamente el objetivo de la política clandestina de los Estados Unidos en el mundo de la posguerra: incitar a los líderes extranjeros a que aceptaran deudas tan grandes que los futuros gobiernos jamás fueran capaces de pagar (2004: xi). Esta deuda no sólo enriqueció a los propietarios de las compañías estadounidenses dedicadas a la ingeniería, la construcción, el petróleo y el gas y la manufactura de armas, sino que también dio al gobierno y las corporaciones estadounidenses, dado que los préstamos fueron hechos en dólares de este país, un poder significativo sobre los países endeudados alrededor del mundo (Henry 2003). Pero esto no fue hecho únicamente por sicarios económicos y banqueros privados que concedieron créditos excesivos a los gobiernos extranjeros. La montaña de deuda que desencadenó la Crisis de la Deuda del Tercer Mundo en los años ochenta se intensificó por la inflación masiva del precio del petróleo y las tasas de interés de los Estados Unidos (George 1988: 27 y sig.). Si bien la discusión que presentamos a continuación resultará controversial para algunos, hay evidencia convincente que sugiere que esta inflación fue orquestada y estratégica y no algo impredecible y accidental (Oppenheim 1976-1977).

En 1945, al terminar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se convirtió en la superpotencia global indiscutible. No sólo salió de la guerra con sus fábricas y empresas indemnes, sino que

la guerra estimuló la economía nacional y atrajo de manera considerable al capital extranjero. Para el final de la guerra, Estados Unidos era la principal nación acreedora del mundo. Otro factor que benefició a los Estados Unidos y a los Aliados fueron los enormes depósitos de petróleo descubiertos dentro del territorio continental estadounidense. Mientras que Hitler se quedó sin petróleo, los Aliados nadaron hasta la victoria en un mar de petróleo estadounidense (Yergin 1992; Hayward 1995). Como Yergin señala en su estudio histórico del petróleo y el poder internacional, fue la Primera Guerra Mundial lo que centró a las mentes estratégicas en el futuro de la guerra y el poder geopolítico:

> La Gran Guerra hizo completamente claro que el petróleo se había convertido en un elemento esencial en las estrategias de las naciones; y los políticos y burócratas, aunque antes apenas habían estado ausentes, ahora se precipitarían al centro de la lucha, arrastrados a la competencia por una percepción común –que el mundo de la posguerra requeriría cantidades cada vez mayores de petróleo para la prosperidad económica y el poder nacional. (1992: 185)

La conexión entre el petróleo, el desarrollo económico y el poder internacional es bien entendida, a pesar de la literatura sobre la maldición de los recursos y las crecientes contradicciones ambientales. Si bien la energía fósil no es causa suficiente del desarrollo, ciertamente es necesaria y vital para el crecimiento económico (UNDP 2000; Wrigley 2010). Hasta la década de 1970, Estados Unidos la tuvo en abundancia. El papel especial que desempeña el petróleo dentro del orden monetario internacional es de crucial importancia para nuestro análisis de la deuda como tecnología de poder.

Para 1944, por lo menos, los Aliados habían casi asegurado la victoria contra los poderes del Eje, y comenzaron a prepararse para el comercio internacional en el orden de la posguerra. En la conferencia de Bretton Woods, en New Hampshire, se desarrollaron planes para la creación de un Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (comúnmente conocido como el Banco Mundial). El Banco debía contribuir a la reconstrucción de Europa occidental, pero conforme el tiempo pasó, su mandato se amplió para incluir a los países "en desarrollo" de menor PIB. El Fondo Monetario Internacional también fue creado en esta conferencia, y fue comisionado a facilitar el comercio internacional financiando –lo que entonces se pensaba que sería sólo tempo-

ralmente– los déficits de la balanza de pagos. A causa de la larga historia europea de codicia del oro en tanto único dinero "real", y de que la mayor parte del oro del mundo se había acumulado en los Estados Unidos gracias a las dos guerras mundiales, se propuso un nuevo patrón oro bajo la supervisión del FMI. Bajo este esquema, el dólar estadounidense quedó anclado al oro a un precio de 35 dólares por onza. Por su parte, los otros Estados miembros del FMI anclaron sus monedas al dólar estadounidense a una tasa de cambio relativamente fija y estable. Muchos creyeron que estas tasas contribuirían a eliminar el riesgo del tipo de cambio en el comercio, y por lo tanto facilitarían la planificación corporativa y el crecimiento económico. Este sistema, sin embargo, no duró mucho tiempo. La razón fue que, en cierto sentido, Estados Unidos nunca dejó de pelear la Segunda Guerra Mundial. Principalmente como consecuencia de su prolongada guerra en Indochina, Estados Unidos comenzó a experimentar un déficit en su balanza de pagos de manera rutinaria a principios de los años setenta. Estados Unidos se estaba convirtiendo rápidamente en el mayor deudor del mundo, con un déficit doble, el fiscal y el comercial. Francia fue el primer país en darse cuenta de que Estados Unidos había inundado el mundo con tantos dólares que no tenía suficiente oro para respaldar el dinero en circulación. Cuando Inglaterra demandó convertir sus reservas de dólares a oro, la administración de Nixon suspendió unilateralmente el vínculo entre el dólar y el oro. Su gobierno entendió que el dólar se había convertido de hecho en la moneda de reserva mundial, de manera que se volvió inevitable la instauración de un "sistema de dinero-crédito puramente capitalista", debido a las contradicciones del dólar (Ingham 2004: 77-78; véase demás Konings 2011: 89 y sig.). Cómo gestionó la administración de Nixon esta situación y la controversia alrededor de ella es un asunto de considerable interés desde la perspectiva de la deuda como tecnología de poder.

Los estrategas estadounidenses no sólo sabían que el dólar era *de facto* la moneda de reserva mundial, sino que entendieron que la demanda de la moneda seguiría siendo alta debido al tamaño del mercado de valores estadounidense, la innovación financiera de Wall Street y el mercado del eurodólar, además del hecho de que toda una gama de mercancías comerciadas internacionalmente estaban denominadas en dólares estadounidenses (Konings 2011: 123). La mercancía más importante era, por supuesto, el petróleo, el componente fundamental necesitado por todas las naciones para impulsar su desarrollo industrial y la economía de

consumo "moderna" (Clark 2005: 30). Alrededor de 1971, la producción de petróleo convencional en Estados Unidos había llegado a su máximo, así que era de vital importancia para los Estados Unidos, como nación en creciente endeudamiento, que el petróleo siguiera estando denominado en dólares y no en una canasta de monedas, como llegaron a considerar algunos políticos de Medio Oriente (Spiro 1999: 110). Arabia Saudita aceptó mantener la denominación del petróleo crudo en dólares, y la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) siguió su ejemplo. En 1973, el precio del petróleo se disparó y a finales de 1974 subió un 400%. Mientras la historia ortodoxa culpa del incremento de los precios del petróleo al embargo petrolero que siguió a la Guerra de Yom Kippur, existe una robusta evidencia que sugiere que el incremento de los precios fue algo deseado por la administración de Nixon, y que Kissinger hizo cuanto pudo para facilitar la guerra entre Israel, Siria y Egipto, tergiversando las intenciones de todas las partes (Oppenheim 1976-7; Kubursi and Mansur 1994: 313-327; Gowan 1999: 21-22; Engdahl 2004: 136; Clark 2005: 30).[19] Incluso si algunos académicos se rehúsan a admitir la idea de que los precios del petróleo fueron fijados estratégicamente, las consecuencias del incremento del precio en un 850 por ciento entre 1973 y 1980 son bien claras: (1) los petrodólares fluyeron hacia los principales bancos de Estados Unidos y la City de Londres como respuesta al debilitamiento del sistema financiero en Medio Oriente; (2) esto tuvo como efecto la recapitalización de los mayores bancos, permitiéndoles conceder más créditos en el extranjero y, al mismo tiempo, financiar el déficit comercial de Estados Unidos; (3) una porción de los petrodólares fue utilizada

19 Morgan, Oliver y Faisal Islam (2001) "Saudi Dove in the Oil Slick," *The Observer*, 14 de enero. Disponible en: http://www.guardian.co.uk/business/2001/jan/14/globalrecession.oilandpetrol (consultado el 31 de agosto de 2014). Durante una entrevista con Morgan e Islam, el exministro del petróleo saudí Sheikh Ahmed Zaki Yamani afirmó, "estoy cien por ciento seguro de que los estadounidenses están detrás del incremento en el precio del petróleo. Las compañías petroleras estaban en serios problemas en ese momento, habían pedido demasiado dinero y necesitaban un alto precio del petróleo para salvarse". Presumiblemente, las compañías petroleras necesitaban un alto precio por el petróleo para pagar sus propias deudas con los banqueros y financiar el desarrollo del Mar del Norte, así como la Bahía de Prudhoe, ambos territorios relativamente inhóspitos y que planteaban desafíos significativos para la producción de petróleo.

para comprar bonos del Tesoro estadounidense (lo que contribuía a drenar sus reservas) y cantidades considerables de equipo militar, lo cual vigorizó la militarización en Medio Oriente; (4) el incremento del precio petrolero sumió a las economías industriales en un periodo de estanflación –una situación de incremento de precios, lento crecimiento y alto desempleo–;[20] y finalmente, (5) el incremento del precio hizo mucho más caro el petróleo para los países con monedas débiles (Gowan 1999: 21-22; Clark 2005: 30 y sig.).

Aunque los economistas han debatido acerca de la fuente de la Gran Inflación de los años setenta, los datos dejan muy en claro que la inflación masiva en el precio del petróleo estuvo estrechamente correlacionada con incrementos drásticos en el índice de precios al consumidor.[21] Con el fin aparente de combatir la inflación, Paul Volcker, el presidente de la Reserva Federal, tomó acciones radicales y elevó la tasa de interés de referencia a niveles sorprendentes, hasta el 21 por ciento.[22] La tasa de interés se convirtió en un arma. El desempleo escaló, pero para 1983

20 Sobre la conexión entre los precios del petróleo y las recesiones, véase Hamilton (2009).

21 Durante la abrupta escalada del precio del petróleo entre 2001 y 2008, cuando el WTI alcanzó los 134 dólares por barril, el índice de precios al consumidor se mantuvo relativamente estable tanto en Reino Unido como en Estados Unidos –lo contrario de lo que uno podría esperar–. La posible razón de esto es que los salarios representan una porción cada vez menor del PIB debido a la desindicalización y la deslocalización de la producción hacia áreas de Asia y Centro y Sudamérica.

22 La afirmación de que las tasas de interés fueron incrementadas también para atraer capital extranjero es insostenible. Estados Unidos ya tenía un acuerdo con los saudíes para reciclar los petrodólares, y otros países de la OPEP siguieron el ejemplo; el petróleo y otras mercancías estaban denominados en dólares estadounidenses, y Estados Unidos tenía el mayor mercado de valores del planeta. Más aun, inversionistas y países tenían dólares en Estados Unidos cuando el patrón oro fue suspendido, y los habrían mantenido allí sin la necesidad de tasas de interés descomunales. Esto lo prueba el hecho de que actualmente, con tasas históricamente bajas, Estados Unidos no ha sufrido de una huida masiva del dólar, como algunos analistas financieros anticiparon. Véase, "Still No Alternative to the Dollar", *Financial Times*, vídeo: http://video.ft.com/3592100572001/Still-no-alternative-to-dollar/Markets (consultado el 31 de agosto de 2014). Hudson llama a este fenómeno "imperialismo monetario" ([1972] 2003: 385).

la inflación comenzó a descender. No tenemos el espacio suficiente aquí para una investigación exhaustiva, pero vale la pena preguntarse, teniendo en mente que el precio del petróleo fue el principal factor determinante de la inflación, si es posible que el incremento del costo del dinero pudiera haber tenido algún efecto en la disminución de los precios del petróleo. Si algo, las altas tasas de interés *habrían provocado que el petróleo fuera mucho más caro* para aquellos países que debían pedir dólares para comprar petróleo. Y esto es precisamente lo que ocurrió con los países en desarrollo dependientes de las importaciones de petróleo: tuvieron que endeudarse para satisfacer su necesidad de petróleo. En otras palabras, estos países tenían ahora que pagar no sólo el precio inflado del petróleo, ¡sino el precio inflado de las deudas necesarias para su compra, más los intereses! El llamado *Volcker Shock* resulta aún más desconcertante si consideramos que la investigación empírica de Nitzan ha demostrado convincentemente que el crecimiento económico y la inflación históricamente han estado correlacionados *inversamente* (Nitzan 2001: 253 y sig.). En otras palabras, al elevar las tasas de interés a niveles sin precedente, la Reserva Federal estaba contribuyendo a incrementar la inflación en vez de combatirla. Este hecho es consistente con las matemáticas básicas de los tabuladores de las tasas de interés de la deuda, y está en consonancia con la afirmación de Rowbotham (1998) de que la inflación en general es el resultado de un sistema monetario basado en la deuda. La razón es simple: las empresas, en última instancia, trasladan el costo del crédito hacia los consumidores, incrementando el precio de los bienes y servicios. Afortunadamente para Volcker, con el desempleo por las nubes, el comienzo de una oleada de fusiones corporativas y el descenso de los precios del petróleo a principios de los años ochenta, la inflación empezó a remitir en el corazón del capitalismo, ganándose el favor de la prensa. Pero mientras las cosas estaban volviendo a la normalidad en Estados Unidos, el *Volcker Shock* había servido para inflar la deuda de virtualmente todos los países en desarrollo –países que a menudo tuvieron que pedir nuevos préstamos únicamente para pagar los crecientes intereses de las deudas previas (George 1988; Hall 1988: 12)–. La usura solía operar en el nivel individual, pero aquí fue aplicada al nivel de poblaciones enteras como tecnología de poder imperial. Desde la perspectiva del capital como poder, los intereses son, pura y simplemente, un arma de redistribución, y la "crisis de la deuda", fuera de control por los intereses descomunales, operó tal vez como el mayor esque-

ma de redistribución de riqueza en la historia de la humanidad. En el nivel de la micropolítica de la deuda cotidiana, encontramos una imagen especular de esto en la industria de las tarjetas de crédito, donde los bancos prefieren a los clientes "revolventes" [*revolvers*]: clientes que cumplen con los pagos mensuales mínimos pero nunca pagan sus tarjetas totalmente. Así como los países en desarrollo tienen que pedir nuevos préstamos para pagar los intereses de los antiguos (incrementando así la carta total de su deuda), los individuos adquieren nuevas tarjetas de crédito para pagar las anteriores. De esta manera, los intereses se vuelven perpetuos, que es precisamente el diseño de la primera deuda "nacional" *permanente* bajo supervisión del Banco de Inglaterra.[23] Cualquiera que haya sido el plan exacto del Departamento del Tesoro y la Reserva Federal durante el periodo de Volcker, la idea de que las personas a cargo de estas instituciones no supieran que elevar las tasas de interés al nivel que lo hicieron exacerbaría la crisis de deuda en los países desarrollados es francamente insostenible. Una evidencia importante de esto es el hecho de que durante la crisis de la deuda de los años ochenta, el gobierno estadounidense "intervino masivamente para evitar [la reestructuración de la deuda o el impago], ofreciendo asistencia financiera para rescatar a los inversores privados y vinculando esta asistencia a la adopción de estrictos programas de ajuste estructural dictados por el FMI en los países deudores" (Helleiner 2005: 952). Y esto nos lleva a lo que llamamos *nexo restructurante deuda-neoliberalismo*.

La literatura del neoliberalismo es vasta y transversal a las ciencias sociales. En un trabajo tan breve como éste no podemos aspirar a debatir por completo con la literatura existente. Sin embargo, compartimos el análisis de Cahill de que el giro hacia el neoliberalismo no puede explicarse plenamente enfocándonos en un grupo de políticos aferrados a ciertas ideas inspiradas en Hayek, Friedman, una legión de *think tanks* de derecha y la Escuela de Chicago en general (Cahill 2013, 2014). Nuestra hipótesis es que, en la medida en que el neoliberalismo puede concebirse como un conjunto de prescripciones políticas afines al Consenso de Washington, acuñadas y enumeradas por Williamson (1990: 5-20), sus orígenes se fundan en el sistema monetario basado en la deuda.[24] Es por esto –sugerimos– que *a pesar del interludio*

23 Recordemos que la deuda nunca tuvo que ser pagada completamente.

24 Con esto no queremos sugerir que las ideas no sean importantes ni mucho menos, sino mostrar que las ideas operan a un nivel social amplio; es decir, que para efectuar los procesos de reproducción social en gran

keynesiano, hay muchos puntos de contacto entre la austeridad, la expropiación, la desposesión, la explotación ambiental, la opresión de los trabajadores y la obsesión con el crecimiento económico en el pasado y el presente capitalista. En un sistema basado en la deuda, la acumulación diferencial de poder requiere constantemente de la redistribución de riqueza de los deudores (trátese de individuos, corporaciones no dominantes o Estados-nación en su conjunto) hacia los acreedores. La crisis de la deuda que comenzó en los años ochenta y la actual crisis de la deuda en el corazón de la economía capitalista son evidencia de este hecho, pues muestran cómo economías-políticas en su totalidad han sido y son todos los días reestructuradas como máquinas de pagar deudas, lo cual incluye: (1) recortes drásticos al gasto social y despido de trabajadores públicos; (2) tarifas nuevas y más caras de los servicios públicos; (3) privatización de activos públicos; (4) impuestos más altos para las mayorías (casi siempre indirectos y aplicados de manera regresiva); (5) la creación de zonas especiales de exportación para fomentar la inversión extranjera en mano de obra barata; y (6) la destrucción al por mayor de entornos y ecosistemas que ocurre cuando se mercantiliza la naturaleza con el fin de pagar las deudas. El hecho crucial que debemos retener de todo esto es que, a pesar de todas estas medidas, siempre se sigue acumulando más deuda. En los próximos capítulos exploraremos más detalladamente algunas de las consecuencias más importantes de la deuda como tecnología de poder.

---

escala, deben estar conectadas a intereses respaldados por un gobierno institucional y tecnologías de poder, siendo la deuda el arma principal.

4

Consecuencias: el nexo deuda-crecimiento-desigualdad

> *Actualmente, el crecimiento económico es presentado por muchos gobiernos como el fin último. En cierta medida, este objetivo es impuesto sobre la sociedad mientras ella lucha por pagar los intereses de su deuda. Mientras la deuda crece a través del interés compuesto hacia el infinito, en el mundo físico todo se deprecia hacia cero. Creo que el precio que todos tenemos que pagar por participar en esta carrera contra el interés compuesto en la que nadie puede ganar, es un mundo contaminado y devastado.* Tarek El Diwany 1997: 189.

Hace alrededor de 300 años, como ya detallamos, un país del tamaño de Minnesota o de la mitad del tamaño de Papúa Nueva Guinea, se embarcó en un experimento financiero impuesto en gran parte por las deudas que habían aumentado en una guerra que, presumiblemente, lo había convertido en el país más rico y poderoso del planeta. Docenas de países intentaron emularlo con distintos grados de éxito. Pero al garantizar al Banco de Inglaterra el derecho de imprimir y emitir dinero como deuda, el gobierno británico le entregó el equivalente de la piedra filosofal, permitiendo a los ciudadanos privados crear riqueza de un plumazo. Unos 321 años más tarde, estamos en la posición de evaluar las consecuencias de ese experimento. Es verdad que el sistema financiero que evolucionó a partir de este origen ha creado para algunos una inmensa riqueza y numerosas maravillas tecnológicas. La duración de la vida humana se ha extendido, y la cura a numerosas enfermedades y padecimientos se ha puesto al alcance de considerables porciones de la población global. Sólo podemos especular cómo hubiera cambiado la historia si, por ejemplo, el gobierno de Inglaterra hubiera reservado el derecho de creación

monetaria para sí mismo, y si otros países, como Estados Unidos, hubieran hecho lo mismo.

Más allá de ello, la emisión de dinero como deuda, como describimos antes, no sólo creó dificultades para los individuos y los países incapaces de pagar sus deudas. Hemos intentado llevar ese argumento un poco más lejos esbozando cómo la deuda se volvió un elemento central de la economía política global, evolucionando a partir de la innovación institucional fundamental del Banco de Inglaterra. Como hemos ilustrado, la deuda ha sido utilizada como un medio para expropiar recursos, un modo de disciplina y subyugación al mercado, y un instrumento de control (Schild 2000).

Más aún, para que la deuda se conserve y expanda como tecnología de poder se requiere de un crecimiento económico exponencial y perpetuo. No es incorrecto decir que el requisito del crecimiento surgió al mismo tiempo que la creación de la deuda nacional, pues sin crecimiento (o con una rápida inflación), los intereses y los dividendos pagados a los propietarios de la deuda jamás podrían realizarse (Ferguson 2001: 140). A través de la historia, ha habido colapsos financieros periódicos cuando no alcanza a generarse el retorno necesario para los acreedores (Kindleberger y Aliber 2005; Reinhart y Rogoff 2009). De hecho, la actual crisis en la eurozona puede atribuirse al miedo del impago de la deuda relacionados con los pronósticos de crecimiento económico de algunos países europeos.

En otras palabras, sin crecimiento perpetuo y exponencial, el sistema monetario fundado en la deuda no puede sostenerse; más aún, la tasa de crecimiento de los últimos tres siglos no habría podido sostenerse sin la fortuita disponibilidad de energía de bajo costo, primero en la forma de carbón y después en la forma de petróleo y gas.

En suma, sostenemos que la propiedad, producción y asignación del "dinero-crédito capitalista", crea una forma particular de economía que requiere el crecimiento económico perpetuo bajo la lógica de la acumulación diferencial, junto con la disponibilidad de la energía fósil para impulsar los sistemas de producción y consumo necesarios. Afirmamos que este sistema no es natural ni inevitable, sino una creación histórica entrelazada con el poder del 1 por ciento –de los cuales, los propietarios y directivos de las instituciones financieras son los más importantes–. Y es la implantación de esta lógica lo que nos conduce a lo que Polanyi llamó "utopía descarnada": una situación general de aus-

teridad y precariedad crecientes para las familias comunes y una destrucción ambiental cada vez mayor. Sin embargo, a diferencia de Polanyi, no pensamos que la emergencia de esta "utopía descarnada" sea generada por la creencia en los "mercados autorregulados", sino que está enraizada en nuestro sistema monetario fundado en la deuda y capitalizado y poseído por unos pocos. Más aún, dadas las precarias condiciones de existencia en que se encuentran muchos, las crecientes y variadas formas de exclusión de la sociedad, y los ecosistemas destruidos o recientemente vueltos estériles en muchas partes del globo, ya es posible empezar a identificar lo que podría llamarse una geografía de las "utopías descarnadas" (Bauman 2004; Davis 2007; Standing 2011; Sassen 2014). Hijos de la era del petróleo, los neoliberales sostienen que el crecimiento es la fuente de todo el bienestar y asumen que la deseabilidad de la lógica del crecimiento es autoevidente. Sin embargo, su confusión generalizada sobre el sistema monetario, su creencia infantil en el "libre mercado" y su extravagante convicción en el crecimiento ilimitado, les llevan a ignorar que la deuda sirve como una tecnología de despojo y acumulación privada. Éste es un proceso en curso que produce una creciente centralización del poder, así como un daño cada vez mayor sobre el medio ambiente, a pesar de las proclamaciones del neoliberalismo de que el crecimiento promoverá las libertades individuales y el mayor bienestar.

En el resto de este capítulo, argumentaremos que no podemos evaluar los resultados del experimento del dinero-deuda sin considerar nuestro declive medioambiental, el aumento del poder diferencial y la desigualdad económica, y otros problemas sociales que se derivan de la necesidad –impuesta por la deuda– de un crecimiento económico perpetuo que, a su vez, sólo es posible en virtud de la disponibilidad de la energía de bajo costo. Primero, examinaremos brevemente la historia del paradigma del crecimiento y los dilemas que plantea. Después, examinaremos por qué cada vez es más difícil mantener la tasa necesaria de crecimiento, y por qué necesita siempre más deuda, así como la continuada aceleración de la degradación ambiental y la acumulación diferencial de poder. Posteriormente, reconsideraremos el trabajo de Thomas Piketty (2014), examinando la aceleración del poder diferencial, o la desigualdad, a la luz de nuestro análisis de la deuda como una tecnología de poder. Más específicamente, extenderemos nuestro análisis del capítulo anterior al rol de la deuda en la transferencia de riqueza. Finalmente, queremos esbozar

las dificultades de cambiar nuestra actual trayectoria medioambiental, política y social dentro de la economía política existente, examinando brevemente la cuestión de quién controla el futuro de los alimentos y la energía.

Breve historia del crecimiento perpetuo

Como mencionamos antes, el primer supuesto de los economistas, políticos y diseñadores de políticas neoliberales, es que *el crecimiento económico perpetuo, tal como es medido por el producto interno bruto (PIB), es la fuente de todo el bienestar y el progreso* (véase Korten 1995: 70).[1] En palabras de Michel Foucault, para el neoliberalismo "sólo hay una verdadera política social fundamental: el crecimiento económico" (Foucault 2004: 144; véase también Gellner 1983; O'Connor 1998). Esta lógica incorpora el supuesto de que vivimos en un mundo en el que es posible expandir nuestras economías *ad infinitum*, y de que, en palabras de Igoe y Brockington, "el mundo es un pastel que puede crecer más y más hasta que todos puedan tener un pedazo" (2007: 434; véase también Arndt 1978: 143-144).

El cálculo del crecimiento como "producto interno bruto" fue desarrollado en Estados Unidos por Simon Kuznets y sus asociados durante la Gran Depresión (Fioramonti 2013: 23). Con la memoria fresca de la depresión de la década de 1930, los principales economistas como John Maynard Keynes sugirieron que el pleno empleo era posible sólo en condiciones de crecimiento

1 En 1991, el producto nacional bruto (PNB) fue convertido en el producto interno bruto (PIB). En el PNB, las ganancias de una compañía multinacional eran atribuidas al país en el que la compañía estaba registrada y al que eventualmente regresaba la mayor parte de las ganancias. Con el cambio al PIB, sin embargo, las ganancias son atribuidas al país en el que las fábricas, las minas u otros activos corporativos están ubicados, aunque la mayor parte de las ganancias no se quede allí. Así, el PIB excluye las ganancias en el extranjero generadas por las firmas estadounidenses, pero incluye las ganancias generadas en Estados Unidos por compañías extranjeras. Aunque representa una diferencia pequeña en los índices de crecimiento económico de los países ricos, esta contabilidad aumenta el crecimiento de los países pobres o periféricos. Sin embargo, ello tiende a esconder el hecho de que las ganancias extraídas de la periferia generalmente se dirigen hacia los centros capitalistas.

estable (Arndt 1978: 35). W. Arthur Lewis (1995: 420-421), en su trabajo clásico *La teoría del crecimiento económico*, sugirió que el crecimiento resolvería el problema de la inflación y la balanza de pagos, promovería una mayor igualdad económica y ofrecería un mayor control del medio ambiente. El crecimiento económico, sostuvieron algunos, incluso incrementaría los niveles de felicidad. Como sugirió Paul Samuelson (1964: 778) en la sexta edición de su famoso libro, *Economía*, mientras que los bienes materiales no son importantes por sí mismos, una sociedad es más feliz cuando está en crecimiento y no en estancamiento. Benjamin Friedman (2005) argumenta que el crecimiento económico promueve más oportunidades, la tolerancia a la diversidad, la movilidad social, el compromiso con la justicia y cuidado de la democracia; en otras palabras, a mayor dinero mayor moralidad.[2]

Las preocupaciones sobre el crecimiento económico y su cómputo formal se intensificaron después de la Segunda Guerra Mundial y actualmente es tal vez la mayor religión del mundo (Hamilton 2004).[3] Esta religión es racionalizada por los supuestos beneficios, que incluyen, entre otros, una mayor seguridad nacional, pleno empleo, mayor igualdad social y económica, mayor movilidad social y mayor felicidad.[4] Es por esto que durante la Crisis Financiera Global, la solución que se buscó fue el creci-

---

2 Pero ya que, dentro de una sociedad de mercado, los bienes y servicios deseados tienden a estar disponibles sólo para las personas con dinero, su argumento es semejante a afirmar que la gente con acceso a alimentos es más saludable. Y por supuesto, esto les permite pagar sus deudas.

3 El cálculo está lejos de ser neutral, y es un indicador muy pobre del bienestar social.

4 Más recientemente, los neoliberales han sostenido que el crecimiento continuado ayudará a resolver nuestros problemas ambientales. Citan investigaciones que sugieren que, mientras aquellos países que se encuentran en las primeras etapas del crecimiento económico pueden experimentar una degradación ambiental incrementada, una vez que el ingreso per cápita alcanza un cierto nivel, la situación del medio ambiente mejora (véase, *v. gr.* Chua 1999). Argumentan que, como la prosperidad económica genera personas con más dinero, los ciudadanos pueden usar ese dinero para crear la demanda de un medio ambiente más limpio. El problema con esta afirmación es que, incluso si la investigación es útil –y existe mucha evidencia de que no lo es (véase, *v. gr.* Harbaugh *et al*. 2002)– las estimaciones del ingreso per cápita al cual el ambiente mejora oscilan entre 4 mil y 13 mil dólares. Ya que más de la mitad de la población gana 5 mil dólares o mucho menos,

miento. Como la junta editorial del *Financial Times* explicó en su "plan para la supervivencia del capitalismo":

> Sólo una cosa es segura. Si bien las recesiones son inevitables, las depresiones o caídas profundas, o como quiera que se llamen, no son ni necesarias ni bienvenidas. Estas últimas destruyen la riqueza, minan la felicidad y aniquilan viejas certidumbres. Más aún, el aumento de la pobreza es una tumba que amenaza la estabilidad mundial y la democracia. Las revoluciones a menudo comienzan como disturbios por la comida, y los países económicamente estancados son vecinos beligerantes. El crecimiento debe reestablecerse.

Independientemente de los orígenes de la necesidad del crecimiento perpetuo y la ideología que se requiere para sostenerlo, no se puede afirmar que, en términos históricos, este objetivo no se cumplió con notable éxito. Como Angus Maddison documenta (2001) en su monumental trabajo *The World Economy: A Millennial Perspective,* el crecimiento económico estuvo virtualmente ausente hasta el siglo diecinueve, cuando apareció en el contexto de una era de combustibles fósiles abundantes, de bajo costo y relativamente accesibles (Smil 1994; Goldstone 2002; Wrigley 2010) (véase la Figura 4.1).

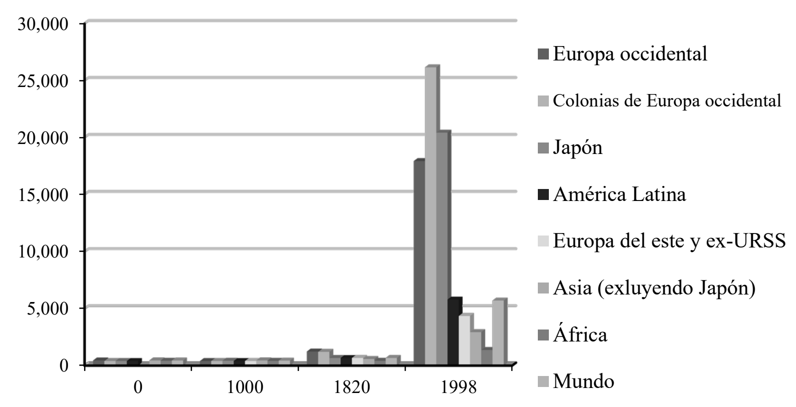


Figura 4.1 Tasa de crecimiento del PIB per cápita por regiones, del año 0 a 1998.

Fuente: Adaptación de Angus Maddison (2001), *The World Economy: A Millennial Perspective* (Paris: Centro de desarrollo de la OCDE).

---

miles de millones de personas deben intentar sobrevivir en un medio ambiente cada vez más devastado.

Actualmente el PIB global es de más de 70 billones de dólares, y ha crecido a una tasa anual del 2.5 por ciento desde 1750. Desde el año 2000, la tasa de crecimiento ha sido de alrededor del 3 por ciento, que es el mínimo que los economistas consideran necesario para tener una economía "saludable".

Por supuesto, la compulsión al crecimiento llevó hacia una competencia global de los recursos, dos guerras mundiales, cientos de conflictos de menor escala, y el gasto de vidas y riquezas incalculables, sin mencionar las montañas de deuda en diferentes escalas de la sociedad global. Pese a todo, la premisa de que el crecimiento podría resolver los problemas políticos y socioeconómicos persistió y, en última instancia, se convirtió en el principal objetivo de la política en prácticamente todos los países del mundo a medida que el sistema de contabilidad nacional y el discurso del "desarrollo" se institucionalizaron en la Organización de las Naciones Unidas tras la Segunda Guerra Mundial (Rist 2008; Fioramonti 2013: 32).[5]

Además de la separación entre economía y política, y de la matematización de la Economía como una esfera de estudio "formal" específica, la insistencia en el crecimiento perpetuo es la creencia fundamental que distingue a la economía clásica de su variante neoliberal. Los economistas clásicos como Adam Smith, John Stuart Mill, John Maynard Keynes y, más recientemente, Amartya Sen, no entendieron el crecimiento económico perpetuo como un objetivo político específico. Para ellos, la Economía Política, y más tarde la Economía, ofrecían herramientas para que las economías crecieran hasta un cierto punto tal como los organismos de la naturaleza lo hacen. Más tarde, cuando la gente pudiera, en palabras de Keynes, vivir "bien, sabia y agradable-

---

5 En la *United Nations World Economic Survey* de 1959, los autores notan que:

> Cada vez es más evidente que el cumplimiento del objetivo del crecimiento económico puede volver manejables los problemas económicos existentes, tanto a nivel nacional como al internacional, mientras que una economía estacionaria sólo producirá conflicto y frustración (citado en Arndt 1978: 62).

Debemos notar que los neoliberales no pueden preguntarse por qué la economía debe crecer. Esta es la razón, tal vez, de que los principales textos sobre el crecimiento económico (véase, *v. gr.* Jones 2002; Barro y Sala-i-Martin 2004; Aghion y Durlauf 2005) nunca aborden esta cuestión.

mente" el crecimiento se nivelaría (véase Jackson 2009: 41-42; Skidelsky 2009: xvii).

Por supuesto, hay pocas dudas de que un cierto nivel de crecimiento económico, durante un periodo determinado, puede traer consecuencias sociales positivas. Sin embargo, la búsqueda del crecimiento perpetuo como un fin en sí mismo entraña problemas mayores.[6] En primer lugar, el cómputo del crecimiento es meramente una adición de las transacciones económicas dentro de una economía. Esto significa que aquellas cosas que de hecho causan un daño a la sociedad –como los accidentes automovilísticos, más enfermedades, derrames de petróleo, etc.– son sumadas a la contabilización del PIB. En segundo lugar, el crecimiento económico nos dice muy poco sobre cómo los potenciales daños y beneficios de nuestras transacciones se distribuyen a través de las sociedades. Más aún, es difícil justificar empíricamente si el crecimiento perpetuo, la piedra angular de la lógica neoliberal, ha cumplido sus promesas. Si nos remontamos apenas a 1950, la economía global se ha expandido más de seis veces (véase Maddison 2001: 125). Es seguro que con todo ese crecimiento, debimos haber visto una mejora considerable en los anunciados beneficios sociales, económicos, ambientales y políticos. Sin embargo, nacional e internacionalmente hay más desigualdad que nunca (véase *v. gr.* Noah 2012; Stiglitz 2012; Dorling 2014; Johnston 2014; Di Muzio 2015); tan sólo en Estados Unidos, uno de cada cinco niños todavía vive en la pobreza; en vez de incrementarse, la movilidad social se está reduciendo (Bradbury 2011); la mayoría de los países está tan endeudada que los fondos que deberían destinarse a construir caminos, hospitales, escuelas, instalaciones de salud pública y reducir la pobreza, son canalizados hacia los bancos occidentales y las instituciones financieras sólo para pagar los intereses de las deudas. El gasto mundial en armas se ha incrementado en un 50 por ciento sólo desde 2001 (Shah 2012), de modo

6 Somos conscientes de que no hemos abordado la cuestión del crecimiento de la población, que puede ser asumido como la causa de la necesidad del crecimiento perpetuo, y que muchos teóricos del desarrollo, remontándose a Malthus, consideran como la causa de la pobreza (véase Victor 2008). Pero, independientemente del crecimiento poblacional, las economías deben continuar creciendo a una tasa mínima de entre el 3 y el 5 por ciento, mientras que las economías de los países más desarrollados crecieron a altas tasas incluso cuando sus poblaciones se estaban incrementando dramáticamente (véase Robbins 2014, capítulo 5, para una discusión en profundidad de esta cuestión).

que es difícil sostener que el crecimiento ha llevado a una mayor seguridad nacional. En el terreno político, nuestras instituciones están cada vez más bajo el dominio de las grandes corporaciones e instituciones financieras. Por otra parte, como señala Bill McKibben (2007), mientras que en 1946 Estados Unidos era el país más feliz de entre cuatro economías avanzadas, treinta años más tarde había descendido para ocupar el octavo sitio entre once países desarrollados, y diez años más tarde ocupó el décimo lugar entre veintitrés países, lo que incluye naciones del grupo de países en desarrollo. Más aún, se ha ido reduciendo el porcentaje de los estadounidenses que afirman tener un matrimonio feliz, estar satisfechos con sus trabajos o encontrar placer en el lugar en el que viven. De hecho, a nivel nacional, ha habido una dramática caída del capital social, es decir, el nivel de las relaciones de cooperación, reciprocidad y confianza (Putnam 2000).

Si bien los economistas neoliberales en general aceptan una visión del mundo en la que los problemas pueden resolverse a través del crecimiento perpetuo de la economía, ocasionalmente aparecen disidentes dentro de la disciplina, escépticos de los beneficios del crecimiento económico desenfrenado (Mishan 1967; Scitovsky 1976). El más conocido de ellos es quizás Herman Daly.

En 1996, Daly, un execonomista del Banco Mundial, publicó su trabajo seminal *Beyond Growth: The Economics of Sustainable Development.* Daly mostró no sólo que el crecimiento era insostenible, sino que estaba ocasionando un daño irreparable a nuestras sociedades y nuestros ecosistemas, y que el PIB, que entonces era de apenas unos 9 billones de dólares en Estados Unidos, era una manera irresponsable de medir el progreso de una sociedad.

Pese a esto, para 2014 el PIB de Estados Unidos era de casi 17 billones de dólares, es decir, 17 veces mayor que en 1967 y 8 veces mayor que en 1976. El PIB global ascendió a aproximadamente 70 billones de dólares, más de veinte veces mayor al de 1967, y casi dos veces más grande que cuando Daly profiriera su alerta. En efecto, si la tasa de crecimiento real de la economía estadounidense fuera la mínima deseada, el 3 por ciento anual[7] (algo cercano a la tasa de crecimiento de Japón entre 1900 y 2000), para el año 2100 el PIB estadounidense, es decir, lo que los ciudadanos estadounidenses consumirían y producirían, sería superior a los 200 billones de dólares, ¡600 veces lo que gastaban

7 Milton Friedman estima en 5 por ciento anual el crecimiento mínimo requerido.

y producían en 1950! Y dado que algunas naciones emergentes tienden a crecer a tasas superiores a las de las naciones ricas, el PIB global podría, *teóricamente,* exceder o aproximarse a los mil billones de dólares.[8]

Mientras que los economistas neoliberales asumen que cuanto más crecimiento mejor, no podemos concebir los efectos de una economía global de mil billones de dólares sobre los ecosistemas del mundo –incluso si esto fuera posible–, y mucho menos sobre sus sociedades. Como John Magnus Speth (2008: x) argumenta, incluso si nuestra producción económica se mantiene en su nivel actual, el mundo será virtualmente inhabitable para finales de este siglo. El daño que se ha infligido y se sigue infligiendo está bien documentado por J. R. McNeill (2000), entre muchos otros, e ilustrado pictóricamente por Will Steffen y sus colegas (2004: 132-134) en la serie de gráficos que detallan los efectos ambientales exponenciales del crecimiento económico (véase la Figura 4.2).[9]

Incluso a los economistas medioambientales les resulta difícil imaginar un escenario en el que sea posible mantener el crecimiento y, al mismo tiempo, limitar la destrucción del medio ambiente. Tim Jackson, economista de la Comisión de Desarrollo Sustentable del Reino Unido, señala que "todavía no existe un escenario creíble, socialmente justo y ecológicamente sostenible

---

8 Es difícil conceptualizar lo que estos números inmensos significan y cuál es la diferencia entre millones, miles de millones y billones. Para ilustrarlo, si en el año 0 usted tuviera para gastar un billón de dólares (10^{12} o 10E12 en la notación científica estadounidense, o un millón de millones), y los gastara a razón de un millón de dólares al día (10^6 o 10E6), tardaría tres años en gastar mil millones (10^9 o 10E9) de dólares, pero todavía necesitaría unos 700 años más para terminar de gastarse el billón de dólares inicial. Mil billones se representa como 10^{15} o 10E15. A razón de un millón de dólares por día, se necesitarían 2.74 millones de años para gastarlos por completo. Incluso si se gastaran a una velocidad de un millón de dólares por segundo, tomaría casi 32 años gastar mil billones. Incluso si la economía estadounidense hubiera crecido a la tasa promedio (1.8) desde 1870, para el año 2100 ascendería a 75 billones (5 veces mayor a la actual) y la economía global sería de 300 billones, más de 4 veces la actual.

9 Incluso podemos sugerir que la fórmula guía de nuestra economía política es la de la curva exponencial $X_t = X_0 (1+r)^t$.

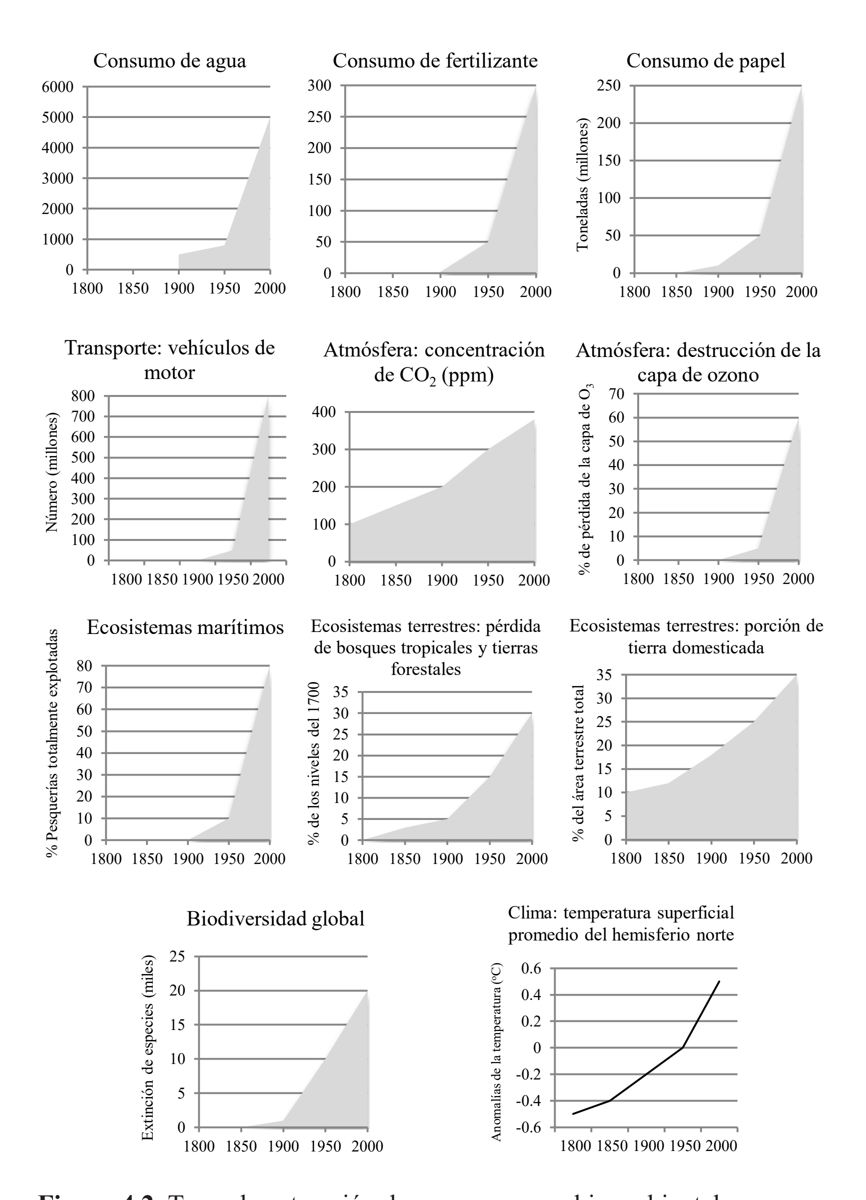


Figura 4.2 Tasas de extracción de recursos y cambio ambiental.

Fuente: Adaptaciones de Steffen, W., *et al*. (2004) *Global Change and the Earth System: A Planet under Pressure* (New York: Springer): 132-133.

para un ingreso en crecimiento continuo en un mundo de 9 mil millones de personas". Más aún:

> La eficiencia de los recursos, la energía renovable y la reducción de la cantidad de los materiales juegan un papel vital en el aseguramiento de la sustentabilidad de la actividad económica. Sin embargo, los análisis [...] sugieren que es completamente ilusorio creer que es posible lograr recortes significativos a las emisiones y los recursos sin confrontar la estructura de las economías de mercado (Jackson 2009: 86).

Jackson es uno de los pocos economistas ambientales que, al examinar el impacto del crecimiento económico sobre el medio ambiente, reconoce que desacelerar o reducir el crecimiento conducirían por sí mismos al desastre económico; es decir, mientras que el crecimiento continuo destruirá el medio ambiente, detenerlo o ralentizarlo destruirá los cimientos económicos de nuestras sociedades. Concluye:

> Si damos un paso atrás por un momento, hay sólo dos formas de escapar [al dilema del crecimiento]. Una es hacer el crecimiento sustentable, la otra es el decrecimiento estable. Cualquier otra cosa es una invitación al colapso económico o al ecológico (Jackson 2009: 128).

Pero hay otro problema igual o más aleccionador: *mientras las economías generan más deuda y bienes materiales, y mientras más ricas se vuelven, se vuelve más difícil para ellas sostener el crecimiento.* Inexplicablemente, los economistas llaman a esto "factor de convergencia", señalando que los países en desarrollo, quienes son capaces de mantener mayores tasas de crecimiento, "convergerán" en la tasa de crecimiento de las economías avanzadas (Jones 2002: 63 y sig.; Barro y Xavier Sala-i-Martin 2004: 462-463). Pero esto tiene poco sentido como explicación de las tasas de crecimiento diferenciales. Dicho más precisamente: la razón de esto se relaciona con el crecimiento exponencial.

Del lado de la inversión, mantener la tasa compuesta de crecimiento, como David Harvey señala (2010: 216), requiere que los gestores de fondos encuentren oportunidades de inversión cada vez más rentables. Actualmente hay casi 100 billones de dólares controlados por inversionistas institucionales sólo en fondos de pensiones y seguros, una cantidad que se ha más que duplicado

desde 2000 (OCDE 2014: 7, 9). En términos físicos, como dice Harvey,

> Cuando las actividades que conformaban al capitalismo tenían un radio de unas cincuenta millas alrededor de Birmingham, en Inglaterra y algunos otros nodos centrales, en 1750, la acumulación aparentemente infinita del capital a una tasa compuesta del 3 por ciento no representaba un problema mayor. Pero ahora mismo piense en el crecimiento compuesto infinito en relación no sólo con todo lo que está pasando en Norteamérica, Oceanía y Europa, sino también en el sureste de Asia y buena parte de India, Medio Oriente y América Latina, y áreas considerables de África. La tarea de mantener el capitalismo funcionando a esta tasa compuesta es abrumadora. (Harvey 2010: 27-28)

Harvey (2010: 28) señala que la ola de privatizaciones, central en las prescripciones políticas neoliberales, tiene que ver menos con los indemostrables incrementos en la eficiencia, y más con encontrar dónde invertir el dinero y mantenerlo trabajando y creciendo. Más aún, encontrar un aumento exponencial de sitios para acrecentar el dinero entraña cada vez más riesgo, como demostró el fiasco de los créditos *subprime*.

Ilustremos más claramente las dificultades de mantener el crecimiento desde el punto de vista de la extracción de recursos. De 1990 a 1995, la industria maderera de los Estados Unidos mantuvo una tasa de crecimiento de alrededor del 3,5 por ciento, talando el equivalente a un millón y medio de árboles más que en el quinquenio anterior. Sin embargo, para mantener la misma tasa de crecimiento del 3.5 por ciento entre 2005 y 2010, se habría tenido que talar el equivalente a 2.5 millones más de árboles (Howard 2007). Extrapolando estas cifras de crecimiento a los automóviles, los bancos de peces, el agua, etc., la casi imposibilidad de sostener el crecimiento exponencial se vuelve más evidente.

Aunque no podemos explayarnos, otra consecuencia significativa de la dificultad de sostener el crecimiento es que el tiempo invertido y los procesos utilizados para mantener el crecimiento deben acelerarse; todo debe moverse más rápido.[10] El dinero tiene que moverse más rápido; la gente debe trabajar más rápido, e in-

10 Julien-François Gerber (2014: 13 y sig.) destaca cuán tempranamente la deuda capitalista sirvió a acelerar la producción para ajustarse al periodo en que la deuda debía ser pagada. Graeber reconoce esto como una característica general del capitalismo.

cluso nuestros cultivos y animales deben crecer más rápido, para lo cual nos valemos de hormonas de crecimiento, antibióticos y suplementos alimenticios –por ejemplo, el ganado vacuno ahora alcanza el peso al que es sacrificado en sólo catorce meses, en lugar de los tres o cuatro años naturales (véase Robbins 2005; Pollan 2007). El tiempo se convierte en un enemigo a vencer (Gleick 2000).

Podemos conceptualizar la dificultad de mantener el crecimiento exponencial, recordando también que la capitalización es un derecho sobre los ingresos esperados a futuro, y que estos ingresos dependen no sólo del poder de las compañías y ciertos organismos gubernamentales, sino de la capacidad de mercantilizar diversos aspectos del mundo natural y social. Más aún, la transformación del mundo natural en dinero y ganancias necesita energía, la cual ha comenzado a acercarse a sus límites y cuya explotación tiene consecuencias severas en la biósfera y la vida humana y natural (Heinberg 2003; Rockström 2009; IPCC 2014). Chris Martenson (2011: 150) estima que cada punto porcentual de crecimiento económico requiere un incremento de 0.27 por ciento en la producción de petróleo; a una tasa de crecimiento del 4 por ciento, el mundo necesitaría incrementar los actuales 90 millones de barriles de petróleo al día a 114 millones de barriles diarios en 2020. El problema no reside necesariamente en la oferta (aunque según algunas estimaciones el petróleo convencional está en declive), sino en los costos ambientales y monetarios de obtener el petróleo restante, lo que incluye energías fósiles no convencionales. En 1930, se necesitaba 1 barril de petróleo para extraer 100. Para 1970, cuando la extracción de petróleo se había vuelto más difícil en algunas regiones, esta ratio cayó a 25:1; para la década de 1990 era de entre 18:1 y 10:1. Es posible que haya mucho petróleo en las arenas bituminosas o en el esquisto, pero la ratio entre la energía utilizable y la energía necesaria para extraerlo es de aproximadamente 3:1, 2:1, y según algunos es incluso menor (Martenson 2011: 133 y sig.).

Deuda, crecimiento y austeridad

Cuando consideramos las estadísticas sobre la deuda, debemos recordar que la deuda de una persona, corporación o gobierno, representa un activo para otra entidad. El sector financiero opera con la deuda. Éste es su principal producto y lo comercializa tan agresivamente como cualquier otro productor de bienes y ser-

vicios. Pero, a diferencia de otros productos, que requieren de trabajo y recursos para ser creados, los activos financieros son creados principalmente por entradas en una computadora. Y aunque podamos maravillarnos ante el hecho de que un automóvil pueda ser construido en dieciocho horas, miles de millones de dólares en activos financieros pueden ser creados (o destruidos) en milisegundos.

Esto tiene una implicación significativa: una economía que opera con dinero-deuda y, por lo tanto, que requiere el crecimiento exponencial perpetuo, requiere también la creación continua de deuda. Pero para que haya más deuda, a su vez, se requiere un mayor crecimiento para producir los intereses o los dividendos exigidos, y así el ciclo continúa. Si, en cualquier momento, la tasa de crecimiento no es suficiente para producir el dinero requerido para pagar las deudas, inevitablemente se producen crisis financieras a medida que el crédito colapsa.

Así, mientras que mantener el crecimiento económico no es bueno por sí mismo, en particular cuando sopesamos las externalidades negativas que produce, incluyendo la devastación ambiental, la centralización del poder y las relaciones sociales disfuncionales, el crecimiento –o dicho con mayor precisión: la acumulación de capital– es necesario para asegurar que el sistema financiero no se congele o colapse, llevándose al resto de la sociedad con él. Éste es el precio que pagamos y el dilema al que nos enfrentamos al garantizar a los intereses privados el derecho de emitir dinero como deuda que genera intereses.

Actualmente, la deuda total global excede los 199 billones, casi el 300 por ciento del producto global bruto (Reddy 2013; Dobbs *et al*. 2015).[11] Si asumimos que, en promedio, la tasa de interés es del 5 por ciento en un plazo de diez años, la economía global tendría que producir durante ese periodo más de 50 billones de dólares en nuevo dinero para pagar todos los intereses. Y eso, asumiendo que no se emita nueva deuda, lo cual es imposible en un sistema monetario fundado en ella. Aunque sólo podemos examinar algunas de las consecuencias de este proceso, nos concentraremos, primero, en la forma en que esto repercute en los

11 Para ponerlo en perspectiva, los bancos recomiendan que el precio de una casa no debe exceder el 250 por ciento del salario anual del deudor. Por supuesto, la hipoteca no será concedida a menos que el deudor tenga una calificación crediticia que asegure que hay una alta probabilidad de que el préstamo se pague. Y por supuesto, el banco tiene derecho de retener la casa hasta que la deuda sea reembolsada.

préstamos a los países en desarrollo y, en segundo lugar, compararemos el proceso con algunos efectos sobre los deudores nacionales. Nuestro punto principal es que en una economía basada en la deuda nunca habrá suficiente crecimiento para pagar todas las deudas; y más aún, si el crecimiento se acelera, los bancos centrales elevarán las tasas de interés, aumentando no sólo la necesidad del crecimiento sino, paradójicamente, obstaculizándolo al reducir la actividad económica y la creación de trabajos. En consecuencia, el dinero requerido para que las instituciones financieras reciban el retorno de capital que necesitan debe ser obtenido de algún otro lugar. Dicho brevemente, lo que los bancos y los principales economistas llaman "austeridad" es, en realidad, "tomar" dinero de los demás.

La deuda odiosa

Antes señalamos que, tras el retiro de los poderes coloniales, se concedieron préstamos a las colonias, ahora nominalmente independientes, como un medio de disciplinamiento, subyugación al mercado y control. Es difícil imaginar cómo las instituciones prestamistas, incluyendo al Banco Mundial, pudieron asumir que algún día habría un crecimiento económico suficiente en esos países para producir el retorno necesario para pagar las deudas. Si consideramos que para poder mantener la tasa de crecimiento necesaria durante los siglos XIX y XX los países ricos necesitaron tener el control de los recursos naturales de más de la mitad del mundo, además del control de una fuente de energía barata, se revela cuán absurdo era esperar que los países coloniales y excoloniales crecieran colectivamente lo suficiente para pagar sus deudas. Es por ello, entre otras razones, que la llamamos *deuda odiosa*.

El término "deuda odiosa" se originó con el jurista ruso Alexander Sack, y se refiere a un tipo de deuda soberana generalmente contratada por un régimen dictatorial, en la que el dinero prestado no benefició a la ciudadanía (y a menudo fue utilizado para reprimirla), la ciudadanía no consintió la contratación de la deuda y los acreedores tenían pleno conocimiento de dicha situación (UNCTAD 2007; Bonilla 2011). En 1997, cuando Franjo Tudjman, presidente de Croacia, eliminó a sus oponentes políticos y saqueó los fondos públicos, el FMI suspendió los préstamos a Croacia. No obstante, los bancos comerciales prestaron 2 mil millones adicionales al gobierno de Tudjman hasta su muerte en

1999. Pese a que estos préstamos prácticamente no beneficiaron a nadie más que a los funcionarios corruptos del gobierno y a los bancos que emitieron los préstamos, éstos tuvieron que ser pagados, por lo general recortando los gastos en educación, salud, limpieza y reducción de la pobreza. Préstamos semejantes se hicieron al régimen del *apartheid* en Sudáfrica, a dictadores en Nigeria, Filipinas, Nicaragua, Haití y buena parte de Latinoamérica, de los cuales la mayor carga financiera recayó en los ciudadanos de estos países, a cambio de lo cual no sólo recibieron un beneficio escaso o nulo, sino que en ocasiones fueron encarcelados, torturados o asesinados (Kremer y Jayachandran 2002; Ndikumana y Boyce 2011).

Este patrón de invertir demasiado dinero en países incapaces de producir el ingreso para pagar los préstamos se ha repetido a lo largo y ancho del mundo durante los últimos cuarenta años, con todos los países culpando a todos los demás de la crisis de deuda.

Sin embargo, estas deudas soberanas representan un fallo colosal del juicio de los bancos, ignorancia de la teoría económica y con toda probabilidad, como antes mencionamos, una cínica estrategia de control económico y político. Para poner en perspectiva estos préstamos y las condiciones impuestas sobre la mayoría de los países por el FMI, imagínese que acude a un banco solicitando un préstamo para abrir una ferretería en una plaza comercial cualquiera. El banco, su única fuente de capital, le concede el préstamo pero bajo algunas condiciones: usted debe pagar el préstamo con una moneda que tiene la mitad del valor del monto que recibió, duplicando prácticamente el monto de la deuda y, si pide prestado dinero adicional, debe pagar una tasa del doble de la de sus competidores. Además, el banco apoya a una megatienda departamental cercana y concede préstamos a una docena de personas que abrirán una ferretería en la misma calle que usted y con quienes tendrá que competir. En esencia, esto es lo que le sucede a las economías emergentes con las condiciones de los préstamos que reciben. Incapaces de sostener las tasas de crecimiento necesarias para pagar los préstamos, han sido forzadas, primero, a reestructurarse mediante la devaluación de la moneda, principalmente para incentivar las exportaciones y disminuir las importaciones. Después, para controlar la inflación, deben pagar tasas más altas sobre los préstamos, y deben competir con ciertos sectores económicos de las economías desarrolladas que poseen tecnología superior y cuyas empresas enfrentan costos energéticos menores. Si usted toma una taza de café por la mañana, re-

cuerde que hay más de cincuenta países exportadores de café en el mundo, la mayoría de ellos intentando producir y vender tanto café como sea posible para pagar sus deudas externas. Pero la avidez de café en el mercado empuja los precios hacia abajo, lo que dificulta mucho sostener el crecimiento económico lo suficiente para pagar apenas los intereses de la deuda (Pendergrast 1999: 277 y sig.; Tucker 2011; Robbins 2013).[12] Esto también es verdad para la mayoría de las mercancías (*v. gr.* madera, carne, té, etc.), elevando las ganancias de los importadores, pero dejando a los exportadores aun más endeudados.

Para empeorar las cosas, no sólo no existen medidas, fuera del incumplimiento de pagos, para que los países se declaren en quiebra, sino que las deudas soberanas impagables están siendo adquiridas por ciertos fondos de cobertura, a una fracción de su valor nominal, de los bancos que han renunciado a cobrarlas. Estos fondos –llamados "fondos buitre" por los propios agentes de Wall Street– en general buscan que los países paguen el valor completo de la deuda llevándolos a tribunales.

El impago de Argentina en 2014, su segundo en treinta años, es instructivo (Sassen 2014). Primero, debe tenerse en cuenta que la deuda externa de Argentina se acumuló durante el periodo de la junta militar (1976-1983), y tras el meticuloso trabajo de investigación de Alejandro Olmos Gaona, fue declarada deuda odiosa por la corte Argentina en el año 2000 (George 1988: 129-130; Naylor 1994: 142-149; Olmos Gaona 2001). Cuando Argentina entró en cesación de pagos de su deuda soberana en 2001, Elliott Associates L.P., una firma inversionista dirigida por Paul Singer, compró con un gran descuento alrededor de 48 millones de dólares de deuda pendiente de pago. Singer demandó a Argentina, exigiendo el valor completo de la deuda, la cual, incluyendo intereses y comisiones, fue valuada en entre 1.5 mil millones y 3 mil millones de dólares. Singer llevó a Argentina a los tribunales para recaudar este dinero, y un juez federal de Estados Unidos falló a su favor, obligando a Argentina a nuevamente suspender pagos y poniendo a su econo-

12 Antes de 1989, los precios del café eran regulados por la Organización Internacional de Café. Contando inicialmente con el respaldo de los países productores e importadores, esta organización se formó para enfrentarse a la caída de los precios del café en 1950. El sistema permitió a los productores obtener al menos una pequeña ganancia hasta 1989, cuando las cuotas límite fueron eliminadas debido, en gran parte, a los esfuerzos de Estados Unidos, después de lo cual los precios del café se hundieron (Tucker 2011: 121).

mía en dificultades.[13] Singer fue pionero de estos fondos cuando, en octubre de 1995, Elliott Associates adquirió alrededor de 28.7 millones de dólares de la deuda soberana de Panamá pagando 17.5 millones de dólares a bancos como Citi y Credit Suisse, que habían renunciado a cobrarla. Como sucede normalmente en situaciones en que los países no tienen suficiente para pagar sus deudas, el gobierno de Panamá pidió a los propietarios de la deuda que la reestructuraran, extendiendo el periodo de pago o aceptando un pago menor. La mayoría aceptó, pero Elliott Associates no lo hizo, sino que exigió el pago completo de los 28.7 millones más los intereses y las comisiones. Elliott demandó a Panamá en una corte distrital de Nueva York, y el caso llegó hasta la Suprema Corte de Nueva York, que se puso del lado de Elliott. Panamá tuvo que pagar a la firma 57 millones de dólares, además de 14 millones para otros acreedores.

Siguiendo la innovación de Singer, se formaron otros fondos como Dart Container Corp y EM Ltd., ambos vinculados con Kenneth Dart, uno de los nombres más famosos en el mundo de los fondos buitre, para comprar la deuda soberana de países endeudados y exigir el pago completo de sus deudas.

El problema que se ha planteado tiene que ver con la ética detrás de estas transacciones. El dinero que fluye hacia los inversionistas en estos fondos es dinero casi siempre desviado de inversiones en educación, salud y combate a la pobreza en los países deudores (Palast 2014). Tomemos el ejemplo de África subsahariana. Esta región paga 10 mil millones de dólares anuales solamente en el servicio de la deuda. Esto es cuatro veces más dinero que el que los países de la región gastan en salud y educación.

Sin embargo, para no culpar exclusivamente a gente como Paul Singer y Kenneth Dart, debemos recordar que la mayoría de estos préstamos fue emitida por grandes bancos, a menudo con garantías formales o informales del Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial de que los préstamos podrían ser devueltos.

¿Deuda interna odiosa?

Ahora bien, la deuda como tecnología de poder no sólo ha sido utilizada contra los países desarrollados; es una técnica y un pa-

13 En abril de 2015, la cuestión del pago de la deuda de Argentina seguía sin resolverse. Las negociaciones entre Argentina y sus acreedores continuaban, mientras se cuestiona el que un juez estadounidense tenga derecho a fallar sobre esta cuestión.

trón que se ha aplicado también en los países en vías de desarrollo, y puede ser tan odiosa como la deuda impuesta sobre el mundo en desarrollo. Son sorprendentes los paralelismos entre el uso de la deuda para disciplinar, subyugar y controlar a otros países, y el uso de la deuda para controlar a los ciudadanos de los llamados países desarrollados.

Como sucede con la deuda global, las deudas de toda clase se han estado incrementando dramáticamente en Estados Unidos, así como en otros países del mundo (véanse las Figuras 4.3 y 4.4).

Dado que la vasta mayoría del dinero es lanzada a la economía como dinero capitalizado que genera intereses para los propietarios y directivos de los bancos, esto significa que la única forma de expandir los ingresos es expandir la base de deudores. En este punto, una de las mayores invenciones ha sido la creación y el desarrollo del consumidor y los distintos tipos de "productos" para el crédito al consumo –de las líneas y tarjetas de crédito hasta los préstamos para automóviles e hipotecarios–. El resultado ha sido el incremento dramático de la deuda de consumo (véase la Figura 4.5).

La literatura sobre este tema es demasiado vasta como para cubrirla en profundidad en este volumen, pero al menos podemos identificar tres tendencias generales (Gelpi y Julien-Labruyère 2000; Manning 2001; Montgomerie 2006, 2009, 2013; Sassatelli 2007; Burton 2008; Leonard 2011; Robbins 2014: Capítulo 1; Soederberg 2014).

En primer lugar, la creación del consumidor a través de la publicidad no sólo se ha incrementado en cuanto a su alcance geográfico a partir de la capitalización organizada de la publicidad, sino que se ha profundizado mediante una gama de medios de comunicación antiguos y nuevos. Un indicador es el crecimiento anual del gasto en publicidad, que hoy sobrepasa el medio billón de dólares –más alto que el PIB de 163 países registrados por el Banco Mundial–.[14] Este gasto favorece a la deuda como tecnología de poder en la medida en que está diseñado para producir formas de identidad y subjetividad que a menudo requieren del acceso al crédito al consumo (Gill 1995). En un sentido, los publicistas han vendido a los consumidores la misma imagen de vida buena que defiende el desarrollo económico y que las agencias prestamistas de dinero vendieron a los ciudadanos y políticos del Tercer Mundo.

14 http://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.CD (consultado el 27 de septiembre de 2014).

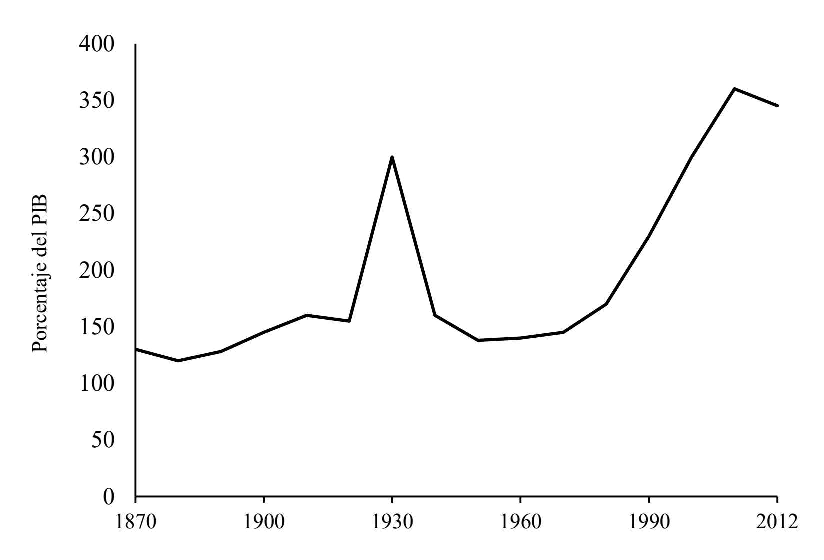


Figura 4.3 Deuda pública y privada de Estados Unidos como porcentaje del PIB, 1870-2012.

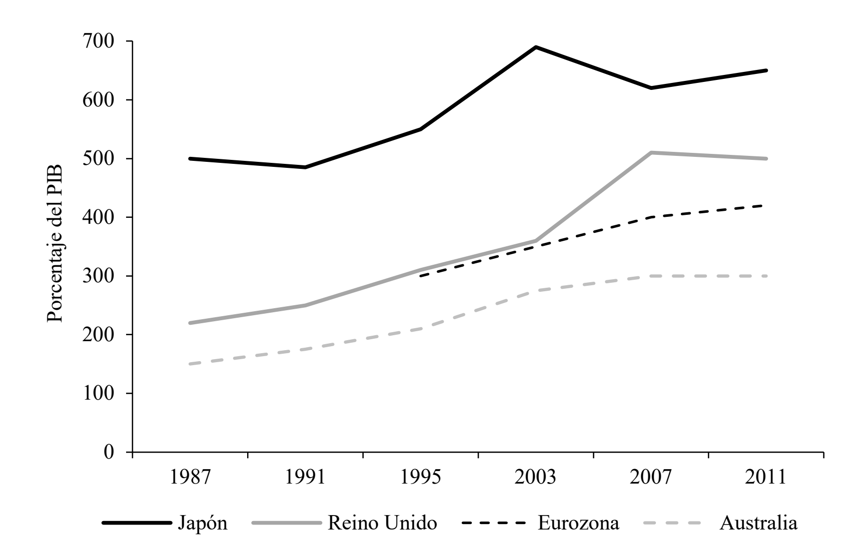


Figura 4.4 Deuda pública y privada como porcentaje del PIB, principales economías.

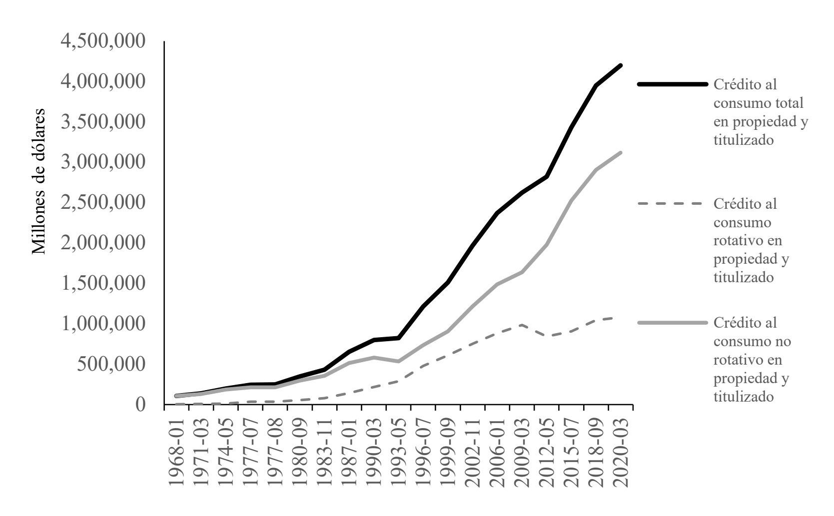


Figura 4.5 Crédito al consumo en Estados Unidos, 1968-2020
https://www.federalreserve.gov/releases/g19/HIST/cc_hist_sa_levels.html

En segundo lugar, los instrumentos del crédito al consumo se han globalizado –si bien de manera extremadamente desigual–. Un ejemplo crucial es la industria de las tarjetas de crédito, que encontró en las economías emergentes una fuente importante de crecimiento a medida que el comportamiento del consumidor puede seguir siendo modificado (Research and Markets; Global Credit Card Industry—Emerging Markets 2010). Únicamente en China, el mercado de las tarjetas de crédito creció 13 por ciento en 2013, alcanzando 391 millones de tarjetas, y Euromonitor predice un rápido crecimiento en este mercado en el futuro (Waldmeir y Rabinovitch 2014). Más aún, a medida que los salarios se han estancado o han caído en la mayoría de las economías maduras, ha crecido la dependencia al crédito al consumo para financiar necesidades como la comida, la medicina y la electricidad –en parte, lo que Soederberg llama *debtfarism* (2014)–. Es verdad que parte de este gasto se destina al consumo conspicuo, pero también debemos recordar que los deudores no piden prestado dinero existente cuando utilizan los productos de los bancos, sino dinero creado en las pantallas de las computadoras. Más aún, los préstamos no garantizados ascienden a 62 billones de dólares (McKinsey Global Institute 2013) –el mayor tipo de deuda en el mundo– mientras el Banco Mundial señala que el consumo de los hogares representa alrededor del 60 por ciento del PIB global. Por

ende, sin gasto financiado por la deuda, es seguro que se produciría una crisis.

En tercer lugar, hay una boyante industria en crecimiento alrededor de la revolución de la deuda para el consumo, lo que incluye agencias recolectoras de deuda, consultores de deuda, agencias calificadoras de crédito, agencias de deudas *subprime*, casas de empeño, nuevas tecnologías para vigilar el paradero de los deudores y nuevos marcos jurídicos punitivos, que incluyen la rehabilitación del encarcelamiento por deudas no pagadas (Gill y Roberts en Young *et al*. 2011; LeBaron y Roberts 2012; Corkery y Silver-Greenberg 2014).

El número de personas cuyas deudas han sido remitidas a las agencias recolectoras de deuda es enorme: alrededor del 35 por ciento de la población estadounidense con récord crediticio ha sido reportado en algún momento con las agencias recolectoras, con deudas que en promedio ascienden a 5 mil 178 dólares (Boak 2014; Ratcliffe *et al*. 2014).

Así como los acreedores en los países desarrollados pueden imponer sobre los países endeudados sus propios términos legales y, de ser necesario, acudir a sus ejércitos para forzar el pago de las deudas, los bancos nacionales y otras instituciones prestamistas pueden enviar a abogados, jueces y la policía.

Por ejemplo, en Estados Unidos hay un creciente mercado de "malas deudas", es decir, deuda que tiene varios meses de atraso. Los inversionistas compran este "mal papel", como lo llaman, a una fracción de su valor nominal, y después utilizan todos los medios, legales e ilegales, para cobrar.[15] Jake Halpern (2014) describe el mundo de los cobradores de deuda, empresas e individuos que compran deudas de los bancos que los propios bancos no han sido capaces de cobrar. En ocasiones, compran estas deudas con un descuento de hasta el 96 por ciento, obteniendo después inmensas ganancias. Por ley, los bancos no pueden incluir entre sus activos las deudas que presentan más de 180 días o más de atraso. Los bancos, por ende, "descargan" estas deudas y las "venden" en grupo a cobradores que intentan recolectar el dinero de los

15 La adquisición de las malas deudas es una práctica que se remonta a la Guerra Civil en Estados Unidos. Abraham Lincoln, por ejemplo, firmó un pagaré cuando compró la tienda de un hombre llamado Reuben Radford pero fue incapaz de pagarle. Radford vendió la nota al comprador de la deuda, Peter Van Bergen. Van Bergen demandó exitosamente a Lincoln, cuyas herramientas y silla de montar fueron confiscadas y subastadas para pagar la deuda (Halpern 2014: 21-22).

deudores. Estos compradores son los equivalentes domésticos de los “fondos buitre”.

El negocio de las malas deudas despegó realmente en Estados Unidos después de la crisis de ahorros y préstamos de principios de la década de 1990, cuando el gobierno de Estados Unidos confiscó los activos de instituciones de ahorro y préstamo en quiebra y subastó sus préstamos impagos. Desde entonces, los compradores de deudas llaman, amenazan y demandan a los deudores para cobrar todo lo que pueden. Halpern describe un portafolio de deudas adquiridas por un recolector de “mal papel” por 28 mil dólares, que generó más de 90 mil dólares en seis semanas, y cuyos préstamos impagos restantes fueron revendidos por 31 mil dólares, resultando en un retorno de casi 200 por ciento sobre la inversión inicial (2014: 15). El mercado del “mal papel” creció de 582 millones en 2009 a mil millones en 2012 (Hunter 2014). Como consecuencia, el número de demandas contra los consumidores se disparó a las nubes, alcanzando 200 mil en el estado de Nueva York en 2011. Otros problemas incluyen el que los recaudadores compran portafolios que han sido robados o han sido vendidos a alguien más, las amenazas de violencia, entre otros. Como Halpern documenta, la industria de la recolección del mal papel trae más daños a la sociedad. Tal como se las describió a Halpern un comprador de deudas que contrató a personas para cobrarlas: “Dios mío, eran como matones”, pero, dijo, “los tipos más decentes no podían hacer el trabajo” (2014: 13).

A menudo, los métodos utilizados para recolectar estas deudas son ilegales. En 2015, el estado de Nueva York alcanzó un acuerdo de 675 mil dólares con uno de los mayores compradores de deuda, el grupo Encore Capital, sobre la presentación de miles de demandas de cobro de deudas incumplidas contra residentes del estado (Silver-Greenberg 2015). Y tal como sucede con los países endeudados, para pagar a sus acreedores los deudores domésticos deben reducir su gasto en necesidades básicas como los alimentos, la vivienda y la atención médica.

Hay muchas otras consecuencias del dinero basado en la deuda. Aquí mencionaremos únicamente dos. En primer lugar, aunque parece natural decir que necesitamos reducir nuestra deuda, debemos reconocer antes que reducir la deuda reduce la masa monetaria. Muchos afirman que la deuda soberana global y nacional es demasiado alta y debe ser pagada. Pero hacer esto dificultaría para todos pagar sus respectivas deudas y podría incluso generar una crisis financiera. Es decir, por cada deuda gubernamental hay

un activo privado correspondiente, y si la deuda es pagada, ese activo que tiene la forma de un título que genera intereses es destruido.

En gran medida, la discusión sobre si debe incrementarse o reducirse el gasto gubernamental se origina en las funciones contradictorias del dinero-deuda. Por una parte, sirve como *reserva de valor*; en consecuencia, los propietarios del dinero abominan la inflación porque reduce el valor (o el poder de compra) del dinero que tienen. Por otra parte, el dinero también sirve como *medio de cambio*, y en consecuencia, mientras más dinero (o deuda) se emita, mayor será el nivel de la actividad económica, de bienes y servicios producidos y empleos creados. El hecho de que los bancos centrales tienen como su objetivo principal el control de la inflación es revelador de quién controla a los bancos centrales –los poseedores de la riqueza creadora de intereses–.[16]

Segundo, hay una jerarquía de “propietarios de deuda”, de modo que algunos reciben el retorno de capital antes que otros; es decir, algunos acreedores tienen prioridad sobre otros. Éste es, claramente, el caso de la deuda soberana. Grecia, por ejemplo, incapaz de pagar su deuda soberana, en 2012 llevó a cabo la mayor reestructuración de deuda en la historia. Gracias a los 174.5 miles de millones de euros del rescate recibidos de otros gobiernos de la eurozona, Grecia pudo pagar a algunos de sus acreedores. Pero la eurozona y el FMI exigieron que primero se pagara a los tenedores de la deuda, y sólo después utilizar el dinero restante para las necesidades públicas, como pagarle a los pensionados o a los maestros (Stevis 2013). La lógica de esta prioridad es que los bonos gubernamentales son generalmente considerados como la inversión más segura, y si los acreedores se enfrentaran a un mayor riesgo, los bonos dejarían de ser una inversión atractiva y se exigirían más intereses. Pero, si el crecimiento no se mantiene, la deuda es más difícil de pagar, y más dinero debe

16 El Banco de la Reserva Federal de Estados Unidos es el único banco central entre los países desarrollados con la doble misión de controlar la inflación *y* mantener el empleo. En la práctica, concede mucha mayor importancia al primero y prácticamente ninguna al segundo. Al mantener bajo control la inflación, asegura que los bancos y otros prestamistas sean pagados en dinero cuyo valor es cercano al que prestaron. Pero también limita el crecimiento de la economía limitando la actividad económica y, así, la creación de empleos. Desde hace mucho, ha sido una política de los bancos centrales incrementar el costo de los intereses cuando la tasa de desempleo cae debajo del 5 por ciento.

confiscarse de otras fuentes para pagar los intereses de la deuda a los acreedores prioritarios. Algunas de estas estrategias incluyen eliminar dinero para educación, bienestar y servicios de salud, como ha sido el caso de los países en desarrollo. Por lo general, estas medidas son presentadas bajo el título de "austeridad" y, utilizando la metáfora de un hogar, los banqueros, financieros y políticos cooptados justifican la austeridad con la aseveración de que el gobierno o el país endeudado "viven más allá de sus posibilidades", como si todos ellos fueran miembros de un gran hogar que hubiera gastado irresponsablemente más dinero del que recibe. Una metáfora más precisa que utilizara al hogar, sin embargo, sería la de un hermano, de diez, que expropiara el 50 por ciento del ingreso familiar, dejando el resto para sus nueve hermanos. Además, si el ingreso familiar algún día se redujera, él demandaría ser el primero en recuperar su renta cuando el ingreso se incrementara nuevamente, insistiendo en que sus hermanos le entreguen una porción de su ingreso si llegara a sufrir alguna pérdida.

Pavlina Tcherneva (2014) documenta que en los últimos treinta años, tras cada recesión económica el 10 por ciento más rico ha sido el primero en recuperar su ingreso una vez que el crecimiento económico se reanuda; y más recientemente, ha llegado incluso a confiscar parte de los ingresos del otro 90 por ciento (véase la Figura 4.6). En palabras de Tcherneva,

> Un examen del crecimiento promedio del ingreso durante cada expansión desde la segunda posguerra (desde la depresión al auge) y su distribución entre el 10 por ciento más rico y el 90 por ciento restante de los hogares, revela que el crecimiento del ingreso se ha vuelto menos equitativo con cada expansión subsecuente durante todo este periodo. *Sólo durante la expansión de 1950-1953, el 90 por ciento inferior capturó la totalidad del crecimiento promedio del ingreso en la economía. Desde entonces, el 10 por ciento más rico de los hogares ha estado capturando una porción cada vez más grande del crecimiento del ingreso, y en la última expansión capturó más del 115 por ciento del crecimiento del ingreso, mientras que el ingreso del 90 por ciento de los hogares más pobres disminuyó* (2014: 54-55, énfasis nuestro).

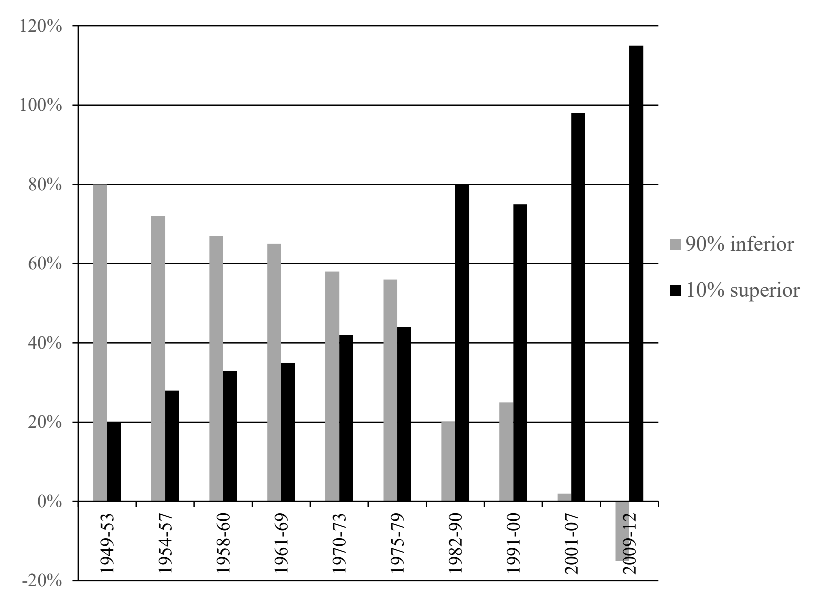


Figura 4.6 Distribución del ingreso promedio durante los periodos de expansión.

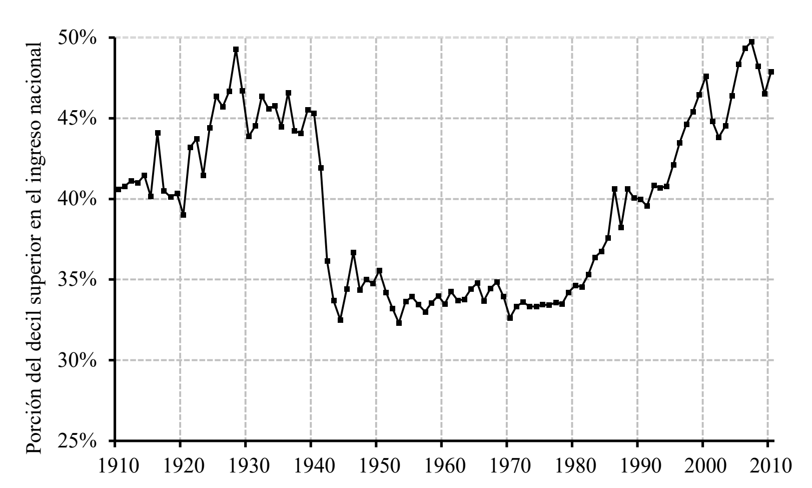
Fuente: Tcherneva, P.R. (2014) "Reorienting Fiscal Policy: A Bottom-up Approach", *Journal of Post-Keynesian Economics*, Vol. 37.

La desigualdad y el decil privilegiado

No hay duda de que la desigualdad en Estados Unidos y otros lugares se ha incrementado dramáticamente a lo largo de los últimos cuarenta años, como demuestran numerosos trabajos recientes sobre el tema (véase, *v. gr.* Freeland 2012; Noah 2012; Stiglitz 2012; Dorling 2014; Johnston 2014; Di Muzio 2015). La desigualdad global ha alcanzado tal nivel que el 1 por ciento de la población posee casi el 50 por ciento de la riqueza global (Oxfam 2015).

Los factores identificados como responsables de esta tendencia incluyen el acelerado cambio tecnológico, la rápida globalización de la economía, el declive o el estancamiento de los salarios, el crecimiento de las finanzas, y el debilitamiento o la destrucción total de los sindicatos, particularmente en los Estados Unidos. El trabajo sobre la acumulación de capital diferencial que ha recibido más atención es el de Thomas Piketty y Emmanuel Saez, particularmente el *bestseller El Capital en el Siglo XXI*, que se propone mostrar que la desigualdad creciente es endémica a la economía capitalista.

La idea de que la desigualdad es un rasgo intrínseco de nuestro sistema económico va en contra de la afirmación de los economistas neoliberales que, históricamente, han sostenido que el crecimiento reducirá la desigualdad y la necesidad de redistribuir la riqueza. En su opinión, el aumento de la riqueza "goteará" hacia toda la sociedad (Arndt 1978: 46-47; Kempf 2008). La investigación crucial sobre la que se basó esta afirmación fue el trabajo de Simon Kuznets y Elizabeth Jenks (1953) *Shares of Upper Income Groups in Income and Savings.* Fue el primer trabajo en basarse en las estadísticas sobre la distribución del ingreso, y el primero en medir la desigualdad social en una escala tan amplia. Basados en los registros fiscales entre 1913 y 1948, los autores demostraron que la desigualdad económica se redujo dramáticamente durante ese periodo, ya que el ingreso del decil superior se había reducido, de entre el 45 y el 50 por ciento del ingreso nacional, a entre el 30 y el 35 por ciento. Kuznets y Jenks tenían una prueba estadística contundente de que la desigualdad del ingreso había caído dramáticamente y que el capitalismo había traído un beneficio general a los ingresos en Estados Unidos (Piketty 2014: 12-13).



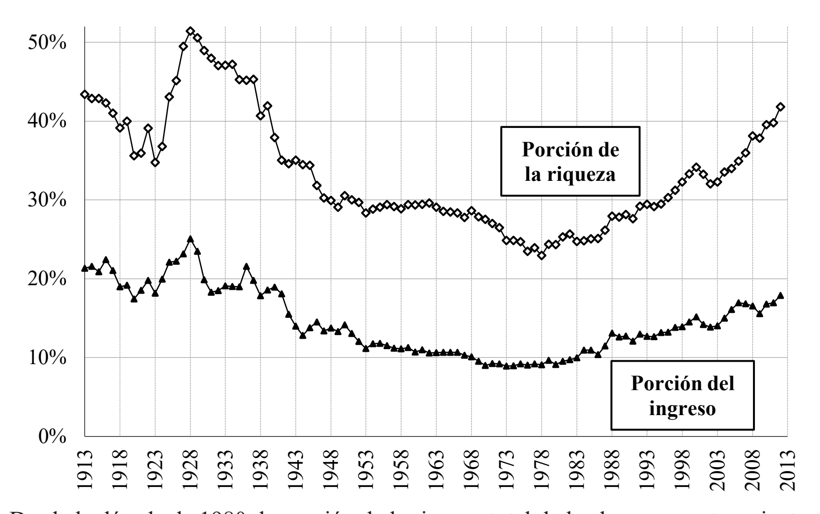
La porción del decil superior del ingreso nacional en Estados Unidos, cayó de 45-50 por ciento entre las décadas de 1910 y 1920, a menos del 35 por ciento en los años cincuenta (esta es la caída documentada por Kuznets); posteriormente, se elevó desde menos del 35 por ciento en la década de 1970 a 45-50 por ciento en los años 2000 y 2010.

Figura 4.7 Desigualdad del ingreso en Estados Unidos, 1910-1920; porcentaje del ingreso nacional recibido por el decil superior.

Fuentes y series, véase: piketty.pse.ens.fr/capital21c

Kuznets y Jenks reconocieron que las dos Guerras Mundiales y la Depresión jugaron un papel en el acercamiento de los extremos sociales; sin embargo, el estudio sirvió como base para la política económica de los próximos cincuenta años y como una justificación fundamental para las políticas de austeridad neoliberales.

En esencia, Piketty replicó el estudio de Kuznets y Jenks, extendiendo los datos hasta el siglo XVIII y hasta el presente, e incluso el futuro. Su conclusión fue que, en una economía capitalista, la tendencia normal es que la riqueza y el ingreso diverjan: cuando el retorno al capital excede la tasa de crecimiento económico, como ha sido el caso en la mayor parte de los últimos dos siglos, la riqueza diverge y la desigualdad se incrementa. La Figura 4.8 representa la trayectoria histórica del ingreso en Estados Unidos para el decil superior, mientras que la Figura 4.8 representa la porción del ingreso y la riqueza del 1 por ciento más rico.



Desde la década de 1980, la porción de la riqueza total de los hogares perteneciente a las familias del 1 por ciento más ricas de la distribución de la riqueza, ha crecido proporcionalmente menos que la porción del ingreso nacional total antes de impuestos ganado por estas familias. Fuente: Apéndice Tablas B1 y B25. (Piketty 2014).

Figura 4.8 Porción del ingreso y la riqueza del 1 por ciento más rico de los poseedores de bonos.

Fuente: Thomas Piketty y Emmanuel Saez (2003) "Income Inequality in the United States, 1913–1998," Quarterly Journal of Economics, Vol. 118, No. 1. Actualizado a 2008 en http://emlab.berkeley.edu/users/saez. Más información en: http://inequality.org/income-inequality/#sthash.XAUIRSwA.dpuf.

Discutimos brevemente las contribuciones de Piketty en el capítulo 1, y éste no es lugar para ofrecer una revisión exhaustiva de su monumental trabajo. Pero la idea central es que cuando la tasa de retorno del capital excede la tasa de crecimiento económico, el capital continuará acumulando una porción de la riqueza nacional mayor a la del trabajo. Si volvemos a nuestra metáfora del hogar, un hermano seguirá expropiando una porción del ingreso familiar cada vez más grande que el de sus hermanos. La cuestión de si el hijo privilegiado merece o no esa porción es, por supuesto, objeto de un vasto debate.[17] Pero nuestra pregunta es, ¿cómo lo hace? Para Piketty (2014: 26-27) la clave está en el papel de la riqueza heredada. El autor argumenta que:

> Cuando la tasa de retorno del capital excede significativamente la tasa de crecimiento de la economía (como sucedió durante buena parte de la historia hasta el siglo XIX, y como es probable que vuelva a ocurrir en el siglo XXI), se sigue lógicamente que la riqueza heredada crece más rápido que la producción y el ingreso. Las personas con riqueza heredada sólo necesitan ahorrar una porción de su ingreso proveniente del capital para ver crecer su capital más rápidamente que la economía en su conjunto. Bajo tales condiciones, es casi inevitable que la riqueza heredada sobrepase por un amplio margen la riqueza adquirida durante toda una vida de trabajo, y que la concentración de capital alcance niveles extremadamente altos –niveles potencialmente incompatibles con los valores meritocráticos y los principios de justicia social fundamentales para las sociedades democráticas modernas.

No hay duda de que la herencia, como Piketty sugiere, juega un papel fundamental en la desigualdad. Pero evita discutir el papel del dinero fundado en la deuda, el papel de los intereses sobre la economía global, y el papel de la deuda como un impuesto regresivo. ¿De dónde proviene esta riqueza heredada? La deuda por sí misma, como hemos explicado, es una tecnología de transferencia de riqueza que, en esencia, divide a la población en deudores netos y unos pocos acreedores netos privilegiados, división que hoy en día puede ser igual o más relevante que la división

17 El 1 por ciento sostiene que ellos son creadores de empleos, pero como Robert Reich (2012) señala, son los consumidores y trabajadores quienes hacen una mayor contribución. Es claro que sólo si la gente tiene recursos para gastar, y empleos para ganar dinero, la economía puede crecer y la deuda puede ser reembolsada.

económica estándar entre capitalistas y trabajadores. Es decir, los deudores netos de cada país tienen más en común –económica, cultural y socialmente– con los deudores de los demás países que con los acreedores netos de su propio país (Di Muzio 2015).

Como señalamos en el capítulo 1, pese a que la palabra ni siquiera aparece en el índice temático, el libro de Piketty es, en muchos sentidos, acerca de la "deuda". Para que haya un rendimiento sobre el capital invertido, debe haber un rendimiento correspondiente que constituye la obligación de algo o alguien de producir un monto mayor al invertido. Independientemente de si ese rendimiento es el pago de un préstamo, una renta o una ganancia, debe ser suplementario y mayor al préstamo inicial o al capital invertido –como sucede con cualquier deuda–. En consecuencia, no debe sorprendernos que la desigualdad haya aumentado al aumentar los niveles de deuda; y una vez que comprendemos el papel de los intereses sobre la deuda en nuestra economía, podemos ver cómo la deuda es, en esencia, un impuesto regresivo *estructural* debido a la forma en que se emite el dinero actualmente.

Tal como hoy está constituida, toda transacción económica –trátese de la compra de una mercancía, el pago de una renta o de la hipoteca, una comida en un restaurante o el pago de cualquier servicio– debe contener intereses sobre la deuda de algo o alguien. Incluso una porción del ingreso y el pago indirecto de impuestos se destina a pagar los intereses de la deuda pública en propiedad de los tenedores de bonos.[18] En otras palabras, una fracción del precio de virtualmente cualquier cosa que compramos y cualquier impuesto que pagamos, es el interés sobre un préstamo a través del cual el dinero fue inyectado en la economía. La pregunta es, ¿a quién va a parar esa porción que es un interés? El investigador alemán Helmut Creutz responde de este modo:

> Cuando es redistribuida, la porción del interés contenida en los precios [...] no beneficia a todos los hogares y mucho menos a los más vulnerables. La mayor parte fluye hacia quienes tienen en su poder más activos generadores de intereses. Más precisamente: mientras más rico se es (es decir, mientras más capital tangible y monetario generador de intereses se posee) mayor es la parte que uno obtiene del caudal de los intereses recaudados.

18 Señalemos, sin embargo, que el gobierno no necesita esperar a recaudar impuestos para gastar el dinero en la economía. En Estados Unidos, el gobierno federal simplemente gasta de su cuenta en la Reserva Federal. Para una explicación detallada de este proceso, véase Bell (2000).

> Por otra parte, las mayores pérdidas recaen, tendencialmente, sobre los hogares que no poseen activos generadores de intereses, o al menos no de manera significativa. Estos hogares solamente pagan sin recibir nada a cambio (2010: 4).

En qué medida el 1 y el 10 por ciento más rico de la sociedad controlan los activos creadores de intereses (así como los activos que rinden dividendos y rentas) es evidente en la Tabla 4.1, que muestra los niveles totales de deuda según el percentil de riqueza. Dicho brevemente, *el 1 por ciento más rico es propietario de más del 50 por ciento de los activos generadores de riqueza, y tiene únicamente el 5.9 por ciento de la deuda.*

Margrit Kennedy (2012), basada en el trabajo de Creutz e investigaciones sobre la economía alemana, escribe que entre el 35 y el 40 por ciento de todo lo que compramos son intereses para los banqueros, financieros y tenedores de deuda. Como Ellen Hodgson Brown (2013) señala, ello ayuda a explicar cómo se transfiere la riqueza sistemáticamente de la mayoría hacia la minoría en la cumbre de la pirámide. La consecuencia más determinante de la deuda como tecnología de poder es que la dominación a través de la redistribución del dinero hacia quienes ya son ricos está codificada matemáticamente dentro del sistema.

En consecuencia, hemos construido un sistema monetario fundado en la deuda dividido en una sociedad de deudores y acreedores netos: estos últimos comprenden a (cuando mucho) entre el 1 y el 5 por ciento de la población. Si graficamos la diferencia,

Tabla 4.1 Activos generadores de ingreso y deudas totales por percentil de riqueza: 2010

Tipo de activos	**1% más rico**	**Siguiente 9%**	**90 % inferior**
Acciones y fondos mutuos	48.8	42.5	8.6
Títulos financieros	64.4	29.5	6.1
Fideicomisos	38.0	43.0	19.0
Capital de las empresas	61.4	30.5	8.1
Bienes inmobiliarios*	35.5	43.6	20.9
Total de activos por grupo	50.4	37.5	12.0
Total de deuda por grupo	5.9	21.6	72.5

Datos de Wolff (2012, 2013). *Sin contar viviendas para uso propio.

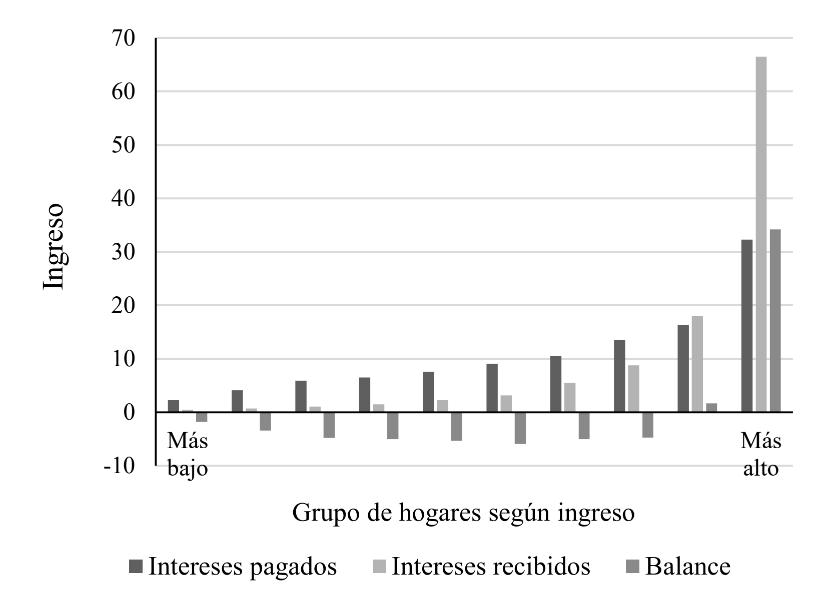


Figura 4.9 Distribución de acreedores netos y deudores netos

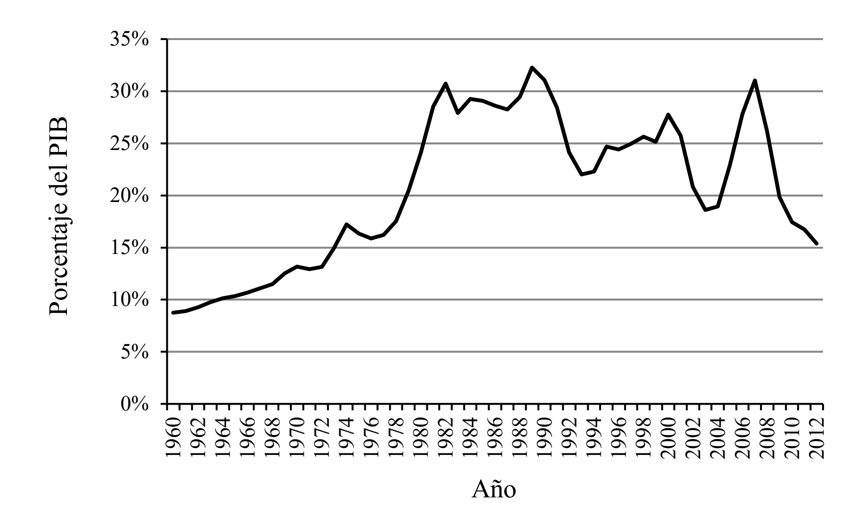


Figura 4.10 Intereses pagados como porcentaje del PIB

obtendremos algo similar a la distribución (véase la Figura 4.9) basada en un estudio de 1985 sobre Alemania (Kennedy y Kennedy 1995: 26).

Para apreciar mejor el papel que juegan los intereses en nuestra economía, la Figura 4.10 y la Tabla A.1 muestran el monto de los intereses pagados cada año en Estados Unidos entre 1960 y 2012, y el porcentaje del ingreso nacional (PIB) que representa.

El pago de los intereses en 1960 ascendió a alrededor de 46 mil millones de dólares, una porción un poco menor al 9 por ciento del ingreso nacional. Para 1982, el pago de los intereses subió a alrededor de 1 billón de dólares, aproximadamente el 30 por ciento del ingreso nacional. El rápido incremento de los intereses como porción del ingreso nacional de Estados Unidos probablemente fue causado por la remoción de los topes a las tasas de interés, que por entonces eran de alrededor del 6 por ciento y que, a su vez, se debió al incremento de la inflación a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, como revisamos anteriormente. También puede deberse, en parte, al incremento del uso de las tarjetas de crédito. Estos topes, sin embargo, nunca fueron introducidos nuevamente, incluso después de que la inflación disminuyera a niveles históricamente bajos. Desde principios de los ochenta, la porción de la riqueza nacional representada por los intereses ha fluctuado entre el 15 y el 31 por ciento, pero desde 1980 su promedio ha sido ligeramente superior al 25 por ciento del PIB. En esencia, esto representa un impuesto sobre el dinero, impuesto que va a parar a los prestamistas particulares y no al bien público.

Para ilustrar la magnitud de estas transferencias de riqueza, consideremos que el monto de los intereses pagados cada año en Estados Unidos ha superado, desde 1978, el monto pagado en impuestos federales (Figura 4.11 y Tabla B.1).

En otras palabras, ¡los ciudadanos estadounidenses pagan más a los intereses particulares por concepto de la emisión de dinero, de lo que pagan al gobierno federal en impuestos para administrar el país! Si Estados Unidos no hubiera asignado el derecho de crear dinero a los intereses particulares, y conservado para sí el derecho a emitir dinero como deuda generadora de intereses, habría recaudado entre 1960 y 2012 una suma igual a todos los impuestos federales más 20 billones de dólares adicionales disponibles para el bien público.

Además, a la parte de la renta nacional desviada hacia los intereses de la deuda, podemos añadir el costo de la industria

financiera en general, que Thomas Philippon (2014) calcula que está en un máximo histórico del 9 por ciento del PIB. Philippon (2014: 2) pregunta lo siguiente: "consideremos que el año pasado, 9 por ciento del PIB de Estados Unidos fue de alrededor de 1.4 billones de dólares –una ganancia inesperada sin precedentes para la clase capitalista estadounidense–. ¿Qué gana la sociedad a cambio? En otras palabras, ¿qué produce la industria financiera?" Esto no significa –como Philippon reconoce– que no necesitemos de la industria financiera, cuyo papel es producir, comerciar y liquidar contratos financieros, transferir recursos, producir información y proveer incentivos para, en palabras del tercer Lord Rothschild, "facilitar el movimiento del dinero desde el punto A, donde se encuentra, al punto B, donde es necesitado" (Ferguson 2008: 63). La pregunta es la siguiente: si en épocas anteriores, como Philippon documenta, estos servicios podían ofrecerse a un costo de entre el 2 y el 4 por ciento del PIB, ¿por qué ahora, con el inmenso incremento de la tecnología

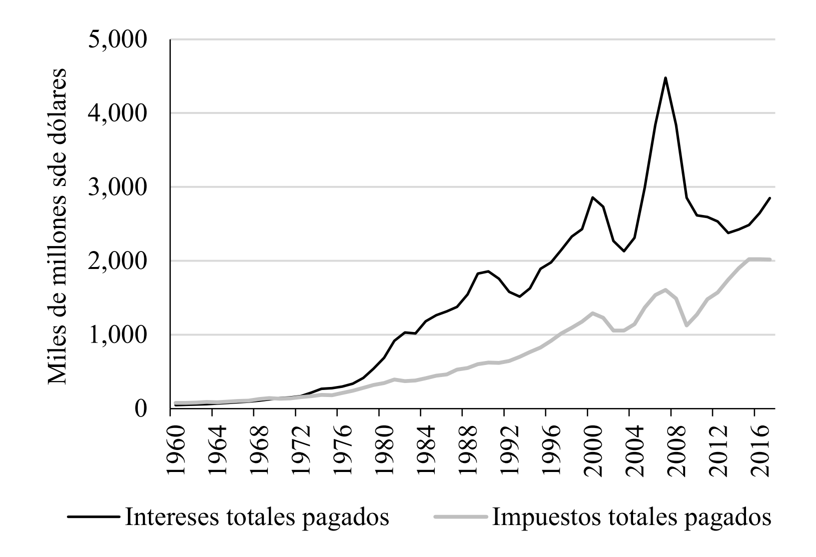


Figura 4.11 Intereses pagados totales en Estados Unidos contrastados con el pago total de impuestos federales, 1960-2012

Fuente: Office of Management and Budget, Historical Tables, Table 1.3; http://www.whitehousegov/omb/budget/Historicals/

de la comunicación, estos servicios no pueden ser provistos de manera mucho más eficiente y barata?[19]

Ahora bien, los argumentos de este libro no deben ser tomados como un ataque contra el mercado *per se*, comoquiera que sea definido. No hay nada de malo con una economía en que las personas ofrezcan bienes y servicios a las demás, y reciban una recompensa económica, incluso dinero, a cambio. Sin embargo, el dinero que se utiliza no necesita ser creado por una minoría privilegiada como deuda generadora de intereses a través de la cual ella acumula una porción desproporcionada de la riqueza social. En otras palabras, mientras el mercado es un requisito para que la deuda sea utilizada como una tecnología de poder, los mercados pueden funcionar perfectamente bien sin una oferta monetaria creada por una élite privada a través de la deuda, como lo demuestran las numerosas estructuras monetarias alternativas alrededor del mundo (Hallsmith y Lietaer 2011). Sería posible crear una economía de mercado moderna perfectamente funcional si cada individuo recibiera dinero sólo a cambio de trabajo productivo o incluso si cada persona, a la edad de 18 años, recibiera un monto establecido para satisfacer sus necesidades. Esto no garantizaría de ningún modo la igualdad perfecta, pero aseguraría que la gente pudiera elegir qué hacer con la asignación de sus recursos, y que de necesitar más dinero pueda ofrecer bienes y servicios que otras personas demandan. Esto no necesitaría del crecimiento exponencial perpetuo ni de la creciente dependencia de una oferta de energía no renovable cuya explotación destruye la biósfera.

¿Quién controla el futuro?

Ante la imposibilidad del crecimiento exponencial sostenido, los crecientes problemas ambientales, el petróleo a un precio históricamente elevado y la concentración de riqueza en cada vez menos

19 A la porción del PIB que se destina a los intereses, comisiones, gastos, etc., podemos además añadir el monto adicional tomado de los contribuyentes para rescatar a los bancos y otras instituciones financieras después del último colapso, que hasta el momento asciende a alrededor de 53 mil millones (ProPublica 2015), a lo que podemos agregar la suma de 990 mil millones en impuestos, o 32 mil millones de dólares anuales como el costo final a los contribuyentes de la crisis de ahorros y préstamos de finales de la década de los ochenta (Zepezauer y Naiman 1996).

manos, mientras los niveles de deuda pública, corporativa y de los consumidores se expanden, la pregunta que nos sale al paso es la de quién, en este momento de nuestra historia, controla el futuro.[20] Si tuviéramos que proyectar el futuro, ¿quién determinará cómo se verá? Sin duda, ésta es una pregunta difícil de responder, pero en ausencia de un movimiento democrático consistente contra el uso de la deuda como tecnología de poder, anticipamos que los acreedores, inversionistas y las megacorporaciones que ellos capitalizan, seguirán dando forma y reconfigurando el horizonte de lo posible de la reproducción social, y definiendo los límites de cómo abordamos los problemas que enfrentamos. Para ilustrar esta cuestión, nos referiremos brevemente a la industria de los alimentos y a la industria energética.

El futuro de la comida

Uno de los mayores problemas en el largo plazo, particularmente en los Estados Unidos, es el abastecimiento de alimentos; no es que no haya suficiente sino que, por el contrario, hay demasiado. Las manufactureras de alimentos estadounidenses producen unas 3 mil 900 calorías diarias por persona. El problema es venderlos. Y si tomamos como indicador las tasas de obesidad de los Estados Unidos, particularmente la infantil, lo están haciendo de manera muy efectiva. En 2003, el estadounidense promedio pesaba 10.5 kilos más que en 1960, y va en aumento (Moss 2012; CDC 2013). Es una tendencia tan generalizada que podemos considerarlo como un proceso de globalización del sobrepeso y la obesidad (Roberts 2010; Raine 2012). No se trata únicamente de cuántas calorías se consumen, sino también de la desigualdad de las opciones monetarias y alimentarias, y la motorización masiva de la sociedad, que son los principales contribuyentes a la creciente crisis de salud pública.

También hay un problema con la agricultura industrial: es esencialmente insostenible, pues depende de dos recursos en rá-

---

20 En Estados Unidos hay, en efecto, una robusta investigación que muestra que en la legislación y el diseño de políticas el 1 por ciento tiene una influencia mucho mayor al 99 por ciento. El estudio más reciente de Martin Gilens y Benjamin Page (2014) demuestra que los ciudadanos estadounidenses virtualmente no ejercen ninguna influencia en la política (véase también Kaiser 2010; Kuhner 2014).

pida disminución: agua y petróleo.[21] Sin embargo, la producción alimentaria es una industria sumamente rentable. Pero cuando examinamos el estilo de producción y consumo de comida de los Estados Unidos, encontramos una adicción a cinco elementos: agua y petróleo en el lado de la producción, sal, azúcar y grasa en el lado del consumo. Nuestro objetivo aquí no es documentar exhaustivamente el problema, pues otros ya lo han hecho (*v. gr.* Pollan 2007; Moss 2012; Gardner 2013). La pregunta que nos interesa plantear es si, bajo nuestra economía política actual, el sistema global de producción y consumo de alimentos, que resulta altamente rentable, puede ser reemplazado por un sistema en que la producción sea más sustentable y las dietas sean saludables.

Tal vez creamos que nosotros elegimos nuestra comida. Pero, claramente, lo que está disponible para nosotros es controlado en su mayor parte por grandes compañías de alimentos que se esfuerzan en descubrir nuestros gustos y preferencias. En un brillante reportaje de investigación, Michael Moss (2013) describe cómo incluso cuando las empresas de alimentos tratan de hacer lo "correcto" a menudo se ven obstaculizadas por el capital de inversión.

A principios de los 2000, algunos ejecutivos de Kraft Foods genuinamente alarmados por la contribución de su compañía a la epidemia de obesidad, estaban preocupados por la reacción del consumidor y cómo ello afectaría a la compañía a largo plazo. Hacer que más personas consumieran sus productos requería la manipulación de las cantidades de azúcar, sal y grasa en sus alimentos, pero ello estaba trayendo efectos negativos a la salud de sus consumidores. ¿Era posible promover una comida más saludable y seguir siendo competitivos en una industria que seguía añadiendo más azúcar, sal y grasa?

En aquel momento, el dueño de Kraft era Phillip Morris, y los ejecutivos estaban preocupados de que el azúcar, la sal y la grasa hundiera a la industria de la comida procesada del mismo modo que la nicotina había hundido a la industria del cigarro. La industria del tabaco, después de años de fraude y negación, perdió una demanda interpuesta por cuarenta estados cuyos programas de salud estaban colapsando bajo la presión de las enfermedades relacionadas con el tabaco. Las demandas resultantes costaron a la industria del tabaco alrededor de 365 mil millones de dólares.

---

21 http://www.un.org/waterforlifedecade/scarcity.shtml (consultado el 1 de febrero de 2015).

Después de años de utilizar cuidadosamente la cantidad apropiada de azúcar, sal y grasa para maximizar las ventas, Kraft tomó la decisión de poner un límite a la cantidad de estos ingredientes en sus productos. Sin embargo, el resultado fue una caída en el precio de sus acciones del 17 por ciento, mientras las acciones de sus rivales se incrementaban en un 5 por ciento. Lo que siguió fue una reunión con alarmados analistas de Wall Street.

Moss describe una conversación que un ejecutivo de Kraft tuvo con los analistas de Wall Street acerca de las ventas inferiores a lo esperado y la presión de hacer algo al respecto:

> "¿Crees que tienen un gran problema?", preguntó un analista de Morgan Stanley. "Porque claramente su desempeño es inferior al de sus rivales". "¿Y qué es toda esta palabrería de combatir la obesidad?", preguntó un analista de Prudential Securities. "¿Cómo iba a cumplir la empresa con el crecimiento de ventas proyectado del 3 por ciento preocupándose por la cintura de las personas?" "Obviamente ustedes han hecho una declaración sobre la obesidad", añadió el analista. "¿Pero podría usted aclarar qué esfuerzos hace la compañía para alcanzar el aumento del volumen? Van a tratar de aumentar su volumen de 2 a 3 por ciento a nivel nacional; eso casi tiene que hacernos engordar". (Moss 2013: 257)

Bajo la presión de los inversionistas y la competencia con otros gigantes de la comida, los ejecutivos de Kraft volvieron a la grasa, la sal y el azúcar, y abandonaron todo intento de que sus productos fueran menos dañinos. Se puede decir más de cómo el sistema global alimentario es formado y reformado por la lógica de la capitalización diferencial y el imperativo de las ganancias corporativas. Pero este breve ejemplo indica cómo los ejecutivos de una compañía fueron más o menos forzados a mantener el monto excesivo de sal, azúcar y grasa en sus productos en aras de incrementar sus ganancias, en mitad de la epidemia de obesidad en Estados Unidos y otros países.

El futuro de la energía alternativa

Hay considerables debates sobre el futuro de la energía. Hay tres temas importantes relativamente claros: (1) el capitalismo moderno puede concebirse como una civilización de petromercado debido a que los combustibles fósiles son la base energética que ha permitido la expansión y profundización de los mercados y la

magnitud de la acumulación monetaria; (2) los combustibles fósiles no son renovables, y por lo tanto este orden civilizatorio no es renovable; y (3) el viraje hacia el carbón, el petróleo y el gas está alterando el clima en formas que han afectado y seguirán afectando de manera negativa a las comunidades (Di Muzio 2012). Muchos reconocen la necesidad de transformar nuestras sociedades encontrando indicadores alternativos del bienestar e incentivando la transición hacia energías renovables y tecnologías relacionadas. Sin embargo, los estudios también señalan que, incluso si fuera posible que nuestras sociedades operaran en un 100 por ciento con energías renovables, lo que no es posible es mantener el crecimiento global (mucho menos expandirlo de manera constante) en el próximo siglo (Trainer 2007; Heinberg 2011; Zehner 2012). Incluso si fuéramos generosos e incluyéramos la energía nuclear, las energías renovables sólo generan el 18.4 por ciento del abastecimiento global de energía –el 81.6 restante se compone de petróleo, gas natural y carbón–. En otras palabras, la transición hacia las energías renovables será prolongada, y es improbable que se logre sin una dirección e inversión significativas del sector público. Hay varias razones de que esto sea así, pero la que aquí consideramos tiene que ver con lo que más importa a los acreedores, inversionistas y firmas capitalistas: las ganancias diferenciales y la capitalización diferencial. La Figura 4.12 compara el aumento de la capitalización de la industria del gas y el petróleo con su rival potencial: la industria de la energía renovable. Lo que los datos demuestran es que los acreedores e inversionistas actualmente tienen poca fe en la rentabilidad futura de la industria de las energías renovables en relación con sus contrapartes del gas y el petróleo. En efecto, si usted hubiera invertido en el índice WilderHill, habría perdido dinero entre 2007 y 2012. Sin embargo, si hubiera invertido en la industria del gas y el petróleo sobre el mismo periodo, su inversión habría crecido en un 182 por ciento. La razón es simple: la industria del gas y el petróleo es más rentable que la de las energías renovables, y los capitalistas persiguen los retornos diferenciales, no la supervivencia civilizatoria (Di Muzio 2012).

A menos que esto se revierta, o que los Estados pongan en marcha inversiones significativas en la energía renovable, la sociedad global se verá cada vez más encerrada en el insostenible orden mundial del petromercado, que irá de crisis en crisis a medida que el petróleo sea más caro, las deudas aumenten y las medidas de austeridad se intensifiquen.

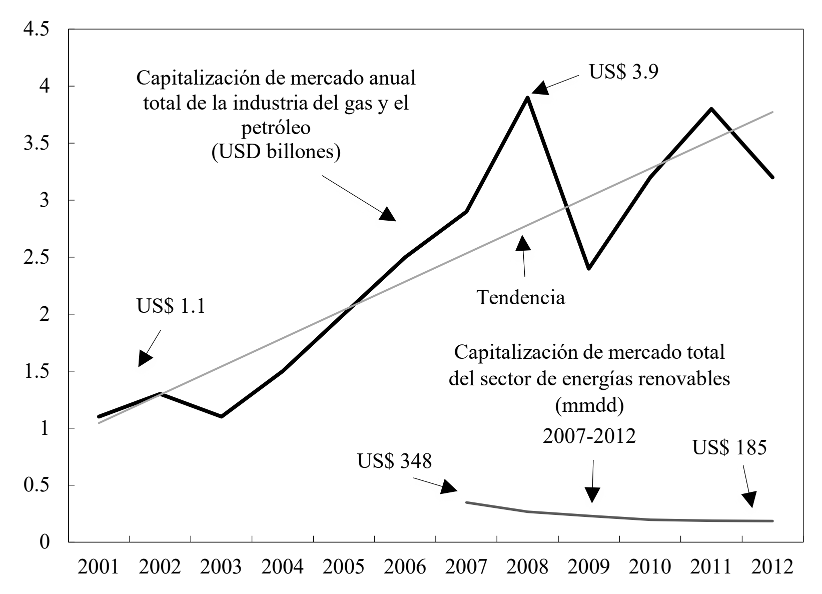


Figura 4.12 Comparación de la capitalización de mercado entre la industria del petróleo y el gas y las energías renovables.

Fuentes: FT 500 2001–2012; WilderHill NEX

¿Hacia una utopía descarnada en expansión?

Cuando Karl Polanyi escribió *La Gran Transformación,* describió los horrendos efectos del desarrollo y el crecimiento de la economía industrial: la desposesión de sus tierras de los granjeros rurales, la expansión de la pauperización y la miseria, y el saqueo del mundo natural. Polanyi predijo que, si se dejaba sin control, el mercado "libre" crearía una "descarnada utopía" de miseria humana y vastos daños ecológicos. En los años de posguerra, supuso que las políticas keynesianas aplicadas durante y después de la Depresión proporcionarían dicho control sobre el crecimiento industrial por medio de la planificación democrática de la economía. Pero, al centrar su atención en el mercado autorregulante como la "fuente y la matriz" de la civilización, en vez de enfocarse en el dinero-crédito capitalista, Polanyi no pudo anticipar el costo de mantener un sistema monetario basado en la deuda y en el crecimiento económico exponencial que ello requiere. Tampoco pudo proponer una alternativa convincente al orden monetario

nacional e internacional. Como antes sugerimos, en la actualidad ya somos testigos de la geografía de las utopías descarnadas, que se extiende a través de numerosas comunidades alrededor del mundo. Y el movimiento hacia esta utopía descarnada se produce en pasos tan pequeños que difícilmente nos damos cuenta de que está aconteciendo. Sostenemos que, para revertir y evitar esta expansión, necesitamos confrontar las posibles alternativas que toman con seriedad las cuestiones del dinero, el medio ambiente y la imposibilidad del crecimiento exponencial. Éste es el tema de nuestro capítulo final.

5

Soluciones: un partido para el 99 por ciento y el poder de la deuda

El dinero es una de las ideas más asombrosamente simplificadoras de todos los tiempos, y como cualquier idea nueva y desafiante, crea su propia revolución. Bohannan 1959: 503.

Hay un episodio de la serie animada *South Park* –"Margaritaville" (2009)–[1] que trata sobre la crisis financiera de 2007-2008. En él, Kyle Broflovski, el único personaje judío de la serie, arriesga su vida para salvar a la comunidad del desastre económico transfiriendo la deuda de las tarjetas de crédito de todos los demás a la suya de modo que puedan reanudar la compra de cosas. El episodio es una brillante yuxtaposición de economía y religión, resaltando las muchas tradiciones religiosas en que la redención se alcanza mediante la liberación de todas las obligaciones –la liberación, por así decirlo, de las deudas (Burridge 1969: 6-7)–. Es también un comentario del libro del filósofo alemán Friedrich Wilhelm Nietzsche, titulado *Genealogía de la Moral*. Reflexionando a partir del hecho de que la palabra alemana para "deuda" (*schuld*) es también la palabra para "culpa" o "pecado", Nietzsche especula que en el cristianismo Dios se convierte en el último acreedor de la deuda de la humanidad y, por supuesto, es quien la perdona en última instancia al morir por sus pecados (véase Ahn 2010; Graeber 2011: 76 y sig.).

La idea de que la relación deudor-acreedor es central para nuestro sentido de la obligación moral, y de que el poder, a fin de cuentas, puede conceptualizarse como la relación deudor-acree-

1 "Margaritaville" ganó en 2009 un Premio Emmy al capítulo animado sobresaliente para un programa de menos de una hora, y junto con el resto de la décimo tercera temporada, fue lanzado el 16 de marzo de 2010.

dor, desmiente la idea económica clásica de que el dinero es neutral y simplemente constituye un medio de intercambio, una unidad de cuenta y una reserva de valor. Si usted tiene el poder de crear dinero por medio de la deuda generadora de intereses, una vez que crea dinero (prestándolo), usted está replicando lo que, para Nietzsche, constituye la relación de poder primigenia y la fuente de la moralidad y de la civilización misma.

Como hemos intentado mostrar, las consecuencias de ese experimento incluyen la devastación ambiental sostenida, el aumento de la desigualdad social y económica, y la continua centralización del poder político. Decenas de libros y estudios han documentado cuidadosamente estos desarrollos (*v. gr.* Reich 2012; Harvey 2014; Klein 2014; Piketty 2014; Robbins 2014; Di Muzio 2015), y la mayoría de ellos ha concluido recomendando reformas al sistema: Piketty propone un impuesto sobre la riqueza que ponga en marcha la redistribución económica; Naomi Klein propone movimientos de bases; que Ellen Hodgson Brown (2014) aboga por el crecimiento de los bancos públicos; Bernard Laeiter sugiere el desarrollo de monedas alternativas, por nombrar sólo algunas recomendaciones de reforma. El sueño, escribe David Harvey (2010: 247), "sería una gran alianza de todos los desposeídos y desposeídas de todas partes. El objetivo sería controlar la organización, la producción y la distribución del producto excedente para el beneficio a largo plazo de todos".

Si bien sus respectivas evaluaciones de los problemas están, hasta cierto punto, en lo cierto, y si bien todas las recomendaciones contribuirían, si se implementaran, a revertir algunas de las externalidades negativas que resultan de la economía fundada en la deuda y el crecimiento perpetuo que ella demanda, ninguna ofrece una manera de socavar el poder que el capital representa. En este capítulo final queremos ofrecer, primero, doce soluciones, (la mayoría de las cuales refleja propuestas hechas por otras personas) que pueden convertirse en la plataforma política de un partido del 99% (véase Di Muzio 2015). A continuación, propondremos los pasos necesarios para poner en práctica estas propuestas y una estrategia política basada en la idea de que la deuda es una tecnología de poder que puede ser utilizada tanto por los deudores como por los acreedores.

La plataforma del partido del 99 por ciento

Primero, un partido del 99 por ciento debe estar organizado en torno a la reforma del sistema monetario de su país. Hemos intentado mostrar que el presente estado de cosas comenzó con un solo acto: el de otorgar a individuos privados el derecho y el poder de emitir dinero generador de intereses. Para lidiar con las consecuencias de ese acto, es necesario recuperarlo inmediatamente. El actual sistema de creación monetaria a través de la deuda sólo beneficia a los propietarios de los bancos. El resto de nosotros, con ingresos insuficientes para adquirir lo que la economía produce, tenemos una deuda creciente que empuja los precios hacia arriba (inflación) y una economía que en los hechos está controlada por lo que los banqueros consideran seguro prestar para obtener ganancias (Rowbotham 1998: 292). Los más de 27 billones en intereses sobre la deuda pagados por los Estados Unidos entre 2006 y 2013 representan el precio que los deudores estadounidenses pagan por recibir su dinero como deuda generadora de intereses, y es mayor al PIB de cualquier país con excepción de China y Japón.

Los objetivos de la banca pública incluyen: (1) inversiones para crear empleos en comunidades locales, (2) inversiones que fomentan la producción de aquellos bienes más duraderos, (3) inversiones en investigación y desarrollo para mejorar la calidad de vida, (4) inversiones en energías renovables, (5) inversiones en infraestructura pública sustentable y (6) inversiones en agricultura local sustentable.

Los bancos públicos ya son comunes alrededor del mundo. Ellen Hodgson Brown (2013), en su libro *The Public Bank Solution: From Austerity to Prosperity*, señala que los bancos de propiedad pública representan el 40 por ciento de todos los bancos globales, particularmente entre los llamados BRIC: 45 por ciento del total de bancos en Brasil, 60 por ciento en Rusia, 75 por ciento en India y 69 por ciento o más en China. A medida que crece el poder económico de estos países, reducen su deuda en relación con el PIB y canalizan la riqueza de regreso hacia los proyectos públicos, puede que sea necesario para los países ricos fomentar el desarrollo de la banca pública o nacionalizar los bancos existentes para mantener su posición. Estos países incluso formaron

un Banco de Desarrollo de los BRICS para desafiar al FMI y al Banco Mundial (Chen 2014).

Segundo, debemos eliminar la deuda del Tercer Mundo. Los países en desarrollo reciben alrededor de 136 mil millones de dólares en ayuda de los países donadores, incluyendo cancelaciones de deuda. Pero pagan a los países ricos, por concepto del servicio de la deuda, alrededor de 600 mil millones, buena parte del cual es el interés compuesto de préstamos otorgados a gobernantes depuestos (Hickel 2014). Se estima que entre 2002 y 2007, el flujo neto de dinero de los países pobres a los ricos fue de menos 2.8 billones de dólares (Abugre 2010).

Como antes señalamos, la mayor parte de la deuda refleja condiciones absurdas, absoluta incompetencia o un cínico abuso de poder de las agencias prestamistas. Dado que el dinero para pagar la deuda debe ser tomado de los presupuestos nacionales para educación, salud y combate a la pobreza, su carácter ético es cuestionable. Y como ilustró la reciente epidemia de ébola, el costo a pagar por la destrucción de los sistemas de salud no se limita a estos países. La carga de la deuda también crece porque los países en desarrollo pierden alrededor de 1 billón de dólares al año en la fuga de capitales, en gran parte por la evasión fiscal de las empresas multinacionales.

En tercer lugar, la educación, la salud y el cuidado de los niños deben ser universales y gratuitos. Esto será más fácil de lograr en unos países que en otros, pues muchos de los países más civilizados ya proveen servicios de salud sin fines de lucro y servicios educativos que incluyen la educación superior. Con seguridad, esta provisión ayudará a los países en desarrollo, cuyos presupuestos de salud y educación han sido recortados por los programas de ajuste estructural del FMI. Estos servicios deben ser accesibles a todos y financiados, sin deuda, con el nuevo sistema bancario público y fondos ahorrados mediante la cancelación de la deuda odiosa. Esto también contribuirá a poner en línea los estándares de vida de los países en desarrollo con los de las economías más ricas.

Cuarto, un Partido del 99 por ciento debe prohibir la participación del dinero privado de la política; los candidatos a los puestos de elección deben recibir una suma razonable de dinero público para sus campañas. Un nuevo partido político debe ser candidato a recibir una cantidad de dinero para comenzar, siempre que cumpla con determinados criterios y cuente con un cierto número de afiliados. Esto ayudará a eliminar a los partidos marginales o menos se-

rios. Las campañas deben ser de corta duración para que el dinero pueda ser utilizado para otras prioridades.

Quinto, un partido del 99 por ciento debe aspirar a abolir el vigente sistema de patentes, dispendioso y contrario a la innovación. Las patentes fueron el medio original a través del cual un monarca concedía un monopolio a ciertos intereses privados, por lo general los derechos sobre un invento. Algunos creen que las patentes son la única forma de fomentar la innovación: según esto, la única razón por la que los "inventores" inventan algo es la ganancia que puede generar su descubrimiento. Pero esto es ridículo. A los economistas les gusta argumentar que las contribuciones de empresarios como Steve Jobs, Bill Gates, o el éxito literario como la saga de Harry Potter, de J.K. Rowling, no habrían sido posibles sin la vigente protección a las patentes (Mankiw 2013). Pero la idea de que Rowling sólo habría escrito los libros de Harry Potter si sabía que eso la haría millonaria, o que Bill Gates esperaba ganar 80 mil millones de sus esfuerzos es absurdo. La ironía de estas afirmaciones, por supuesto, es que estas protecciones sólo son posibles a través de la regulación gubernamental. Y como Dean Baker (2013) señala, el gobierno fácilmente pudo recortar la duración de esos monopolios a la mitad, o volver al límite de 14 años que había en el pasado, en vez de los 95 años hoy vigentes en Estados Unidos.

Además, los monopolios de medicamentos concedidos por el gobierno añaden cientos de millones de dólares a los costos de la atención de la salud, en particular en los Estados Unidos y, lo que es peor, ponen a estos fármacos fuera del alcance de los pobres, quienes, dada la reducción forzada de los presupuestos de salud pública en los países en desarrollo, son los que más las necesitan (*v. gr.* Baker 2005).

Así pues, la mejor solución es abolir las patentes a través de medidas constitucionales y encontrar otros instrumentos legislativos, menos abiertos al cabildeo y orientados al lucro, para impulsar la innovación allí donde existe una clara evidencia de que el libre mercado no lo hace suficientemente (Boldrin y Levine 2012).

Sexto, un partido de, para y por el 99 por ciento, debe convertir los seguros en algo público, no en una industria con fines de lucro. Los seguros funcionan bajo el principio de los grandes números: mientras más personas hay involucradas en un esquema de seguros, es menos probable que todas experimenten la misma calamidad. Las personas que sufren una lesión o una muerte accidental reciben una compensación provista por las contribu-

ciones de quienes no sufren una lesión ni un accidente. No existe ninguna razón para que el aseguramiento deba ser propiedad de individuos particulares que lucran con el infortunio de los otros. Lo absurdo del vigente sistema de seguros es evidenciado por la práctica que permite a los empleadores contratar seguros de vida para sus empleados, con las compañías empleadoras como beneficiarias (Gelles 2014). Dado que los seguros de vida en propiedad de las compañías confieren generosos beneficios fiscales a los empleadores, cientos de corporaciones han aplicado estas políticas sobre miles de empleados, mientras que bancos como JP Morgan Chase contabilizan en sus libros miles de millones de dólares como evidencia de su capacidad de soportar choques económicos.

Una vez más, un sistema bancario público puede ofrecer este servicio pero sin incurrir en deuda, y sin la necesidad de comisiones. En otras palabras, todo estará cubierto por el solo hecho de ser miembro de una comunidad política.

Séptimo, el Partido del 99 por ciento debe financiar el retiro a una edad elegida democráticamente. En el presente, debido a la inseguridad económica que provocó la crisis financiera de 2008 y el retiro del financiamiento a los programas de pensiones por los gobiernos y los municipios llevados a la quiebra por la deuda, el retiro está fuera del alcance de muchos. En consecuencia, la población de la tercera edad se ha visto forzada a seguir trabajando por más tiempo (véase la Tabla 5.1).

Si bien muchas personas pueden seguir trabajando por decisión propia, la mayoría sigue trabajando porque los ahorros, las pensiones y la seguridad social no son suficientes. Además, se espera que la población de ancianos que trabajan aumente más en Estados

Tabla 5.1 Porcentaje de la población empleada estadounidense que trabaja tiempo completo, por sexo y grupo de edad, 1995 y 2005.

	Hombres			Mujeres		
Edad	**1995**	**2005**	**Cambio %**	**1995**	**2005**	**Cambio %**
55-61	91.8	91.8	0	74.6	78.7	6
62-64	77.9	81.2	4	58.9	65.8	12
65	65.4	73.7	13	45.9	56.8	24
66-69	52.3	65.7	26	34.8	49.5	42
70+	44.2	51.7	17	29.6	39.2	32

Véase Gandell (2006).

Unidos a medida que los *baby boomers* se retiren. Una reciente encuesta (del año 2013) encontró que el 62 por ciento de la población entre 45 y 60 años plantea postergar su retiro, en comparación con el 42 por ciento en 2010 (Bradon 2013).

Adicionalmente, al postergar el retiro, los puestos de trabajo se vuelven menos accesibles para las personas jóvenes que desean sumarse a la fuerza de trabajo. Presumiblemente, uno de los mayores problemas en el mundo en desarrollo es el alto nivel de desempleo entre los jóvenes. Más de 70 millones de jóvenes no tienen trabajo –el 12.6 por ciento–, un incremento de 3.5 millones entre 2007 y 2013 (ILO 2013).

Octavo, el Partido del 99 por ciento debe proveer a cada individuo adulto un ingreso individual a través del banco público. El ingreso debe establecerse a un nivel tal que asegure un estándar de vida básico. Un estándar de vida garantizado produce objetivos sociales importantes, al quitar de los empleadores el poder de despedir a las personas. En primer lugar, establece un principio de mayor libertad de la que hoy disfruta la mayoría de los trabajadores. Esta idea se basa en el hecho de que somos seres creativos y productivos, y que el trabajo constituye una parte significativa de nuestra subjetividad o identidad. La mayoría de las personas quiere trabajar, pero en empleos que resulten significativos para ellos. Con un ingreso garantizado, podemos asegurarnos de que quienes trabajen por un ingreso suplementario, lo hagan porque desean contribuir a la sociedad de algún modo. En segundo lugar, un ingreso garantizado resuelve el problema del desempleo y no genera ninguna deuda adicional. Tercero, con un ingreso garantizado, las personas probablemente elegirán trabajar menos, incrementando el tiempo de ocio y conduciendo potencialmente a una caída en el consumo de bienes y servicios. Ésta es una meta que vale la pena proponerse no sólo porque el tiempo de ocio es valorado por todos, sino porque las personas probablemente consumirán menos. Es seguro que esta propuesta generará airadas protestas de muchas personas en una economía tan materialista, donde el estatus social está conectado con las posesiones, y configurada por la publicidad y el mercadeo. Pero desde un punto de vista sensato, gracias a algunos estudios sabemos que después de un cierto umbral de riqueza los individuos no son más felices teniendo más y más cosas. Parece que adquirir más posesiones no es un asunto de felicidad, sino del poder y su ostentación. Si desplazamos la lógica de la acumulación diferencial y detenemos la

creación de dinero-deuda, de entrada nadie hará suficiente dinero para adquirir un monto desproporcionado de bienes.

Noveno, el Partido del 99 por ciento debe buscar todas las formas posibles de alejarse de los combustibles fósiles y detener la creciente amenaza del cambio climático. Aquí no hay soluciones rápidas, pero el tiempo es esencial si queremos que la transición sea relativamente suave y pacífica. Tres importantes estudios han demostrado convincentemente que no hay forma de reproducir socialmente, con energías alternativas, los actuales patrones de consumo de energía de los países ricos (Trainer 2007; Heinberg 2009; Zehner 2012). Por supuesto, el Partido del 99 por ciento debe invertir en energías renovables e implementar esquemas de energía renovable allí donde sea posible, pero el Partido también debe contar con un programa de reducción del consumo material y promover actividades de ocio de bajo consumo energético. Como sugerimos, un ingreso garantizado debería contribuir a este propósito.

Décimo, todos los partidos del 99 por ciento deben trabajar conjuntamente para desmilitarizar el mundo. La industria militar también es capitalizada por los propietarios dominantes, quienes se benefician del conflicto o de la amenaza del mismo. La mayor parte del costo es pagada por los contribuyentes y por las generaciones futuras, sin mencionar las vidas de soldados e inocentes. Se trata de un gasto desperdiciado, y no debemos tener a nuestros científicos trabajando en soluciones al problema de cómo matar más personas de manera más efectiva. En un orden social en que todos tengan garantizado un nivel de vida decente, y donde no exista la posibilidad de adquirir un control excesivo sobre los demás, no habrá necesidad de ejércitos. Algunos pueden retroceder ante esta sugerencia y considerarla como poco realista, pero la idea tiene profundas raíces en la tradición liberal. La gente siempre ha temido a los ejércitos permanentes, preocupada del potencial peligro de una dictadura militar. Sólo con el surgimiento del modo de poder capitalista los ejércitos profesionales se convirtieron en una piedra angular de los Estados occidentales. A medida que el modo de producción capitalista decline, también lo hará la necesidad de desperdiciar recursos en un aparato de violencia, vigilancia y muerte.

Décimo primero, el Partido del 99 por ciento debe garantizar que, además del ingreso garantizado del banco público, el único ingreso de una persona provenga de su trabajo directo. Esto significa que nadie estará facultado para capitalizar la fuerza de

trabajo de nadie más ni a recibir recompensas inmerecidas. Los individuos serán libres de formar asociaciones productivas y, si requieren de inversión, podrán emitir una propuesta de financiamiento al banco público. Si el proyecto cumple con los objetivos del banco público, podrá crearse dinero para el proyecto. Todos los proyectos financiados por el banco deberán ser transparentes: esto significa que todo el plan de negocios deberá publicarse. Las empresas deberán ser administradas sin estar orientadas al lucro y el 99 por ciento deberá diseñar un tabulador de sueldos para cada empleo, con estrictos topes salariales en los peldaños superiores. En caso de que algunos trabajos necesarios para la reproducción social caigan en desuso porque nadie quiere hacerlos, el gobierno podrá ofrecer incentivos especiales tratándose de trabajos necesarios para sostener un nivel de vida decente para todos. Muy bien podría suceder que los trabajadores de limpieza y de la salud terminen siendo quienes más dinero ganan –aunque, claro está, siempre dentro de un marco racional democráticamente establecido.

Por último, promover sistemas financieros alternativos, de manera importante aquellos basados en monedas alternativas o locales, diseñadas para evitar los intereses, mantener el dinero en circulación y mantenerlo dentro de comunidades locales (véase, por ejemplo, Kennedy 1995; Hallsmith y Lietaer 2011). De las miles de monedas locales que hoy existen, una de las más exitosas es la Ithaca Hours, una moneda alternativa creada por Paul Glover (1995) en Ithaca, Nueva York, en la década de 1980 (véase Papavasiliou 2008, 2010). Estas monedas locales son alternativas monetarias al microcrédito, el cual utiliza el mecanismo de la deuda, afectando el cambio social y económico. En vez del microcrédito, necesitamos impulsar el desarrollo de sistemas monetarios alternativos que promuevan el comercio y el intercambio en vez de aprisionar las economías locales en sistemas monetarios que promueven la deuda e inhiben el intercambio. Al promover el comercio local, sugiere Papavasiliou (2010: 210-211), creamos relaciones directas entre productores y consumidores que protegen a las economías locales de las mercancías y servicios del "libre comercio", los cuales no reflejan los costos de producción sociales y ambientales, y cuyos precios más baratos no compensan en el largo plazo los costos de deteriorar las economías locales y las condiciones sociales.

Estos doce puntos no representan la panacea mágica de un mundo perfecto, liberado de todos los males sociales y de los

vastos problemas ecológicos que enfrentamos. Y por supuesto, tampoco son los únicos pasos necesarios. Por ejemplo, debemos también adoptar formas de medir el bienestar social que reemplacen al PIB, como el Indicador de Progreso Genuino (Costanza *et al*. 2009). También necesitamos abordar problemas específicos de cada país, como la deuda estudiantil en Estados Unidos. Sin embargo, los doce puntos sugeridos se acercan al mínimo de medidas que debemos llevar a cabo para reparar el medio ambiente, reducir la desigualdad e instituir una mejor rendición de cuentas en los sistemas políticos globales.

Por supuesto, la respuesta inmediata a tales propuestas sería que estas metas, aunque tal vez valgan la pena, no son ni mínimamente realistas. Como señalamos antes, cuando Thomas Piketty avanzó la sencilla propuesta del impuesto mundial a la riqueza para frenar la creciente desigualdad de ingresos y riqueza, algo teóricamente tan fácil de implementar como cualquier impuesto sobre la tierra o sobre la renta, señaló que incluso esto, una medida aparentemente pequeña, resultaba poco realista y “utópica”. ¿Qué esperanza hay entonces para los doce puntos anteriores?

Queremos sugerir que las medidas anteriores al menos merecen ser debatidas y que el Partido del 99 por ciento tiene los medios para promover el cambio siempre y cuando, primero, corrija el desequilibrio ideológico que existe en la relación acreedor-deudor y, segundo, implemente una estrategia basada en la existencia de la deuda como una tecnología de poder.

El deudor como héroe cultural

Para que la deuda se mantenga como una tecnología de poder en control del 1 por ciento, se requiere una infraestructura financiera, legal e ideológica que privilegia radicalmente al acreedor sobre el deudor. Como Graeber señala, la relación acreedor-deudor es la relación jerárquica fundamental de nuestra sociedad. Los deudores son distinguidos de los “ahorradores”, personas prudentes que cuidadosamente planean su futuro para nunca “gastar por encima de sus posibilidades”. Todavía escuchamos que la crisis financiera de 2008 fue causada por personas que compraron casas de mil metros cuadrados con préstamos que no podían pagar, o por gobiernos que gastaron pródigamente. Como antes mencionamos, la metáfora operativa dominante es la de las finanzas de un hogar: una familia que gasta más de lo que ingresa. Pero esa metáfora

falsifica y oscurece por completo la naturaleza o la creación de la deuda en nuestra economía.

En primer lugar, es casi imposible operar sin una deuda personal en una economía global en la que el dinero es deliberadamente hecho escaso por el poder privado de los propietarios y ejecutivos de los bancos. El primer préstamo que pide una persona probablemente sea para la educación, pues los estudiantes necesitan endeudarse para acceder a la educación superior. Si bien existe un debate acerca del grado de dependencia de los estudiantes hacia los préstamos, actualmente la deuda estudiantil en Estados Unidos supera el billón de dólares. Incluso si alguien elige asistir a una universidad y buscar un trabajo, él o ella probablemente tengan que pedir un crédito para comprar un auto. Los prestamistas comerciales están tan desesperados por encontrar inversiones rentables que en Estados Unidos hay un boyante negocio de compañías que prestan a los trabajadores pobres –de escasa solvencia–, quienes necesitan automóviles para ir al trabajo. Convertidos en títulos que pueden ser revendidos a inversionistas, estos préstamos crecieron a una tasa de más del 300 por ciento entre 2010 y 2014 (Corkery y Silver-Greenberg 2015). Estos préstamos automotrices de alto riesgo pagan hasta un 23 por ciento de interés y están llevando a los trabajadores a la bancarrota (Silver-Greenberg y Corkery 2014).

En segundo lugar, sin deuda no habría dinero. El dinero, en realidad, representa la promesa de los deudores de pagar la deuda más los intereses. Además, como señalamos, las deudas son creadas como activos por los bancos y las instituciones financieras de la misma manera que las fábricas producen automóviles. Es el acreedor, después de todo, quien crea el dinero y se beneficia de su reproducción.

En tercer lugar, la deuda es una parte de toda transacción económica; una porción de cualquier pago de impuestos se destina al pago de los intereses sobre la deuda pública; y el precio de prácticamente cualquier cosa que alguien compra contiene un interés sobre el préstamo de alguien más. Esto significa que casi todos los miembros de la economía son deudores netos, pagando más en intereses o dividendos de lo que reciben.

Finalmente, una cosa es que un amigo nos preste una parte del dinero que ganó con su trabajo, y otra muy distinta "pedir pres-

tado" dinero creado de la nada a un banco y sentir una suerte de obligación moral de pagarlo.

Esto no implica que las personas no deban pagar sus deudas. El problema es entenderlas como obligaciones morales en relaciones jerárquicas y no como una relación entre socios. David Graeber (2013) resumió bien el mecanismo de la vergüenza de la deuda: "Lo último que quiere el 1%, mientras la economía mundial sigue tambaleándose por la crisis, es renunciar a una de sus armas más poderosas: la idea de que la gente decente siempre debe pagar sus deudas".

En gran medida, la relación deuda-crédito es una perversión de las relaciones entre socios (tal como son vistas en las finanzas islámicas). Una persona da dinero a otra y le dice "haz más dinero para mí". El problema reside en que no entendemos esto como una relación entre socios, sino como una relación jerárquica que hace al acreedor mucho más poderoso que el deudor.

La deuda sólo puede existir si el acreedor tiene confianza en que el ingreso del deudor crecerá lo suficiente para pagar la deuda más los intereses, del mismo modo que nuestra economía descansa sobre el supuesto de que la economía crecerá exponencialmente. Sin este supuesto, nuestra economía y el sistema financiero vigentes no tendrían ningún sentido.

Por supuesto, es importante que el 99 por ciento no cobre conciencia de que tiene un poder considerable. Una manera de pensar en esto, sugerimos, es entender que el poder real reside no en los inversionistas, sino en la colectividad de la que dependen para generar el retorno sobre su capital. De manera más específica, el poder real reside en el deudor, no en el acreedor. Si el deudor no genera el retorno del capital, no puede haber un acreedor, y como hemos visto, en el vigente sistema de creación monetaria deben existir pocos acreedores y muchos deudores.

¿Por qué las personas tienen la obligación moral de pagar sus deudas, mientras que los bancos no tienen la obligación moral de extender un crédito, incluso cuando el dinero que prestan es creado por ellos mismos y cuando la retención del crédito lleva al sufrimiento individual y al caos financiero, social y político? ¿Cómo es posible afirmar que la gente tiene la obligación moral de pagar sus deudas, cuando las corporaciones, instituciones multilaterales y los gobiernos nacionales o locales pueden cancelar o reorganizar las obligaciones de deuda unilateralmente, o cancelar unilateralmente los derechos negociados del retiro, o embargar los ahorros de los clientes para pagarle a los acreedores extran-

jeros, como ya ha sucedido? ¿Cómo pueden los deudores tener la obligación moral de pagar sus deudas cuando al menos treinta diputados y senadores del Partido Republicano, en un intento de forzar el recorte del presupuesto, votaron en contra de que el gobierno pague sus deudas?[2]

El conceder préstamos e invertir suponen la existencia de un riesgo que justifica la demanda de un retorno sobre el capital. Si el riesgo queda anulado a través de la idea de que la deuda entraña una obligación moral y financiera, no hay justificación de que existan los intereses y/o los dividendos. Aun así, las políticas de los gobiernos, particularmente durante las últimas dos décadas, prácticamente eliminaron cualquier riesgo al hacer que los contribuyentes "rescataran" a los inversionistas y las instituciones financieras. De esta manera, los acreedores se protegen de las pérdidas, dejando que los deudores asuman la carga. No existe moralidad en esto.

La gente debe aceptar la deuda para operar en el mundo económico porque el dinero ha sido convertido en un bien escaso. De hecho, estamos mucho más obligados a asumir deudas que a pagarlas, pues sin asumir deudas no habría dinero ni, por lo tanto, economía.

De vuelta a la deuda como tecnología de poder

Ni siquiera en los países nominalmente democráticos, el asediar a los políticos con demandas y manifestaciones es tan efectivo, cuando se trata de influir en la legislación, como el capital que los ahoga en dólares o en la moneda de su preferencia. Los anarquistas tienen razón cuando se rehúsan a hacer estas demandas porque, como dicen, legitima el poder del Estado (Graeber 2009). Los políticos, de hecho, tienen poco poder. Tal como sostenemos, es el capital quien tiene el poder que ellos ejercen a través de la tecnología de la deuda. El trabajo del Estado capitalista es hacer del mundo un sitio seguro para el capital, utilizando el mantra de que lo que es bueno para el capital es bueno para la gente. Cuando Margaret Tatcher y Ronald Reagan afirmaron que querían quitar al gobierno de las espaldas de las personas, en realidad querían decir las espaldas del capital. Al debilitar las regulaciones que

2 Véase http://www.senate.gov/legislative/LIS/roll_call_lists/roll_call_vote_cfm.cfm?congress=113&session=1&vote=00011; http://projects.washingtonpost.com/congress/113/house/1/votes/30/.

habían sido instituidas para evitar la utopía descarnada de la que Karl Polanyi había advertido, los propietarios dominantes se vieron en un día de campo, a medida que la riqueza del 1 por ciento escalaba mientras el bienestar de todos los demás disminuía. Las corporaciones modernas al menos son honestas cuando admiten que no tienen responsabilidad alguna con sus clientes, sus empleados o la comunidad en la que operan; sus únicas responsabilidades son con los accionistas.

Pero, ¿cómo interpelar al capital? El genio del poder capitalista reside en su invisibilidad y anonimato. El carácter insidioso de este poder es que ha sido normalizado y naturalizado, y por lo tanto generalmente deja de ser cuestionado, pese a las profundas consecuencias que tiene sobre la vida cotidiana de la gente. Como Jeffrey A. Winters (1996: x) señaló: si los acreedores e inversionistas –no elegidos democráticamente y que no le rinden cuentas a nadie– se vistieran con trajes amarillos y se reunieran semanalmente en grandes salas para decidir dónde, cuándo y cuánto de su capital (dinero) invertir, su poder no encerraría ningún misterio. Pero, por supuesto, no lo hacen. Colectivamente, ellos toman sus decisiones sobre dónde, cuándo y cómo distribuir sus inversiones de manera privada. Además, los inversionistas y acreedores son libres de hacer lo que deseen con su capital, mientras que los Estados son prácticamente incapaces de insistir en que el capital se utilice para fines distintos a los que los acreedores y los inversionistas disponen.

El anonimato de los acreedores y los inversionistas, y el poder estructural que sostienen, presentan problemas para los líderes políticos: mientras que las acciones de los acreedores y los inversionistas pueden influenciar enormemente nuestras vidas, es a los líderes políticos a quienes hacemos responsables de los auges y las caídas de las fortunas financieras de los países. ¿Cómo podemos entonces pensar estratégicamente en superar la deuda en tanto tecnología de poder?

Hay un camino. Los representantes del 99 por ciento se comunican con el capital cuando pagan una deuda o sus intereses. Los hogares y los individuos que pagan sus recibos, junto con los contadores de las empresas, las corporaciones y los gobiernos, constituyen los canales de comunicación con el capital. Cada vez que la deuda es pagada, como hemos visto, una porción de esa cuota refuerza el poder del capital y es un voto a favor del *status quo*. Cada pago de una deuda que genera intereses representa la aceptación de un sistema de creación y distribución de dinero que

permite la canalización del dinero y el poder hacia quienes tienen el poder de crear dinero de la nada. En un mundo perfecto, los depositarios de ese derecho trabajarían a favor del interés público y serían responsables ante las necesidades sociales. Las manifestaciones masivas y las acciones violentas pueden tener cierta influencia sobre el capital. Pero, por lo general, las respuestas son medidas provisionales que desactivan las protestas. Además, al deslegitimar la acción colectiva y promover un sistema de valores que hace hincapié en la "individualidad" y la "libertad", el potencial de las protestas es neutralizado. Y al capital le va mejor cuando la gente va de compras y juega a los bolos sola.

La acción contra la deuda y la implementación de la deuda como una tecnología de poder

Para entender de qué manera la deuda como poder puede ser utilizada para promover las transformaciones necesarias, necesitamos primero reconocer que la riqueza del 1 por ciento depende en gran medida de los bolsillos del 99, donde se supone que trabaja para producir intereses y dividendos. El poder que el 99 por ciento conserva y *que tiene el potencial de promover transformaciones que, en el largo plazo, benefician a todos, es el derecho a retener los pagos de la deuda.* A la gente se le ha dicho, por supuesto, que el pagar la deuda es una obligación moral; pero la deuda, como antes describimos, no se contrae libremente. Tal como nuestra economía está constituida actualmente, sin deuda no habría dinero. Más aún, si los gobiernos y los municipios pueden, sin penalización alguna, suspender los pagos a las pensiones, o renunciar a sus obligaciones en la protección de los niños, los pobres y los ancianos, con seguridad nosotros podemos conservar el derecho de, en nombre de una sociedad justa, reservar los pagos de nuestras deudas. Al hacer esto, privaremos a los acreedores, una pequeña minoría de nuestra sociedad, de una fuente de su poder, y los obligaremos a considerar el daño que el sistema vigente nos inflige a todos. *Una huelga de deudas no debe representar una negativa a pagar las deudas*; más bien, debe considerarse como un acto de desobediencia civil para *retener los pagos de la deuda* (en particular de las deudas titulizadas como las hipotecas, los préstamos para automóviles, las tarjetas de crédito y los préstamos estudiantiles) en tanto se toman medidas para reformar el sistema financiero vigente, poco ético e insostenible. No se tra-

taría de una huelga contra las finanzas *per se* –es necesario algún sistema para administrar los flujos de capital–. Sin embargo, un sistema financiero fundado sobre la deuda y los intereses, y en la resultante necesidad del crecimiento perpetuo, carece de fundamento ético y es a todas luces insostenible.

La idea de la acción contra la deuda no es nueva, pero generalmente sus objetivos han sido modestos. Hay algunos ejemplos de movimientos nacionales como El Barzón, una organización de deudores en México, en resistencia contra las ejecuciones hipotecarias y los embargos por incumplimiento de la deuda (Caffentzis 2013). También existe un movimiento en Francia que busca eliminar la deuda pública, afirmando que la mayor parte de la deuda soberana es ilegítima (Keucheyan 2014). La organización *Strike Debt!* ha expuesto argumentos para negarse a reconocer la deuda (Ross 2014) debido al comportamiento depredador de la industria financiera, y la organización *Rolling Jubille* tiene el objetivo de recaudar fondos para, en sus palabras, llevar a cabo "un rescate del pueblo por el pueblo".[3] Nosotros sostenemos que el propósito general de la acción contra la deuda debe ser el reconocimiento de que la deuda es una tecnología de poder y de que la estructura financiera que ella crea está en la raíz de la mayoría de nuestros problemas ambientales, sociales y políticos. A menos que la enfrentemos, hay poca esperanza de que podamos resolverlos.

Si la acción contra la deuda, es decir, la retención simbólica de los pagos mensuales por quienes están preocupados por el cambio climático, el poder corporativo, el declive de la democracia, la desigualdad, la injusticia racial y la explotación colonial, no es realizable –pese a que es legal, no violenta y sólo acarrea una pequeña penalización financiera–, entonces es difícil imaginar cualquier otro camino por el que el 99 por ciento pueda transmitir sus preocupaciones y presionar por un movimiento de reforma. Dado que cuesta millones de dólares postularse con éxito a un cargo público, pedir a los políticos que lleven nuestro mensaje a las finanzas es como pedirle a alguien que amenace los intereses de un tío inmensamente rico que paga su manutención. Incluso la gente de fe debe recordar que la única acción violenta de Jesús de Nazaret fue voltear las mesas de los comerciantes del Templo (Mateo 21: 12), mientras que el Corán establece una rotunda prohibición de prestar a intereses –si bien es sorteada de varias formas.

Algunos pueden oponerse a la acción contra la deuda, sosteniendo que nuestro sistema económico y monetario está construi-

3 Véase rollingjubilee.org.

do sobre la confianza. Pero nosotros sostenemos que cualquier confianza que alguna vez existió, ha sido profundamente socavada por quienes están en el poder, una violación evidenciada por cómo han utilizado el poder de la deuda para amasar una enorme riqueza a expensas de todos los demás. El propósito de la acción contra la deuda es someter a vigilancia al capital y restaurar el balance en nuestras relaciones económicas.

El Partido del 99 por ciento, con representantes alrededor del globo, podría anunciar su presencia instaurando un periodo vacacional para las deudas –un mes reservado, digamos, octubre de 2016– durante el cual las deudas titulizadas (hipotecas de viviendas, créditos estudiantiles, préstamos para automóviles y préstamos de tarjetas de crédito) deberán quedar sin pagar. Esto implicará una penalización y ganancias adicionales para los acreedores, pero será un pequeño precio a pagar para publicitar la presencia y la plataforma del 99 por ciento.

El siguiente paso sería la acción contra la deuda o la huelga. Los mecanismos de una huelga de deuda son relativamente fáciles de instituir. Como con las vacaciones de la deuda, deberá fijarse una fecha futura en la que, a menos que haya movimientos significativos para promover la banca pública y eliminar la deuda del Tercer Mundo –los dos primeros puntos de nuestra plataforma–, los ciudadanos deberán dejar de pagar sus deudas hasta que se tomen acciones en este sentido. Si es necesario, pueden tomarse otras medidas. El esfuerzo debe ser de alcance global. La demanda de crecimiento perpetuo no es exclusiva de los países más ricos del mundo, sino que a ella se enfrentan todos los países que han adoptado el sistema financiero occidental fundado en la deuda.

Naturalmente, algunos deudores estarán preocupados de que la retención del pago de la deuda acarree consecuencias negativas (*v. gr.* desahucios o embargo de activos, multas o el deterioro de su calificación crediticia). Sin embargo, sólo hace falta que una pequeña minoría (digamos, un 20 por ciento) comience la huelga para hacer imposible a los acreedores (así como a gobiernos e instituciones financieras) imponer penalizaciones. Recordemos que los acreedores necesitan a los deudores; ellos son la fuente de su poder, y desacreditar a una porción significativa de ellos va contra sus intereses. El dinero, como señala Barbara Garson (2001), tiene que seguir trabajando, y son los deudores quienes realizan la mayor parte del trabajo. Así pues, una huelga de deuda, como ya señalamos, no implicaría un rechazo a pagar las deudas, sino

un acto de desobediencia civil para promover los cambios que no sólo beneficiarán a nuestra economía, sino que la salvarán de las crisis recurrentes y el colapso.

La huelga de deudores no carece de peligros. Si la huelga tiene éxito y aun así persiste la negativa a implementar las reformas, la economía colapsará en una crisis de crédito. Desde este punto de vista, una huelga de deuda no es distinta a una huelga de trabajo. Como en una huelga de trabajo, todas las partes involucradas tienen un interés en cambiar la situación que amenaza a la empresa con colapsar. Sin embargo, en ausencia de algún tipo de reforma financiera, permaneceremos en un mundo en el que la efímera ganancia financiera para unos cuantos sólo puede producirse en la medida en que abandonamos la idea de construir una sociedad libre y que florezca en un medio ambiente saludable.

Apéndice A

Tabla A.1 Intereses pagados y como porcentaje del PIB en Estados Unidos, de 1960 a 2012.

Año	Intereses pagados (mmdd)	PIB (mmdd)	Intereses pagados como % del PIB
1960	46.1	526.4	8.8%
1961	48.6	544.8	8.9%
1962	54.4	585.7	9.3%
1963	60.4	617.8	9.8%
1964	67.2	663.6	10.1%
1965	74.4	719.1	10.4%
1966	84.1	787.7	10.7%
1967	92.2	832.4	11.1%
1968	104.6	909.8	11.5%
1969	123.4	984.4	12.5%
1970	141.8	1,075.9	13.2%
1971	151	1,167.8	12.9%
1972	168.6	1,282.4	13.2%
1973	213.5	1,428.5	15.0%
1974	267	1,548.8	17.2%
1975	276.1	1,688.9	16.4%
1976	298.2	1,877.6	15.9%
1977	338.1	2,086	16.2%
1978	412.8	2,356.6	17.5%
1979	537.9	2,632.1	20.4%
1980	687.8	2,862.5	24.0%
1981	915.4	3,210.9	28.5%
1982	1,028.1	3,345	30.7%
1983	1,015.3	3,638.1	27.9%
1984	1,181.9	4,040.7	29.25%
1985	1,263.8	4,346.7	29.07%

(Continúa)

Año	Intereses pagados (mmdd)	PIB (mmdd)	Intereses pagados como % del PIB
1986	1,313.1	4,590.1	28.6%
1987	1,374.8	4,870.2	28.2%
1988	1,546.9	5,252.6	29.5%
1989	1,824.8	5,657.7	32.3%
1990	1,858.1	5,979.6	31.1%
1991	1,755.5	6,174	28.4%
1992	1,578.6	6,539.3	24.1%
1993	1,514.6	6,878.7	22.0%
1994	1,628.2	7,308.7	22.3%
1995	1,891.6	7,664	24.7%
1996	1,976.9	8,100.2	24.4%
1997	2,147.5	8,608.5	25.0%
1998	2,328.4	9,089.1	25.6%
1999	2,430.6	9,665.7	25.2%
2000	2,856.5	10,289.7	27.8%
2001	2,732.1	10,625.3	25.7%
2002	2,284.4	10,980.2	20.8%
2003	2,142	11,512.2	18.6%
2004	2,324.6	12,277	18.9%
2005	3,002.9	13,095.4	22.9%
2006	3,852.8	13,857.9	27.8%
2007	4,493.4	14,480.3	31.0%
2008	3,848.3	14,720.3	26.1%
2009	2,860	14,417.9	19.8%
2010	2,609.4	14,958.3	17.4%
2011	2,601.8	15,533.8	16.8%
2012	2,498.6	16,244.6	15.4%
2013	2,482.9	16,768.1	14.8%

Fuente: EconoStats:
http://www.econstats.com/nipa/nipa_3__1____y.htm

Apéndice B

Tabla B.1. Intereses totales pagados, en comparación con los impuestos federales pagados en Estados Unidos de 1960 a 2012 (miles de millones de dólares).

Año	Pago de intereses	PIB	Intereses pagados como % del PIB	Recaudación federal de impuestos	Total de impuestos federales recaudados como % del PIB	Diferencia entre intereses e impuestos pagados
1960	46	526	8.8%	92.5	17.6%	46.4
1961	49	545	8.9%	94.4	17.3%	45.8
1962	54	586	9.3%	99.7	17.0%	45.3
1963	60	618	9.8%	106.6	17.3%	46.2
1964	67	664	10.1%	112.6	17.0%	45.4
1965	74	719	10.4%	116.8	16.2%	42.4
1966	84	788	10.7%	130.8	16.6%	46.7
1967	92	832	11.1%	148.8	17.9%	56.6
1968	105	910	11.5%	153.0	16.8%	48.4
1969	123	984	12.5%	186.9	19.0%	63.5
1970	142	1,076	13.2%	192.8	17.9%	51
1971	151	1,168	12.9%	187.1	16.0%	36.1
1972	169	1,282	13.2%	207.3	16.2%	38.7
1973	214	1,429	15.0%	230.8	16.2%	17.3
1974	267	1,549	17.2%	263.2	17.0%	-3.8
1975	276	1,689	16.4%	279.1	16.5%	3
1976	298	1,878	15.9%	298.1	15.9%	-0.1
1977	338	2,086	16.2%	355.6	17.1%	17.5
1978	413	2,357	17.5%	399.6	17.0%	-13.2
1979	538	2,632	20.4%	463.3	17.6%	-74.6
1980	688	2,863	24.0%	517.1	18.1%	-170.7

(Continúa)

Año	Pago de intereses	PIB	Intereses pagados como % del PIB	Recaudación federal de impuestos	Total de impuestos federales recaudados como % del PIB	Diferencia entre intereses e impuestos pagados
1981	915	3,211	28.5%	599.3	18.7%	-316.1
1982	1,028	3,345	30.7%	617.8	18.5%	-410.3
1983	1,015	3,638	27.9%	600.6	16.5%	-414.7
1984	1,182	4,041	29.3%	666.4	16.5%	-515.5
1985	1,264	4,347	29.1%	734.0	16.9%	-529.8
1986	1,313	4,590	28.6%	769.2	16.8%	-543.9
1987	1,375	4,870	28.2%	854.3	17.5%	-520.5
1988	1,547	5,253	29.5%	909.2	17.3%	-637.7
1989	1,825	5,658	32.3%	991.1	17.5%	-833.7
1990	1,858	5,980	31.1%	1,032.0	17.3%	-826.1
1991	1,756	6,174	28.4%	1,055.0	17.1%	-700.5
1992	1,579	6,539	24.1%	1,091.2	16.7%	-487.4
1993	1,515	6,879	22.0%	1,154.3	16.8%	-360.3
1994	1,628	7,309	22.3%	1,258.6	17.2%	-369.6
1995	1,892	7,664	24.7%	1,351.8	17.6%	-539.8
1996	1,977	8,100	24.4%	1,453.1	17.9%	-523.8
1997	2,148	8,609	25.0%	1,579.2	18.3%	-568.3
1998	2,328	9,089	25.6%	1,721.7	18.9%	-606.7
1999	2,431	9,666	25.2%	1,827.5	18.9%	-603.1
2000	2,857	10,290	27.8%	2,025.2	19.7%	-831.3
2001	2,732	10,625	25.7%	1,991.1	18.7%	-741
2002	2,284	10,980	20.8%	1,853.1	16.9%	-431.3
2003	2,142	11,512	18.6%	1,782.3	15.5%	-359.7
2004	2,325	12,277	18.9%	1,880.1	15.3%	-444.5
2005	3,003	13,095	22.9%	2,153.6	16.5%	-849.3
2006	3,853	13,858	27.8%	2,406.9	17.4%	-1,445.9

(Continúa)

Año	**Pago de intereses**	**PIB**	**Intereses pagados como % del PIB**	**Recaudación federal de impuestos**	**Total de impuestos federales recaudados como % del PIB**	**Diferencia entre intereses e impuestos pagados**
2007	4,493	4,480	31.0%	2,568.0	17.7%	-1,925.4
2008	3,848	14,720	26.1%	2,524.0	17.2%	-1,324.3
2009	2,860	4,418	19.8%	2,105.0	14.6%	-755
2010	2,609	14,958	17.4%	2,162.7	14.5%	-446.7
2011	2,602	15,534	16.8%	2,303.5	14.8%	-298.3
2012	2,499	6,245	15.4%	2,450.2	15.1%	-48.4
Total	72,929		25.2%	53,108.1	17.1%	

Fuente: Office of Management and Budget, Series históricas, Tabla 1.3; http://www.whitehouse.gov/omb/budget/Historicals/ (consultado el 21 de abril de 2014).

Bibliografía

Abu-Lughod, Janet L. (1989) *Before European Hegemony: The World System, AD 1250-1350.* (Oxford, UK: Oxford University Press).

Aburge, Charles (2010) 'Development aid: Robbing the poor to feed the rich', *Pambazuka News*. Issue 485. http://pambazuka.org/en/category/features/65096

Andreou, Alex (2013) 'If You Think You Know What "Debt" is, Read on', *The Guardian*, 29 de julio.

Anghie, Antony (2005) *Imperialism, Sovereignty and the Making of International Law*. Cambridge UK: Cambridge University Press.

Annisette, M. y D. Neu (2004) 'Accounting and Empire: An Introduction', *Critical Perspectives on Accounting*, Vol. 15: 1-4.

Aoyama, Kaoru (2009) *Thai Migrant Sex Workers: From Modernization to Globalization.* (Basingstoke: Palgrave MacMillan).

Arndt, H. W. (1978) *The Rise and Fall of Economic Growth: A Study in Contemporary Thought*. (Chicago: University of Chicago Press).

Arrighi, Giovanni (1994) *The Long Twentieth Century,* (New York: Verso).

Arrighi, Giovanni (2007) *Adam Smith in Beijing: Lineages of the Twenty-First Century,* (London: Verso).

Bakker, Isabella y Stephen Gill (eds) (2003) *Power, Production and Social Reproduction*. (Basingstoke: Palgrave MacMillan).

Bales, Kevin (2012) *Disposable People: New Slavery in the Global Economy.* (Berkeley: University of California Press).

Banner, Stuart (2005) *How the Indians Lost their Land: Law and Power on the Frontier*. (Cambridge USA: Belknap Press).

Bannerjee, Prathama (2000) 'Debt, Time and Extravagance: Money and the Making of "Primitives" in Colonial Bengal', *Indian Economic Social History Review,* Vol. 37: 423-445.

Barro, Robert J. (1998) *The Determinants of Economic Growth*. (Cambridge: MIT Press).

Barro, Robert J. y Xavier Sala-i-Martin (2004) *Economic Growth* (Second Edition) (Cambridge: The MIT Press).

Bauman, Zygmunt (2004) *Wasted Lives: Modernity and Its Outcasts*. (Cambridge UK: Polity Press).

Beard, Charles A. [1913] 1962. *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*. (New York: The Macmillan Company).

Beatty, Jack (2007) *The Age of Betrayal. The Triumph of Money in America, 1865-1900*. (New York: Alfred A. Knopf).

Bell, Stephanie (2000) 'Do Taxes and Bonds Finance Government Spending?' Journal of Economic Issues Vol. 34, No. 3: 603-620.

Bhambra, Gurminder K. (2007) *Rethinking Modernity: Postcolonialism and the Sociological Imagination.* (Basingstoke: Palgrave MacMillan).

Bhambra, Gurminder K. (2010) 'Historical Sociology, International Relations and Connected Histories', *Cambridge Review of International Affairs*, Vol. 23, No. 1: 127-143.
Blackburn, Robin (2010) *The Making of New World Slavery: From the Baroque to the Modern, 1492-1800*. (London: Verso).
Blanc, Jérôme (ed.) (2012) 'Third Years of Community and Complementary Currencies: A Review of Impacts, Potential and Challenges', *International Journal of Community Currency Research* Volume 16 Special issue.
Blum, William (2004) *Killing Hope: CIA and US Military Interventions since World War II.* (London: Zed Press).
Boak, Josh (2014) Americans in Debt: 35 Percent Have Bills Reported to Collection Agencies. *Huffington Post*, 29 de julio. http://www.huffingtonpost.com/2014/07/29/americans-in-debt_n_5629137.html
Bogin, Ruth (1989) '"Measures So Glareingly unjust": A Response to Hamilton's Funding Plan by William Manning', *The William and Mary Quarterly*, Vol. 46, No. 2: 315-331.
Bohannan, Paul (1959) 'The Impact of Money on an African Subsistence Economy', *The Journal of Economic History*, Vol. 19, No. 4: 491-503.
Boldrin, Michele y David Levine (2012) 'The Case Against Patents'. Working Paper 2012-035A. *Federal Reserve Bank of St. Louis*. http://research.stlouisfed.org/wp/2012/2012-035.pdf
Bond, Patrick (2003) *Against Global Apartheid: South Africa Meets the World Bank, IMF and International Finance*. (Lonond: Zed Books).
Bonilla, Stephania (2011) *Odioubs Debt: Law and Economic Perspectives*. PhD Thesis. (Hamburg: Gabler).
Bonner, William y Addison Wiggin (2009) *The New Empire of Debt*. (Hoboken: John Wiley and Sons Inc.).
Bouton, Terry (2001) 'Review: Whose Original Intent? Expanding the Concept of the Founders', *Law and History Review*, Vol. 19, No. 3: 661-71.
Bracking, Sarah (2009) *Money and Power: Great Predators in the Political Economy of Development*. (London: Pluto Press).
Bradbury, Katherine (2011) 'Trends in U.S. Family Income Mobility, 1969–2006'. Working Paper # No. 11-10. *Federal Reserve Bank of Boston*. http://www.bostonfed.org/economic/wp/wp2011/wp1110.pdf
Braddick, Michael J. (1996) *The Nerves of State: Taxation and the Financing of the English State, 1558–1714*. (Manchester UK: Manchester University Press).
Brandon, Emily (2013) 'Why More Americans Are Working Past Age 65'. *U.S. News and World Report*. 11 de febrero. http://money.usnews.com/money/retirement/articles/2013/02/11/why-more-americans-are-workingpast-age-65
Braudel, Fernand (1985) *Civilization and Capitalism, 15th to 18th Century*. Three Volumes. (Berkeley: University of California Press).
Breen, T. H. (1985) *Tobacco Culture: The Mentality of the Great Tidewater Planters on the Eve of Revolution*. (Princeton, NJ: Princeton University Press).

Brenner, Robert (1977) 'The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism', New Left Review, No. 104, julio-agosto: 25-92.

Brenner, Robert (2002) *The Boom and the Bubble: The US in the World Economy*. (London: Verso).

Brewer, John (1989) *The Sinews of Power: War, Money and the English State: 1688-1783*. (London: Unwin Hyman).

Brown, E. Cary (1989) *Episodes in the Public Debt History of the United States*. Working Paper, Department of Economics, MIT, No. 540.

Brown, Ellen Hodgson (2007) *The Web of Debt: The Shocking Truth about our Money System and How we can Break Free.* (Baton Rouge: Third Millennium Press).

Brown, Ellen Hodgson (2012) 'A Public Bank for Scotland Could Ensure Economic Sovereignty'. http://truth-out.org/news/item/13175-a-public-bank-for-scotland-could-ensure-economic-sovereignty

Brown, Ellen (2013) *The Public Bank Solution: From Austerity to Prosperity*. (Baton Rouge: Third Millennium Press)Brown, Mark (2014) *Penal Power and Colonial Rule*. (London: Routledge).

Brown, Richard D. (1983) 'Shays's Rebellion and Its Aftermath: A View from Springfield, Massachusetts, 1787', *The William and Mary Quarterly*, Vol. 40, No. 4: 598-615.

Broz, Laurence J. y Richard S. Grossman (2004) 'Paying for Privilege: The Political Economy of Bank of England Charters, 1694-1844' *Explorations in Economic History*, Vol. 41: 48-72.

Bureau of Economic Analysis (2013) Interest Paid and Received by Sector and Legal Form of Organization. http://www.bea.gov/histdata/releases%5CGDP_and_PI%5C2013%5CQ2%5CThird_September-26-2013%5CTP%5CTPsection7All_xls.xls

Burg, David F. (2004) *A World History of Tax Rebellions: An Encyclopedia of Tax Rebels, Revolts and Riots From Antiquity to the Present*. (London: Routledge).

Burton, Dawn (2008) *Credit and Consumer Society*. (London: Routledge).

Büscher, Bram, Sian Sullivan, Katja Neves, Jim Igoe y Dan Brockington (2012) 'Towards a Synthesized Critique of Neoliberal Biodiversity Conservation', *Capitalism Nature Socialism*, 23:2, 4-30.

Bush, Barbara y Josephine Maltby (2004) 'Taxation in West Africa: Transforming the Colonial Subject into the 'Governable Person' *Critical Perspectives on Accounting*, Vol. 15: 5-34.

Caffentzis. George (2013) Reflections on the History of Debt Resistance: The Case of El Barzon. *Strike Debt,* 19 de noviembre. *http://strikedebt.org/elbarzon/*

Cahill, Damien (2013) 'Ideas-Centred Explanations of the Rise of Neoliberalism: A Critique', *Australian Journal of Political Science*, Vol. 48, No. 1: 71-84.

Cahill, Damien (2014) The End of Laissez-faire: On the Durability of Embedded Neoliberalism. (Cheltenham: Edward Elgar).

Carruthers, Bruce G. (1996) *City of Capital: Politics and Markets in the English Financial Revolution.* (Princeton: Princeton University Press).

Carruthers, Bruce G. y Sarah Babb (1996) 'The Color of Money and the Nature of Value: Greenbacks and Gold in Postbellum America' *Journal of Sociology*, Vol. 101, No. 6: 1556-1591.

Center for Disease Control (2013) Overweight and Obesity. http://www.cdc.gov/obesity/data/prevalence-maps.html

Center for Human Rights and Global Justice (2011) *Every Thirty Minutes: Farmer Suicides, Human Rights, and the Agrarian Crisis in India* (New York: NYU School of Law).

Chancellor, Edward (1999) *Devil Take the Hindmost: A History of Financial Speculation*. (New York: Plume).

Chen 2014 Chen, D. (2014) Three Reasons the BRICS' New Development Bank Matters'. *The Diplomat*. http://thediplomat.com/2014/07/3-reasons-the-brics-new-development-bank-matters/

Cheru, Fantu (2001) 'Overcoming Apartheid's Legacy: The Ascendancy of Neoliberalism in South Africa's Anti-poverty Strategy', *Third World Quarterly*, Vol. 22, No 4: 505-527.

Chibnik, Michael (2011) *Anthropology, Economics and Choice*. (Austin: University of Texas Press).

Chorafas, Dimitris N. (2011) *Sovereign Debt Crisis: The New Normal and the Newly Poor*. (Basingstoke: Palgrave MacMillan).

Chua, Swee (1999) 'Economic Growth, Liberalization, and the Environment: A Review of the Economic Evidence'. *Annual. Review of Energy and the Environment* 24:391-430.

Clay, C.G.A. (1984) *Economic Expansion and Social Change, 1500-1700: Volume 1, People, Land and Towns*. (Cambridge UK: Cambridge University Press).

Clayton, James L. (1976) 'The Fiscal Limits of the Warfare-Welfare State: Defense and Welfare Spending in the United States since 1900' *The Western Political Quarterly,* Vol. 29, No. 3: 364-383.

Cohen, Jay (1982) 'The History of Imprisonment for Debt and its Relation to the Development of Discharge in Bankruptcy', *The Journal of Legal History*, Vol. 3, No. 2: 153-171.

Corkery, Michael y Jessica Silver-Greenberg (2014) 'Miss a Payment? Good Luck Moving that Car', *New York Times*, 24 de septiembre.

Corkery, Michael y Jessica Silver-Greenberg (2015) Investment Riches Built on Subprime Auto Loans to Poor, *New York Times,* 26 de enero. http://dealbook.nytimes.com/2015/01/26/investment-riches-built-on-auto-loans-to-poor/?hp&action=click&pgtype=Homepage&module=first-column-region&region=top-news&WT.nav=-top-news&_r=0

Costanza, Robert, et al (2009) 'Beyond GDP: The Need for New Measures of Progress'. *The Pardee Papers # 4*. Boston University. http://www.oecd.org/site/progresskorea/globalproject/42613423.pdf

Cowen, David Jack (2000) *The Origins and Economic Impact of the First Bank of the United States, 1791–1797*, (New York: Garland Publishing).
Credit Suisse (2013) *Global Wealth Report 2013*. Octubre.
Creutz, Helmut (2010) *The Money Syndrome*. (Peterborough UK: Upfront Publishing).
Daly, Herman (1997) *Beyond Growth: The Economics of Sustainable Development*. (New York: Beacon Press).
Daly, Herman (2005) 'Economics in a Crowded World' *Scientific American*, Vol. 293: 100-107.
Daly, Herman (2008) 'A Steady-State Economy'. Sustainable Development Commission, UK. http://steadystaterevolution.org/files/pdf/Daly_UK_Paper.pdf
Davis, Mike (2007) *Planet of Slums*. (London: Verso).
de Vries, Jan y Ad van der Woude (1997) *The First Modern Economy: Success, Failure, and Perseverance of the Dutch Economy, 1500-1815* (Cambridge: Cambridge University Press).
Decker, Oliver (2014) *Commodified Bodies: Organ Transplantation and the Organ Trade*. (London: Routledge).
Denby, Charles (1916) 'The National Debt of China-Its Origin and Its Security' *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 68: 55-70.
Deshpande, R.S. y Saroj Arora (eds) (2010) *Agrarian Crisis and Farmer Suicides* (New Delhi: SAGE Publications).
Di Muzio, Tim, (2007) 'The Art of Colonization: The Capitalization of the State and the Ongoing Nature of Primitive Accumulation', *New Political Economy*, Vol. 12, No. 4: 517-539.
Di Muzio, Tim, (2012) 'Capitalizing a Future Unsustainable: Finance, Energy and the Fate of Market Civilization', *Review of International Political Economy*, Vol. 19, I. 3: 363 - 388.
Di Muzio, Tim (ed) (2014a) The Capitalist Mode of Power: Critical Engagements with the Power Theory of Value. (London: Routledge).
Di Muzio, Tim (2015) *The 1% and the Rest of Us: A Political Economy of Dominant Ownership.* (London: Zed Press).
Dickson, P. G. M. (1967) *The Financial Revolution in England: A Study in the Development of Public Credit, 1688-1756.* (New York: St. Martin's Press).
Dienst, Richard (2011) *The Bonds of Debt: Borrowing against the Common Good*. (London: Verso).
Doring, Danny (2014) Inequality *and the 1%*. (London: Verso).
Dyer, Christopher (1997) 'The *Howard Linecar Lecture 1997.* Peasants and Coins: The Uses of Money in the Middle Ages' *British Numismatic Journal*, Vol. 67: 30-47.
Edling, Max M. and Mark D. Kaplanoff (2004) 'Alexander Hamilton's Fiscal Reform: Transforming the Structure of Taxation in the Early Republic', *William and Mary Quarterly*, Vol. 61, No. 4: 713-44).

El Diwany, Tarek (1997) *The Problem with Interest* (London: TA-HA Publishers).

El-Gamal Mahmoud A. y Amy Myers Jaffe (2010) *Oil, Dollars, Debt and Crises: The Global Curse of Black Gold*. (Cambridge UK: Cambridge University Press).

Engdahl, William (2004) *A Century of War: Anglo-American Oil Politics and the New World Order*. (London: Pluto Press).

Evans, Emory G. (1962) 'Planter Indebtedness and the Coming of the Revolution in Virginia', *The William and Mary Quarterly*, Vol. 19, No. 4: 511-533.

Federal Trade Commission (2013) 'The Structure and Practices of the Debt Buying Industry'. http://www.ftc.gov/sites/default/files/documents/reports/structure-and-practices-debt-buying-industry/debtbuyingreport.pdf

Federici, Silvia (2003) *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*, (New York and London: Autonomedia; Pluto).

Felsenheimer, Jochen y Philip Gisdakis (2008) *Credit Crisis: From Tainted Loans to a Global Economic Meltdown* (Wiley-VCH).

Ferguson, E. James (1979) *The American Revolution: A General History, 1763-1790*. (Homewood: The Dorsey Press).

Ferguson, E. James (1954) Speculation in the Revolutionary Debt: The Ownership of Public Securities in Maryland, 1790', *The Journal of Economic History*, Vol. 14: 35-45.

Ferguson, Niall (1998) *The House of Rothschild: Money's Prophets, 1798-1848.* (London: Penguin Books).

Ferguson, Niall (2006) *The Cash Nexus: Money and Power In the Modern World, 1700-2000.* (New York: Basic Books).

Ferguson, Niall (2008) *The Ascent of Money*. (New York: Penguin Press).

Financial Times (2009) 'A Survival Plan for Global Capitalism' 8 de marzo.

Freeland, Chrystia (2012) *Plutocrats: The Rise of the New Global Super-Rich and the Fall of Everyone Else* (New York: Penguin).

Fioramonti, Lorenzo (2013) *Gross Domestic Problem: The Politics Behind the World's most Powerful Number.* (London: Zed Books).

Forstater, Matthew (2005) 'Taxation and Primitive Accumulation: The Case of Colonial Africa', *Research in Political Economy*, Vol. 22: 51-65.

Foucault, Michel (2004) *The Birth of Biopolitics: Lectures at the College de France*. (New York: Picador).

Fraser, Steve (2005) *Every man a Speculator: A History of Wall Street in American Life* (New York: Harper Perennial).

Friedenberg, Daniel M. (1992) *Life, Liberty and the Pursuit of Land: The Plunder of Early America*. (Buffalo: Prometheus Books).

Friedman, Benjamin M. (2005) *The Moral Consequences of Economic Growth.* (New York: Vintage).

Gardner, Brian (2013) *Global Food Futures: Feeding the World in 2050.* (London: Bloombury Academic).

Galbraith, John Kenneth (2010) *John Kenneth Galbriath: The Affluent Society and Other Writings 1952-1967*. (Des Moines, IA: The Library of America).

Garson, Barbara (2001) *Money Makes the World Go Around: One Investor Tracks Her Cash through the Global Economy* (New York: Penguin).

Geisst, Charles R. (2013) *Beggar Thy Neighbor: A History of Usury and Debt*. (Philadelphia: University of Pennsylvania Press).

Gelles, David. (2014) 'An Employee Dies, and the Company Collects the Insurance'. *New York Times*, 22 de junio. http://dealbook.nytimes.com/2014/06/22/an-employee-dies-and-the-company-collects-the-insurance/?_r=0

Gellner, Ernest (1983) *Nations and Nationalism*. (Ithaca: Cornell University Press).

Gelpi, Rosa-Maria y François Julien-Labruyère (2000) *The History of Consumer Credit: Doctrines and Practices*. (New York: St. Martin's Press).

Gendell, Murry (2006) 'Full Time Work Among the Elderly Increases'. *Population Reference* Bureau. http://www.prb.org/Publications/Articles/2006/FullTimeWorkAmongElderlyIncreases.aspx

George, Susan (1988) *A Fate Worse than Debt*. (London: Penguin).

George, Susan (1992) *The Debt Boomerang: How Third World Debt Harms us All.* (London: Pluto Press).

Gerber, Julien-François (2014): The role of rural indebtedness in the evolution of capitalism, *The Journal of Peasant Studies*, DOI: 10.1080/03066150.2014.921618

Gilbert, Emily y Eric Helleiner (eds) (1999) *Nation-States and Money: The Past, Present and Future of National Currencies*. (London: Routledge).

Gilens, Martin y Benjamin I. Page (2014) 'Testing Theories of American Politics: Elites, Interest Groups, and Average Citizens'. *Perspective on Politics* 12: 564-581.

Gill, Stephen (1995) 'Globalization, Market Civilisation & Disciplinary Neoliberalism', *Millennium: Journal of International Studies*. Vol. 24, No. 3: 399-423.

Gill, Stephen (2012) (ed) *Global Crises and the Crisis of Global Leadership*. (Cambridge UK: Cambridge University Press).

Gill, Stephen (2013) (ed) *Global Crises and the Crisis of Global Leadership*. (Cambridge UK: Cambridge University Press).

Gish, Steven (2004) *Desmond Tutu: A Biography*. (Portland: Greenwood).

Glaeser, Edward L. (2011) 'Goodbye, Golden Years' , *New York Times*, 20 de noviembre. http://www.nytimes.com/2011/11/20/opinion/sunday/retirement-goodbye-golden-years.html?pagewanted=all&_r=0

Glover, Paul (1995) *Hometown Money: How to Enrich Your Community with Local Currency*. (Ithaca: Ithaca Money).

Goldstone, Jack A. (2002) 'Efflorescences and Economic Growth in World History: Rethinking the "Rise of the West" and the Industrial Revolution', *Journal of World History* Vol. 13, No. 2: 323–89.

Gleick, James (2000) *Faster: The Acceleration of Just About Everything*. (New York: Vintage).
Graeber, David (2009) *Direct Action: An Ethnography*. (Oakland: AK Press).
Graeber, David (2011) *Debt: The First 5,000 Years*. (New York: Melville House).
Graeber, David (2013) After the Jubilee. http://www.e-flux.com/wp-content/uploads/2013/05/2.-Graeber_afterJubilee.pdf (consultado el 17 de abril de 2015).
Greer, Scott (2014) 'Structural Adjustment Comes to Europe: Lessons for the Eurozone from the Conditionality Debates', *Global Social Policy*, Vol. 14, No. 1: 51-71.
Griffith-Jones, Stephany (1989) *Third World Debt: Managing the Consequences*. (London: IFR Publishing).
Gunder Frank, A. (1976) *On Capitalist Underdevelopment.* (Oxford: University of Oxford Press).
Hager, Sandy Brian (2013) 'What Happened to the Bondholding Class? Public Debt, Power and the Top One Per Cent' *New Political Economy*, Vol. 19, No. 2: 155-182.
Hall, Charles A.S. y Kent A. Klitgaard (2012) *Energy and the Wealth of Nations: Understanding the Biophysical Economy*. (New York: Springer).
Hall, Mike (1988) 'The International Debt Crisis: Recent Developments' *Capital and Class* Vol. 12, No. 2: 7-18.
Hallsmith, Gwendolyn y Bernard Lietaer (2011) *Creating Wealth: Growing Local Economies with Local Currencies*. (Gabriola Island: New Society Publishers).
Halpern, Jake (2014) *Bad Paper: Chasing Debt From Wall Street to the Underworld (New York:* Farrar Straus and Giroux). Véase también 'Paper Boys; Inside the Dark Labyrinthine, and Extremely Lucrative World of Consumer Debt Collection'. *New York Times Magazine*. 15 de agosto, http://www.nytimes.com/interactive/2014/08/15/magazine/bad-paper-debt-collector.html
Hamilton, Clive (2004) *Growth Fetish.* (London: Pluto Press).
Hamilton, Earl J. (1947) 'Origin and Growth of the National Debt in Western Europe' *The American Economic Review*, Vol. 37, No. 2: 118-130.
Hamilton, J.D., (2009) 'Causes and Consequences of the Oil Shock of 2007-8', *Brookings Papers on Economic Activity*, Spring: 215-261, http://www.brookings.edu/~/media/Files/Programs/ES/BPEA/2009_spring_bpea_papers/2009_spring_bpea_hamilton.pdf (consultado el 31 de agosto de 2014).
Hammond, John Craig (2003) '"We are to be reduced to the level of slaves": Planters, Taxes, Aristocrats, and Massachusetts Antifederalists, 1787-1788', *Historical Journal of Massachusetts,* Vol. 31, No. 2: 172-198.
Harbaugh, William, Arik Levinson y David Molloy Wilson (2002) 'Reexamining the Empirical Evidence for an Environmental Kuznets Curve'. *The Review of Economics and Statistics* 84: 541-551.

Häring, Norbert (2013) 'The Veil of Deception over Money: How Central Bankers and Textbooks Distort the Nature of Banking and Central Banking' *Real-World Economics Review*, No. 63: 1-17.

Hartwick Elaine, Richard Peet (2003) 'Neoliberalism and Nature: The Case of the WTO'. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*. Vol. 590: 188-211.

Harvey, David (2005) *A Brief History of Neoliberalism*. London: Oxford University Press.

Harvey, David (2010) *The Enigma of Capital: The Crises of Capitalism*. (Oxford UK: Oxford University Press).

Harvey, David (2014) *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*. (Oxford: Oxford University Press).

Hayward, Joel (1995) 'Hitler's Quest for Oil: the Impact of Economic Considerations on Military Strategy, 1941-42', *Journal of Strategic Studies* Vol. 18, No. 4: 94-135.

Heinberg, Richard (2003) *The Party's Over: Oil, War and the Fate of Industrial Societies.* (Gabriola Island: New Society Publishers).

Heinberg, Richard (2011) *The End of Growth: Adapting to our New Economic Reality*. (Gabriola Island: New Society Publishers).

Heinberg, Richard y Daniel Lerch (eds) (2010) *The Post-Carbon Reader: Managing the 21st Century Sustainability Crises*, (Berkeley: University of California Press).

Helleiner, Eric (2002a) 'The Monetary Dimensions of Colonialism: Why did Imperial Powers Create Currency Blocks?' *Geopolitics*, Vol. 7, No. 1: 5-30.

Helleiner, Eric (2002b) *The Making of Modern Money: Territorial Currencies in Historical Perspective*. (Cornell University Press).

Helleiner, Eric (2005) 'The Strange Story of Bush and the Argentine Debt Crisis' *Third World Quarterly*, Vol. 26, No. 6: 951-969.

Henry, James S. (2003) The Blood Bankers. (New York: Four Walls Eight Windows).

Henwood, Doug (1997) *Wall Street: How it Works and for Whom*. (London: Verso).

Hermann, Robin (2011) 'Empire Builders and Mushroom Gentlemen: The Meaning of Money in Colonial Nigeria' *International Journal of African Historical Studies*, Vol. 44, No. 3: 393-413.

Hertz, Noreena (2004) *The Debt Threat: How Debt is Destroying the Developing World.* (New York: Harper Business).

Hickel, Jason (2014) 'Aid in Reverse: How Poor Countries Develop Rich Countries', *New Left Project*. http://www.newleftproject.org/index.php/site/article_comments/aid_in_reverse_how_poor_countries_develop_rich_countries

Ho, Karen (2009) *Liquidated: An Ethnography of Wall Street* (Durham: Duke University Press).

Holland, Peter A. (2014) 'Junk Justice: A Statistical Analysis of 4,400 Lawsuits Filed by Debt Buyers'. *U of Maryland Legal Studies Research Paper No. 2014-13. Loyola Consumer Law Review,* 26: 179.

Holton, Woody (1999) *Forced Founders: Indians, Debtors, Slaves and the Making of the American Revolution in Virginia.* (Chapel Hill: University of North Carolina Press).
Holton, Woody (2004) 'From the Labours of Other': The War Bonds Controversy and the Origins of the Constitution in New England, *The William and Mary Quarterly*, Vol. 61, I. 2: 271-316.
Holton, Woody (2005a) 'An 'Excess of Democracy' – or a Shortage?' *Journal of the Early Republic*, Vol. 25, No. 3: 339-382.
Holton, Woody (2005b) 'Divide et Impera: Federalist 10 in a Wider Sphere', *The William and Mary Quarterly*, Vol. 62, I. 2: 175-212.
Horsefield, Keith, J. (1960) *British Monetary Experiments, 1650-1710*. (Cambridge, Mass: Harvard University Press).
Howard, James L. (2007). 'U.S. Timber Production, Trade, Consumption and Price Statistics 1965 to 2005'. Research Paper FPL-RP-637. United States Department of Agriculture. http://postcom.org/eco/sls.docs/USFS-US%20Timber%20Prod,%20Trade,%20Consumption.pdf
Hudson, Michael [1972] (2003) *Super-Imperialism: The Origin and Fundamentals of U.S. World Dominance*. (London: Pluto Press).
Hunter, Stuart (2014) Debt Collectors Have Figured Out a Way To Seize Your Wages y Savings. *Huntington Post*, 2 de junio. http://www.huffingtonpost.com/2014/06/02/debt-collectors-wages-savings_n_5364062.html
Igoe, Jim y Dan Brockington (2007) 'Neoliberal Conservation: A Brief Introduction', *Conservation and Society* 5: 432-449.
Indiviglio, Daniel (2011) 'Chart of the Day: Student Loans Have Grown 511% Since 1999'. *The Atlantic*, 18 de agosto. http://www.theatlantic.com/business/archive/2011/08/chart-of-the-day-student-loans-have-grown-511-since-1999/243821/
Ingham, Geoffrey (1999) 'Capitalism, Money and Banking: A Critique of Recent Historical Sociology', *British Journal of Sociology*, Vol. 50, no. 1: 76-98.
Ingham, Geoffrey (2004) *The Nature of Money*. (Cambridge UK: Polity Press).
IPCC (2014) *Climate Change 2014: Impacts, Adaptation, and Vulnerability. Summary for Policymakers.* https://ipcc-wg2.gov/AR5/images/uploads/IPCC_WG2AR5_SPM_Approved.pdf
Jackson, Andrew y Ben Dyson (2013) *Modernizing Money: Why our Monetary System is Broken and How it Can be Fixed.* (London: Positive Money).
Jackson, Tim (2009) *Prosperity without Growth: Economics for a Finite Planet* (London: Earthscan).
Jeffries, Sheila (2009) *The Industrial Vagina: The Political Economy of the Global Sex Trade.* (London: Routledge).
Johnson, Simon y James Kwak (2012) *White House Burning: The Founding Fathers, Our National Debt, and Why It Matter to You*. (New York: Pantheon Books).

Jounston, David Cay (ed) (2014) *Divided: The Perils of Our Growing Inequality* (New York: The New Press).

Jones, Charles (2002) *Introduction to Economic Growth*. (New York: W.W. Norton & Company).

Jones, Van (2012) *Rebuilding the Dream*. (New York: Nation Books).

Kaiser, Robert G. (2010) *So Damn Much Money: The Triumph of Lobbying and the Corrosion of American Government.* (New York: Vintage).

Kempf, Hervé (2008) *How the Rich are Destroying the Earth*. (Foxhole, UK: Green Books) Translated by Leslie Thatcher.

Kennedy, Margrit y Declan (1995) *Interest and Inflation Free Money: Creating an Exchange Medium that Works for Everyone and Protects the Earth*. (Philadelphia: New Society Publishers).

Kennedy, Margrit (2012) *Occupy Money: Creating an Economy Where Everybody Wins*. (Philadelphia: New Society Publishers).

Keucheyan, Razmig (2014) 'The French are Right: Tear up the Public Debt – Most of it is Illegitimate Anyway' *The Guardian*, UK, 10 de junio.

Killingray, David (1986) 'The Maintenance of Law and Order in British Colonial Africa', *African Affairs*, Vol. 85, No. 340: 411-437.

Kim, Jongchul (2012) *How Politics Shaped Modern Banking in Early Modern England Rethinking the Nature of Representative Democracy, Public Debt, and Modern Banking*. MPIfG Discussion Paper 12/11.

Kindleberger, Charles (1996) *World Economic Primacy, 1500-1900*. (Oxford UK: Oxford University Press).

Kindleberger, Charles y Robert Z Aliber (2005) *Manias, Panics and Crashes: A History of Financial Crises*. (Basingstoke: Palgrave MacMillan).

King, Frank H. H. (2006) 'The Boxer Indemnity—"Nothing but Bad"' *Modern Asian Studies*, Vol. 40: 663-689.

Klein, Naomi. 2010. Haiti: A Creditor, Not a Debtor. http://www.naomiklein.org/articles/2010/02/haiti-creditor-not-debtor (last accessed on 4/1/2012).

Klein, Naomi (2014) *This Changes Everything: Capitalism vs. The Climate*. (New York: Simon & Schuster).

Korten, David C. (1995) *When Corporations Rule the World*. (Hartford, CT: Kumarian Press).

Kouvelakis, Stathis (2011) 'The Greek Cauldron' *New Left Review*, Vol. 72: 17-32.

Kremer Michael y Seema Jayachandran (2002) 'Odious Debt' *Finance and Development*, Vol. 39, No. 2. http://www.imf.org/external/pubs/ft/fandd/2002/06/kremer.htm

Kroll, Gary y Richard H. Robbins (2009) *Worlds in Motion: The Globalization and Environment Reader*. (Washington, D.C.: AltaMira Press).

Kubursi, A.A. y S. Mansur (1994) 'The Political Economy of Middle Eastern Oil', in Stubbs, Richard y Geoffrey R.D. Underhill, (eds) (1994) *Political Economy and the Changing Global Order*. (Toronto: Oxford University Press): 313.327.

Kuhner, Timothy K. (2014) *Capitalism V. Democracy: Money in Politics and the Free Market Constitution*. (Stanford, California: Stanford Law Books).

Kuman, Ravinder (2011) 'The Deccan Riots of 1875' *The Journal of Asian Studies*, Vol. 24, I. 4: 613-635.

Kuznets, Simon y Elizabeth Jenks (1953) *Shares of Upper Income Groups in Income and Savings*. National Bureau of Economic Research.

Kwarteng, Kwasi (2014) *War and Gold: A 500 Year History of Empires, Adventures and Debt*. (Public Affairs).

Lane, Philip R. (1012) 'The European Sovereign Debt Crisis' *The Journal of Economic Perspectives*, Vol. 26, No. 3: 49-67.

Lazzarato, Maurizio (2012) *The Making of the Indebted Man*. (Cambridge USA: MIT Press).

LeBaron, Genevieve y Adrienne Roberts (2012) 'Confining Social Insecurity: Neoliberalism and the Rise of the 21st Century Debtors' Prison', *Politics and Gender* Vol. 8, No. 1: 25-49.

Leonard, Anni (2011) *The Story of Stuff*. (New York: Free Press).

Levien, Michael (2011) 'Special Economic Zones and Accumulation by Dispossession in India.' *Journal of Agrarian Change Vol.* 11, No. 4: 454-483.

Levien, Michael (2012) 'The Land Question: Special Economic Zones and the Political Economy of Dispossession in India' *Journal of Peasant Studies* Vol. 39, No. 3-4: 933-969.

Levien, Michael (2013) 'The Politics of Dispossession: Theorizing India's "Land Wars".' *Politics & Society* Vol. 41, No. 3: 351-394.

Lewis, W. Arthur (1955) *The Theory of Economic Growth*. (London: George Allen & Unwin, Ltd).

Lietaer, Bernard (2006) 'A Proposal for a Brazilian Education Complementary Currency', *International Journal of Community Currency Research* Vol. 10: 18-23.

Lietaer, Bernard A. y Jacqui Dunne (2013) *Rethinking Money: How New Currencies Turn Scarcity into Prosperity*. (San Francisco: Berrett-Koehler Publishers, Inc.).

Lin, Shuanglin (2003) 'China's Government Debt: How Serious?' *China: An International Journal*, Vol. 1, No. 1: 73-98.

Loubert, Aart (2012) 'Sovereign Debt Threatens the Union: The Genesis of a Federation', *European Constitutional Law Review,* Vol. 8, No. 3: 442-455.

MacEwan, Arthur (1990) *Debt and Disorder.* (New York: Monthly Review Press).

Maddison, Angus (2003) *The World Economy: A Millennial Perspective*. Development Centre of the Organization for Economic Co-operation and Development. Paris.

Madrick, Jeff (2002) *Why Economies Grow: The Forces that Shape Prosperity and How We Can Get the Working Again (*New York: Basic Books).

Mahmud, Tayyab (2011) 'Is It Greek or Deja Vu All over Again: Neoliberalism and Winners and Losers of International Debt Crises', *Loyola University of Chicago Law Journal* Vol. 42, No. 4: 629-712.

Mahmud, Tayyab (2012) 'Debt and Discipline', *American Quarterly* Vol. 64, No. 3: 469-494.

Mankiw, Gregory N. (2013) 'Defending the One Percent'. *The Journal of Economic Perspectives*. 27:21-34 (véase también http://scholar.harvard.edu/files/mankiw/files/defending_the_one_percent.pdf

Mann, Bruce H. (2003) *Republic of Debtors: Bankruptcy in the Age of American Independence.* (Cambridge USA: Harvard University Press).

Manning, Robert D. (2001) *Credit Card Nation.* (New York: Basic Books).

Manolopoulos, Jason (2011) *Greece's Odious Debt*. (London: Anthem Press).

Marcuse, Herber (1972) *Counterrevolution and Revolt*. (Boston: Beacon Press).

Martenson, Chris (2011) *The Crash Course: The Unsustainable Future of our Economy, Energy and Environment.* (Hoboken: Jon Wiley & Sons, Inc.).

Marx, Karl (1975) *El Capital. Crítica de la Economía Política*. *Tomo 1* (México: Siglo XXI Editores).

Marx, Karl (1976) *El Capital. Crítica de la Economía Política*. *Tomo III* (México: Siglo XXI Editores).

McAfee, K. (1999) 'Selling nature to save it? Biodiversity and green developmentalism'. *Society and Space* 17 (2): 203-219.

McKibben, Bill (2007) *Deep Economy: The Wealth of Communities and the Durable Future*. (New York: Times Books).

McKinsey Global Institute (2013) *Financial Globalization: Retreat or Reset*. Marzo. http://www.mckinsey.com/insights/global_capital_markets/financial_globalization

McNeill, J. R. y Paul Kennedy (2000) *Something New Under the Sun: An Environmental History of the Twentieth-Century World*. (New York: W. W. Norton & Company).

Mellor, Mary (2010) *The Future of Money: From Financial Crisis to Public Resource*. (London: Pluto Press).

Metcalf, Thomas R. (1962) 'The British and the Moneylender in Nineteenth-Century India' *The Journal of Modern History*, Vol. 34, No. 4: 390-397.

Miller, Daniel, Michael Rowlands, Christopher Tilley (eds) (1995) *Domination and Resistance.* (London: Routledge).

Mishan, E. J. (1967) *The Costs of Economic Growth*. (Harmondsworth, Middlesex: Staples Press).

Mohanty BB (2005): 'We are Like the Living Dead': Farmer Suicides in Maharashtra, Western India', *The Journal of Peasant Studies*, Vol. 32, No. 2: 243-276.

Moniruzzaman, Monir (2012) '"Living Cadavers" in Bangladesh: Bioviolence in the Human Organ Bazaar' *Medical Anthropology Quarterly*, Vol. 26, I. 1: 69–91.

Montgomerie, Johnna (2006) 'The Financialization of the American Credit Card Industry', *Competition and Change,* Vol. 10, No. 3: 301-319.

Montgomerie, Johnna (2009) 'The Pursuit of (Past) Happiness', *New Political Economy* Vol. 14, No. 1: 1-24.

Montgomerie, Johnna (2013) 'America's Debt Safety Net' (Public Administration Vol. 91, No. 4: 871–888.

Morris, Richard B. (1962) 'Class Struggle and the American Revolution', *The William and Mary Quarterly*, Vol. 19, No. 1: 3-29.

Moss, Michael (2012) *Salt, Sugar, Fat: How the Food Giants Hooked Us*. (New York, Random House).

Muldrew, Craig (1998) *The Economy of Obligation: The Culture of Credit and Social Relations in Early Modern England* (London: Palgrave).

Mwangi, Wambui (2004) 'Of Coins and Conquest: The East African Currency Board, the Rupee Crisis, and the Problem of Colonialism in the East African Protectorate' *Society for Comparative Study of Society and History*, Vol. 43, I. 4: 763-787.

Naylor, R.T. (1994) *Hot Money and the Politics of Debt.* (Montreal: Black Rose Books).

Ndikumana, Léonce y James K. Boyce (2011) *Africa's Odious Debts: How Foreign Loans and Capital Flight Bled a Continent.* (London: Zed Books).

Nedelsky, Jennifer (1990) *Private Property and the Limits of American Constitutionalism: The Madisonian Framework and Its Legacy*. (Chicago: The University of Chicago Press).

Nef, John U. (1977) 'An Early Energy Crisis and its Consequences' *Scientific American*. Noviembre: 140-150.

Niemi, Johanna, Iain Ramsay y William Whitford (eds) *Consumer Credit, Debt and Bankruptcy: Comparative and International Perspectives.* (Portland, USA: Hart Publishing).

Nitzan, Jonathan (2001) 'Regimes of Differential Accumulation: Mergers, Stagflation and the Logic of Globalization', *Review of International Political Economy* Vol. 8. No. 2: 226-274.

Nitzan, Jonathan y Shimshon Bichler (2018) *El Capital como Poder. Un Estudio del Orden y el Creorden,* (Montreal y Jerusalén: The Bichler and Nitzan Archives).

Noah, Timothy (2012) *The Great Divergence: America's Growing Inequality Crisis and What We Can Do About It*. (London: Bloomsbury Press).

North, Douglass y Barry Weingast, (1989) 'Constitutions and Commitment: The Evolution of Institutions Governing Public Choice in Seventeenth-Century England', *Journal of Economic History,* Vol. 49: 803-832.

North, Peter (2007) *Money and Liberation: The Micropolitics of Alternative Currency Movements*. (Minneapolis: University of Minnesota Press).

North, Peter (2014) 'Ten Square Miles Surrounded by Reality? Materialising Alternative Economies Using Local Currencies' *Antipode*, vol. 46, No. 1: 246-265.

Nyerere, Julius K. (1985) 'Africa and the Debt Crisis' *African Affairs*, Vol. 84, No. 337: 489-497.

O'Brien, Patrick K. (1988) 'The Political Economy of British Taxation, 1660-1815' *The Economic History Review*, Vol. 41, No. 1: 1-32.

Ofonagoro, Walter I. (1979) 'From Traditional to British Currency in Southern Nigeria: Analysis of a Currency Revolution' *The Journal of Economic History* Vol. 39, No. 3: 623–54.

Oliver, Roland y G.N. Sanderson (1985) Cambridge History of Africa, Volume 6: 1870-1905. (Cambridge UK: Cambridge University Press).

Olmos Gaona, Alejandro (2001) 'The Illegal Foreign Debt: The Value and Likelihood of a Legal Ruling', Paper prepared for the International Jubilee 2000 Conference Bamako, Mali, 21-23 de abril.

Omond, T.S. (1870) *The National Debt: Its Origins and Political Significance*. (Oxford UK: Oxford University Press).

Oppenheim, V.H. (1976-1977) 'Why Oil Prices Go Up? The Past: We Pushed Them', *Foreign Policy* No. 25: 24-57.

Oxfam (2015) *Wealth: Having It All and Wanting More.* Oxfam Issue Briefing. http://policy-practice.oxfam.org.uk/publications/wealth-having-it-all-and-wanting-more-338125

Palast, Greg (2014) 'The Vulture: Chewing Argentina's Living Corpse', *Greg Palast: Journalism and Film*. 30 de julio. http://www.gregpalast.com/the-vulture-chewing-argentinas-living-corpse/

Papavasiliou, Faidra (2008) *The Political Economy of Local Currency: Alternative Money, Alternative Development and Collective Action in the Age of Globalization* A dissertation submitted to the Faculty of the Graduate School of Emory University in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy.

Papavasiliou, Faidra (2010) 'Fair Money, Fair Trade: Tracing Alternative Consumption in a Local Currency Economy.' In Sarah Lyon and Mark Moberg, eds. *Fair Trade and Social Justice*, 202-228 (New York: New York University Press).

Patel, Raj (2009) *The Value of Nothing*. (Melbourne: Black Inc.).

Payer, Cheryl (1974) *The Debt Trap: The Third World and the IMF*. (Harmondsworth: Penguin Books).

Pendergrast, Mark (1999) *Uncommon Grounds: The History of Coffee and How It Transformed Our World. (*New York: Basic Books).

Perelman, Michael (2000) *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation,* Durham: Duke University Press.

Perkins, John (2004) *Confessions of an Economic Hit Man*. (San Francisco: Berrett-Koehler Publishers).

Pettifor, Ann (2006) *The Coming First World Debt Crisis*. (Basingstoke: Palgrave MacMillan).

Pettifor, Ann (2014) *Just Money: How Society can Break the Despotic Power of Finance*. (London: Commonwealth).

Philippon, Thomas (2014) 'Has the U.S. Finance Industry Become Less

Efficient? On the Theory and Measurement of Financial Intermediation. (Stern School of Business', New York University). http://pages.stern.nyu.edu/~tphilipp/papers/Finance_Efficiency.pdf or http://www.russellsage.org/sites/all/files/Rethinking-Finance/Philippon_v3.pdf

Pipes, Richard (1999) *Property and Freedom*. (New York: Alfred A. Knopf).

Podobnik, Bruce (2006) *Global Energy Shifts: Fostering Sustainability in a Turbulent Age.* Philadelphia: Temple University Press.

Polanyi, Karl (1989) *La Gran Transformación. Crítica del Liberalismo Económico.* (Madrid: La Piqueta).

Pollan, Michael (2007) *The Omnivore's Dilemma: A Natural History of Four Meals*. (New York: Penguin).

Prashad, Vijay (2007) The Darker Nations: A People's History of the Third World. (New York: The New Press).

Putnam, Robert (2000) *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. (New York: Simon & Schuster).

Raine, Kim D. (2012) 'Obesity Epidemics: Inevitable Outcome of Globalization or Preventable Public Health Challenge? *International Journal of Public Health*, Vol. 57, I. 1: 35-36.

Ratchiffe, Caroline, Signe-Mary McKernan, Brett Theodos, Emma Kalish, John Chalekian, Peifang Guo, y Christopher Trepel (2014) *Delinquent Debt in America*. *Urban Institute and Consumer Credit Research Institute*, Encore Capital Group. http://www.urban.org/UploadedPDF/413191-Delinquent-Debt-in-America.pdf

Redding, Sean (2000) 'A Blood-Stained Tax: Poll Tax and the Bambatha Rebellion in South Africa', *African Studies Review*, Vol. 43, No. 2: 29-54.

Reddy, Sudeep (2013) 'Number of the Week: Total World Debt Load at 313% of GDP', *Wall Street Journal*, 11 de mayo. http://blogs.wsj.com/economics/2013/05/11/number-of-the-week-total-world-debt-load-at-313-of-gdp/

Reich, Robert B. (2012) *Beyond Outrage: Expanded Edition: What has gone wrong with our economy and our democracy, and how to fix it* (New York: Vintage).

Reinhart, Carmen M. y Keneth S. Rogoff (2009) *This Time is Different: Eight Centuries of Financial Folly* (Princeton University Press).

Rifkin, Mark (2008) 'Debt and the Transnationalization of Hawai´i' *American Quarterly*, Vol. 60, No. 1: 43-66.

Rist, Gilbert (2008) *The History of Development: From Western Origins to Global Faith*. (London: Zed Books).

Robbins, Richard H. (2005) 'The History of Technology: The Western Tradition', in *The Oxford Encyclopedia of Science and Technology*, Edited by Sal Restivo. (Oxford: Oxford University Press).

Robbins, Richard H. (2009) 'Introduction: Globalization and the Environment: A Primer'. In *Worlds in Motion: The Globalization and Environment Reader*. (Washington, D.C.: AltaMira Press).

Robbins, Richard H. (2013) 'Coffee, Fair Trade, and the Commodification of Morality', *Reviews in Anthropology*, 42:4, 243-263

Robbins, Richard H. (2014) *Global Problems and the Culture of Capitalism* (6th Edition) (Upper Saddle River, N.J.: Pearson Publishing).

Roberts, Ian (2010) *The Energy Glut: The Politics of Fatness in an Overheating World*. (London: Zed Press).

Roberts, Sam (2011) 'As the Data Show, There's a Reason the Protesters Chose New York'. New York Times, 26 de octubre, A23. 119 http://www.nytimes.com/2011/10/26/nyregion/as-data-show-theres-a-reason-the-wall-street-protesters-chose-new-york.html

Robins, Nick (2006) *The Corporation that Changed the World: How the East India Company Shaped the Modern Multinational*. (London: Pluto Press).

Rockström, Johan et al. (2009) 'A Safe Operating Space for Humanity', *Nature* Vol. 461: 472–5.

Rodney, Walter (1972) *How Europe Underdeveloped Africa.* (Washington D.C.: Howard University Press).

Rosenberg, Justin (1994) *The Empire of Civil Society: A Critique of the Realist Theory of International Relations*. (London: Verso).

Ross, Andrew (2014) 'Nine Arguments for Debt Refusal', *Strike Debt*, 7 de febrero. http://strikedebt.org/nine-arguments/

Rothbard, Murray N. (2002) *A History of Money and Banking in the United States: The Colonial Era to World War II*. (Auburn: Ludwig von Mises Institute).

Rowbotham, Michael (1998) *The Grip of Death: A Study of Modern Money, Debt Slavery and Destructive Economics*. (Charlbury: Jon Carpenter Publishing).

Roy, William G. (1997) *Socializing Capital: The Rise of the Industrial Corporation in America*. (Princeton: Princeton University Press).

Rushton, Steve (2014) 'Putting Life Before Debt: The Rise of Citizen Debt Audits', *Nation of Change,* 13. http://www.nationofchange.org/putting-life-debt-global-rise-citizen-debt-audits-1397399881

Sadan, Elisheva (1997) *Empowerment and Community Planning: Theory and Practice of People-Focused Social Solutions.* Tel Aviv: Hakibbutz Hameuchad Publishers [in Hebrew].

Sassatelli, Roberta (2007) *Consumer Culture: History, Theory and Politics*. (London: Sage Publications).

Sassen, Saskia (2002) 'Women's Burden Counter-geographies of Globalization and the Feminization of Survival', *Nordic Journal of International Law,* Vol. 71: 255-274.

Sassen, Saskia (2014) *Expulsions: Brutality and Complexity in the Global Economy.* (Cambridge USA: Harvard University Press/Belknap).

Sassen, Saskia. (2014) 'A Short History of Vultures: Long Before Argentina's Latest default, There was Elliott Associates'. *Foreign Policy*. http://foreignpolicy.com/2014/08/03/a-short-history-of-vultures/

Scheper-Hughes, Nancy (2000) 'The Global Traffic in Human Organs', Current Anthropology. Vol. 41, No. 2: 191-224.

Schild, Verónica (2000) 'Neo-liberalism's New Gendered Market Citizens: The 'Civilizing' Dimension of Social Programmes in Chile' *Citizenship Studies*, Vol. 3, I. 2: 275-305.

Scitovsky, Tibor (1976) *The Joyless Economy: The Psychology of Human Satisfaction*. (Oxford: Oxford University Press).

Scott, W.R. (1912) *The Constitution and Finance of English, Scottish and Irish Joint-stock Companies to 1720*. (Cambridge UK: Cambridge University Press).

Shah, Anup (2012) 'World Military Spending'. http://www.globalissues.org/article/75/world-military-spending

Shaw, Martin (2011) 'Britain and Genocide: Historical and Contemporary Parameters of National Responsibility', *Review of International Studies*, Vol. 37: 2417-2438.

Sheard, Paul (2013) 'Repeat after Me: Banks Cannot and Do Not Lend out Reserves' *Standard and Poor's Rating Service*: 1-15.

Shilliam, Robbie, (2004) 'Hegemony and the Unfashionable Problematic of Primitive Accumulation', *Millennium: Journal of International Studies* Vol. 32, No. 1: 59-88.

Shin, Susan y Claudia Wilner (2013) 'The Debt Collection Racket in New York: How the Industry Violates Due Process and Perpetuates Economic Inequality'. *New Economy Project*. http://nedap.org/documents/DebtCollectionRacketUpdated.pdf

Sieferle, Rolf Peter (2010) *The Subterranean Forrest: Energy Systems and the Industrial Revolution*, The White Horse Press, Cambridge, UK.

Silaen, Parulian y Ciorstan Smark (2007) 'Quantification and the Governable Person in Indonesia, 1830-1870' *Journal of Global Business Issues*, Vol. 1, No. 1: 25-33.

Silver-Greenberg, Jessica (2015) 'Debt Buyer Faces Fine and Loss of Thousands of Court Judgments'. New York Times, 8 de enero. http://dealbook.nytimes.com/2015/01/08/debt-buyer-faces-fine-and-loss-of-thousands-of-court-judgments/?hp&action=click&pgtype=Homepage&module=first-column-region&region=top-news&WT.nav=top-news&_r=1

Sinclair, Timothy (2005) *The New Masters of Capital: American Bond Rating Agencies and the Politics of Creditworthiness*. (Ithaca: Cornell University Press).

Skidelsky, Robert (2009) *Keynes: The Return of the Master* (New York: Public Affairs).

Smil, Vaclav (1994) *Energy in World History* (Boulder: Westview Press).

Smith, Jonathan (1948) 'The Depression of 1785 and Daniel Shays' Rebellion', *The William and Mary Quarterly*, Vol. 5, No. 1: 77-94.

Soederberg, Susanne (2012) 'The Mexican Debtfare State: Micro-Lending, Dispossession, and the Surplus Population', *Globalizations*, Vol. 9, No. 4: 561-575.

Soederberg, Susanne (2013a) 'The Politics of Debt and Development in the New Millennium: an introduction' *Third World Quarterly*, 34:4, 535-546,

Soederberg, Susanne (2013b) 'The US Debtfare State and the Credit Card Industry: Forging Spaces of Dispossession', *Antipode: Radical Journal of Geography*, Vol. 45, No. 2: 493-512.

Soederberg, Susanne (2014) *Debtfare States and the Poverty Industry: Money, Discipline and the Surplus Population*. (London: Routledge).

Sosin, Jack M. (1964) 'Imperial Regulation of Colonial Paper Money, 1764–1773', *Pennsylvania Magazine of History and Biography*, Vol. 88, No. 2: 174–98.

Speth, James Gustave (2012) *America the Possible: Manifesto for a New Economy*. (New Haven: Yale University Press).

Speth, James Gustave (2008) *The Bridge at the End of the World: Capitalism, the Environment and Crossing from Crisis to Sustainability*. (New Haven: Yale University Press).

Standing, Guy (2011) *The Precariat: The New Dangerous Class*. (London: Bloomsbury Academic).

Stavrianos, L.S. (1981) *Global Rift: The Third World Comes of Age.* (New York: William Morrow and Company, Inc.).

Steffen et al. (2004) *Global Change and the Earth System: A Planet Under Pressure*. (New York: Springer).

Stevis, Matina. (2013) 'Euro-Zone Bailouts Leave Creditors at a Loss'. *Wall Street Journal,* 30 de mayo. http://www.wsj.com/articles/SB100014241 27887324412604578515213415813012

Stiglitz, Joseph (2012) *The Price of Inequality: How Today's Divided Society Endangers Our Future*. (New York: W. W. Norton).

Stuart, Hunter (2014) 'Debt Collectors Have Figured Out a Way To Seize Your Wages y Savings'. *Huffington Post*. 2 de junio. http://www.huffingtonpost.com/2014/06/02/debt-collectors-wages-savings_n_5364062.html

Stuart, J. (1913) *History of the Zulu Rebellion 1906* (London: Macmillan and Co.).

Sylla, Richard E. (1998) 'U.S. Securities Markets and the Banking System,' *Federal Reserve Bank of St. Louis Review*, mayo–junio: 83-104.

Szatmary, David P. (1980) *Shays' Rebellion: The Making of an Agrarian Insurrection* (Amherst, MA: University of Massachusetts Press).

Taylor, Marcus (2012) 'The Antinomies of 'Financial Inclusion': Debt, Distress and the Workings of Indian Microfinance' *Journal of Agrarian Change* Vol. 12, No. 4: 601–610.

Tcherneva, Pavlina R. (2014) 'Reorienting Fiscal Policy: A Bottom-up Approach'. *Journal of Post-Keynesian Economics* 37: 43-66

Territo, Leonard y Rande Matteson (2011) *International Trafficking of Human Organs: A Multidisciplinary Perspective*. (Boca Raton: CRC Press).

Teschke, Benno (2009) *The Myth of 1648: Class, Geopolitics and the Making of Modern International Relations.* (London: Verso).

Tett, Gillian (2009) *Fool's Gold: How the Bold Dream of a Small Tribe at J.P. Morgan was Corrupted by Wall Street Greed and Unleashed a Catastrophe.* (New York: Free Press).
Tilly, Charles (1990) *Coercion, Capital and European States, AD 990-1990.* (Cambridge, MA: Basil Blackwell).
Tise, Larry E. (1998) *The American Counterrevolution: A Retreat from Liberty, 1783-1800*. (Mechanicsburg: Stackpole Books).
Trainer, Ted (2007) *Renewable Energy Cannot Sustain a Consumer Society*. (New York: Springer).
Tschoegl, Adrian E. (2001) 'Maria Theresa's Thaler: A Case of International Money', Eastern Economic Journal, Vol. 27, No. 4: 445-464.
Tucker, Catherine M. (2011) *Coffee Culture: Local Experiences, Global Connections*. (New York: Routledge Publishers).
Ubah, C.N. (1980) 'Demonetization of Traditional African Currencies under Colonial Rule: The Case of the Manila in Southeastern Nigeria' *Bulletin de l'Institut Fondamental d'Afrique Noire* Vol. 42, No. 3: 487–501.
Uche, Bhibuike Ugochukwu (1999) 'Foreign Banks, Africans and Credit in Colonial Nigeria, c. 1890-1912' *The Economic History Review*, Vol. 52, No. 4: 669-691.
UNCTAD (2007) *The Concept of Odious Debt in Public International Law*. Discussion Paper, No. 185.
UNDP (2000) *World Energy Assessment*: *Energy and the Challenge of Sustainability* (New York: United Nations).
Usher, Alex (2005). *Global Debt Patterns: An International Comparison of Student Loan Burdens and Repayment Conditions.* Toronto, ON: Educational Policy Institute.
Victor, Peter A. (2008) *Managing Without Growth: Slower by Design, Not Disaster*. (Northhamton, MA: Edward Elgar).
Vitali Stefania, James B. Glattfelder y Stefano Battiston (2011) 'The Network of Global Corporate Control', *PLoS ONE* Vol. 6 No. 10: 1-36.
Walker, C. E. (1931) 'The History of the Joint Stock Company', *The Accounting Review*,Vol. 6, No. 2: 97-105.
Wallerstein, Immanuel (2011) *The Modern World-System.* Four volume history. (Berkeley: University of California Press).
Weatherford, Jack (1997) *The History of Money*. (New York: Crown Publishers, Inc.).
Wennerlind, Carl (2004) 'The Death Penalty as Monetary Policy: The Practice and Punishment of Monetary Crime, 1690-1830', *History of Political Economy*, Vol.36, No. 1: 131-161.
Wennerlind, Carl (2011) *The Casualties of Credit: The English Financial Revolution, 1620-1720*. (Cambridge USA: Harvard University Press).
Williams, Brett (2005) *Debt for Sale: A Social History of the Credit Trap*. (Philadelphia: University of Pennsylvania Press).
Williams, Eric (1944) (1994) *Capitalism and Slavery*. (Chapel Hill: University of California Press).

Williams, William Appleman (1966) *The Contours of American History*. (Chicago: Quadrangle Books).

Williamson, Jeffrey G. (2002) 'Land, Labor and Globalization in the Third World, 1870–1914' *Journal of Economic History* Vol. 62, No. 1: 55 –85.

Williamson, John (1990) 'What Washington Means by Policy Reform', in John Williamson (ed.) Latin American Adjustment: How Much Has Happened? (Washington, DC: Institute for International Economics): 5-20.

Winters, Jeffrey A. (1996) *Power in Motion: Capital Mobility and the Indonesian State*. (Ithaca: Cornell University Press).

Wolf, Eric R. (1982) (2010) *Europe and the People without History*, Berkeley: University of California Press.

Wood, Ellen Meiksins (2002) *The Origin of Capitalism: A Longer View*. (London: Verso).

Wood, Gordon S. (1969) *The Creation of the American Republic: 1776-1787*. (Chapel Hill: The University of North Carolina Press).

World Commission on Environment and Development. 1987. *Our Common Future*. Oxford: Oxford University Press.

Wray, L. Randall (1998) *Understanding Money: The Key to Full Employment and Price Stability.* (Cheltenham: Edward Elgar).

Wray, L. Randall (2002) 'State Money' *International Journal of Political Economy*, Vol. 32, No. 3: 23-40.

Wray, L. Randall (ed) (2004) *Credit and State Theories of Money*. (Cheltenham: Edward Elgar).

Wrigley, E.A. (2010) *Energy and the English Industrial Revolution*. (Cambridge UK: Cambridge University Press).

Yergin, Daniel (1992) *The Prize: The Epic Quest for Oil, Money and Power*. (New York: Free Press).

Young, Brigitte, Isabella Bakker y Diane Elson (eds) (2011) *Questioning Financial Governance from a Feminist Perspective* (London: Routledge).

Young, Stephen (2010) 'The "Moral Hazards" of Microfinance: The Restructuring of Rural Credit in India' *Antipode* Vol. 42, No. 1:201–223.

Zehner, Ozzie (2012) *Green Illusions: The dirty secrets of clean energy and the future of environmentalism*. (Lincoln, NE: University of Nebraska Press).

Zepezauer, Mark y Arthur Naiman (1996) *Take the Rich Off Welfare*. (Berkeley CA: Odonian Press.